



BLAS
MALO

EL
ENECIANO

«Venecia frente a Bonaparte: una documentada y original novela»
Sergio Vila-Sanjuán

NARRATIVAS HISTÓRICAS

 edhasa

EL VENECIANO

BLAS MALO



Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: noviembre de 2018

Primera edición en e-book: diciembre de 2018

© Blas Malo Poyatos, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2018

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4727-2

Producido en España

A María José

*A la memoria de John Julius Norwich (1929-2018),
por sumergirme en el Imperio Romano de Oriente
y en la gloria de su pasado.*

*A Blanca mi mujer y a mi hijo Blas Carlos,
que son mi presente y mi futuro*



EL VENECIANO

PERSONAJES PRINCIPALES

DE LA CASA LASCARIS

Marco Lascaris, mercader de sal en Venecia

Antonio Lascaris, hijo de Marco Lascaris

Adriana, esposa de Marco Lascaris

Beatriz, hija de Marco Lascaris

Ana, hija bastarda de Marco Lascaris

DE LA CASA TORTELLI

Giacomo Tortelli, uno de los Tres Inquisidores

Casandra, hija de Giacomo Tortelli

DE LA CASA CONTARINI

Alvise Contarini, magistrado veneciano en Verona

Lucio Contarini, miembro del Consejo de Venecia

Ludovico Manin, dogo de Venecia

Napoleón Bonaparte, comandante en jefe del ejército francés en Italia

Edme Joseph Villetard, representante francés en Venecia

Augustin Barbarigo, uno de los Tres Inquisidores

Bruno, guardaespaldas al servicio del Consejo de los Diez

Tiresias, bibliotecario de la Biblioteca Marciana (o de San Marco) en Venecia

Cristóforo Tentori, abate de origen español al servicio de Inglaterra

Tomás Pedro Zorzi, veneciano al servicio de Francia

RESTO DE PERSONAJES (por orden de aparición)

Francesco Battagia, proveedor Extraordinario en Tierra Firme.

Antoine Balland, general francés en el sitio de Verona

Sofia, joven veronesa, amante de Antonio Lascaris

Giuseppe Giovanelli, magistrado veneciano en Verona

Eresto Loredan, miembro del Gran Consejo de Venecia

Jean-Andoche Junot, edecán de Napoleón Bonaparte

Alvise Querini, embajador de Venecia en París

Giacomo Brunesi, viejo gondolero al servicio de Marco Lascaris

Bernardo Trevisan, asistente personal del dogo Manin

Francesco Doná, embajador veneciano enviado ante Bonaparte

Leonardo Giustiniani, embajador veneciano enviado ante Bonaparte

Jean-Battiste Lallemand, representante francés en Venecia

Domenico Pizzamano, comandante de la Laguna

Chabrand Víctor y Kilmaine, generales franceses en el sitio de Verona

Nicolás Morosini, comisario de la ciudad de Venecia

Silvio Zapatero, vecino de Giacomo Tortelli

Nicolás Erizzo, proveedor extraordinario enviado a parlamentar a Verona,
y miembro de la Consulta Negra

Antonio Stratico, general veneciano enviado a Verona

Louis Antoine Fauvelet de Bourrienne, secretario de Bonaparte

Francesco Pesaro, comisario y proveedor de la Laguna

Zuane Emo, uno de los tres *Capii*, del Consejo de los Diez. Miembro de la
Consulta Negra

Juan Baptista Dolfin, miembro de la Consulta Negra

Juan Minoto, miembro de la Consulta Negra

Alvise Pisani, miembro de la Consulta Negra

Antonio Ruzzini, miembro de la Consulta Negra

Tomás Coldumer, lugarteniente de Francesco Pesaro

Alvise Mocenigo, responsable del Arsenal y también emisario ante
Napoleón

Richard Worsley, sire y embajador inglés en Venecia

Grimani, embajador de Venecia en Viena

Juan Zusto, sustituto del caballero Pesaro
Ruzzini de Giovanne, miembro de la Consulta Negra
Andrea Spada, secuaz de Zorzi
Nikolai
Semienovich Mordvinov, embajador ruso en Venecia
Emmanuel-Louis-Henri de Launay, conde D'Antraigues Francés, consejero
del embajador ruso.

PRÓLOGO

VENECIA, 16 DE ABRIL DE 1797. DOMINGO DE RAMOS

Todo son sospechas en el Palacio Ducal. Nadie está a salvo.

En Europa, Austria retrocede ante Francia; y en la Tierra Firme veneciana, las voraces tropas francesas del ambicioso general Bonaparte se han extendido por todo el Véneto y han esparcido su veneno a través de sus agentes. Al amparo de una dudosa neutralidad, han entrado en Padua y Verona. Las ciudades de Bérgamo, Brescia y Saló han escuchado sus ponzoñosas palabras y sus falsas promesas, y se han alzado en armas contra la Serenísima República, su patria madre. Las milicias reunidas a toda prisa por los proveedores, en vez de someter a los rebeldes a los dictados del Senado y del Gran Consejo, se han lanzado como una horda contra los disciplinados franceses.

La neutralidad que mantiene viva a la Serenísima y Dominante se resquebraja. Cada día que pasa, la amenaza de la guerra con Francia crece.

* * *

En la noche de Domingo de Ramos, mientras Venecia duerme aún a salvo rodeada por su laguna, los puños golpean las mesas de ricas maderas en el Consejo y las acusaciones resuenan atronadoras, incluso después de dar por terminada la reunión de urgencia. Ha concluido agria y bronca, entre voces e insultos de los consejeros togados. Uno de los asistentes, un anciano vestido de escarlata, uno de los Tres, hastiado, abandona la sala entre aspavientos, rabia desbordada y reafirmada decisión. Deja atrás la sala, recorre el pasillo

en penumbra que lleva hasta las escaleras que conducen a las estancias restringidas y sube a toda prisa, aferrándose a las paredes con sus manos secas y nervudas y la respiración sofocada. Entre dientes, rechina cólera. Alcanza un oscuro y estrecho despacho. Una lámpara de aceite ilumina débilmente la única mesa y las tres sillas alineadas contra un lado de la pared. El anciano rebusca entre los cajones de la mesa, abriéndolos con su llave sin disimular el ruido, y esparce documentos e informes sin importarle que estén bajo secreto de Estado y que su revelación se condene con la muerte.

Ha apurado los últimos argumentos, el postrero hilo de esperanza. Ya no hay más que una salida, piensa el furioso anciano. Bajo la luz trémula de la lámpara, busca y remueve más y más los escritos con los sellos de la República que ocultó allí. Pero no los encuentra. Un pequeño Cristo crucificado colgado en la pared es testigo obligado de sus desvelos. Al anciano le tiemblan las manos. Tiempo, necesita tiempo. Pero ya no queda tiempo para nada.

Oye cómo crujen los escalones de la escalera. Se detiene, paralizado. Se levanta con dolor en sus articulaciones gastadas, apoya una mano sobre la mesa. Tiene que huir de allí. El ruido está cerca. Muy cerca. Se vuelve, alterado.

—Ah. Eres tú.

De pronto las sombras de unas manos fuertes se lanzan contra él, lo alzan en vilo, le atenazan, lo estrangulan. La talla del Cristo tiene la cabeza ladeada hacia un lado y los ojos cerrados, con expresión de sufrimiento; es mejor no mirar. La luz de la lámpara proyecta sombras de angustia contra una de las paredes. Un grito ahogado se extingue. Un pataleo frenético y desesperado golpea el aire. Son sombras que aferran sombras entre gorjeos delirantes, entre convulsiones que son antesala de la muerte.

Verona, esa misma noche

MANIFIESTO

NOS, FRANCESCO BATTAGIA

Por la Serenísima República de Venecia, Proveditor
Extraordinario en Tierra Firme.

El ardor fanático de algunos malhechores enemigos del orden y de las leyes ha incitado a las gentes sencillas de Bérgamo a rebelarse contra nuestra justa y legítima Autoridad, y a propagar en otras Ciudades y Provincias del Estado ideas innobles por medio de una horda de facinerosos pagados para agitar también aquellas poblaciones. Contra estos enemigos del Principado, animamos a todos los súbditos fieles a tomar en masa las armas, disolverlos y destruirlos, no dando cuartel ni perdón a nadie, ni aunque se rinda prisionero, y por supuesto con la seguridad de que el Gobierno dará ayuda y asistencia con dinero y tropas esclavas que ya están a sueldo de la República y preparadas para combatir.

No tenemos ninguna duda del resultado feliz de esta empresa. Podemos asegurar al pueblo que el ejército austriaco ha rodeado y derrotado por completo a los franceses en el Tirol y en Friuli, en plena retirada junto a los pocos restos de esas hordas sanguinarias y ateas que bajo el pretexto de la guerra contra sus enemigos han devastado el país y expoliado las provincias de la República, que siempre ha demostrado una amistad sincera y neutral. Por lo tanto los franceses no tienen forma de prestar ayuda y socorro a los rebeldes, que esperan el momento favorable de impedir esa retirada porque tienen necesidad obligada de su ayuda.

Invitamos a todos aquellos ciudadanos de Bérgamo que permanecen fieles a la República y a los de todas las otras poblaciones a hostigar a los franceses apostados en las ciudades y castillos que contra derecho han ocupado, y dirigirse a los Comisarios Pier-Girolamo Zanchi y Pietro Locatelli para recibir las oportunas instrucciones. Quienes así lo hagan recibirán un sueldo de cuatro liras al día por cada jornada dedicada a este cometido.

Firmado en Verona, a 21 de marzo de 1797

Francesco Battagia,
Proveditor Extraordinario, en T. F.
Giammaria Alegres,
secretario de Su Excelencia

(Clavado en los portones del palacio de gobierno de Verona y en las iglesias en la noche del 16 de abril por mano desconocida, para conocimiento público.)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

EL DÍA DE LA FURIA

VERONA, 17 DE ABRIL DE 1797. LUNES DE PASCUA

El panadero soltó la larga pala en su rincón y, para atender al burgués, se sacudió la harina de las manos dando grandes palmadas. Luego se las restregó en el mandil blanco y tomó del estante una barra rústica, larga como un brazo, con la corteza quebrada y crujiente. El horno irradiaba calor. Acababa de introducir la última masa. Se había atrevido a abrir el establecimiento a pesar de los tumultos, de las voces y de las horcas levantadas al aire en las calles.

—Y una paloma, también —pidió el hombre, sin dejar de mirar a la calle a través del portón y de la ventana.

El panadero asintió y tomó el pan de Pascua del estante superior, donde había varios más expuestos. Lo ofreció delicadamente envuelto en su papel al comprador, quien no se resistió a probar un pellizco de su apetitosa cobertura de naranja confitada, almendras glaseadas y avellanas. Suponía una pequeña alegría en un día peligroso. Desde la tarde anterior, miles de campesinos habían abandonado sus campos y descendido de las montañas, para adueñarse de las calles de Verona. Habían irrumpido decididos como lobos, pero las largas horas de vela frente a las hogueras improvisadas y la borrachera los habían adormilado, y vagaban en grupos, como desorientados y esperando no se sabía qué. Las buenas gentes no habían dormido en toda la noche y quien podía evitaba salir de su casa.

—Como cuando aparecen las nubes, que poco a poco se juntan hasta que forman una tormenta.

—¿No han dicho nada los magistrados ni el Podestá?

—Que tengamos calma. Que tengan calma. Pero les miras a los ojos y sabes que mienten. Están preocupados. —El burgués le hizo señas para que se acercara tras el mostrador. Bajó la voz—. En las afueras hay muchos muertos. Franceses. Me lo han dicho.

—¡Jesús!

—¡Dicen que hay una proclama del Podestá incitando a matar a todos los franceses! Pero Battaglia está ausente en Venecia y los magistrados han replicado en su nombre que esa proclama es falsa y que nadie ataque a los franceses. ¡Escucha! Yo he visto al francés Balland andando a trancos hacia el palacio para exigir explicaciones. Señor Jesús, María y José, los franceses están muy nerviosos. Y Venecia está muy lejos. —Se acercó aún más a la oreja del panadero—. Me han dicho que en Venecia el canal Orfano estaba colmado de cadáveres de los franceses y polacos detenidos en Saló, que se podía andar sobre las aguas de un lado al otro del canal pisando sobre los cuerpos torturados. Y que los franceses lo saben. ¡Nos libre Dios de su venganza!

—Esos no creen en nada.

De repente, un grupo de milicianos pasó por delante del portón. Una cabeza miró dentro con curiosidad, sonrió como un lobo mostrando sus dientes amarillos y dio un silbido largo y una voz. Los milicianos entraron en tropel, con gorros rojos, chalecos de lana sucia y portando cuchillos de monte y recias azadas. Uno de ellos, robusto y de nariz grande y bulbosa, con el rostro sucio de tierra y hollín y pelo negro y desarreglado bajo el gorro torcido, portaba un mosquetón, y señaló a varios de sus camaradas para que arramblaran con todo el pan ya cocido. El burgués se hizo a un lado, aterrado. El panadero lo notó: el pobre hombre se había orinado en sus calzas.

—En nombre de la República, nos lo llevamos todo. Hay que alimentar a la tropa, no a los franceses. ¡A los franceses, ni agua!

—¡No! ¡Deteneos! ¡No podéis hacerlo! ¡Yo vivo de esto! ¡Me matáis! —El panadero hizo amago de tomar su pala y oponerse, pero el cabecilla lo empujó con el cañón del mosquete hacia la pared. El panadero cedió: la boca del arma estaba caliente, lo cual no desvelaba nada bueno.

—¡Tú, a callar! ¡La República es lo primero! ¡La harina, cogedla también! —Uno de los milicianos, un campesino desarrapado, aunque de rostro hermoso, se detuvo frente al burgués y lo intimidó con una mirada fija. Sin

dejar de mirarle, le abrió la talega, le sacó el pan y el dulce, y arrancó y mordió una parte, a dos pulgadas de su cara. De su boca con aliento a vino cayeron migas de pan. El vecino estaba petrificado. El miliciano, conforme con su miedo, le sajó la bolsa de monedas y, tras quedársela, se olvidó de él.

—¡El Podestá lo sabrá! ¡El magistrado Giovanelli lo sabrá!

El cabecilla sonrió con burla. Nuevos hombres ofrecieron sus brazos para saquear la panadería.

—Yo me cago y me meo en el Podestá y en los magistrados, en sus manos blancas y en su pan blanco. ¿Esos qué harán por Venecia? ¡Nada! ¿Quieres vivir? Pues no repliques más. ¿O acaso simpatizas con los franceses! ¿Es eso?

—No... ¡No!

—¿Es eso cierto? —El cabecilla le golpeó con el arma en la boca del estómago. El panadero cayó al suelo, encogido de dolor. El burgués se encomendó a Dios en silencio, cerrando los ojos—. Prendedle. ¡Prended a los dos, que ya nos enteraremos si son jacobinos o no!

—¡Es injusto! ¡No he hecho nada!

El cabecilla detuvo a sus compañeros, que ya arrastraban a los dos desdichados hacia la puerta. Miró al panadero, frente a frente, con maldad y furia. Luego al cortinaje que daba a una escalera.

—¿Es esta tu casa? ¿Tienes mujer? ¿Tienes hijas? Da gracias de que no coja nada más.

* * *

—Estás loco.

—Aún no me has dicho si te escaparás conmigo, Sofía.

Hacia rato que las campanas habían dado las cuatro. Era una tarde calurosa. La joven se asomaba al balcón de piedra, dejando que su ensortijada melena castaña se desplegara hacia donde estaba su valiente admirador. El corpiño apretaba sus formas generosas. Su piel clara se doraba con el sol de primavera. Sus ojos de miel miraban al joven con intensidad tiránica.

—¡Estás loco! —repitió ella, con la excitación de saberse deseada y con el temor de ser descubierta—. Los milicianos campean por las calles, mi padre está fuera y puede aparecer en cualquier momento, y tú, ¡tú!, quieres que

lo deje todo y me fugue contigo. Ya te he dicho que mi padre está a punto de llegar. ¿Es que no le temes? ¿O es que vigilas cuándo entra o cuándo sale?

—Claro que vigilo. Cuando me interesa. ¡Baja!

—¡Calla! ¡Te oirá mi madre!

El joven sonrió, haciendo que el corazón de Sofía palpitará de emoción. Era un presuntuoso, un hombre insoportable, aunque galante y hermoso; era un Lascaris y no le temía a nada. Y todo resultaba sumamente atrayente.

—Tengo caballos, huiremos hoy, ahora, ¡vamos!

—Mi padre no lo consentiría —replicó la bella costurera desde la balaustrada de piedra—. Se dice que ya estás comprometido en Venecia con un buen partido, una pariente del magistrado Contarini. ¿Qué diría tu padre?

—¡Al diablo con mi padre! Aquí me tiene, encerrado en Verona porque se avergüenza de mí. Olvídate de todos, solos tú y yo... Ven y te haré princesa. Huiremos lejos, a Roma, o a Viena. O a París. ¡A París, Sofía, juntos!

—¿Es más hermosa que yo? —dijo, girando su rostro, su perfil bello, sus labios de corazón marcado. Pero siguió mirando de refilón al joven Antonio, impaciente y ansioso por convencerla.

—¿Cómo puede ser hermosa una Contarini, cuyos padres y tíos tienen el rostro cetrino, alargado y anguloso de un mal caballo? No podemos esperar más. Esta mañana han detenido a muchos por una pelea en una taberna y los soldados patrullan las calles. ¡Eres la más hermosa de todo el Véneto! ¡Ven conmigo!

Sofía alzó el rostro, contenta de nuevo, e iba a reír cuando se fijó en un extremo de la calle. Los vecinos corrían a sus casas. Las mujeres arrastraban a toda prisa a los niños, que no entendían nada y lloraban amargamente al ruido de las campanas primero, de los disparos después.

—¿Qué sucede? —Pero él mismo se volvió hacia la calle.

Alguien gritó su nombre.

—¡Aprisa, corre, es mi padre!

De forma repentina, las campanas de la ciudad comenzaron a sonar, despertadas de pronto por el sonido retumbante procedente de la Torre de Lamberti, donde la gran campana Rengo llamaba a la población a las armas desde su habitáculo octogonal, en lo alto de la centenaria edificación. Era usada para llamar al consejo de la ciudad a los nobles y para alertar de un

peligro armado. Y todo quedó claro cuando sonaron los primeros disparos de mosquetones y los redobles de tambores levantaron ecos en las calles. Los veroneses se quedaron mudos, y el miedo y la sorpresa les hicieron agachar la cabeza al oír el primer cañonazo desde el castillo de San Felice; poco después, tras un estruendo, se levantó una nube de polvo y escombros desde la plaza de la Señoría.

Después todo se precipitó.

Los milicianos, con el padre de Sofia a la cabeza, corrían hacia las tres fortalezas de la ciudad, dispuestos a arrancarlas de las manos de los franceses, cuando aquel señaló a Antonio Lascaris con el índice.

—¡Ese, ese es quien le ha sorbido el seso a mi hija! ¡El ladrón de su inocencia! Y tú, mala pécora, sí, escóndete, que ya te daré tu escarmiento. ¡Cogedle! ¡Cogedle! ¡Es un jacobino!

—Ah, sí, ¡le conocemos bien! —dijo uno, mientras otro cuchicheaba contra el joven. Antonio reconoció al que hablaba por lo bajo. Había sido un criado de la casa.

Antonio los maldijo a todos. Por ambos lados de la calle estaba encerrado entre milicianos. Gritó y buscó un paso entre ellos, una salida a codazos y puñetazos. Escupía rabia. Buscó la esquina y la otra calle, que seguía hacia San Nicolás, pero una mano le agarró la manga, luego otra, y ya no pudo soltarse. Fue arrastrado con violencia y dejó de ver el cielo entre tanto rostro furioso, entre tanto puño, entre tanto dolor. Se quejó de nuevo cuando lo dejaron caer rudamente de espaldas sobre el empedrado de la calle. Alzó los brazos magullados esperando nuevos golpes, pero no llegaron. La turba se abrió. El padre de Sofia, cerca de él, le miraba con odio. Sofia había desaparecido del balcón. Un cabecilla se adelantó y habló, tras rascarse un momento su nariz bulbosa. Sujetaba con fuerza el mosquetón.

—Oíd todos. Este es hijo de Lascaris, y más que veneciano es un traidor a su sangre. ¿Sabéis con quién habla, con quién trata? Con los franceses. Son enemigos de nuestra patria. ¿Qué dicen los rumores? Que Napoleón Bonaparte ha sido derrotado en el Tirol. Así que, ¿por qué hemos de soportar a los franceses en nuestra ciudad? No los necesitamos. No los queremos. ¡Hemos aguantado su desprecio durante más de un año! Ni un insulto más. Nada de agachar la cabeza. No. ¡Muerte a todos ellos!

El griterío y los esputos hicieron temblar al joven Lascaris. Se tentó la

sangre del rostro e intentó levantarse, pero el cabecilla se lo impidió poniéndole su ruda bota sobre el pecho.

—¿No os oís? —Gimió casi sin aire—. Ni Giovanelli ni Contarini ni Battaglia lo consentirán. Venecia es neutral. No sois vosotros, es la larga sombra del Senado la que habla en vosotros. ¡Desistid! ¡Dejadme!

—Los magistrados y el Podestá son unas ratas cobardes. Nosotros salvaremos la ciudad, ¡abajo los franceses! ¡Viva el Dogo! Y daremos ejemplo contigo.

De pronto la puerta de la casa se abrió y el rostro del padre de Sofía se fue demudando. Cuchillo en mano, Sofia se arrojó contra el cabecilla. Su madre salió tras ella para detenerla. Sofía. Tan hermosa, tan brava. Varios vocearon y las sujetaron contra su voluntad, y otros más entraron en la casa dispuestos a saquearla. Llegaron voces y lamentos de otras casas mientras sillas y enseres eran arrojados por las ventanas sin compasión. Se oyeron disparos.

—¡No! ¡Dejadlas! —rogó el padre.

El cabecilla le miró con odio. Quitó el pie del pecho del joven Lascaris y se encaró con el padre.

—¿No serás tú también un jacobino? Quizá disimulas. Quizás entregas a uno para salvarte tú. Pero nos enteraremos. ¡Llevadlas a la plaza!

Las dos mujeres suplicaron en vano. La madre se derrumbó de pena cuando desde la ventana arrojaron a la calle platos, cajones, una cesta de costura y una caja de música, que se estrelló contra el suelo con una agónica nota final. Aquella turba buscaba monedas, medallas, oro.

Antonio miró a Sofía. Y no esperó más.

Se puso en pie, sacó una pistola y apuntó al cabecilla. Algunos le increparon. El líder de aquel grupo alzó una mano, pidiendo silencio.

—Quien se mueva es hombre muerto. —Antonio amartilló la pistola.

—Insensato. Entrégate o mataremos a las dos.

—¡No! —El padre, asustado, se abalanzó sobre Antonio Lascaris. Los dos forcejearon. Un dedo apretó el gatillo, sonó el disparo. Ambos se miraron, temiendo la muerte. Después miraron hacia el cielo. El disparo había alcanzado el alero del tejado en el mismo momento en que los cañonazos desde San Felice y desde el castillo de San Pietro impactaban sobre la Torre de Lamberti y sobre el Palacio Público. Los campesinos los separaron, se abalanzaron sobre el joven y lo desarmaron. El cabecilla se desentendió de

Sofía y de sus padres, que miraban espantados, sujetos por varios de los campesinos, y comenzó a dar órdenes. Sofía ahogó un grito cuando un miliciano tendió una soga desde la balaustrada de piedra del balcón. Ataron las manos de Antonio Lascaris a la espalda y le pusieron la soga al cuello.

Después lo izaron.

El grito de Sofía fue desgarrador. Ante ella, el joven Lascaris se estaba asfixiando, incapaz de asirse mínimamente a las llagas de mortero entre las piedras de la fachada, moviendo las piernas y balanceándose como un gusano en un anzuelo, sintiendo las fibras de esparto de la soga hincándose en su mandíbula por el peso del resto de su cuerpo, un cuerpo incapaz de librarle de su tormento y de dar aire a sus pulmones. Un cuerpo cuya angustia creciente le hacía cimbrear de un lado a otro, sintiendo la desesperación de la muerte que se acercaba.

El cabecilla estaba disfrutando con el horrendo espectáculo.

Y alzó la cabeza al cielo un instante demasiado tarde.

El bolaño de piedra impactó contra la casa, atravesando el tejado y la primera planta, y destrozando la balconada superior. La soga rota perdió tensión. Antonio Lascaris cayó como un fardo al suelo junto con los cascotes. Un segundo cañonazo dispersó a los milicianos y llenó la calle de muertos y heridos. Y entre el caos, unas manos femeninas se precipitaron hacia el joven y cortaron sus ligaduras. A pesar de las magulladuras, Antonio besó a Sofía con una fuerza y un deseo inusitados a los que ella correspondió. Pero no podía quedarse allí. Se restregó las muñecas, luchó contra su aturdimiento y el dolor de sus piernas, tomó el cuchillo y la pistola, y se preparó para luchar por su vida.

El cabecilla no se movía. Una teja desafortunada había impactado en su cabeza, arrancándole del mundo de los vivos. Los heridos gemían e intentaban alejarse de los muertos. Sofía y sus padres estaban aturridos ante la visión de su casa, arruinada y que por poco no había sido su tumba. Estaban aturridos pero vivos. Antonio se liberó de las manos de Sofía.

—¡Poneos a salvo! ¡Yo no tardaré!

—¡A dónde vas, loco! —le gritó Sofía con los ojos llenos de lágrimas.

Entre el caos, Antonio se alejó de la calle en dirección al centro de la ciudad. Seguían sonando los cañones. El cielo se llenaba de estelas sibilantes, aquí y allá caían fragmentos de aristas de piedra, de mortero, de cal, y las

mujeres gritaban llamando a Dios, y a la Virgen, y a san Zenón, patrón de la ciudad. El joven alcanzó la plaza de la Señoría y se detuvo precipitadamente en medio del fuego de mosquetones de milicianos veroneses y tropas francesas que respondían a los tiros mientras se retiraban a los cuarteles. Tras una esquina, contó hasta cinco y después echó a correr protegido por los soportales. Algunos disparos se dirigieron contra él pero no acertaron. Tenía que verlo con sus propios ojos. Allí estaba, sí, la orgullosa torre con varios impactos en su cuerpo de mampostería. Humo. Se habían provocado fuegos por la ciudad y los franceses respondían a la agresión de las milicias. Se apartó, ocultándose bajo el dintel de una hospedería. Una multitud de veroneses huían de la plaza. Los cañonazos se habían producido cuando estaba a punto de comenzar la misa de las cinco en Santa María de la Antigua, y hubo quienes, vestidos para la celebración y movidos por la rabia, se unieron en ese mismo momento a los milicianos venecianos, tomaron las armas y, desde barricadas improvisadas, dispararon a los soldados franceses que se replegaban con urgencia hacia los castillos.

Le habían llamado jacobino. Quizá lo era.

Casi ocho años atrás, la revuelta de la toma de la Bastilla en París había conmovido los cimientos del mundo. Unas nuevas ideas que ni monarquías añejas ni noblezas caducas habían podido detener atravesaron las fronteras más allá de Francia, y con el paso de mano en mano de pasquines prohibidos Antonio se contagió de esas ideas. Y decidió conocer más. Se juntó con otros como él, intrigados e interesados por esas ideas que unos combatían con ferocidad y otros propagaban con pasión tenaz. El temor dio paso a la emoción. En cada reunión siempre eran más: gota a gota crecían los regueros, antes de formar arroyos, luego ríos, luego mar. Y eran mar, estaba seguro, un mar de descontentos dispuestos a escuchar esas maravillosas palabras en Bérgamo y en Milán que les traían los libros franceses y sus divulgadores clandestinos.

—El poder emana del pueblo, no debe estar en manos de una oligarquía rancia de siglos —había dicho el francés con convencimiento—. Estamos al comienzo de una nueva era, y en Venecia todo está corrompido y podrido. Libertad, Igualdad, Fraternidad, todo será nuevo y diferente desde ahora, y el cambio ya ha llegado para crear una sociedad donde se premien los méritos, las capacidades, y no la cuna; donde la educación dé alas y haga al hombre, y

no lo encadene a ningún destino prefijado por otro; donde se dé luz y voz a los oprimidos en vez de oscuridad y silencio.

—¿De verdad seremos libres? ¿De verdad ya no habrá señores? — preguntó un viejo. Antonio se quedó impresionado al ver sus ojos grises húmedos de emoción y esperanza, como si no pudiese creerlo, o como si necesitara creerlo. Como si el francés predicara una buena nueva y todos los asistentes fuesen privilegiados testigos de sus proféticas y santas revelaciones, destinadas a los elegidos.

—Ya no habrá señores, sino el pueblo. Ya no hablará el Senado, sino el pueblo. Ya no regirá el Dogo, sino el pueblo.

Si en Venecia la vida aún era hermosa, en Tierra Firme era una pesadilla. Las sombras alargadas de los dictados del Consejo y de los Tres Inquisidores oscurecían las vidas de todos los súbditos terrestres de la Serenísima. Cada palabra era escuchada por oídos interesados, cada gesto era recogido en cuartillas, cada persona era escudriñada: su pasado, sus intereses, sus amigos y conocidos, sus paseos, sus rutinas, sus quejas, sus apreciaciones, sus debilidades. Era terrible la feroz soga del poder, que no entendía más justicia que la que le interesaba al Consejo y al Senado, sin más explicaciones. Ellos regían y otros obedecían. Y quien no obedecía era inducido a obedecer o, simplemente, desaparecía.

Por eso había caído la Bastilla. Y eso el Senado era incapaz de comprenderlo. En su ceguera, había rechazado por tres veces las propuestas de alianza con Francia realizadas por el general Bonaparte en nombre del Directorio. Ahora ya era demasiado tarde. Los milicianos no hacían prisioneros. ¿No habían sido esas las instrucciones del Senado?

Antonio se volvió de pronto, al verse sorprendido en la penumbra de los soportales por una familia de rostro descompuesto. Huían. Un padre, una madre, dos hijas. El hombre los detuvo a todos, al ver la pistola de Antonio dirigida hacia ellas. ¿Qué decía? ¿Qué era lo que le decía?

En su desesperación, le estaba suplicando que respetara sus vidas. En su desesperación, el padre, olvidando que estaba en tierra veneciana, estaba hablando en el idioma de su niñez. En francés. Antonio Lascaris bajó la pistola y le hizo un gesto amable. Las descargas de fuego proseguían en la plaza. Era apremiante que salieran de allí. Ya había visto lo que estaba ocurriendo: los milicianos comportándose como salvajes con los franceses.

—¡Soy amigo! Venid a mi casa, allí estaréis a salvo.

El padre dudó. Pero no tenía otra opción. Aceptó lo que el destino le ofrecía. Todos corrieron tras el joven Lascaris.

—¡Os lo agradezco! ¡Ay, malditos corregidores! ¡Han cerrado las puertas del Palacio Público para no dejar entrar ni salvar a ningún francés, nos han lanzado a las manos de la horda de milicianos! ¿Cómo podemos ser enemigos, si nuestras vidas están aquí, si mis hijas nacieron veronesas?

Antonio le comprendía bien. Y pensó, entre carrera y carrera, que el Gran Consejo de la Serenísima no cambiaría nunca. El propio Senado declinó defender Bérgamo, Brescia y Saló, y ahora ya se habían perdido; simplemente esquilmo sus territorios, arrojando a sus ciudadanos al hambre para pagar la multa exigida por los franceses. Pero en Venecia no faltaba el pan, los teatros seguían abiertos y las tiendas de carnaval seguían vendiendo sus exquisitas máscaras. En Tierra Firme se pasaba hambre y no se reía. Los muertos con los que tropezaron en las calles, para horror de las niñas, ya no reirían nunca más.

—Un estado que no defiende a sus súbditos, que los usa como escudo para que unos pocos elegidos se salven, no es un estado: es una tiranía —había dicho el francés en Milán entre murmullos aprobatorios.

Y Antonio deseaba la libertad. Estaba harto de oligarcas. Y estaba harto de su padre.

CAPÍTULO 2

UN SUSTITUTO

VENECIA, 17 DE ABRIL. LUNES DE PASCUA

El sonido quedo de las campanas tocando a muerto esparcía desaliento y pena en el ensanche frente a la iglesia de San Antonin. El sol calentaba perezosamente la fachada blanqueada. Las puertas se habían abierto para dar entrada a la comitiva fúnebre a través de la austera fachada y tras el féretro y sus portadores vestidos de negro, viuda e hija lloraban al difunto. Dentro, entre mármoles, el sacerdote esperaba con impaciencia. Siguiendo al féretro y a los familiares, un grupo de vecinos y senadores togados cuchicheaba sobre la repentina muerte. Otros guardaban silencio. Campanas, otra vez. El frío sol no alcanzaba el interior de la iglesia más que a través de dos altas ventanas, sin llegar a calentar el espacio sacro interior resguardado por los gruesos muros revestidos de mármol. El presbiterio, sobre el cuerpo sepultado de san Antonin, con su altar tallado, sus paños consagrados y sus relicarios de oro, era admirable, pero Marco Lascaris no se sentía con ánimos para apreciarlo. Marco contó solo diecisiete togados presentes en la misa de funeral, de los muchos que tenía el Consejo. Conocía a varios, como a Eresto Loredan, que no había dicho ni una palabra desde que desembarcara de su góndola. Ajeno a todos, también estaba el anciano Tiresias, el bibliotecario. El viejo Lascaris entornó la vista; ya no veía tan bien como de joven. Era sorprendente la muerte de Giacomo Tortelli. El sábado había asistido al consejo que había recibido a Junot, el edecán de Napoleón Bonaparte, y había reaccionado airado y lleno de furia contra las palabras orgullosas del francés.

Y ahora estaba frío y muerto. Ninguno de los otros dos inquisidores estaba

allí. Así se pagaba a un hombre entregado al servicio del Estado, con olvido y anonimato.

Otro de los togados le tiró de la manga para llamar su atención.

—Mira allí —le murmuró Lucio Contarini. En uno de los bancos dos hombres sentados aparte guardaban silencio, atentos a todo. A los acompañantes, a las mujeres que saludaban a la viuda y a la hija, a los togados presentes—. Ni siquiera cuando uno se muere le dejan tranquilo. Me pregunto quién lo sustituirá.

—No es algo que yo desee. Aprecio mi cama.

—No sé por qué te he hecho caso. Ni siquiera sé por qué has venido tú.

—Hay que ser buen ciudadano. Hay que mostrar que somos los mejores ciudadanos. —Y se acordó de su hijo, de su última discusión meses atrás, de su afán de libertad. De su falta de respeto paterno. Del bofetón que le arreó por loar a Francia en su presencia. ¿Cómo podía ser Antonio tan inconsciente? ¿No escuchaba? ¿No conocía que a cada paso uno tropezaba con confidentes, y que ya sabía por amigos que la sospecha y los ojos del Estado se habían vuelto hacia él? El hijo de un senador, sospechoso. La sospecha y la desconfianza son ondas en el agua que llegan lejos una vez se ha tirado una piedra, pensaba él. Hacía meses que había escondido a su hijo en Verona y no se arrepentía de ello. O acaso sí. Marco Lascaris tosió con carraspera en la umbría de una de las capillas. Sí, que los dos confidentes miraran hacia él. Que vieran su rostro triste y preocupado, el rostro de un servidor fiel al Estado.

Lucio Contarini le miró con ironía.

—Haciendo méritos...

Lascaris le indicó que callara. Empezaba la misa. Una vez terminado el responso, los pocos asistentes dieron el pésame a la familia. Él también tenía una hija; sería de una edad parecida a ella. La viuda estaba desconsolada, pero mantenía una actitud contenida. La hija, en cambio, no se recataba en abrazar el ataúd cerrado, sin más flores que una corona pequeña sobre la tapa. Apenas crecían rosas en Venecia. Apenas quedaban hijas herederas dispuestas a prolongar estirpes tiempo atrás agotadas y sin apenas savia. Bajo el velo negro y los ropajes de duelo, refulgían sus ojos de esmeralda, asustando con sus gritos a los sepultureros, que ya habían abierto la cripta. Acaso el muerto tenía allí derechos de enterramiento por familia, en vez de ser enterrado en la

isla de los muertos. Eso era algo extraordinario, raro. La viuda se estaba exasperando. Poca muestra dio de haber escuchado el pésame de los dos togados, más pendiente del comportamiento de su hija que de los asistentes.

—Lo han matado, lo han matado...

—¡Calla, Casandra! —la amonestó su madre, tirando de ella.

La joven se derrumbó en brazos de un asombrado Marco Lascaris. Olía a incienso ¿y también a almizcle? Casandra le miró, buscando algún consuelo en su rostro severo y firme, aunque también comprensivo y conmovido. Había que ser de piedra para no conmovirse ante la pena de aquel rostro digno de Miguel Ángel.

—¡Lo han matado, madre! ¡Lo han matado y nadie me hace caso! ¡Nadie me escucha!

La viuda balbuceó una disculpa, acogió a su hija en sus brazos y miró a Lascaris en silencio. Y en esa mirada decía mucho, o no decía nada. Había miedo. Había convicción. Le apretó una de las manos, emocionada. Después ambas mujeres se retiraron. Los sollozos de la hija aún se oían mientras los sepultureros bajaban al finado a la cripta.

—Pobre mujer —masculló Contarini con pena. Se santiguó—. Descanse en paz.

Fuera, los asistentes se disgregaron por calles y canales. Los dos hombres misteriosos esperaron a que el sacristán cerrara la iglesia, dejando solo abierto el pequeño portillo para las confesiones de misa de doce. Después se marcharon, desapareciendo tras el primer puente. Los dos togados quedaron a solas. El bibliotecario dudaba junto a la puerta qué camino tomar.

—Mi mujer insiste una y otra vez en concretar los detalles. La boda, la dote, la iglesia...

—Cierto, cierto, Lucio. Adriana pregunta lo mismo. Son días complicados. Pero esta semana hablaremos con más calma.

—No me ha llegado ninguna carta de Verona en los últimos dos días.

—¿Perdona?

—Dos días, Marco, sin noticias de Verona. No es normal en mi agente comercial, me escribe todos los días, siempre, desde hace cinco años. Estoy inquieto. Y tú deberías estar igual, por tu negocio, por tu hijo. Esto no lo comentas, es un favor que te hago. Seremos pronto familia, y hay que cuidar de la familia.

—Adiós, jóvenes señores, adiós —saludó el bibliotecario. Parecía en verdad afectado por la muerte del inquisidor—. Era un gran lector, al igual que tú, joven Marco.

El joven Marco era sexagenario, había cumplido años y década apenas un mes antes. El arrugado funcionario se permitía llamar así a casi todo el mundo; estaba a un año de alcanzar una edad centenaria. Tras décadas agachado ante libros, estaba encorvado y su rostro era un vetusto mapa de infinitos valles de arrugas; su larga barba blanca causaba reverencia. Tras sus ropajes, su gorro y su capa se mostraba como un hombre menudo y gastado, aunque sus ojos grises se mantenían atentos a todo.

—¿También era joven Tortelli? —ironizó Contarini.

—Lo era —asintió el viejo con gravedad—. O lo es. Ahora es el más joven de esa cripta.

* * *

El siguiente día, martes de Pascua, no llevó mayor tranquilidad. Noticias inquietantes corrían de boca en boca por la lonja del pescado.

—¿Tú qué crees, Marco? ¿Será cierto lo de Verona?

—¡Ah...!

En la Peschiera, la vieja lonja, los pescaderos empuñaban cuchillos de hoja ancha para rebanar con un tajo certero y un sonoro golpe las cabezas de los pescados. Empujaban cabezas y vísceras con el filo a un lado de las encimeras hasta cubos rebosantes de despojos y moscas, llenándolo todo de sangre marina. Marco odiaba el áspero roce del cuchillo de acero contra la piedra marmórea; le resultaba insoportable. Lo que Lucio le había revelado el día anterior parecía cierto. Se había producido un alzamiento en Verona. Lucio Contarini hablaba y hablaba, cogiéndolo del codo, guiándolo entre matronas y amas con niños que discutían sobre sardinas, caballas y doradas. Pero su futuro consuegro no le escuchaba. Miraba la sangre derramándose gota a gota desde el borde de las encimeras de mármol blanco veteado y se preguntaba si eso era lo que le esperaba a Venecia. Los golpes le aturdían. ¿No estaban cortando con más fuerza de lo habitual?

—Como si fueran guillotinas.

—¿Qué dices? —preguntó Lascaris, molesto, sin llegar a entenderle entre tanto griterío.

—Que esos cuchillos cortan como si fueran guillotinas. A lo mejor eso es lo que se necesita. Dar ejemplo a tanto descarado, a tanto insolente. Y además es un método ingenioso, sencillo y dicen que civilizado. Más que el garrote vil español, o incluso, y que no me oiga nadie, que el vulgar estrangulamiento que aquí se hace. Seguro que no se sufre.

Guillotinas. Como las de París, que él pudo ver bien, entre la multitud junto al embajador Querini, cuatro años atrás. Luis XVI mantuvo el porte digno a pesar del terror de sus ojos. Luego lo arrodillaron. La multitud de parisinos estaba extasiada. Pocas veces se veía morir a un rey. Le forzaron a doblar las rodillas, a poner la cabeza con su empolvada peluca blanca en el cepo. Y nadie podía dejar de mirar. El verdugo, oculto tras una capucha, asintió a un gesto de Robespierre. Un escalofrío le subió por la espalda y cerró los ojos al escuchar otra vez el sonido afilado y vibrante de la hoja de acero al hender la carne.

Marco Lascaris se volvió sobresaltado. Aquel pescadero tenía una fuerza endiablada. Contarini le tocó del codo.

—¿Qué?

—Que si no te parece civilizado. Es quizás una de las pocas cosas que puede alabarse a los franceses.

Cabezas de pescado. La cabeza de un rey. La de aquel rey, aquel día, rodó hasta un cesto de esparto. Luego el verdugo la izó al aire, ante todos, y pareció, por su gesto de sorpresa muda, que aún estaba viva. La multitud gritaba e insultaba a aquel despojo. Querini y él, afectados, callaron y se abrieron paso discretamente entre aquellos rostros airados y vociferantes, lejos de aquel terror vengativo que impedía dormir por las noches. Un terror revolucionario que no deseaba que alcanzara Venecia nunca.

—Me contaron que las cabezas todavía gesticulaban en manos de los verdugos.

—Quién sabe... Alguna exageración...

—Yo no lo creo, Marco. Y entre tanto rumor, qué le ha sucedido a Bonaparte es lo que se necesita saber. ¿No se reunió ayer el Consejo de los Diez? Una reunión extraordinaria. Había luces en palacio y se vio entrar a los de negro a consulta. Ellos lo saben. ¡Sí, Marco, lo deben saber! ¿No se ha

expulsado esta mañana a dos barcos austríacos y a otro de bandera inglesa? ¿Y no están los hombres del arsenal muy alterados? Basta sumar, algo ha sucedido, y algo malo.

—Sí, todo pinta mal, muy mal.

—Pero solo los de arriba tienen respuestas. —Contarini señaló discretamente con su índice al techo de la lonja. Después bajó y ocultó la mano, esperando que nadie viera el gesto ominoso que todos temían.

Más cuchilladas contra los mostradores de mármol. Más sangre derramada. Lascaris se dejó llevar por su futuro consuegro fuera de allí, hacia los soportales del Banco del Giro, que precedía al puente de Rialto. En la plaza y en los soportales que la rodeaban había incluso más venecianos que en la lonja, todos ellos preocupados por sus caudales y por sus negocios. Los rumores cobraban fuerza. Marco Lascaris saludó a algunos conocidos; dejó que Lucio entablara conversación y preguntara a unos y a otros mientras él callaba. Qué sucedía realmente en Tierra Firme era una incógnita. Habían llegado noticias fragmentadas sobre mercancías perdidas y almacenes saqueados en Verona. De repente, en mitad de la plaza porticada un mercader sacó y agitó un papel mientras andaba en círculos a grandes pasos para que todo el mundo lo viera, callase y escuchara. Era una letra de pago en francés.

—Esto es lo que están dando a cambio de nuestros bienes, y bien sabemos que no pagarán jamás. Aquí en el banco no lo reconocen. Esto no vale nada. Son invasores que van a destruir nuestra República. ¿A qué espera el Gran Consejo? ¿No tenemos marinos y barcos? ¿No hemos resistido siempre? Yo os digo la razón: el Dogo tiene miedo.

—¡Qué gran verdad! —exclamó Contarini con convicción en voz alta. Otros muchos asintieron con rumores y nuevas opiniones. Algunos agitaban sus gorros para dar más fuerza a sus aspavientos.

—Calla, calla. —Y Lascaris tiró de él para sacarlo de allí—. El Dogo tiene otras preocupaciones que escuchar las opiniones de estos necios. ¿Qué loco desea una guerra? Ya se votó. Nuestra Serenísima debe ser neutral.

—Pero la Tierra Firme está perdida. ¿No lo ves? Si es cierto lo de Verona, y nadie dice nada —bajó la voz—, ni siquiera a nosotros los senadores, ¿qué otras tragedias no conoceremos?

—No, no está todo perdido. No si nos mantenemos firmes. El Gran Consejo decidió que la neutralidad era necesaria para salvar nuestra

independencia. Vayámonos, hoy entrar en el banco será imposible. Pero mira a esos, o mejor, no los mires, no los escuches. Hay demasiados subversivos, por ignorancia o por convicción... Esos son los que hay volver a meter al redil si queremos salvar nuestra nación. Hay que ser duros con ellos. Hay que ser implacables.

—¿No te oyes? Tú mismo, Marco, serías un honrado miembro de la Señoría. Yo votaría por ti.

—Aparta de mí ese cáliz, bastante tengo con llevar mis negocios. Además me falla la vista, aunque no la memoria. Hay muchos rumores estos días..., como los cuerpos flotando en la laguna. Seguro que no todos eran polacos o franceses. No, yo no lo haría bien en la Señoría. No es esa ambición lo que quiero, lo detesto. Pero eso no es óbice para que me sienta un buen súbdito al servicio de nuestra República.

—Bien, bien..., como todos. —Se alejaron de la plaza, de los soportales y del banco. Callejaron hasta el Gran Canal. El puente de Rialto se desplegó ante ellos, con una legión de ciudadanos subiendo y bajando por sus calles y tiendas sobre las aguas tranquilas. En los numerosos embarcaderos y muelles aguardaban góndolas, unas abiertas y otras cubiertas, barcas sencillas de pescadores, panaderos con cestas de hogazas a proa, y varias naves muy adornadas, con remeros a proa y popa mientras desde las ventanas de sus habitáculos algunas damas empolvadas y con pelucas albinas movían sus abanicos y reían, atrayendo las miradas de galanes y jóvenes enchaquetados. También había gestos ceñudos de esposas abnegadas que sacudían sábanas a pie de calle—. Esperaba que hoy pudiéramos comprobar las cuentas y..., bueno..., me preocupa lo que hemos visto.

—Pues tranquilízate. Pienso mantener la dote, y será como acordamos en el equinoccio. Mi hija Beatriz se casará con tu hijo Teófilo, y mi Antonio con tu hija pequeña, con Clara.

Al decirlo recordó el día anterior y los gritos de la bella e indefensa Casandra, sus ojos verdes, sus implorantes ojos verdes.

Rodeados de gente y negociadores, al pie de la calle ancha sobre el puente de Rialto, tres hombres vestidos de negro y con varas negras de autoridad les detuvieron.

—Deteneos, ciudadanos, ¿quién es su señoría Lascaris? —Él dio un paso adelante ante los funcionarios. De quien había hablado recibió en mano una

carta sellada. Los otros dos eran más jóvenes y más recios; parecían más dos estibadores que dos chambelanes—. Debéis acudir al Palacio Ducal. Inmediatamente.

Y casi escupiendo desprecio con su última palabra, aquel y los dos protectores les dieron la espalda y se marcharon, dejando al mercader de sal estupefacto. Lucio Contarini miraba la mano aún extendida con curiosidad.

La carta contenía el sello de la secretaría privada del Dogo.

* * *

—Por los sagrados clavos de Cristo, ¿qué querrán de mí en palacio? Con la de cosas que tengo que hacer en el almacén...

El fiel gondolero no dijo nada. Se limitó a asentir en silencio, moviendo con habilidad la pértiga en las aguas del canal. No siguieron por el Gran Canal, cerca de mediodía el tráfico allí era un imposible. El viejo Giacomo acertó por el canal de San Luca, Barcaroli y Moisé a ritmo lento y sosegado, sin importarle que otros gondoleros les adelantaran con mofa y presunción.

—Dicen que el agua alta volverá pronto.

—Y el barco de Chipre, sin llegar a puerto... —Luego se acordó de su hijo y también de su ahijado, el hijo del gondolero que sin falta ni deshonor le había llevado de un lado a otro de la Dominante y Serenísima durante casi veinte años. ¿Los gondoleros habrían oído algo más? Las noticias llegaban a Venecia por las aguas, y ellos vivían siempre sobre una embarcación, siempre remando. Quizá por eso iba tan callado, más de lo habitual. Se reprochó ser tan insensible. Tosió para aclararse la voz y para que le oyera bien.

—¿Tienes noticias de tu hijo?

—Nada desde hace dos semanas —murmuró con tristeza el gondolero. Impulsó otra vez la nave, hincando la pértiga en el fondo cenagoso del canal, entre las fachadas descascarilladas de palacios cerrados y arruinados. La ruina arquitectónica se reflejaba en las ondas que la pértiga levantaba.

* * *

El dogo Ludovico Manin esperaba a Marco. Lo recibió con urbanidad,

despidiendo con un gesto autoritario e impaciente de la mano a su leal asistente, Trevisan. Aquel miró a Mario Lascaris con desconfianza antes de cerrar la puerta de las habitaciones privadas del Serenísimo Príncipe. El Dogo parecía un hombre anciano y sin vigor, seco, apagado. Incluso su sonrisa de cordialidad parecía una mueca forzada, a pesar de la voz melodiosa e inquietante. Le invitó a sentarse en un sillón de terciopelo dorado. Él hizo lo mismo.

—Senador Marco Lascaris, seré breve. Anoche se reunió el consejo de la Señoría en urgente cometido y, tras escuchar y atender diversas propuestas de candidaturas, se votó y se consensuó. Se os ha nombrado miembro del Consejo de los Diez.

Marco, incrédulo y sorprendido, no dijo nada.

—Eso exigirá nuevos compromisos por vuestra parte. No es asunto baladí. Sois de una familia antigua, de profundas raíces aunque haga relativamente poco tiempo que vuestro apellido está en el Libro de Oro. Entraréis a formar parte del Consejo de los Diez. Tendréis voz y voto, y en vuestras manos y vuestra probada discreción confiaremos asuntos relevantes. Os noto muy callado, consejero Lascaris.

—Yo... es un honor servir a la República. Pero creo que debe de haber gente más capaz y...

—La hay —le cortó con sequedad alzando la palma de su mano derecha—, pero no creo que más honrada ni más discreta. Yo voté por vos. Nadie conoce mal ni desprestigio vuestro, sois fiel ciudadano, estáis bien considerado. Espero que aceptéis. Por vuestra valía, así se ha decidido.

—Estoy al servicio de la República, ahora y siempre.

—Giacomo Tortelli era un buen hombre. Intentad servir a Venecia tan bien como él lo hizo, o mejor.

Y se levantó, dando por terminada la conversación. Marco Lascaris hizo lo propio, y a continuación una leve reverencia. El Dogo hizo sonar una campanilla de plata y el nuevo consejero dio dos pasos hacia la puerta; entonces se detuvo, dudando un instante. Se volvió hacia él.

—Excelentísimo Príncipe, ¿es cierto lo que se rumorea en la lonja, en el banco..., por todas partes? Tengo un hijo en Verona y...

—Lo sabemos. Vuestro hijo Antonio. —El Dogo le miró intensamente. Luego suavizó un poco el gesto—. Ah, los hijos. Ahora que ya sois parte del

gobierno del Estado os puedo responder, aunque estas palabras sean aún un secreto. Sí, Verona se ha alzado en armas. Y Napoleón Bonaparte, ese corso insolente y vengativo, ni ha muerto ni ha sido derrotado, sino que ha vencido en Austria. Nos esperan tiempos difíciles, amigo mío. Tiempos en los que un hombre honesto, discreto y con ideales como vos es más necesario que nunca. Sed discreto. Ahora estáis atado a la República. Es tan difícil hallar a un hombre honrado, seguro que me entendéis. Esa es vuestra valía. No podéis negaros a servir a la Serenísima.

A la llamada del Dogo, el asistente Trevisan abrió la puerta para el nuevo consejero. Los dos guardias apostados junto a la puerta le cedieron el paso. Marco Lascaris dejó atrás las habitaciones y atravesó el largo pasillo en silencio, porque había entendido perfectamente la última frase del Dogo. «No podéis negaros.».

CAPÍTULO 3

EL BALBUCEO DE UN TONTO

VENECIA, 19 DE ABRIL. MIÉRCOLES DE PASCUA

Marco Lascaris estaba inquieto. Las reprimendas de su perseverante mujer no ayudaron a tranquilizarle y el trayecto en góndola hasta el muelle de la placeta frente al Palacio Ducal lo hizo en completo silencio, un hermetismo que el viejo gondolero no se atrevió a romper. Estaba acostumbrado a la toga negra de senador, pero Verona merodeaba por sus pensamientos una y otra vez. Entró por la Puerta de la Carta al amplio patio interior del palacio de gobierno. Alrededor de sus dos enormes brocales de bronce se juntaban grupos de senadores y de ciudadanos interesados sin duda en lo mismo que él: los asuntos de Verona. Un asistente de ceremonias se acercó a Marco en cuanto le divisó. Le seguía un hombre bajo y recio, de gesto hosco y manos callosas.

—Consejero Lascaris, os presento a Bruno. Será vuestra escolta. Velará por vuestra seguridad en tanto ostentéis el nuevo cargo.

Que en el buen gobierno de Venecia primara ante todo la lucha contra la concentración del poder individual limitaba el tiempo de duración de los mandatos de todos los cargos. El nombramiento de consejero era por un año, pero Lascaris era pesimista; no confiaba en que llegara a agotarse ese plazo. Con un gesto agradeció al asistente. Bruno lo miraba con paciente espera.

—¿Necesito un protector en nuestra propia ciudad? ¿De verdad es necesario?

—Señor consejero, es la norma. No os estorbaré. Fuera de mis propias

necesidades de dormir o comer, he de velar por vos, día y noche si se requiere, fuera de este palacio y de vuestra propia casa.

—¿Conocías bien a Giacomo Tortelli? —Bruno asintió, y se persignó con la señal de la cruz como indicación de su sentimiento de pésame—. No sabía que sufriera de salud. Siempre me pareció enérgico.

—Yo no soy médico, señor.

—No te vi en su sepelio. ¿Lo apreciabas?

—No tenía queja de él, señor. Si no asistí fue porque no pude.

—¿No pudiste?

—No me dejaron. Mis obligaciones quiero decir, señor. En todo caso, ahora os serviré a vos. Aquí os esperaré en tanto estéis reunido.

Sonaron las campanas del Campanile de San Marco, ocho veces. Se abrieron las puertas en la galería del piso superior, que daba acceso a las salas de gobierno. El consejero le agradeció tímidamente su labor. Junto a otros senadores subió la escalera de los gigantes, flanqueada por las enormes estatuas marmóreas de Marte y Neptuno, dirigiéndose a uno y otro lado a los senadores, que le reconocían y saludaban. Ninguno conocía su nuevo cargo. Se preguntaba qué cambiaría en su relación con ellos. Todo el mundo temía al Consejo de los Diez, cuyo poder se extendía por todos los resortes del Estado, por toda la ciudad, por toda la República, incluso alrededor del Dogo. Un gran poder se pondría en sus manos, y actuara como actuase, siempre habría opositores a sus decisiones, abiertamente o en las sombras de la noche. Claro que había entendido las palabras de Bruno, perfectamente. El propio Estado desconfiaba del Estado; el propio Estado se vigilaba a sí mismo. La misión de Bruno también era vigilarle, día y noche, y dar cuenta a quien correspondiera. A cualquiera de las comisiones del Senado; a petición de informes sobre él solicitados por la Señoría; a investigaciones de la abogacía; a una expresa orden de los inquisidores del Estado, no fuera que hubiesen nombrado a alguien que, a pesar del voto favorable del Dogo, fuera contraproducente a la República. Incluso el Dogo, la cabeza visible de la República, estaba sometido al escrutinio del Gran Consejo y de los inquisidores.

* * *

Reunión del Senado. Tercera planta del Palacio Ducal

Verona estaba en boca de todos. A la convocatoria habían acudido trescientos diez miembros, entre participantes de la Señoría, los diversos comités, proveedores, miembros de la Quarantía y los abogados del Estado. La amplia sala reverberaba ecos entre el suelo de terrazo veneciano y el magnífico techo cubierto de molduras doradas, marcos y volutas labradas de madera noble y escenas grandilocuentes del pasado glorioso y alegorías de la Serenísima. En el Senado tocaba discutir las directrices políticas a seguir, y entre ellas estaban las deliberaciones concernientes a las declaraciones de guerra. En el centro del techo, los Tintoretto habían representado el triunfo de Venecia, con su alegoría de reina coronada entre la nubes, rodeada por los dioses del Olimpo, dotada de cetro y corona, recibiendo la adoración de tritones y nereidas. Marco lo miró, sintiendo calor bajo su toga negra, la peluca blanca y el gorro. Sonó el reloj horario de aguja única de la pared a la derecha del estrado. El reloj zodiacal al otro lado del acceso lateral a la sala marcaba la transición entre Aries y Tauro con su aguja de oro. Los principales miembros tomaron asiento en el coro perimetral, los demás en los bancos paralelos colocados al efecto. Llegó el Dogo y la Señoría, formada por sus seis consejeros vestidos con túnica y gorro rojos, se puso en pie. Subieron todos al estrado. El Dogo se colocó en su trono. Le siguieron los diez sabios y los diez consejeros, tres con sus túnicas escarlatas. Eran los temidos inquisidores. Los otros siete, con sus túnicas negras, les seguían, y el último era Marco Lascaris. Subir los siete peldaños del estrado era inquietante. No era lo mismo estar en raso con todos los demás senadores que allí arriba, siete escalones por encima de todos ellos. Un número importante, el siete, se dijo a sí mismo para tranquilizarse, unión del tres, símbolo del cielo, y del cuatro, símbolo de la tierra. Sobre el trono ducal, Cristo muerto era adorado por varios de los dogos en una elaborada pintura. El chambelán dio un golpe con su bastón de mando. Los veintisiete miembros del estrado se sentaron; después lo hicieron los demás senadores, abajo, en el coro y en los bancos. La vacante del inquisidor fallecido había sido ocupada por Augustin Barbarigo, cuya expresión exultante daba muestra de su ambición escarlata. Marco estaba en el asiento ocupado hasta ese momento por Barbarigo. Los escribanos y secretarios ya estaban preparados en sus anónimos escaños, dispuestos a apuntar para los archivos todo cuanto sucediera.

Desde su asiento, Lascaris sintió el peso del cargo. Estaba orgulloso a la vez que inquieto. En la noche insomne que había precedido esa mañana había buscado algún consuelo en la lectura de la Biblia, pero la única frase que se repetía a sí mismo una y otra vez procedía del pasaje de las tentaciones de san Mateo. El diablo había hablado a Jesús, tentándolo en el desierto. «Todo esto te daré, si postrándote me adoras.» Los acantos tallados en los reposabrazos de los asientos le parecieron rostros ciegos de sapos con bocas burlonas que acaso se mofaban de él.

—Serenísimo Príncipe. Consejeros. Caballeros. Miembros del Senado —comenzó Augustin Barbarigo, con voz potente. Se mesó la barba negra bien cortada que daba a su rostro redondo y compacto un aspecto intimidante—. En catorce siglos de República no se escucharon jamás palabras más insolentes en Venecia que las pronunciadas por el edecán Junot el domingo pasado, Domingo de Pascua, ante el Gran Consejo. Insultó a nuestras tradiciones, anteponiendo sus impertinencias y las de su señor Bonaparte a las obligaciones del santo día y sus celebraciones eucarísticas. Nos amenazó con la guerra si no aceptábamos reunirnos a escuchar la lectura de su carta. Su arrogancia era infame... ¿Es así la juventud en Francia, que no respeta a sus mayores? Nos insultó, acusándonos de romper la neutralidad pactada, y exigió el desarme y la desmovilización de nuestras tropas en Tierra Firme. No oyó o no quiso oír nuestra respuesta. Este Senado ha emitido repetidos edictos para defender con vigor la neutralidad de nuestra nación. Hemos recibido bien a nuestros amigos franceses, hemos aportado víveres y sostén a sus tropas cuando se ha pedido. Esos movimientos espontáneos del pueblo están dirigidos únicamente contra los rebeldes de nuestra nación, que en su necesidad obligan a armar contra ellos a parte de nuestras tropas y que no ven que cada nuevo lazo de amistad con Francia en estos últimos once meses aleja la tragedia de una guerra en la laguna. Por culpa de esos facinerosos y pérfidos traidores, toda nuestra buena fe y nuestros continuos actos, con sus irrefutables pruebas que invalidan esas acusaciones atroces escupidas por el edecán Junot, no son suficientes para convencerlo de que Venecia ama la paz.

—¿Acaso han llegado noticias de los dos embajadores enviados ante Bonaparte? —preguntó Eresto Loredan desde su asiento bajo el reloj zodiacal.

—No.

—Por favor. Nuestra República posee la mejor red de postas y

diplomáticos de Europa. Es la norma que los embajadores remitan informes diarios de su actividad. Hoy es miércoles. ¿No han llegado noticias de Francesco Doná y Leonardo Giustiniani en casi tres días? Entre nosotros están los sabios de Tierra Firme. ¿Cómo es posible esa dilación en los correos? Que lo expliquen. —Una veintena de voces murmuraron en voz alta que eso debía explicarse—. O quizás haya que creer los rumores que hay sobre Verona.

El Dogo alzó una mano. Se hizo silencio. Barbarigo respondió.

—Hay quienes fabulan cuando no conocen lo que no deben conocer. Me pregunto por qué algunos senadores prefieren obsesionarse por rumores sobre razones ocultas, sobre ambiciones egoístas, en vez de creer a sus pares. Sobre una confabulación, sobre una conspiración de abnegados y siniestros funcionarios, en vez de la verdad. ¿No será mejor explicación que los rebeldes han interceptado las postas, desbandado a los mensajeros o, a lo peor, han matado a los dos emisarios?

Algunos gruñeron y replicaron, pero un coro aún mayor de voces asintió a aquellas palabras razonables. El nuevo inquisidor siguió hablando, con mayor vehemencia.

—Es cometido del Estado defenderse de quienes osen quebrantar sus principios, desgastar sus pilares. Por mi parte, haré cuanto pueda por defender nuestra nación de todo subversivo que la amenace. Como hizo mi predecesor. Porque no seamos ciegos, no es necesario ir a Tierra Firme para encontrar a intrigantes contra la Serenísima y Dominante: están aquí, en la laguna, entre nuestros ciudadanos, entre nosotros. No importa dónde. En nombre de la paz, de la justicia y de la República, los encontraremos, Dios mediante. Y toda la fuerza del Estado caerá sobre ellos.

Al estruendoso aplauso que siguió se unieron voces discrepantes, que pedían explicaciones sobre Verona. La respuesta fue que bajo el juramento realizado a la cámara, los rumores no debían trascender porque aún se esperaban informes para confirmar o desmentir las noticias que llegaban.

—Como si las preocupaciones y rumores no corrieran más veloces que un rayo —suspiró Lascaris, revolviéndose incómodo en su asiento.

En cuanto se dio por finalizada la sesión del Senado, el Dogo y la Señoría dejaron el escaño, igual que el resto de sabios y consejeros. Marco Lascaris descendió del estrado y muchos se acercaron reverentemente a felicitarle por

su nombramiento. El más asombrado de todos era Lucio Contarini. Estaba henchido de satisfacción al saberse futuro consuegro de alguien tan próximo ahora al Dogo y a la Señoría. Lo vio, estaba seguro de ello, pero no pudo saludarlo en persona. Un asistente se acercó al consejero Lascaris, humilló la cabeza para hablarle e indicarle que no se retrasara, que los demás consejeros ya habían salido al pasillo y que se había convocado al Consejo de los Diez inmediatamente. Lascaris lo miró desconcertado y se excusó ante los senadores que lo rodeaban. Luego se apartaron.

—Seremos consuegros. Pronto —pregonaba Contarini con su cara alargada y sonriente.

El asistente acompañó a Lascaris a la Sala de las Cuatro Puertas por una puerta diferente a la de los otros senadores. Mientras los senadores descendían por la Escalera de Oro, el asistente abrió uno de los portones de la antecámara y entraron en los pasillos privados del Consejo. Sobre el portón, un rótulo en el dintel indicaba «Consejo de los Diez». Cerró el portón tras ellos. Atravesaron un estrecho y corto pasillo forrado de madera y con bancos a lo largo de las paredes donde varios hombres esperaban. Bajaron la cabeza al suelo para no verle; se preguntó por qué. El pasillo desembocó directamente en la Sala del Consejo de los Diez. El estrado semicircular ya estaba al completo. Los consejeros y los inquisidores debatían sobre qué intenciones tendría Ernesto Loredan al provocar así al inquisidor Barbarigo y si merecía una atención especial sobre su persona. Uno de los abogados del Estado también estaba presente junto a los secretarios. La sala era grande y estaba tapizada con paneles de madera noble a media altura. Bellas pinturas decoraban las paredes y el techo. Tres secretarios dispuestos a un lado con sus mesas ordenaban documentación y preparaban pliegos en blanco para levantar acta de la asamblea. Casi quinientos años de institución habían colmado salas, buhardillas y sótanos de palacio con innumerables tomos de hojas cosidas llenas de procesos y deliberaciones, comunicaciones de agentes y confesiones, muchas confesiones. Varios incendios en el palacio a lo largo de su construcción habían destruido una parte de los archivos; aun así, lo que se conservaba era muy considerable. Quien era alguien en Venecia tenía su propio expediente. Marco Lascaris se preguntó qué pondría en el suyo. Allí se decidían destierros y sentencias ejemplares, a prisión o a muerte. Muchos debían ser los secretos contenidos en aquellas paredes.

Los asistentes cerraron las puertas y se sentaron enfrente de los secretarios. Arriba, en el estrado, todos esperaban las primeras palabras de Lascaris y lo miraban con intensidad. Algunos, de casas venerables, con el desprecio de quienes lo consideraban de una familia inferior a las suyas. Otros, con la desconfianza de quienes han vivido mucho, han ordenado también mucho y no admiten fácilmente a un extraño en su círculo de poder. Todos superaban la sexta década de existencia, salvo Barbarigo por cinco años. Algunos senadores envidiosos decían que ese pelo oscuro no era de color natural, que se teñía como las prostitutas. Decían esos mismos senadores que ahora que era inquisidor no habría forma de reprochárselo y que quizás habría una nueva moda de teñido entre los augustos senadores.

El mercader de sal no había pensado en discurso alguno. Bien, se dijo, agradece al Serenísimo Príncipe y a los electores, y ofrece tu experiencia y saber hacer...

Respiró hondo. Hizo amago de levantarse, pero Barbarigo le cortó el gesto hablando antes que él.

—Serenísimo Príncipe. Con la venia. —El Dogo asintió levemente—. Un nuevo consejero se ha unido a nosotros. Consejero Marco Lascaris, sed bienvenido. —Bien, pensó aliviado el mercader, el recibimiento no había sido tan horrible—. Dicen que sois honesto... Yo no lo creo. Y lo primero es no tener al lobo dentro del redil. Sed sincero —exigió Augustin Barbarigo elevando la voz y confirmando con una mirada rápida que tanto el abogado como uno de los secretarios escribían todo en el acta—. ¿Es vuestro hijo un amigo de los franceses?

Lascaris se levantó para responderle.

—Lo que oigo me... me indigna. Mi hijo Antonio es fiel hijo de la Serenísima.

—No mintáis, Lascaris. Sabemos de él. No subestiméis nuestro cometido: saber todo de todos para salvaguardar la República. Y sabemos que se junta con gente indeseable del Campo de San Polo. Aún estamos indagando...

—Yo respondo por la honorabilidad de mi hijo.

—Tomamos nota de vuestra palabra. Sin embargo, lo habéis alejado de Venecia; está en Verona... Os pregunto por qué razón. Pero la razón verdadera, que ya sabemos que tenéis allí una delegación de vuestros negocios, así que no digáis que por vuestros asuntos comerciales. No creemos que sea esa la razón.

No ha ido allí en muchos años, el informe de que disponemos dice concretamente que vuestro hijo no ha estado allí desde hace ocho años, cuando os acompañó en uno de vuestros viajes. Ahora, hace varias semanas, lo enviasteis allí. Y nos preguntamos si tiene relación con los incidentes que sacuden Verona estos días.

Uno de los ancianos consejeros de negro, a izquierda del Dogo, intervino con un aire paternal, con una voz suave pero engañosa.

—Inquietantes noticias las que están llegando desde Verona... Por supuesto, señor Marco, sabéis que todo lo que aquí se hable es secreto de Estado. Y que la pena por la revelación de secretos de Estado es la muerte. Tened por seguro que lo que digáis no saldrá de esta sala... Bien. Sabed, señor Marco, que se están haciendo listas..., digamos que de gentes poco afines. Gentes que van contra el Estado. Debéis colaborar. ¿Entendéis lo que se os pide? ¿Tenéis a alguien a quien señalar?

En su asiento, el mercader se había quedado mudo de asombro y de desconcierto. El inquisidor volvió a tomar la palabra.

—Ahora pertenecéis a este consejo escogido. Ahora no sois ciudadano ni miembro del Gran Consejo. Sois la mano fuerte del Estado, y la mano obedece. ¡Decidnos nombres!

Toses. El mercader alzó la mano como disculpa mientras tosía. Carraspeó. Se recompuso. Se irguió, mostrando un semblante forzado más sereno.

—Disculpadme. Pero... entonces, ¿es este el procedimiento?

—Contadnos, estamos atentos. ¿De quién sospecháis?

—Pero... sin certeza, sin pruebas..., no sería justo acusar a nadie.

—«Quien quiera vivir entre justos, que viva en el desierto.» Lucio Anneo Séneca. ¡Nombres!

—Mi memoria no es muy buena...

—Eso no es cierto. Quienes os tratan lo dicen: os jactáis de vuestra buena memoria.

—¿También eso está en un informe? Ya. Será este calor, me trastorna, ¿no lo notáis, bajo estas togas? Pero tendréis vuestra lista. —Miró al Dogo. Aquel asintió, y Lascaris supuso que podría sentarse. Así lo hizo. Notó que su pierna derecha temblaba.

—Apuntadlo —exigió Barbarigo al secretario escribano.

El comercio de sal era importante para Venecia. Las salinas de la laguna y de Dalmacia eran muy codiciadas. En tiempos de necesidad la sal era tan valiosa como el oro, y como el oro de los orfebres, daba buenos ingresos a la hacienda estatal. Un mercader de sal estaba acostumbrado a tratar con mucha gente, no solo banqueros y patricios: también carniceros, pescadores, salineros, intermediarios, chambelanes, estibadores. Cada vez que un barco mercante veneciano se hacía a la mar a realizar sus rutas comerciales regresaba con sal acopiada en los cascos de las naves como lastre. De ahí iba a los almacenes de sal del Estado. El mercader trataba con secretarios burlones, con probos contables, con despreciables bedeles, con lentos empleados, con inaccesibles guardias eslavos. Tratando a diario con tantas personas, Marco Lascaris era muy capaz de entender lo que no se decía.

Sabían que mentía, y que él sabía que lo sabían. Pensó en su hijo. Se palpó ligeramente la frente con las yemas de los dedos. Halló sudor en ella.

El Dogo habló.

—Excelentes señores, hablemos sobre el tema que nos concierne hoy. Junot.

Un segundo inquisidor intervino.

—Su declaración exigiendo la retirada de nuestras tropas de Tierra Firme permite interpretaciones inquietantes. Hay franceses entre nosotros. ¿Son de fiar Francesco Doná y Leonardo Giustiniani, los emisarios? ¿No serán tentados por alguna oferta? Además, los eslavos están inquietos. Su capitán me transmite desde el Arsenal que no han cobrado.

—Que se refuerce la vigilancia del Arsenal —ordenó el Dogo—. Que los agentes anoten en las tabernas los nombres de esos descontentos.

—¿Debemos controlar la *Gazzetta* y los otros folletos? —preguntó el abogado—. Que no cunda el pánico entre el pueblo es algo esencial.

—Y también controlar el banco y a los prestamistas, que no se saque dinero fuera de la laguna —opinó Barbarigo, con murmullos favorables—. Sobre todo el dinero de los extranjeros, que será el primero en retirarse si se extiende el miedo.

—Se vota.

—Se aprueba.

El viejo consejero paternalista habló también.

—Revisaremos las imprentas. Y que los agentes no olviden las librerías.

Sabemos que son centros subversivos. Fuera de la Biblia, no hay libro libre de sospecha.

—Sí, en busca de libros prohibidos e infamantes, que circulan sin control. Lo dicen los informes. Muchos provienen de Francia.

—¡Precisamente!

—Hay un nuevo comisario en la delegación francesa llamado Villetard. Es un hombre sospechoso. Estuvo en Génova promoviendo el descontento entre el pueblo. Es un intrigante. El viejo Lallemand parece que tiene los días contados.

—Hay que vigilarle —dijo otro consejero, de nariz grande y curvada como un cuervo—. A los recién llegados hay que vigilarlos a todos.

Y todos miraron a Lascaris con sonrisas burlonas y condescendientes. No le faltaron a lo largo de las tres horas siguientes. El abogado presentó las cartas de las delaciones que habían sido seleccionadas como relevantes. Se leyeron en voz alta las acusaciones. Había denuncias contra actrices impropriadamente vestidas; contra contrabandistas de sal; contra quien se jactaba de burlar guardianes y acceder a conventos para yacer con novicias; contra quienes de noche cruzaban la laguna sin identificarse con el farol reglamentario; contra quienes apagaban por impiedad las velas de las *madonnas* colocadas sobre los postes de paso en los canales; contra quienes atentaban contra la moral al hacer de las iglesias lugar de contubernio; contra quien murmuraba contra el consejo en los casinos públicos... La lista de delaciones parecía interminable. Se leyeron los interrogatorios practicados a algunos de los acusados, como varios hombres empleados en residencias de muchachas con galanterías llevadas demasiado lejos; también los realizados contra confesores que habían abusado de sus penitentes; contra tutores que habían seducido a sus pupilas, a veces con violencia; contra maestros convictos de pederastia con sus alumnos. También se presentaron advertencias contra quienes habían hablado con extranjeros, haciéndose así sospechosos de traición, y también contra quienes se presumía traficaban con armas. No faltaban listas de faltas contra los habitantes de Tierra Firme que no dejaban de quejarse cuando se les sustraía grano y recaudación para cumplir con las exigencias del compromiso de neutralidad para con los franceses. Marco Lascaris se dio cuenta de cuánto controlaba el Consejo. ¿A eso se dedicaba en cada sesión diaria, día tras día, semanas, meses, años, a escudriñar todo y a

todos? Sintió un escalofrío. Sus archivos secretos debían de ser inmensos. ¿Cabría entre tanto folio y tanta declaración, entre tanta malicia humana, una auténtica justicia? Se leyeron las declaraciones de algunos espías, que aclararon dudas sobre algunos casos. Se votaron algunos de estos, aunque pocos alcanzaron el consenso de las cinco votaciones por mayoría estipuladas para imponer la pena. De la mayoría se dictó la prórroga de las indagaciones y se dieron nuevas órdenes a los invisibles agentes que todo lo anotaban en las calles.

Y con esas prórrogas todo se eternizaba para los acusados detenidos. Se quería conocer el detalle, desmenuzar los hechos. Se conocían historias espeluznantes de personas que entraban jóvenes invitadas por el tribunal para aclarar un asunto trivial y no volvía a saberse de ellas en años, cuando al final, canosas y envejecidas, con todos sus familiares ya fallecidos de ancianidad o de pena, eran soltadas sin saberse nunca si fue por cumplimiento de una pena o por el fin de las meticulosas, pacientes e interminables indagaciones. Otros acusados dejaban de existir. Desaparecían de un día para otro. La gente murmuraba, y cualquier rumor daba pie a callar y a levantar el dedo índice hacia el cielo: desde lo más alto había sido objeto de las atenciones de los inquisidores. Desdichado de él y de quienes quisieran conocer más. Era mejor no preguntar. Que la vida siguiera. Como fuera. Porque todos estaban vigilados.

* * *

Por fin terminó la sesión. Aparte de escuchar y votar, Lascaris no se atrevió a decir ni una palabra. Los asistentes se levantaron y se marcharon, pero antes Augustin Barbarigo lo llevó aparte. Los otros dos inquisidores y el Dogo los miraron antes de salir.

—No invoquéis justicia, porque la justicia somos nosotros. Esa es la carga de este puesto. Y mayor aún la de los inquisidores. Son tiempos difíciles. La muerte de Tortelli ha sido una tragedia... Vos estáis aquí porque yo he ocupado su lugar y vos el mío. Pero no me fió de vos. Yo no os voté, y la elección por vos que hizo el Dogo me pareció irregular. ¡Tan irregular como su propia elección, años atrás! Y si sois de fiar o no, tendréis que demostrarlo.

—Demostrad vos lo mismo. Qué afortunado sois, señor inquisidor. Os

favoreció que Tortelli se muriera.

—¡A vos también! Cuidado con lo que decís. Pero los dos lo sabemos. Hay mil ojos, mil orejas en palacio, en la ciudad. Los Tres vigilan a los Diez, los Diez a los Tres, los abogados a los Diez, el Senado al Dogo, los sabios a los consejeros... Todo son intrigas. Os daré un consejo o una advertencia, tomadlo como queráis. Tortelli era un anciano, un servidor fiel a la República. Nadie está a salvo de envidias, pero ¡acabar con un inquisidor! Eso es terrible. Si no se castiga un crimen así, nuestro aparato estatal se derrumbará. Nadie temerá al Estado. Se hallará un culpable y será un escarmiento para subversivos, que los hay. —El mercader se quedó estupefacto con la revelación y Barbarigo mostró su sonrisa feroz—. Ah, ¿no os dijo nada el Dogo cuando hablasteis con él? Tortelli no murió de manera natural.

—Cielo santo, ¿pero hay sospechas?

—Las hay. Se descubrirá al asesino. Y a los incitadores del asesino, que son más peligrosos. No durmáis por la noche. No confiéis en nadie. Y recordad: todos estamos vigilados.

—Claro, claro... Pobre hombre, pobre hombre... —Así que en el Consejo se sabía. Y entre algunos senadores también, eso parecía seguro. Por eso no acudió casi nadie a su funeral—. ¿Y cómo se descubrió todo, dónde sucedió, si puedo preguntar?

¿Quién, cómo, por qué, dónde? Barbarigo, callado, meneó la cabeza. Lascaris soportó la mirada burlona del inquisidor, que alzó el índice hacia el techo y se encogió de hombros.

—No preguntéis tanto.

Prudente, agradeció a Barbarigo su sinceridad con un balbuceo, acordándose de una cita del emperador romano Claudio, murmurada mil setecientos años atrás: «Mejor que me tomen por tonto. Antes tonto que muerto».

CAPÍTULO 4

EL EXTRANJERO

—Bruno, ¿sabes cómo murió?

—No, consejero.

Las palomas volaron sobre la plaza, desde los soportales hasta lo alto de la torre de ladrillo rojo del Campanile. Se acercaba la hora de comer. Algunos comerciantes vendían espejos en los bajos de la Mercería. Había uno grande y alto, con un marco de barnices viejos y olorosos, impresionante a pesar de que el cristal había perdido lustre y la imagen se mostraba algo deformada. Se contempló; a un lado estaba Bruno, una burla de hombre deformado por una imperfección del espejo. Dio un paso a un lado. La imagen deformada era entonces la suya.

—¿No estabas con él?

—No, consejero. Si hubiera estado, no habría... muerto.

—¿Corro peligro?

—No..., consejero.

El mercader de sal le miró con aprensión desde el espejo. Prosiguieron hacia el muelle de la Erbería. Se preguntó entonces dónde ocurrió. ¿En su casa? No. Fuera de ella entonces. Pero, ¿y qué le importaba a él? Vio a Giacomo en el muelle, saludándolo. Detuvo a Bruno.

Se había imaginado a su hija Beatriz, hermosa, joven, brava, vestida de luto y llorándole en un funeral.

—Tenemos que volver.

Si Bruno se molestó no lo manifestó. A Marco Lascaris, con su túnica negra de consejero y senador, le pareció que su orgulloso ropaje olía de

pronto a mortaja. Se preguntaba por las palabras de Barbarigo, por el silencio del Dogo, por su elección. Por la callada publicidad del hecho real. Se preguntaba qué le pasó a Tortelli y por qué; no deseaba que le sucediera lo mismo.

Bruno se quedó esperándolo de nuevo junto a los soportales del patio interior del Palacio Ducal. Algunos venecianos visitaban a encarcelados en las prisiones. Unos serían parientes, otros serían abogados, procuradores, secretarios o simples mensajeros. Les acompañaba uno de los guardias con su anodina librea de palacio, negra y gris. Marco subió las escaleras hacia las salas de gobierno, hacia la Escalera de Oro, hacia la Sala de las Cuatro Puertas, hacia la sala del Consejo. Encontró a uno de los seis vetustos secretarios, funcionarios que habían jurado servir al Estado de por vida con la mayor de la honra y de los silencios. Lascaris quiso hablar con él. Lo llevó a unos pasillos estrechos, donde se ocultaban los despachos de trabajo bajo los huecos de unas escaleras que subían.

—¿A dónde?

—A las cámaras de los Plomos.

Le dijeron de mala gana que ellos habían encontrado el cuerpo de Tortelli en uno de los despachos a primera hora de la mañana del Lunes Santo. Uno de los seis secretarios había sido reemplazado.

—Me sacaron del archivo secreto para servir aquí. Una sustitución.

—Y ese a quien sustituyes, ¿dónde está?

Nadie lo sabía. Palidecieron como si no quisieran conocer la verdad.

—Decidme al menos qué visteis.

—Dos guardias del Dogo se llevaron el cuerpo cubierto por una sábana. Pero Mateo... —balbuceó otro de los secretarios. Se mordió la lengua, tras haber revelado el nombre de quien ya no estaba con ellos, el que había descubierto el cuerpo y los había avisado después. Miró al consejero. ¿Quién podría callar ante el Tribunal de los Diez?— nos lo contó antes de su sustitución. Estaba amoratado, derrumbado en el suelo. Yo... le cerré los ojos al señor Giacomo antes de cubrirlo con la sábana. Ya nos preguntaron, consejero. No sabemos.

—Entiendo. —Eso quería decir que había una investigación en curso de la que tampoco le habían revelado nada.

—Somos gente digna y no tenemos nada que ocultar —se apresuró a decir

un tercero. Los demás asintieron, como ansiosos por convencerlo de que así era—. En la investigación se sigue la ley, como debe ser. Esperamos haber sido de ayuda.

Y la ley, recordó con claridad el consejero Lascaris al bajar las escaleras del palacio, especificaba qué hacer si acontecía una muerte violenta. El comisario encargaba una investigación. Se preguntaba a parientes y amigos. Se buscaban testigos, se consultaba a agentes y a infiltrados. Pero lo principal era que se designaba a un médico para examinar el cuerpo, alguien con experiencia en asuntos criminales que pudiera discernir una muerte violenta de una natural, realizar una autopsia y ofrecer alguna pista, redactando un informe que podía ser concluyente para el tribunal. Hizo una última pregunta a los secretarios antes de despedirlos.

—¿Qué físico examinó el cuerpo de Tortelli?

Y había obtenido una respuesta. Dónde vivía. Y que ellos supieran aún no había entregado el informe de la autopsia.

* * *

El físico vivía muy cerca del Palacio Ducal, al otro de la plaza. Marco Lascaris golpeó la aldaba en forma de león. Detrás quedó Bruno, atento a todo y a todos desde la sombra de una de las columnas de la galería. El mercader entendía que el hallazgo del cuerpo debió ser demoledor en el palacio, y que buscaron a un médico con rapidez. Quizá pensaron que era un ataque al corazón y esperaban que estuviera inconsciente, y no muerto. Pero si tenían tanta urgencia, había un médico más próximo, el médico personal del Dogo, que residía en el mismo palacio. Así que ese era otro detalle del asunto que se escapaba.

La criada le abrió la puerta: el físico no estaba.

—Volveré mañana. —Y no lo pretendió, pero al parecer la criada se sintió amenazada... ¿Quién sino alguien del temido tribunal llegaría ante la casa con tanta exigencia? Y protegido. La criada balbuceó de prisa, prometió que daría aviso a su señor en cuanto regresara y le dijo que no tuviese en cuenta la demora, que su señor era un médico muy respetado, buen cristiano, generoso y amable. Y entre promesas y más palabrería, cerró la puerta.

Marco Lascaris se quedó sorprendido del temor reverente de la criada.

Bruno, con las manos cruzadas, no se inmutó cuando lo miró.

* * *

La góndola se cruzó con otras en el canal de regreso a su morada. El sol se ponía en la Serenísima y las leves ondas en el agua reflejaban oro, ocultando las miserias bajo ellas. Marco regresaba con varios libros en su regazo, con la mirada perdida tras el día agotador y con la mente llena de preguntas. Los libros los había buscado en la Biblioteca Marciana, donde Tiresias, sorprendido, le había emplazado a acudir y hablar con más calma. El casco afilado de la góndola negra hendía la superficie acuática. Giacomo maniobraba con habilidad alrededor de cada curva y contracurva de la fórcola, con la experiencia de toda una vida. También él pensaba.

—¿Qué pasa en Verona, señor?

Pero no obtuvo respuesta del mercader. Las manos fibrosas de venas azuladas y marcadas apretaron la pértiga con más fuerza mientras dirigía su rostro endurecido hacia la luna que ya asomaba, temiendo lo peor para su hijo.

Las palabras del gondolero no fueron escuchadas. Marco Lascaris seguía pensando una y otra vez en los acontecimientos de los días precedentes a la muerte de Tortelli el inquisidor. Si se le vio vivo en la reunión del sábado por la tarde en la que Junot ofendió a todo el Gran Consejo con su arrogancia y se le enterró el Lunes Santo, ¿qué sucedió en ese día y medio? ¿En qué momento murió?

Y la pregunta más inquietante era quién se atrevería a matar a un inquisidor y por qué, sabiendo como era conocido por todos que atentar contra el tribunal suponía una condena inmediata, una sentencia de ejecución.

Se preguntó también por qué el Dogo no le dijo nada y por qué Barbarigo se lo reveló. Suspiró, tamborileando sobre el cuero de las tapas de los viejos libros que pesaban sobre sus rodillas. Tanto tiempo esperando un reconocimiento y llegaba en mal momento, con todo revuelto, con la amenaza de Francia y con el lastre de un muerto.

Resopló por segunda vez, cansado e inquieto.

Llegó a casa y cenó apenas un bocado, soportando los reproches de su mujer por no haber enviado en todo el día ni un solo mensaje sobre su tardanza. A la hora de dormir, no negó un beso a su esposa, a la que quería a

pesar de todo; ni a su hija mayor, ni a la pequeña Ana, ya dormida. Tomó el candelabro y se encerró en su gabinete para intentar adelantar parte de los asuntos pendientes que su nueva vida pública había demorado. Abrió su libro de contabilidad. Vio el puñado de notas atravesadas con un clavo sobre su mesa y comenzó a actualizar las anotaciones contables de sus agentes con los debes y haberes, compras y ventas de bienes y de sal. El sueño le vencía y deseaba acostarse sin que Ana se despertara.

* * *

El extranjero cerró los ojos y aspiró el aire del anochecer que circulaba por los canales mientras se relajaba con los brazos sobre la borda de la góndola que lo llevaba a la legación francesa. Estaba sorprendido. En París le habían dicho que los canales exhalaban pestilencias, que las aguas estancadas hedían de peces podridos. Eso no era cierto. Quizá si hubiera sido una auténtica laguna... Pero estaba abierta al mar, a las corrientes y a las mareas, que entraban y salían de la ciudad renovando el agua con cada bajamar y pleamar. De tanto en tanto, en las esquinas de las casas se veían faroles. La propia góndola llevaba uno. El gondolero cruzó bajo Rialto. Edme Joseph Villetard estaba impresionado por la vieja ciudad a la puesta de sol. Sí, era increíble que siguiera en pie. El aire marino decoloraba los frescos de las fachadas palaciegas, arrebatándoles el color, y descascarillaba los encalados de las casas, impregnándolas de sal. El agua lamía y derruía escalones de mármol e incluso de granito, debilitaba mamposterías y enmohecía ladrillos y jambas. Los asentamientos del terreno cenagoso de la laguna desnivelaban calles y hundían edificios enteros, poco a poco, en el agua oscura. En algunos vetustos palacios era frecuente que el agua lamiera los suelos de la planta baja, y todo se agravaba con la pleamar. Era una ciudad vieja, una ciudad que vivía para el placer, para los vicios, para sí misma, para el carnaval que todo lo asfixiaba durante seis meses al año, para la usura de sus bancos. Era una ciudad cerrada a los foráneos. Se lo había dicho Lallemand en cuanto llegó: los patricios y los nobles miembros del Senado y del Consejo no podían hablar con ningún extranjero sin ser acusados de traición. También le había dicho otra cosa.

—Cualquiera puede ser un delator.

Lo había visto en la Tierra Firme veneciana. En cuanto llegaba gente

desconocida, los lugareños enmudecían temiendo lo peor y cuchicheaban entre ellos señalando al cielo con el índice. Sí, conocía la advertencia. Todos estaban vigilados. En Venecia el sentimiento de opresión había aumentado. Tanta vida disipada no era gratuita. En cada casino había un funcionario encargado de tomar nota de todo. En cada café, un agente encubierto. En cada prostíbulo, risas pagadas por los inquisidores. En cada reunión, un testigo mudo. En cada esquina con mendigo, un posible delator por unas monedas. Llevaba muy poco en la capital marítima. A pesar de tanto teatro y tanta maravilla arquitectónica no se dejó engañar. Era joven, pero a sus veintiséis años había vivido lo suficiente. Cada edificio público era un vigía del Estado controlando a los ciudadanos. La oligarquía que gobernaba la ciudad debía desaparecer.

Había otras góndolas por los canales. Villetard creyó a pies juntillas lo tercero que le reveló Lallemand.

—Te seguirán, como siguen y vigilan a cada miembro de las delegaciones extranjeras. Nunca vayas solo.

Un criado lo acompañaba. En cuanto llegaron a la vista del Palacio Foscari realizó una petición al gondolero.

—Llévame al canal Orfano. Quiero verlo.

—Señor, de noche, no. Está en la isla de Poveglía... ¡Nos maldecirán los espíritus de los muertos! Y además está prohibido acercarse.

—¿Quién lo prohíbe?

El gondolero señaló hacia arriba. «Así se muestra el horror de este gobierno», pensó el francés.

Desembarcaron y caminaron hacia la embajada. Con la última luz se cruzaron con un miembro de túnica y gorro negros, portando gruesos libros entre sus brazos y absorto en sus pensamientos, con la mirada gacha y pasos rápidos. Parecía un conspirador; parecía un corrupto. En ese momento intercambió una breve mirada con Villetard. Había miedo en sus ojos. Ni los senadores estaban a salvo de sufrirlo.

Llegaron a salvo a la embajada. Tras la cena y una breve conversación con Lallemand, se encerró en sus habitaciones más que convencido de que el viejo secretario no era la persona adecuada para los tiempos bizantinos que se avecinaban. Se sirvió vino en un copa de vidrio de Murano, un buen Burdeos. Tomó un pliego y preparó la pluma para redactar su informe diario.

Al general Napoleón Bonaparte.

Cada día que pasa me reafirmo más en mis intuiciones. Me esperaba a alguien con vitalidad, inquisitivo, inquieto. En cambio, me he encontrado con un respetable anciano rodeado de su familia bien acomodada en un confortable palacio donde no les falta de nada, cultivando virtudes domésticas y compartiendo cotilleos pueriles, mostrándose como lo que es. Quizás años atrás no lo fuera, pero no veo más que a un anciano débil de carácter, cansado e inactivo ya por su avanzada edad e incapaz de dirigir convenientemente los asuntos de la legación.

Edme Joseph se detuvo. Paladeó el vino, contemplando los reflejos de la lámpara en las aristas de la copa, y sonrió. La vida ofrecía múltiples facetas para quien sabía descubrirlas. Era joven, era ambicioso, tenía planes y los tenía muy claros.

CAPÍTULO 5

PRISIONERO

VENECIA, 20 DE ABRIL. JUEVES SANTO

El consejero despertó súbitamente al oír el canto de un gallo. Sentía la boca pastosa y los ojos legañosos. Un hilo de baba había caído sobre el libro de cuentas. Su última anotación estaba incompleta y era casi ilegible, con unas letras arrastradas y desniveladas hasta el rayón final. A un lado, había otros dos libros abiertos. Debió de quedarse dormido a mitad de la noche. Se estiró con dolor en la espalda por la silla incómoda tras horas en la misma postura. Oyó el gallo otra vez. Había luz, era de día. La vejiga le apretaba. Qué malo era envejecer.

Había comenzado mirando cuentas y estimando pérdidas si todo fuera mal en Verona, revisando giros bancarios cursados y sumando garantías de deudores. En algún momento, aburrido y harto de números, había abierto los libros que había sacado de la biblioteca. Y se había olvidado de los números y de Verona. Se sumergió en los consejos del romano Amiano Marcelino y en sus advertencias sobre los agentes de servicio policial y su forma de proceder en la vieja Roma imperial. También en la copia de un manual de Bernardo Gui que trataba sobre las prácticas y métodos de la Inquisición para lograr la confesión de los desdichados.

Porque no solo controlan las listas de gentes sospechosas, desde los ladrones comunes de la calle hasta los cristianos; también controlan la opinión del pueblo, y para mantenerlo en calma y conseguir la información que requieran, estos agentes miran y escuchan

en silencio, están en todas partes y son una amenaza oculta pero constante que lleva a soñar a todo hombre influyente con torturas, cadenas y oscuras mazmorras.

AMIANO MARCELINO

Yo: ¿Juras entonces que nunca has aprendido nada contrario a la fe que creemos ser verdadera?

Acusado. (Poniéndose pálido.) Si debo jurar, juraré dispuestamente.

Yo: No te pregunto si debes jurar, sino si juras.

A. Si vos me ordenáis jurar, juraré.

Yo: Yo no te fuerzo a jurar, porque como crees que todos los juramentos son ilícitos, transferirás el pecado a mí, que te forcé; pero si juras, yo lo escucharé.

A. ¿Por qué debo jurar si vos no me lo ordenáis?

Yo: Para poder quitar la sospecha de que eres un hereje.

A. Señor, no sé cómo hacerlo a menos que me enseñéis.

Yo: Si tuviera que jurar, yo levantaría la mano y separaría los dedos y diría: «Que Dios me ayude, nunca he aprendido herejías ni creído nada opuesto a la fe verdadera».

Entonces, temblando como si no pudiera repetir las palabras, él continúa desvariando como si hablara consigo mismo o en nombre de otro, afirmando que no existe una forma absoluta de juramento y, sin embargo, dando la apariencia de haber jurado. Si las palabras están allí, son torcidas de modo tal que él no jura aunque parece haber jurado. O él convierte el juramento en un tipo de oración, como «Dios, ayúdame, que no soy hereje ni nada similar»; y cuando se le pregunta si ha jurado, él dirá: «¿No me oyó que juré?». Y cuando se le presiona de modo adicional, él apela diciendo: «Señor, si he hecho alguna cosa mala, estoy dispuesto a soportar la penitencia, solo ayúdame a evitar la infamia de la cual se me acusa aunque sin malicia ni culpa de mi parte». Pero un inquisidor vigoroso no debe permitirse ser manipulado de esta manera, sino que debe proceder firmemente hasta lograr que estas gentes confiesen su error, o por lo menos renuncien públicamente

a la herejía, de modo que si subsecuentemente se descubre que juraron en falso se les pueda abandonar al brazo secular sin que medie audiencia adicional.

BERNARDO GUI

Eran lecturas inquietantes. A veces se ponía en el lugar de los acusados o de los espíados, pobres desgraciados manipulados por otras gentes que quedaban ocultas. Otras, en el lugar de los acusadores. Se los imaginó evitados por las calles. Aborrecidos por sus vecinos. Odiados. Se preguntó si era eso lo que le esperaba. Quizá por ello el venerable Tiresias le había prestado esos libros. Le había pedido consejo; el anciano había meditado frunciendo las cejas blancas y mesándose la barba antes de ofrecerle los dos ejemplares.

—Toma, joven Marco. Que te den respuestas. Es bueno que alguien lea. Ahora los jóvenes solo quieren máscaras y disfrute, nada de libros... Son tiempos difíciles estos que nos toca vivir.

Oyó a su mujer. Cerró los libros. Bostezó. Tiempos difíciles, era cierto.

Orinó a gusto. Se lavó las manos y el rostro, se cambió de camisa y tomó un rápido desayuno. Dos huevos cocidos, una rebanada de pan con membrillo y un corte de queso. Mientras la criada y Adriana atendían a la pequeña Ana, sentada en su trona, ella le preguntó por el tema que más le interesaba: la dote para su hija Beatriz. Sus ojos le acusaban aunque no lo hubiera echado en falta en la cama.

—¿Cómo dices? —se giró Marco, todavía pensando en las palabras del inquisidor Gui.

—¿Otra vez tengo que repetírtelo? Qué hombre este. Qué vejez. ¿Te estás volviendo sordo, como le pasó a tu padre? La dote, Marco. La dote de tu hija. Ayer vi telas para su ajuar y unas preciosísimas cuberterías en la tienda del orfebre Linessi, todas las piezas en plata.

—Para comer no se necesitan cubiertos de reyes. Diógenes el estoico solo tenía una escudilla de barro y le sobró.

—Vamos, vamos... ¿Eso le vas a dar a tu hija? ¿Una miseria? ¡Ah, y no te dejes engañar por Lucio! Entérate, sí, a ver qué va a poner de dote para su hija Clara, no sea que al matrimonio con nuestro Antonio acuda ella con una dote

inferior y menos ventajosa. Hay que quedar bien, pero no dejar que te engañen. ¡Bueno! ¿Me adelantarás esos cien sequines o no? Habrá que dejar señal al orfebre, y también a la modista, y al taller de telas. Y yo no pienso ir menos digna que mi hija, también yo he visto unas telas que... ¡Santo Jesús! Deja de atiborrarte con ese huevo duro. ¿Me estás escuchando o no? ¿Me darás lo que pido o no?

—Luego, luego... voy al banco.

—Es como hablarles a las paredes. Como si no te importara. Ayer volviste a desvelarte leyendo hasta tarde, y luego ya ni te acuerdas de nuestro lecho conyugal. No sé por qué no me haría monja. Tanto leer a saber qué cosas. Habla con Lucio, Marco. ¿No ves que a lo mejor se arrepiente? Y ese hombre fuera, ¿qué hace? Parece tu sombra. Se queda quieto a esperarte como un perro sin hueso. ¿No me vas a contar nada?

—Luego, luego...

—Y la cena, para qué. Ya habrías podido avisar anoche de que no cenarías. Comida para los peces. ¿Vendrás hoy a misa conmigo?

—Sí, me dará tiempo.

—¡Hola, padre! —exclamó Beatriz, ofreciéndole sus brazos perfumados. Era bella y joven, rubia, y con dos ojos como zafiros. Su tez pálida era engañosa. Parecía modesta, pero cuando quería era mordaz, desafiante y burlona. Y tan hermosa con sus diecinueve maravillosos años—. Me prometiste un camafeo...

—¡Ah, hija mía! ¿Este abrazo es solo por interés?

—¡Padre, no seas tonto! —rió Beatriz. Marco se dejó querer.

—Bien, no me olvidaré. Ahora tengo un asunto que...

—Sí, sí, pero, ¿me lo traerás hoy? ¿Sales a eso?

—Luego, luego...

Adriana hizo un gesto de reproche. Era diez años menor que él. Marco recordaba cómo era de joven, afectuosa, alegre, vivaz. Luego llegaron los hijos. Quizá por eso cambió sus afectos y su carácter. A veces volvía a ser la joven de la que se enamoró con la misma edad de Beatriz. Su mismo mohín burlón, su misma mirada intensa. Otras, era arisca y dominante. Los años pasaban. Su mujer se parecía cada vez más a su difunta suegra. Marco suspiró.

El cariño que él ya no recibía al menos lo recibía Ana. Se deleitó en la

escena doméstica: Adriana le daba gachas a Ana, con paciencia y afecto. Ana, pobre niña resultado de su desliz con una amante que tuvo en Padua, muerta de parto dos años atrás. Él la trajo a la casa, tan pequeñita, arrepentido de su pecado. Adriana le odió por ello, pero Antonio y Beatriz ya estaban crecidos, ¡y Ana era tan dulce! Tomó a la pequeña como una gallina clueca, cuidándola y protegiéndola con celo feroz, como si quisiera enmendar en ella la disoluta vida de Beatriz. En el fondo, Marco no podía reprocharle nada a Adriana, también él pretendía enmendar la crianza de su hijo Antonio con su ahijado Giacomo. A Ana le ofrecieron trocitos de melón, la parte más exquisita y dulce de la pulpa anaranjada.

Marco intentó alcanzar un trozo del plato de la niña, una porción, pero Adriana le dio en la mano.

—Esto no es para ti —le recriminó la señora de la casa con gesto altivo—. Es para Ana. La flor de lo mejor debe ser para ella, no para ti.

Marco a veces creía que todas las mujeres de su casa, también la criada, estaban unidas contra él. Se puso el chaleco sobre la camisa, cogió su gorro chato de mercader y se dispuso a salir. Añoraba a su hijo. Tuvo que enviarlo fuera de Venecia, a Verona, por su díscola actitud y sus amistades inconvenientes, algunas de ellas francesas. Tuvo que hacerlo, sí, para evitar que le perjudicara en los negocios y para salvarlo de la Inquisición terrible y del tribunal del que él ahora, ¡incierto destino!, formaba parte. Mientras andaba junto a los canales y saludaba a varios vecinos, Bruno le siguió en silencio, atento a todos. Se preguntó si en algún momento él se vería en el dilema de tener que juzgar y condenar a su hijo. Le dolía pensar sobre todo si al desterrarlo a Verona lo había enviado a morir, de alguna forma sutil, vengativa y retorcida.

* * *

La primera visita fue a la casa del médico. Marco había previsto que tendría tiempo suficiente para realizar sus gestiones e ir a misa con Adriana. Llamó a la puerta con la aldaba labrada. La criada del día anterior volvió a abrir, pero ya no ocultaba su inquietud.

—Señor, aún no ha vuelto. Y eso es lo raro, es un hombre cabal y de costumbres, y siempre da recado si se retrasa, si hay un imprevisto...

—Pues tengo necesidad de hablar con él, es muy urgente.

—¡Es que no sé cuándo volverá! No, no hay señora, es hombre soltero. Sí, le gustan los casinos, pero no ha enviado ni una nota, y eso no es normal. Siempre la envía, por si le buscan.

—Joven, no balbucees más excusas vanas. ¿No sabes quién me envía? —Y señaló con el índice al cielo.

A la criada le temblaron las piernas y casi se desmayó del bochorno repentino.

—¡Ay, señor! ¡Justicia! Entonces os lo diré: vinieron a buscarlo y me ordenaron callar. Eran dos hombres. Me dieron miedo. Se fue con ellos. No, no les había visto nunca. Otras veces ha ido a ejercer su oficio con gente de toda clase, mientras paguen no le importa. Pero no. Esta vez fue diferente. El lunes volvió de noche, serio y taciturno; el martes lo buscaron y él se ve que los esperaba. Y me dijo que diera excusas si otros ciudadanos le requerían. Que volvería pronto, ¡pero aún no ha vuelto! Ahora estáis aquí, preguntando como si él hubiera hecho algo malo. Ay, ay... Sí, señor, le avisaré cuando vuelva o deje nota. ¿Pero a dónde he de dar el aviso?

—Al secretario del Tribunal, y de él a Bruno, que es este hombre; él me lo hará llegar.

Siempre que se pudiera, era máxima de todos los miembros del Consejo de los Diez no revelar sus nombres. Así, el Tribunal, en la mente de las gentes sencillas, se mantenía como algo presente pero inasequible, poco tangible y sin embargo temido. Y también, pensó Marco, era por su propia seguridad. Algo había pasado, y no pensaba revelar dónde residía a cualquiera que le preguntara. Esa criada, le pareció, sería capaz de hablar por los codos con cualquiera en cuanto él se marchara del umbral de su puerta.

Con esas reflexiones tomaron de nuevo la góndola y alcanzaron Rialto. Detrás, en los soportarles de la plaza del banco, se encontraron un tumulto. Marco había salido de casa con un cartapacio con letras de cambio que pensaba canjear, pero le fue imposible acercarse a la puerta de entrada, tal era la cantidad de gente exacerbada. Voces, gritos, empujones. Se acusaban unos a otros, incluso algunos prestamistas y mercaderes se tiraban de los gorros y de las capas, empujándose de cualquier modo para entrar a la fuerza. El banco había cerrado con las rejas y desde dentro varios contables y administrativos luchaban por contener la marabunta al otro lado de los barrotes. Pero las

manos se colaban, les tiraban de los pelos, les pellizcaban con crueldad y les rasgaban las mangas de los chalecos y de las camisas blancas.

En mitad de la plaza, el consejero y su protector se quedaron atascados entre la multitud enfurecida.

—¿Qué pasa?

—¡No se puede sacar dinero del banco por orden del Consejo! —le explicó un comerciante de pimienta—. No se admiten letras de cambio cursadas desde fuera de la Laguna. ¡Ladrones, queremos nuestro dinero, dadnos nuestro dinero!

—¡Será que no hay dinero! —dijo otro.

—¡No, lo que no hay es dinero para los extranjeros! —Muchos abuchearon a los secretarios de los ingleses, franceses y españoles, quienes recibieron puñadas anónimas y collejas por todas partes; se les zarandeaba y se les arrojó al fin sin miramiento fuera de los soportales. Buscaban huir de allí, pero los venecianos no les dejaban.

Marco se encontró con su futuro consuegro. Estaba muy pálido. Lucio Contarini le contó a voz de grito para hacerse oír cómo había empezado todo.

—Se ha acercado un holandés a cambiar una letra de cuatro mil ducados y el banco se ha negado una y otra vez. Dicen que tienen órdenes. Ni un cambio por encima de doscientos sequines, y no a letras ajenas a la Laguna. ¡Por aquí algunos dicen que no hay dinero! ¡Que se ha gastado en las levas de los milicianos en Tierra Firme y que no ha servido de nada! Y yo tendría que hablar contigo... Ejem... La dote de mi hija Clara para casarla con Antonio dependía de cobrar unas letras... Ejem... Tendremos que hablar más despacio sobre todo esto...

Marco Lascaris asintió con gravedad, dando leves palmadas sobre su cartapacio de lazos rojos. Dentro él mismo llevaba las letras a cobrar que iban a justificar la dote de su hija Beatriz, pero no se lo dijo a Contarini.

Unos alterados golpearon en ese instante a un secretario francés que pretendía excusarse y escabullirse. Los exaltados le quitaron sus letras, se las rasgaron y las lanzaron al viento; luego le desgarraron la ropa, y casi lo desnudaron antes de pegarle con puños y pies, obligándolo a salir de los soportales a la plaza para sufrir mayor escarnio y humillación. Marco Lascaris hizo amago de intervenir. Bruno le tomó del brazo y le aconsejó que no, negando con la cabeza, como advertencia: entre el tumulto se veían las túnicas

negras de agentes de los inquisidores. Poco después llegaron guardias a la carrera.

—¡Déjame! —ordenó el mercader.

—No —respondió Bruno, haciendo fuerza para retenerlo.

Pero Marco se desasíó de él con ira, apartó a los que pegaban al joven secretario y le ayudó a levantarse. Sangraba copiosamente por la nariz. Aquel joven podría ser su hijo.

—Pon tu dedo aquí, a este lado, y presiona. Cortará la hemorragia. ¿Puedes levantarte?

El otro dijo que sí con un gesto; después escupió un enorme gargajo lleno de sangre, que ensució el suelo veneciano. Alguno todavía increpó a Marco. Bruno los miraba a todos. Los agentes también estaban atentos. Eran tres, iban embozados y ocultaban sus rostros con máscaras; desaparecieron poco después. Los guardias despejaron la plaza. El francés, dolorido, balbuceó un agradecimiento y se fue. Otro compatriota se prestó a ayudarlo. A Marco le pareció que algunos de sus propios conciudadanos le habrían escupido en la cara de no ser por la presencia amenazante de Bruno. Y eso lo sorprendió y le preocupó.

—Bruno, ¿sabes dónde vivía Tortelli? Llévame allá.

* * *

La casa estaba cerrada.

—Qué extraño.

Las contraventanas ocultaban el interior. El edificio era hermoso, o lo sería si se hubiera mantenido a lo largo de los años. El tiempo se había cobrado su tributo en las tres plantas del edificio; los colores se habían apagado, devorados por el clima salino y el fuerte sol del Adriático. La humedad trepaba por los muros, degradando el encalado y cubriendo de orín las bisagras de puertas y ventanas.

Preguntaron a los vecinos. Nadie sabía nada sobre el paradero de la viuda ni de Casandra. No sabían o eso decían. Tenían miedo.

Un joven que se dirigía a la casa les vio y se detuvo. Esa era la expresión que Marco temía: horror y repulsión a su toga negra y a lo que representaba.

Se dio media vuelta y se marchó con aprensión. Era triste saberse temido y odiado simplemente por ser parte de los Diez. Por servir al Estado y a la justicia. Era desconcertante.

Empujó la puerta de entrada con ambas manos. La puerta no cedió. A él volvió el recuerdo de los ojos de Casandra y su desesperación.

En el viaje de regreso en la góndola, Marco miraba a Bruno con recelo.

—Tú trataste con Tortelli, háblame de él —le pidió el mercader, cansado de sus propias reflexiones.

—Era un hombre piadoso, vigoroso y de genio vivo. No sabría decir quién querría hacerle daño.

—Ya.

Bruno mentía. Bruno sabía que él lo sabía. Pero Marco Lascaris no dejaba de observar las manos fuertes de Bruno, cómo las movía, cómo entrelazaba sus dedos; y optó por callar y ser prudente. Por el momento, al menos.

* * *

¿Dónde estaría Casandra?, se preguntaba una y otra vez el mercader. O su hija Beatriz, a quien no había visto en toda la tarde. Pensaba trabajar en su gabinete. En cambio, se había dejado mecer por un agradable sopor. Tenía quehaceres, nunca faltaban. Los libros de contabilidad esperaban. Sus lecturas, apiladas a un lado, aguardaban también. Sentado en su cómoda silla de brazos y medio adormecido, divagaba, dejándose llevar de una idea a otra sin ninguna razón concreta. Sí, era agradable no hacer nada. No pensar en su barco de Chipre, del que no tenía noticias. Ni en su hijo Antonio. Ni en la reunión de la noche en el Consejo, llena, una vez más, de delaciones, transgresiones y castigos. Y a punto de dormirse, soñaba con la puerta cerrada de Casa Tortelli y con la ausencia de Casandra.

Un trueno repentino resonó en toda la laguna al atardecer. Marco Lascaris abrió los ojos. ¿Habían pasado horas, días, años? ¿Qué había sido aquello?

La ciudad calló. Luego, miles de mujeres se asomaron a las ventanas, extrañadas del rumor de tormenta en una tarde despejada. Temían que el aire levantase y arrastrara las ropas tendidas en las terrazas y en las ventanas. El trueno resonó por segunda y por tercera vez. Y se oyó varias veces más.

Pero mientras las mujeres cuchicheaban, muchos hombres reconocieron ese sonido. Armas de guerra. Corrieron a las góndolas siguiendo el eco del estruendo mientras el sol poniente anaranjaba el cielo y el mar. Quienes estaban cerca se dieron prisa por alcanzar la plaza de San Marco, donde el alto Campanile ofrecía un punto de observación privilegiado.

—¡Allí! ¡Allí, en el baluarte! —gritaron desde el cuerpo de campanas.

Todos miraron más allá del Gran Canal. Ascendía humo desde San Andrés. Cuando Lascaris y su protector llegaron a la plaza, ya los rumores habían alcanzado el palacio de gobierno. Los venecianos habían vencido a un barco francés que había osado forzar la entrada al puerto sin hacer caso a las advertencias. Desde el castillo de San Andrés prosiguieron nuevos cañonazos. Poco a poco, plaza y placeta se colmaron de enardecidos patriotas. Una galera con el león de san Marco desplegado llegó entre sonidos de fanfarrias y toque de campanas, y de ella descendió el comandante del Lido, arrogante, con amplios mostachones y agarrado a la borda con desdén hacia todos.

—¡Vencedor! ¡Victorioso!

—¡Viva Venecia! ¡Viva san Marco!

—No entiendo nada —murmuró Bruno.

—Espérame aquí.

Marco Lascaris entró a trompicones en el Palacio Ducal cuando ya oscurecía. Algunos criados comenzaron a encender luces. Un grupo de entusiastas casi arrastró al comandante y a sus oficiales a través de la Puerta de la Carta y del patio del palacio hasta las escaleras que ascendían a las salas de gobierno y hasta el Senado. De boca en boca, los vencidos muertos se multiplicaban; ya no era un barco sino una flota; ya no era un joven el capitán muerto sino un almirante aclamado por el propio Napoleón. Porque no había duda. Franceses. Todo era confuso y nocivo, pensó Lascaris. Él mismo había participado en la votación el propio Lunes Santo. Se había prohibido por mayoría absoluta que ningún barco de guerra extranjero se resguardara en la laguna. Cuando entró al Senado, aún felicitaban al comandante Domenico Pizzamano por su valiente defensa de la nación con numerosos apretones de manos y palmadas a la espalda. Sofocado, Marco se sentó en su escaño sobre el estrado tras la llegada apresurada del Dogo. Las felicitaciones y los aplausos cesaron.

Domenico Pizzamano, de pie en la sala, se irguió y puso sus manos a la

espalda, dispuesto a prestar declaración.

—Serenísimo Príncipe. Señores senadores —comenzó el comandante tras una indicación del inquisidor Barbarigo—. En este día tranquilo, las aguas de la República han sido violadas. En días precedentes ya se me avisó de la presencia errante por la costa de nuestro golfo de trece leños armados y con tropa seguidos de otras embarcaciones de bastimentos. Pero hoy, tres de esos barcos se han atrevido a navegar a la vista del puerto del Lido, desafiando nuestra vigilancia. Uno de ellos, sin ningún aviso, ha puesto proa hacia el interior de la laguna, contraviniendo nuestras leyes. Avisado por la guardia, desde el castillo de San Andrés he ordenado disparar una vez como advertencia de no seguir su rumbo y alejarse. Pero el barco no se ha detenido. Y ha transgredido la ley.

—Que conste que esa ley fue comunicada a todos los representantes extranjeros para que fuera acatada. Que esa ley, votada esta misma semana, ya fue votada antes, hace seis años, y seguía en vigor aunque no fuera aplicada. Así figura en los archivos —incidió Barbarigo, mostrando los pliegues de su dignidad escarlata al andar con grandes pasos sobre la tarima—. ¿Qué ha pasado entonces, señor comandante?

—He ordenado a la artillería que abriera fuego. He ordenado también que ese barco fuera detenido y abordado. He enviado tres galeotas con sendas compañías esclavas al mando del capitán Viscovich.

—¿En ningún momento el barco enemigo se ha rendido?

—No.

—¿Han comunicado su procedencia?

—Uno de ellos exponía la bandera francesa. Y para mayor burla, en su lengua el barco se llamaba *Libertador de Italia*.

—¿Las tropas esclavas han abordado el barco?

—Sí. Lo que quedaba de él. Quiero decir, recibió numerosos impactos, su velamen quedó destrozado y un disparo acertó de pleno en la santabárbara. Pero eran hostiles, señor inquisidor. No detuvieron el barco, sino que corrieron a disponer nuevos cañones en la borda y más munición y abundante metralla. Señor, ese barco no respetaba ningún tratado, ninguna promesa de amistad con la Serenísima, al obrar así. Era una amenaza. Mis artilleros son eficaces y un orgullo para nuestra patria. Y los esclavos se lanzaron como fieras hacia la cubierta. Los franceses se defendieron pero fueron reducidos.

Parte de la tripulación ya estaba muerta sobre la cubierta, otra parte pereció en el abordaje y a otros pocos los encontraron ocultos en el interior, temblando como ratones. Depusieron las armas. Venecia no es una nación de bárbaros; nosotros sus oficiales ordenamos que se detuviera el escarmiento. Hay once prisioneros que junto al resto de su nave han sido llevados al Arsenal.

—Entonces, ¿eran franceses?

—¡Franceses sin ninguna duda! Su enseña, su lengua, sus papeles.

—Se comunicará el incidente al señor secretario Lallemand, a través de una enérgica nota de protesta, y se le pedirán explicaciones por este despreciable incidente.

—¿Una nota escrita? —bramó un senador—. ¿Eso será todo?

Todos se volvieron hacia Eresto Loredan, que con un soberano esfuerzo se contuvo para no decir nada más, porque el dogo Ludovico Manin alzó la mano para exigir silencio y se levantó para hablar.

—Esto puede haber sido solo un error desgraciado y debe aclararse. —Su voz preocupada vibró con nueva fuerza, una vez tomada la decisión—. Nuestra Serenísima República mantendrá los acuerdos pactados con otras naciones. Nuestros amigos franceses merecen dar una explicación. Es lo que ofrecen los pueblos civilizados antes que la violencia. Se elegirá a un emisario que acuda ante el comandante Bonaparte y excuse este desafortunado incidente.

—Entonces, votemos —ordenó Barbarigo para acallar cuanto antes los rumores a favor y en contra que se multiplicaron en la lujosa sala del Senado.

Pero la jornada no terminó aún para el mercader. Apenas se dio por concluida la sesión, fue requerido en el Consejo de los Diez. Allí estaba otra vez el Dogo con su voz fría y pétrea.

—Señores consejeros, los últimos informes son descorazonadores. Verona está perdida. Tres batallones de franceses han rodeado la ciudad.

Su hijo Antonio. Tenía que preguntarlo.

—Entonces..., ¿es el fin de la neutralidad?

—¡No! Puede que el incidente de la laguna no sea una coincidencia, pero no daremos por rota la neutralidad: esa es la excusa que busca Napoleón Bonaparte.

Y Marco Lascaris palideció al recordar, además, que ni había enviado a su esposa un mensaje de disculpa por su tardanza esa noche.

EN VERONA, ESE MISMO DÍA

Las débiles milicias venecianas no habían detenido a los generales franceses, que, desde diferentes frentes, habían desbandado a las hordas de campesinos armados y se disponían a rodear y controlar las entradas a la ciudad. Dos de ellos ya estaban a la vista de las murallas, montando su campamento, con dos mil soldados bajo su cargo. No eran soldados bisoños, sino correosos veteranos que bebían, comían, defecaban y luchaban, expectantes del más mínimo aliento del comandante en jefe en Italia.

Dentro de la villa, los ciudadanos se habían encerrado en sus casas. Quienes se atrevían, por necesidad o por necesidad, salían furtivamente de la casas; otros se comunicaban entre susurros por los patios y evitaban las calles saltando los muros medianeros de los gallineros. Las milicias exaltadas eran un peligro tan grande como las armas de fuego francesas. Desde detrás de las ventanas, mujeres, hombres y niños podían ver sus desmanes. Se mostraban fanáticos en defender la república veneciana, acosando a los propios ciudadanos sospechosos a sus ojos. Lo que no habían hecho los franceses acuartelados en los tres castillos de la ciudad lo estaban realizando las milicias. Las casas de los patricios, mercaderes y gente del burgo simpatizantes de los franceses estaban siendo saqueadas. Los campesinos aullaban con escándalo rasgando las buenas telas que encontraban con sus cuchillos grasientos y sucios, para repartirse los trozos. Rompían mobiliario en busca de escondites secretos de monedas. Hacían piras en la calle para destruir el viejo orden, para purificar los antiguos vicios sin aclarar nunca qué orden ni qué virtudes pensaban ellos instaurar a través de su brutal violencia.

* * *

El encargado de los Lascaris se encontraba desesperado en su establecimiento, con todas las puertas atrancadas y las familias de sus sirvientes y la suya propia encerradas en el primer piso. Rezaba a san Zenón y a san Marco. Si los rezos fallaban y saltaban los cerrojos, tenía una pistola a mano cargada. Había enviado un correo urgente a su señor Marco la noche anterior antes de que se iniciase el sitio de la ciudad, pero no sabía si llegaría

a su destino.

Las casas estaban todas en silencio sin luces ni humos, nada que delatara quién vivía allí. Podía oír las rondas de las patrullas campesinas, y los chillidos de las mujeres arrastradas por el empedrado de las calles a la fuerza. El encargado se santiguó. El emisario era un mozo listo; si había evitado las patrullas de los dragones del general Chabrand y del general Balland, ya habría llegado a la laguna. Quizá su propio amo ya estaba leyendo la carta, que transmitía las peores noticias. Solo verdades.

Tu hijo es un irresponsable. Todo está perdido en Verona y él está en la calle, como esos insensatos que van a hacer que los franceses nos maten a todos. ¡Detenlo, yo no puedo, no me escucha! ¡Quiere ser un héroe! ¡O peor, un mártir!

Pero eran los milicianos los que incendiaban pajares y saqueaban casas; los franceses se contenían y solo respondían cuando eran atacados. Se habían encerrado en sus fortalezas, limitándose a esperar mientras las fuerzas exteriores que acudían a su rescate ya casi habían rodeado la ciudad.

Era la hora de los valientes y de los necios.

Armado con mosquetones, Antonio no había escuchado el consejo prudente del encargado y quería aprovechar la última oportunidad, la última noche para escapar de aquella ratonera. Que ardiera Verona, había pensado, como había ardidado Troya; y Sofia sería su Elena. La raptaría. Huirían lejos de Verona y de su padre. Dos calles, una calle. Oyó gritos. Dos hombres, alumbrados por las trémulas llamas de las hogueras, se ensañaban con un ciudadano. Los puños, los golpes, las risas. En la oscuridad no se percataron. Antonio golpeó en la sien a uno con la culata de un mosquetón. Empujó al otro, con tal fortuna que el tipo tropezó y cayó en las llamas. Dio un grito espeluznante; el fuego había prendido en su ropa y corrió entre alaridos, moviendo la cabeza de un lado a otro con los brazos temblando hasta perderse en la noche.

—¿Estáis bien?

El ciudadano tenía una brecha en la cabeza de la que manaba sangre abundante. A pesar de sus magulladuras, asintió y aceptó la mano que le ofrecía su salvador desconocido.

—*Oui, monsieur. Merci.*

Una patrulla se había topado con el infortunado. Se oyeron cascos. Los milicianos se habían hecho con caballos y se dirigían en grupo hacia ellos. Antonio miró hacia ellos torvamente, amartillando los dos mosquetones y apuntando al primer hombre montado.

—¡Ahí están, esos son! ¡Miserables jacobinos! —bramó el cabecilla, espoleando la montura.

Pero el francés tiró de Antonio, sacándolo del paso en la calle y arrastrándolo de fachada en fachada en la oscuridad. De repente, el hijo del mercader se dio cuenta de que la calle no estaba tan desierta como parecía. De casas asaltadas y de entre los soportales surgieron disparos que pararon en seco la carga. Después de la sorpresa, las sombras se hicieron hombres. Abatidos los caballos, se luchó cuerpo a cuerpo, y en ambos bandos la ferocidad convertía a hombres pacíficos en depredadores. Antonio oyó gritos en veneciano y también en francés. El anónimo infiltrado negó con la cabeza. Una sombra llegó a su altura. Un mosquete apuntó contra ellos; dos hombres más separaron a Antonio de su protector y a fuerza de golpes lo sometieron.

El francés se quejó con insistencia e intercambió abruptas palabras. Antonio, desde el suelo, intentó comprender qué decían, pero no entendía ese acento corso tan abrupto. El que parecía al mando ordenó retirada. Habían conseguido vituallas y alimentos, y los milicianos habían sido escarmentados. Era el momento de volver.

Y así, bajo palabras de protección y seguridad, Antonio se encontró arrastrado dentro de la fortaleza de San Felice.

CAPÍTULO 6

ENCONTRADO

VENECIA, 21 DE ABRIL. VIERNES SANTO

En la embajada francesa todo eran prisas. Algunos exaltados eslavos habían aprovechado la impunidad de la noche y apedreado las ventanas. Luego habían llegado agentes del comisario Morosini y del Consejo de los Diez y, sin respetar las reglas diplomáticas, habían entrado en la embajada, desalojado a la gente y abierto todas las estancias. Incluso el viejo Lallemand había sufrido el escarnio de ser arrancado de su lecho y tener que esperar fuera embozado antes del amanecer en una bata color índigo mientras los agentes lo registraban todo. Alguien había delatado al propio embajador como contrabandista de armas, que ocultaría en los jardines. Doce hombres lo examinaron todo a la luz de antorchas y linternas sin encontrar nada.

Aquello era insufrible, y así se lo había comunicado el viejo diplomático al Dogo en cuanto amaneció. Y el incidente del Lido fue aún peor. Execrable, y además con muertos franceses.

—Sois vos quienes rompéis la neutralidad al atacar a un barco francés que, impelido quizá por circunstancias adversas, buscaba refugio en aguas amigas. ¡Y le fue negado!

—¿Quién es él? —señaló el Serenísimo Príncipe con un dedo acusador.

—Comisario Edme Joseph Villetard, Príncipe Excelentísimo. Savia nueva. Un prometedor joven con buenas credenciales y mejor familia en París, que desea aprender el arte de la diplomacia. —Villetard besó el anillo que se le tendía. Ocultó su profundo desprecio por lo que representaba aquella mano

flácida y fría—. Lo he tomado a mi cargo para que no se sienta perdido en la compleja tela que se teje desde Venecia hacia el resto del mundo.

El Dogo gruñó.

—Además, sé que el Senado ha premiado al comandante Pizzamano. Es un exceso intolerable del que tendré que informar a mi superioridad. Ahora bien, en cualquier caso, la marinería presa, actuara como actuase, cumplía órdenes, así que no puede ser juzgada sin tenerse eso en cuenta. Exijo su liberación y su compensación de forma generosa.

—Sabed que Venecia cuenta a Francia como nación amiga, y no como enemiga. Sabed que el Senado así lo ha ordenado anunciar a Bonaparte, por medio de un emisario que ya debe de correr más allá del río Mincio. Sabed, amigo Lallemand, que accedo a vuestras demandas. Pero en vos, afamado embajador, fiará más que en nadie. Decídselo también.

—Claro que lo haré. Puede que, al fin y al cabo, todo esto no sea más que un lamentable error. Es posible que después de una larga travesía, el capitán de esa desafortunada nave, joven y voluntarioso, no recibiera noticias de ese decreto de prohibición.

—Y entended que nuestro avezado comandante del Lido es un buen ciudadano y ha sido fielmente escrupuloso con la ley. Esa es la verdad. No puede culpársele de nada.

—Hay verdad en lo que decís. Por mi parte, Venecia es amiga y así lo transmitiré.

Y con la silenciosa aprobación del viejo Dogo se dio por terminada la recepción.

Mientras descendían por la escalera dorada desde los apartamentos del Dogo hasta el patio del Palacio Ducal y de ahí a la plaza, ambos extranjeros mantuvieron la ficción de su porte serio y digno. Villetard en realidad estaba exultante; ahora había descubierto la farsa que allí tenía lugar cada día, palabras, palabras y más palabras vanas. El incidente del Lido era una gran oportunidad para el general corso de declarar rota la neutralidad y que los ejércitos en tierra firme ya no fueran sino conquistadores. El viejo Lallemand era muy aficionado al teatro y ahora descubría el joven comisario por qué; podía haber actuado cínicamente en el escenario de cualquier teatro. Le había revelado que la embajada tenía problemas de dinero.

—Pero no me preocupa en exceso —le había dicho Lallemand—. Aún

tenemos algunos diamantes. Los judíos los aceptarán.

El día era hermoso, luminoso y festivo.

—Mira, mira bien. ¿No es bella Venecia?

Sí, el viejo francés actuaba bien. Las armas no estaban en el jardín, porque un infiltrado avisó de las sospechas del tribunal y las recuperaron y ocultaron en otros escondites, y en eso Lallemand se había mostrado sagaz y prudente.

Pudiera ser, sí. Pero no era suficiente. Por eso Napoleón le había enviado con él.

Quizás el viejo francés supiera que había llegado su hora. Que ya no contaba con la confianza del corso. Que hubiera sido él mismo el que se hubiese delatado ante el tribunal para provocar una escena de irritada indignación. Que supiera precisamente cuándo llegarían los agentes del tribunal, para reubicar el día previo todas las armas de contrabando. Que quisiera mostrarle que aún era perro viejo con algún diente, y que podía hacer daño a la causa si no le trataba consideradamente.

Contar con la confianza de Bonaparte abría todas las puertas para Villetard, y un asistente le había revelado que el propio Dogo le había dado dinero a Lallemand para su mantenimiento personal, ya que el banco no había pagado las últimas letras que la embajada había presentado.

Habían acordado que acudirían a hablar con gentes partidarias de sus ideas de liberación, pero Lallemand le llevó por calles y canales, cruzó puentes, visitó a conocidos y le aburrió soberanamente en su intento de conocer qué valoración había realizado de él en sus informes. Le agasajó con aburridos chismes, buscaba congraciarse con él, pero Villetard se mantuvo frío y civilizado. Dos horas más tarde, se excusó de su compañía. Lo dejó medio embotado por el vino en un mesón. No se había equivocado. Estaba acabado.

La vida seguía. Debía seguir.

Y en la plaza, abarrotada de gente, se abrieron las puertas de la basílica de San Marco. Sonaron las campanas del Campanile. Comenzó la procesión festiva del Viernes Santo. El patriarca estaba a la cabeza tras los sacerdotes y los monaguillos portadores de velas. Villetard pudo ver de nuevo al Dogo, vestido con el corno ducal, la capa dorada con sus borlas de terciopelo y protegido con el ornado parasol que denotaba su rango máximo.

«La pantomima de la religión...», pensó el francés con desprecio.

Él era un revolucionario. Observaba todo desde la muchedumbre atenta a las trompetas y tambores. Le parecía una contradicción ver tanta pompa y tanto lujo como señal de poder de un viejo que aparentaba mansedumbre y debilidad. Era una muestra más de la decadencia. El Dogo era un hombre dominado por el Senado y el Consejo. Villetard habría elegido a alguien enérgico, eficaz, decidido. Si hay que delegar nuestra libertad en manos de otro, que ese otro sea el mejor, pensaba el joven diplomático. Comparaba al Dogo con Napoleón... No había comparación posible.

Los senadores y sus familias, de luto elegante, seguían la cruz enjorada de forma ordenada, en parejas. Y Villetard contuvo la respiración cuando la vio.

Era una joven muy hermosa. Ella lo debía saber. Parecía altiva y soberanamente aburrida, pero se volvió hacia donde él estaba y lo miró fijamente mientras avanzaba paso a paso en la procesión.

Era la hija de un senador. Él se abrió paso, empujando para acercarse más, y le pareció que ella le mostraba una sonrisa fugaz. Arrebatadora. Desdeñosa. Arrogante. Esa joven debía ser suya.

—Beatriz, compórtate. Esto no es una mascarada.

La joven dejó de mirar a aquel joven extranjero que parecía hechizado. Y lo encontró muy atractivo. De nuevo, su madre le dio un suave golpe de aviso con el abanico cerrado, antes de erguirse, bien cogida del brazo de su marido. Marco Lascaris aparecía sumiso y desdichado. La criada les seguía con la pequeña Ana en brazos. Adriana tiró de él. Beatriz volvió a quejarse.

—Padre, si me hubieras traído el camafeo...

—Tu padre está ido. No hace caso a nada. Adiós, adiós —saludó con un gesto y una sonrisa a gente conocida. Luego volvió a atormentar al mercader con sus quejas—. Aún no ha arreglado tu dote, hija.

—Luego, luego...

—¡Siempre dejándolo todo para luego! Ayer vinieron prestamistas a casa para reclamar sus pagos. Volverán. ¡Mira, allí está Lucio! Hablemos con él. Invítale a comer mañana.

Pero Marco Lascaris rehuyó su mirada. La niña, pendiente de todo desde la atalaya que era la criada, palmeaba con alegría, extasiada con las campanas, con el olor del incienso, con el despliegue de colores y de gentes en aquel día soleado.

—¡Luego, luego! —repitió con malicia la pequeña Ana. Su padre suspiró.

En las prisiones del Palacio Ducal

En la noche fría, un hombre destrozado por la tortura agonizaba en su celda. Lo habían descendido de la cuerda y colocado sobre la silla, con el cuerpo desnudo y lacerado, hinchado por los golpes, manchado de sangre y esputos.

—¿Ha confesado?

No hubo respuesta para la pregunta, solo una negativa silenciosa por parte del subordinado. La luz era lúgubre y escasa en aquellos sótanos de piedra, el farol de aceite en la esquina proyectaba aristas rotas en el rostro del condenado. El desdichado no era joven; sus ropas arrancadas revelaban cierta riqueza. La voz inquirió. Quería saber más.

—¿Qué ha revelado?

—Tenía miedo. Pretendía escapar de la ciudad y ese es su delito. Se ha arrepentido de su tentativa cuando lo acogotamos con el garrote. Ha vuelto a hacerlo cuando casi lo ahogamos con la cuerda y una tercera vez cuando lo hemos fustigado y le hemos echado sal en las heridas, pero no ha confesado. Ha perdido dos veces la consciencia y lo hemos despertado. Y no, no ha confesado.

—Ahora, ¿puede escucharme?

—Lo hará si así lo pedís —aseguró una tercera voz. Sostuvo con brutalidad la cabeza del reo y le obligó a respirar unas sales pestilentes por la nariz, colmada de costrones de sangre seca. El cuerpo se revolvió, se convulsionó y se lamentó a través de sus encías sangrantes. Las tenazas y varios dientes estaban en un plato.

—Seguid preguntando.

Los inquisidores eran tenaces. Los verdugos volvieron a disponer hierros candentes en el pecho. A quién vio, a quién reconoció, cómo pretendía cruzar la laguna, qué encontró, por qué razón huyó. En una cámara adyacente se oyeron gritos escalofriantes, y el reo lloró.

—Rompedle los nudillos. Uno a uno.

Aplicaron el instrumento, que hizo presa en sus dedos. El crujido de los huesos era espantoso. El prisionero se desmayó al segundo grito.

—Despertadlo.

Las sales no fueron eficaces. Las bofetadas resonaron. La sangre surgía de

su boca partida, salpicándolo todo. Ni siquiera el hierro al rojo hizo efecto, salvo un leve gemido que arrancó de un suspiro final.

Se oyeron pasos. Era otro verdugo, que entró con un gesto de reverencia y temor, procedente de otra de las celdas pozo.

—Inquisidor, el otro ha cantado de plano. Es coherente, lo que dice tiene sentido. Pero no sabe dónde está. Ni de dónde lo sacó. Aunque Tortelli era un gran lector. Asiduo a comprar libros.

—Sacad a... eso de mi vista. Ya sabéis. Impresores y librereros. Hay que indagar.

Los verdugos tantearon el pulso del preso. No lo hallaron. Lo envolvieron en su propia capa, sacaron el cuerpo entre los dos y en la oscuridad de la noche salieron por la entrada trasera, lo dispusieron en una góndola y se alejaron de allí. Venecia era una maraña de canales, pasajes y puentes, y había tramos donde una víctima de la violencia no levantaría sospechas. Amarraron la góndola, descendieron con el bulto y una vez alejados de ojos suspicaces lo arrojaron al tercer vaivén al canal.

Pero el médico no estaba muerto.

Al contacto con el agua fría sufrió un estremecimiento que lo devolvió a la vida. La noche se llenó de ecos de chapoteos desesperados y un boqueo para llenar de aire sus pulmones y gritar.

—¡Socorro! ¡Auxilio! Por amor de Dios..., ¡quieren matarme!

Los chapoteos atrajeron a curiosos a las ventanas. Aparecieron algunas velas en los alféizares y los esbirros se pusieron nerviosos. Uno de ellos apuntó con un mosquete al resistente a morir. El disparo hizo gritar a una vecina. Se oyeron voces reclamando justicia y a la policía. Pero el impacto en la espalda, cuando estaba intentando aferrarse a uno de los muros de las casas para salir, no fue suficiente. El alboroto creció. Algunos vecinos se atrevieron a descorrer los cerrojos de la puerta y mostrarse en la calle. Le dispararon otra vez. El agua se tragó la bala. Las puertas se abrían, iluminando la calle con la luz de faroles.

—¡Déjalo! ¡Vamos!

El desdichado se resistió a hundirse, escupiendo sangre mientras sus fuerzas disminuían aferrado al muro, mecido por el regreso de la pleamar. Las dos sombras huyeron. Unas voces tras la esquina indicaron la tardía llegada de los agentes del comisario.

* * *

En casa de Marco Lascaris, la cena transcurría en una velada tensa. Las noticias de Verona eran malas, y ni Lucio Contarini ni él querían hablar sobre las dotes hasta que ambas mujeres preguntaron.

—Pero, ¿cómo que no pueden obtenerse? Algo podrá hacerse. Mira que te lo dije, que no invirtieras en Verona ni en Bérgamo. Algo podrá hacerse, alguien nos prestará...

—Vamos, no es tan importante... Podemos posponer la fecha del enlace hasta solucionarlo... —comenzó Lucio Contarini. No terminó.

—¡De ninguna manera! —Adriana dio un golpe en la mesa. Tenía sus propias sospechas acerca de su hija y lo conveniente era casarla cuanto antes para que una nueva vida la recondujera. Antes, además, de que algún galán fijara en ella su semilla accidentalmente. La palmada sobre la mesa hizo tintinear la cara vajilla de Murano. Lucio y su mujer se mostraron perturbados, abochornados y tensos, con un rictus serio en sus rostros. El mercader de sal se tragó su furia. No era el momento de un escándalo—. La fecha para los enlaces de nuestros hijos ya se fijó y la Casa de Lascaris hará frente a sus compromisos de la forma que sea. Yo no sé si la Casa de los Contarini será capaz de lo mismo, pero las bodas no se pospondrán.

Antes de que Marco estallara, unos golpes poderosos retumbaron en la puerta de la casa. Marco Lascaris se excusó con furia mal disimulada. Acudió a abrir. Era Bruno.

—Venga rápido. El médico ha aparecido.

Se excusó soportando un torrente de reproches de su mujer, tomó la capa y se marchó, dejando a los Contarini perplejos y asustados.

En el cuartel pudieron ver al hombre rescatado, que giró la cabeza hacia él. Gimió de temor. Balbuceaba incoherencias ininteligibles. Se miraron entre sí, desconcertados. Un examen rápido mostraba que había sido torturado, estrangulado y tiroteado. Dos solícitos policías apartaron al consejero. Con unos trapos le estaban enjuagando el rostro, la boca y la nariz al moribundo. No debía de quedarle mucha vida.

—¿Y nadie vio nada?

—Nada, salvo sombras corriendo.

Estaba helado y sufría lo indecible. Marco dirigió una mirada de espanto y de odioso reproche al capitán de la noche. Sus dos hombres no tenían delicadeza alguna con aquel desgraciado.

—¡Pero llamad a un médico! ¡Apartaos! ¡Quiero preguntarle!

—Ya han ido a buscar a uno. Si no os apartáis, no se repondrá lo suficiente para responder a nada. ¡Cubridlo! ¡Taponad las heridas! ¡Traed vino caliente!

—¿Dónde ha sucedido?

—En el canal Bresana, cerca de San Juan y San Pablo. —El capitán le enseñó un plano en la pared—. Es una zona extraña para un hombre así. Sus ropas están desgarradas, pero son de un tejido de calidad. No llevaba dinero pero tenía un anillo de su profesión. Médico. Sin embargo, os diré que no es la primera vez que encuentro cuerpos en las aguas. Puede ser un amante descubierto. O un jugador endeudado. Una pelea de herencias. Hay mucho mal por el mundo. Indagaremos lo que se pueda, consejero. Teníamos orden de avisaros si este hombre aparecía. Bien, aquí está y...

Unos gorgojeos y unos temblores les interrumpieron. Los dos policías lucharon contra las convulsiones y esputos del médico, que miró a Lascaris con los ojos llenos de terror hasta, súbitamente, cesar en toda resistencia.

—¿Qué ha dicho? ¿Ha dicho algo?

—No, excelencia. Pobre diablo... —Se lavaron las manos. Le cerraron los ojos.

—Haremos el informe. Os daremos una copia.

Miró a Bruno para que confirmara sus sospechas, pero este le devolvió una mirada tranquila y fría. El mercader se preguntó si el pobre desgraciado había muerto víctima de su tortura y heridas, o si en realidad lo habían ahogado ante su presencia.

Y sintió temor, porque debía preguntar algo más.

—Señor capitán, pedí que se me avisara cuando este hombre fuese encontrado por un especial interés. Este médico debía redactar el informe de la autopsia de su excelencia el señor inquisidor Giacomo Tortelli, que en paz descansa, y aún no lo había terminado, y tengo interés en conocer qué ha sido de ese informe.

—Esperad, señor. No tardaremos.

En menos de una hora, uno de los vetustos secretarios del Consejo fue

despertado y llevado a la comisaría ante Lascaris. Otro médico había certificado la muerte del fallecido y, con dos fuertes jóvenes, se disponía a retirar el cuerpo cubierto con una sábana para prepararlo para su entierro. El secretario, legañoso, tosía por el frío.

—Habla y di lo que nos has contado.

—¿Y bien?

—Excelencia, ¡disculpád que no os avisara! El informe sobre Tortelli llegó ayer a la cancillería. Mañana tendréis una copia en vuestras manos. Nada extraordinario. Falleció de muerte natural.

—¿Seguro?

—¡Señor! Eso pone.

—Lo has leído. ¿Por qué?

—Yo... ¡Perdonad! Fue la curiosidad.

Bruno callaba. Marco Lascaris balbuceó un agradecimiento a los hombres de la ley por su diligencia y salieron del cuartel. Era un mal augurio. Eran evidentes las señales de tortura por el máximo tribunal del Estado. Regresó a su casa cansado y apesadumbrado.

No podía ser casualidad la desaparición de la familia de Tortelli y su servidumbre, que el médico de la autopsia estuviese muerto y que al secretario que descubrió el crimen se lo hubiera tragado la tierra.

CAPÍTULO 7

EL TEMOR DE UN PADRE

VENECIA, 22 DE ABRIL. SÁBADO SANTO

El mercader no pudo dormir en toda la noche, obsesionado con el horror que mostraba el cadáver. En el lecho, repasó los acontecimientos una y otra vez, siempre con la duda y la sospecha de si se había cometido un asesinato en su presencia. ¿El cambio era irreversible? ¿En qué turbios asuntos estaba ya enfangado al aceptar ser consejero de los Diez? Y se reprochaba sobre por qué no se negó. Si era ambición o miedo. Mientras, Adriana roncaba. Se movía de noche, sonámbula, murmuraba letanías que ni él comprendía; quedaba destapada con su camisón, adueñándose de la cama, y dormía en mala postura, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. En el suelo yacía la almohada maltratada. El cielo clareaba y su marido pensó que era absurdo seguir echado. Se movió con sigilo. Se destapó de las sábanas y de la manta ligera de lana y tanteó con el pie en el suelo en busca de las pantuflas. La miraba con cierta aprensión, ya casi de puntillas como un ladrón, cuando su mujer refunfuñó. Se incorporó sobre el lecho.

—Uhm. Marco... ¿Te vas? ¿A dónde? La dote, Marco. ¿Es que no vas a arreglar la boda? Necesitamos dinero. ¿Qué vamos a hacer? No sé qué podríamos vender. ¿No queda nada de tu herencia?

—Podríamos empeñar algunas de tus joyas.

—Ni hablar. Abre el arcón de tu padre y vende lo que aún quede. Sí, todos esos recuerdos de un pasado arruinado. Odio a los Contarini, y su mujer sobre todo... Es una insulsa y una maledicente, pero más odio la pobreza. Algo

darán por eso que guardas de tu herencia familiar. Vamos, ¿no piensas en tus hijos? ¡Te estoy hablando! ¿Dónde vas?

—Luego..., luego...

—Luego, luego... —repitió Ana con una sonrisa maliciosa. Dormía en la habitación adyacente y se había despertado con la conversación de sus padres. La niña le observaba agarrada con sus pequeñas manos a la jamba de la puerta

—Siempre luego. Vaya marido que tengo.

Con los reproches aún resonando en su cabeza, Marco acudió a sus almacenes, a poca distancia de la lonja del pescado. Uno de sus subordinados le permitió pasar. Abrió un barril y hundió la mano derecha en las preciadas esferas de pimienta de Ceilán, olorosa y perfumada. También poseía un hermoso puñado de caras vainas secas de vainilla. Pero no era su mayor tesoro.

—Ayúdame.

Movieron los barriles, despejaron la pared. Un falso muro giró sobre sus goznes. Detrás se mostró un compartimento oculto con una treintena de barriles de sal que no debieran estar allí. El comercio de sal estaba regulado por el Estado, que la guardaba en los almacenes estatales. En las aguas de los márgenes de la laguna la familia Lascaris poseía parcelas de salinas. Esa era su principal riqueza desde hacía varias generaciones. Pero las cartas se sucedían. Ya nada era como antes. Los trabajadores estaban asustados, temían que los franceses llegaran hasta allí.

—Apunta, Roberto: vamos a venderlo todo en cuanto llegue el barco de Chipre.

—¿Todo, señor?

—Todo. Antes que nadie.

Y con eso deseó que fuera suficiente.

Se despidió de su empleado. Fuera, pacientemente, esperaba Bruno. Atravesaron todo el barrio de Rialto, salvando canales, cruzando puentes, y el mercader no dijo ni media palabra, ensimismado con sus pensamientos. Era vital ser discreto. Pensó en el desastre de Verona. Lo peor que podía ocurrir era que el miedo incitase a todos a vender mercancías, bienes, posesiones, y que los precios se desplomasen. Si eso sucedía, ya no habría avalistas, ya no habría fiadores, sería el caos. Envidió a las alegres comadres con las que se cruzó, a los galanes con peluca empolvada y sombreros picudos, a los

gondoleros que cantaban a pleno pulmón. Nunca había contado los puentes que había pisado en Venecia. El bibliotecario decía que había más de trescientos, no siempre con pretilos. Como aquel que unía San Cassan y San Apodal, que no olvidaría nunca porque a su paso un embozado se cruzó con él.

—Preguntáis demasiado —le susurró.

Y después lo arrojó al canal con un fuerte empujón.

El consejero cayó al agua fría con estrépito. Una mujer desde una ventana gritó, llevándose las manos a la boca y rogando a Santa María. Bruno se enfureció, pero tuvo que decidir en un instante, el que tardó el culpable en desaparecer a la carrera. Decidió. Se arrodilló sobre el puente. Vio al consejero resurgir del agua, maldiciendo y nadando, y junto a otro buen samaritano ayudó al senador a salir del canal, empapado en toda su dignidad. Los vecinos se arremolinaron a su alrededor. Una anciana le llevó una taza de caldo caliente. Otra, una manta con la que cubrirse.

—¡Basta! ¡Estoy bien! ¡Apártense, ciudadanos! ¿Nadie lo ha detenido? ¡Bruno!

—Yo... ¡os he fallado, señor! Me siento afrentado en mi honor. Me esforzaré. Redoblaré mis esfuerzos. ¡Nadie os tocará un pelo! ¡Lo prometo!

Marco Lascaris estornudó y luego tiritó de frío. Bufó y lo miró con desconfianza; luego alzó los brazos en cruz. Las mangas chorreaban agua del canal. Alrededor, sus pies pisaban un charco.

La criada se asustó al verle regresar así a la casa. Afortunadamente no había nadie más en casa. Mientras se cambiaba, Marco fue capaz de imaginar los reproches de su mujer, las burlas de sus hijas. Suspiró, ajustándose las mangas y los pantalones. Se peinó. Se puso otro gorro. La túnica negra, empapada, quedó en un rincón.

—Volveré tarde.

—¿Pero qué ha pasado, señor Marco? ¿Seguro que estáis bien?

—He tropezado, ¿me oyes? No me mires así. ¿O es que tú no has tropezado nunca, mujer?

Hasta la criada osaba opinar sobre sus actos. Era indignante. Salió dando un furibundo portazo, portando un bulto embalado en un viejo paño de algodón. Bruno se mostró más taciturno si cabía. Pero ahora tenía mayor determinación. Si alguien le había dado un aviso, entonces él movería cielo y tierra para averiguar por qué.

* * *

Entrar en la Biblioteca Marciana siempre era para él como caminar sobre las arenas blancas de una isla de sosiego y calma. Allí no era senador ni consejero ni mercader; ni siquiera se sentía sexagenario, sino un adolescente inquieto y un ávido lector. Decenas de miles de tomos encuadernados se cobijaban allí, conocimiento de siglos al alcance de las manos con solo abrir los amarillentos pliegos. De adolescente, Marco consiguió trabar amistad con el bibliotecario, quien siempre le permitió el acceso. Pasó muchas tardes encerrado entre aquellos anaqueles colmados de palabras y liberado del mundo y de las malditas obligaciones, tan odiosas como la vigilante presencia de Bruno.

Se sentó en una de las mesas. Vio a pocos lectores. Mejor. Necesitaba pensar con tranquilidad. Dejó el bulto a un lado, se descubrió la cabeza y se pasó ambas manos por el pelo cano. Cerró los ojos. Tortelli, una y otra vez. Sin testigos. Esparciendo miedo y amenazas. Todo señalaba al cielo y poder omnipotente del Consejo de los Diez. Y entre tanto poder, en el centro de la tormenta ahora estaba él.

No estaba allí por ocio, sino por necesidad. Había abierto el baúl de su padre. Poco quedaba de su herencia bizantina, aunque estaba dispuesto a venderlo. Había preguntado por Tiresias, pero el bibliotecario se había ausentado de su mesa. No pudo evitarlo. Un libro por otro. Para esperar, había elegido uno de los manuscritos que le apasionaban, sobre Bizancio y los Lascaris. Página tras página, se recreó en aquel pasado tan lejano. Era inevitable. A cada hoja, su corazón palpitaba de emoción al reconocer los hechos de su sangre, de su imperial linaje. Era Tiresias quien había conducido a aquel adolescente ávido por un laberinto de libros y crónicas sobre la Cuarta Cruzada y la caída de Constantinopla, sobre el exiguo Imperio de Nicea, en el que los Lascaris habían gobernado tras la pérdida de la capital bizantina a manos de los cruzados y de los venecianos del dogo ciego Enrico Dándolo, hasta la reconquista de la ciudad y la restauración del trono de Bizancio. Y fue también el bibliotecario quien le había revelado el legado de su familia.

—Algunos eruditos, joven Lascaris, derivan el nombre de vuestra casa de la lengua capadocia, y significa «maestro».

—Eso ya lo sabía —había dicho, con impaciencia juvenil.

—¡Ah! Pero hallé entre papeles sueltos una traducción latina de un sabio turco con otra explicación. La que lo hace derivar de una palabra persa, *asgari*, que significa «guerrero».

—No me siento un guerrero. Me gustan los libros.

—La vida convierte a los mansos en feroces guerreros. Pero no dejes de leer, joven Marco.

Sí, así se sentía en ese momento, dispuesto a no rendirse. Qué pulcro manuscrito, qué suave tacto, qué trazos tan fluidos. Aún no había convencido al bibliotecario para que le permitiera realizar una copia, pero era paciente. La historia del regente Jorge Muzalon y del pequeño Juan IV Ducas Lascaris; el golpe de estado de Miguel Paleólogo y su entrada triunfal en Constantinopla; el inicio de una nueva dinastía, el declive de la dinastía lascárida. Tan absorto estaba que no oyó los pasos que se le aproximaron.

—Joven Marco, se os nota preocupado.

—Ah, es el peso del mundo. Todo anda mal.

—Eso ha pasado siempre. —El venerable anciano se fijó en el libro que leía—. Los buenos tiempos son breves y se recuerdan con nostalgia, pero el futuro es lo que importa.

—Cierto... Tengo que preguntaros algo. ¿Compraríais libros? Necesito dinero y tengo en mi casa unos manuscritos en griego, parte de mi herencia..., y prefiero ofrecéroslos antes que a un impresor cualquiera. Así, por lo menos sabré dónde encontrarlos para poder releerlos. Están en griego. Y como quiero haceros ver que son buenos libros, os he traído uno.

—Oh, libros. Fascinante. —El mercader desenvolvió el paño y le ofreció el ejemplar, mordido por roedores y avejentado por años, humedad y ratas. Era antiguo y olía a voces del pasado. El bibliotecario pasó las yemas de sus dedos arrugados con suavidad por encima de los leves relieves que originaban las letras—. Quien se ve obligado a desprenderse de su biblioteca es un desdichado, porque los libros son retazos de uno mismo. Cuando uno lee, deja de ser uno mismo. No es posible bañarse dos veces en el mismo río, porque un río cambia constantemente y un lector también. Tampoco es posible leer dos veces el mismo libro.

—Eso me temo, venerable. Que llegue la gran tormenta y acabe inundándolo todo con una marea que anegue Venecia en sangre. Que esto sea

otra Atlántida, que en mil años no quede ni la memoria de lo que fue esta república.

—Eres joven y no debes pensar así. Sí, sí: joven. Aún te quedan muchos años de vida. A mí no. A los jóvenes se les puede recriminar, es mi privilegio desde la atalaya de la edad, pero se les envidia, porque en ellos solo importa el presente, no el mañana. En esa inconsciencia son felices. Seguro que hay esperanza. Busca un hilo y que no te amedrente la oscuridad, no te pierdas en el laberinto.

—¿No teméis lo que pueda suceder con los franceses?

—Dicen que su república aboga por la ilustración, por los libros, así que no les temo. ¿Ves todas estas estanterías? Escucha. ¿No te inunda el silencio? Estos libros infunden más respeto que el Senado. ¿No has visto las estancias y subterráneos de Santa María Gloriosa de Frari? Oh, no verás más libros juntos en toda tu vida. Y yo soy un guardián aquí. Todas estas voces calladas imponen más que un ejército, porque una biblioteca es un templo. No, no temo a nada. Aquí yo tengo calladas legiones que acabarán por imponerse. Y si los franceses quemaran esto, entonces tampoco tendría miedo, porque sin libros no merece la pena vivir. Bien. Aceptaré tus manuscritos, ¡tan necesitados están de lástima y cuidados! Deja que lea este y te haré una oferta.

* * *

A pesar de los gestos reticentes de Bruno, decidió regresar a la casa de Tortelli, no como senador ni consejero, sino como un ciudadano. Vio vecinos, cosa que en la anterior visita no vio. Por la túnica, pensó. La casa aldeaña mostraba la puerta abierta. Su dueño raspaba con paciencia la madera con una espátula para arrancar la pátina de barniz descascarillado por el sol y la sal. A él se dirigió, mostrando un rostro amable aunque no ansioso.

—Buen ciudadano, sois vecino de Giacomo Tortelli, a quien busco. ¿No sabréis decirme dónde está?

—Murió —musitó. Recelaba. Siguió con la espátula. La cascarilla se acumulaba entre sus pies.

Su casa olía a cuero curtido y llevaba un mandil gastado. Sus zapatos eran de una excelente factura.

—¿Y su familia? —No obtuvo respuesta. Se apartó el chaleco y mostró

una bolsa—. Decidme, ¿podrías ofrecer agua a un sediento?

—¿Tanta sed tenéis?

—Mucha. Y pagaré bien por ella.

El zapatero miró a un lado, luego a otro. Les indicó que pasaran. En la sala baja tenía el taller, lleno de retales, hormas y clavos. Dos yunques sostenían encargos a medio terminar. Un pequeño hogar caldeaba la sala umbría y enrojecía un marcador de hierro puesto al fuego. Más allá debía de estar la cocina. Llegaba a ellos el olor de un guiso sustancioso y Marco Lascaris recordó que tenía hambre. También les llegó una voz musical y joven; una mujer cantaba mientras atendía el hogar.

—Veinticinco sequines —le ofreció el mercader, sopesando el contenido—. En cuanto hables. Di, ¿qué ha pasado con la viuda y su hija?

—No quiero dinero. —Los recibió de todas formas. Bruno tenía la vista clavada en él—. Sea. Daré misas por ellos. Sabed que se los llevaron a todos, a la mujer y a la niña; también a los siervos. No sé adónde, pero la forma repentina y a toda prisa sugiere mala cosa. Eso fue el martes por la mañana. Pero no me engaño. Vinisteis antes, con vuestra toga. Si hablo con vos es porque sois del Gran Consejo y necesito un favor. Es por mi hijo Juan. Hace dos meses que no sé de él. Está preso por una estúpida pelea en el puente de Barnabás. Por favor, haced por liberarle, por decirme cómo está. No tengo para pagar la multa que piden, y los judíos no me prestan, soy un pobre zapatero viudo.

—Ojalá pudiera entrar en la casa.

—¿Prometéis ayudarme?

—Sí. Te doy mi palabra. Un Lascaris cumple lo que promete.

El zapatero arqueó las cejas al oír el apellido y apartó su desconfianza. De entre sus útiles, sacó una llave de hierro negro y se la ofreció.

—Tenían una criada, Magdalena... Yo la quería. Me dejó esta llave para visitarla. Vuestra es. Pero no entréis de inmediato o sospecharán de mí. Salid y regresad dentro de un rato, como si la llave os la hubiera dado otro.

—Conoces el mío. No conozco tu nombre.

—Silvio, señor.

—¿Quién temes, Silvio, que sospeche de ti? ¿Algún vecino?

El zapatero señaló al techo con el índice.

En una hora regresaron. La calle se mostraba tranquila, casi todos comían. Entraron en la casa, que Marco inspeccionó con desasosiego. Había señales de una salida apresurada, como una colada a medio recoger. Como la talega sin pan colgando de la baranda de la escalera. El gabinete del inquisidor era cálido. Estaba lleno de libros, las estanterías cubrían las paredes. Envidió aquel cuarto. Un retrato del inquisidor colgaba de la pared. Ojos verdes. Como los de Casandra. La mesa escritorio tenía los cajones abiertos y vacíos. Un olor nauseabundo les condujo hasta la cocina. El mercader se llevó la manga a la nariz. En la alacena empezaba a pudrirse pescado, con moscas y gusanos que se regodeaban en el manjar allí olvidado, junto a un cordel encerado y deshilachado. ¿Así era Venecia, un gran pescado que comenzaba ya a pudrirse? Marco Lascaris abrió una de las ventanas de la fachada para que corriera el aire y se llevase aquella pestilencia. Se fijó en una jarra medio llena de vino que había en una de las baldas de la alacena. ¿Estaría envenenado? La cogió y se atrevió a probarlo con el meñique. No. Dejó la jarra sobre la mesa octogonal, pero el recipiente pisó un pliegue de su capa, se volcó y se rompió con estrépito. El líquido carmesí se derramó de la mesa al suelo. Las salpicaduras mancharon su ropa y él clamó por su torpeza.

—Maldita sea. —En el suelo, ligeramente desnivelado, el vino llegó al borde de la pared y el mercader observó con asombro que no formaba acúmulo, sino que desaparecía, con lo que eso significaba. Miró a Bruno sin decirle nada.

—Estáis dormido.

—Será el hambre.

La cocina tenía además una puerta accesoria a un portalón donde el agua lamía el borde inferior de un escalón. Era un acceso trasero a la casa, desde un canal menor. Sin que su guardián le viera, al consejero se le ocurrió dejar descorrido el pestillo de la puerta.

El silencio abrumaba.

Cerraron la ventana y salieron de la casa, para encontrarse de frente con el joven pescadero, que avanzaba resolutivamente cargado con un gran pescado. Pero fue verlos y palidecer. Se dio la vuelta y empezó a correr.

—¡Eh!

—¡Corre! ¡Ve tras él! —ordenó Lascaris.

El mercader intentó seguirlos, pero no tardó en resoplar. Bruno, en

cambio, fue tenaz y resistente, y Marco Lascaris los perdió de vista. Se sintió acalorado. Apoyó la mano en una esquina, con la otra se quitó el sudor del rostro. En cuanto recuperó el resuello, siguió a paso rápido por donde creía que habían desaparecido. Un niño se burló de él, sacándole la lengua. Marco lo miró de forma fulminante. Envidió su aliento y sus jóvenes piernas. Él, que de joven había corrido por las cubiertas del barco de su padre, subiendo y bajando por el velamen mil veces hasta llegar a Morea y Creta, ahora ya era un viejo. Se palpó el abdomen flácido donde en algún momento hubo fuertes músculos. El esfuerzo por recorrer los callejones afectó a su espalda. Avanzó sin hacer caso de las mujeres ni de los pescadores que fumaban sentados sobre los escalones de entrada a sus casas. Llamó a Bruno en vano, derivándose a cada quiebro hacia canales secundarios y solitarios. Agachó la cabeza para atravesar un pasaje cubierto con ladrillo rojo y cruzar los estrechos puentes por donde ya no pasaba nadie. Se fijó en que la marea seguía subiendo. Vio dos gatos decrepitos lamiéndose las patas y limpiándose la cara. En el silencio, los felinos le miraron y se quedaron paralizados. Hasta los viejos gatos se creían jóvenes aunque no lo fueran. Los miró con envidia, hasta que de pronto irguieron el lomo y se escabulleron por los rebordes de las fachadas hasta desaparecer. No se escuchaba ni a los pájaros. Y en el silencio, sintió miedo. Unos siseos se precipitaron hasta él, lo tomaron por los brazos y le golpearon en el vientre, uno detrás de otro, uno, dos, tres, cuatro golpes. Sin respiración y paralizado de dolor, el mercader cayó de rodillas al suelo. Intentó moverse y pedir ayuda, pero una nueva bruma de dolor en el rostro le derribó.

Los dos hombres lo alzaron a su pesar y le zarandearon, arrastrándolo fuera de la vista de ociosos hasta el callejón de ladrillo rojo.

—Eres tonto. Un necio. ¿No sabes seguir consejos, jacobino? A ver si ahora escuchas.

—Eh, estúpidos. Pegadle a un hombre.

Era Bruno. El mercader no pensó que se alegraría de su presencia intimidante.

Los dos hombres se miraron y se lanzaron contra él. Pero Bruno no se inmutó.

Primero fue el alto. Bruno detuvo su golpe con el brazo y le pateó una pierna. Antes de caer ya le había golpeado con el otro puño, rompiéndole la

nariz y dejando un rastro ensangrentado en el suelo. Luego fue el robusto. Empujó a su compañero y lo derribó. Pero Bruno apoyó con agilidad sus manos en las paredes laterales, alzó las piernas y se lanzó hacia delante, pasándolas por encima del caído y golpeando con las botas el rostro del segundo maleante. El crujido fue espantoso. Se derrumbó con la mandíbula partida. Bruno ya estaba del lado del mercader. En el callejón, los dos hombres se lamentaron de su suerte y salieron de allí renqueando tan rápido como pudieron. El mercader se dejó ayudar y alzar, mirando con temor y asombro a su protector. Asintió, aspirando entre dientes crispados. Definitivamente, ya no se sentía joven.

—A casa. Por favor.

Jacobino. Eso le habían llamado. Quizá Tortelli estaba relacionado con los franceses y eso había sido un motivo para su castigo. ¿No era acaso un patriota? ¿O nada era lo que parecía?

—¿El pescadero?

—Lo he perdido de vista.

* * *

A su llegada a la casa, Adriana puso el grito en el cielo. Bruno había tenido que tomarle de un brazo sobre sus hombros. El consejero no se tenía en pie. Cada paso era un sufrimiento. Tendría un buen hematoma bajo las ropas y le dolía. La criada también osaba juzgarle en silencio. Sostenía a Ana entre sus brazos.

—¿Y las ropas rotas, no te da vergüenza! Y manchadas de vino. ¿Has estado bebiendo en tabernas? ¿Has aclarado lo de la dote? ¿No has ido a ver a Lucio Contarini? ¿Traes dinero? Qué ruina de hombre. Y de Antonio, ¿no sabemos nada? Porque han traído cartas. Y Beatriz, qué ganas tengo de que se case. ¿Y ese camafeo prometido?

—Luego, luego...

—Luego, luego... —se mofó la niña Ana, cruel reflejo de sus pecados.

Cartas. En cuanto comió y dejó la cuchara, tras la tormenta de reproches que soportó con culpabilidad, atendió sus asuntos. Las cartas eran de su administrador en Verona, Felipe. En la primera se quejaba del comportamiento de Antonio. La segunda parecía más urgente. Había sido escrita con prisa; las

líneas no eran horizontales sino a mano alzada y de escritura irregular. Era más alarmante, y un milagro que estuviera ante él. Antonio seguía desaparecido y los franceses estaban a punto de sitiar la ciudad, amenazando con tomarla con sus cañones y a la fuerza. Con las puertas cerradas y los dragones con sus trenzas y mostachos rondando por los campos, había comenzado la carestía. No había grano. No había pan.

Temo lo peor por vuestro hijo, señor Marco. Temo que esté muerto.

CAPÍTULO 8

FANGO ROMANO

VERONA, 23 DE ABRIL. DOMINGO SANTO

El general Balland leyó la carta entregada por unos emisarios. Negó con la cabeza mientras terminaba su lectura. Al finalizar le dio un manotazo al papel, bufó y habló a su asistente de campo.

—La respuesta es no. ¡Díselo a esos desgraciados! ¿Cómo se atreven los magistrados Giovanelli y Contarini a exigir nada? Es un despropósito. Si no querían provocar la ira de nuestro comandante en Italia, que hubieran actuado antes. —Dobló la carta por la mitad y la devolvió, irritado—. Ya habrán visto la ciudad rodeada. Ahora que se rindan ellos. ¡Valientes venecianos de pro!

—El sargento Delacroix salvó a un simpatizante de las iras de las milicias.

—¿Está aquí? ¿En esta fortaleza?

—Sí. Encerrado.

—Tráelo.

Subieron a Antonio desde el calabozo. Las miradas del carcelero y de los soldados con los que se cruzó eran hostiles, pero no le habían puesto ni grilletes ni ataduras. Le habían atendido de sus heridas. Lo habían alimentado. Ante el general y su asistente sintió desconcierto. Los dos militares lucían espléndidos uniformes azules de campaña con botones de latón y bordados en las mangas, pantalones blancos y botas altas negras y lustrosas, mientras él vestía ropas sucias y desgarradas. Esperó.

El general habló en francés. El asistente lo tradujo al italiano, pero el propio Lascaris respondió en lengua francesa, para sorpresa del general, quien

lo miró pensando que quizá no era solo un afligido ciudadano.

—Lo diré sin rodeos: quiero la verdad. Y nada me irrita más que los mentirosos. ¿Eres un espía?

—No. Si lo fuera, no me habrían atrapado.

—Basta. No seas jactancioso. El sargento dice que te enfrentaste a las milicias, salvando a uno de nuestros forrajeadores. Por eso sigues vivo. Di, ¿por qué?

—Me pareció injusto. Me pareció cruel. Y no tengo afecto por las milicias. Son como salvajes.

—*Mon Dieu!* ¡Hemos encontrado a un veneciano civilizado! ¿Y tu nombre es...?

—Antonio. De la casa de los Lascaris.

—Hablas de justicia. Hablas de crueldad. ¿Sabes qué han hecho tus magistrados por Verona? Condenarla. Permitieron a las milicias entrar en la ciudad. Permitieron que saquearan hospitales, asesinaran a mis compatriotas en sus camas, los torturaran en plena calle, asaltaran a mis soldados sin provocación ni razón... ¿Crees que somos crueles por defendernos? ¿Por disparar nuestros cañones contra el Palacio Público, contra la torre, contra la milicias?

—Creo que tanta sangre es innecesaria.

—No es eso lo que opinaba vuestra oligarquía cuando ordenó asesinar a más de cuatrocientos inocentes ciudadanos franceses dentro de esta tu ciudad.

—El general se levantó de su silla. Anduvo rodeándolo, mesándose el pálido rostro afeitado, el cuidado y frondoso bigote rubio. Sus ojos azules se clavaron en el veneciano—. El mal que tenéis aquí es vuestra tiranía. Ahora Bérgamo, Brescia, Saló y Crema son libres. Están a salvo de esos déspotas. Lo que nosotros traemos es verdadera civilización. El descontento ya estaba allí; el miedo lo contenía. Nosotros os hemos liberado de ese miedo. ¿No conoces el lema de nuestra revolución?

—Igualdad. Libertad. Fraternidad.

—Vaya. Me asombras. Por fin alguien sensato. Eso es lo que tantas naciones de Europa rechazan. La Ilustración traerá la libertad del hombre, porque la educación, el conocimiento, perfeccionan al ser humano. No debería haber privilegios por cuna, sino por méritos. Y los que gobiernan a otros no lo hacen por beneficio divino, son hombres que deben someterse a los hombres,

para ser una sociedad justa. ¿Crees que Venecia es justa?

—Es una república.

—Es una tiranía. Vamos, ¡aquí nadie te delatará! ¿Crees que no conocemos ese gesto absurdo de apuntar al cielo para nombrar a vuestro tribunal sin nombrarlo? Venecia vive en la cueva de Platón, llena de sombras. Con nuestra revolución, esas sombras serán espantadas. Pero las ideas, ¿qué son sin gente que las propague? Venecia... ya no será como antes. Necesitamos gente de esta era moderna, con ideas modernas. —Se detuvo. Respiró profundamente, juzgándolo un instante—. Colabora con nosotros. Será bueno para todos. También para Venecia. No somos unos monstruos, pero nos regiremos por las leyes de la guerra ahora que Venecia nos ha mentido. Eso es lo que Francia te ofrece. Jean Marie, dejadle salir.

—¿Soy... libre?

—Tú mismo llevarás mi respuesta a los emisarios que esperan fuera. Regresa con ellos y cerciérate de lo que te digo. Vivís en una tiranía. Ahora ve y díselo a tu gente.

Los fuegos habían calcinado fachadas. Los cañonazos habían derruido decenas de casas. Los escombros en las calles se mezclaban con las jambas y ventanas destrozadas que sobresalían entre las piedras como mástiles destrozados tras una tormenta en el mar. Mujeres, hombres y niños corrían entre ellos, asustados, miserables, intentando recuperar lo que se pudiera de entre tanta ruina a la luz del nuevo día. Antonio lo miraba todo fascinado y horrorizado; parecía otra ciudad, otra era. Los ojos de unos niños hambrientos y sucios le siguieron desde la plaza hasta los soportales. Junto a los otros dos emisarios, llegó al Palacio Público, dañado por varios disparos de artillería. Los magistrados, ojerosos, les recibieron en la sala de audiencia. Escucharon la respuesta del general francés.

—Señores, se han rechazado todas las peticiones. El general Balland no hablará con Bonaparte. Nos conmina a que expulsemos a los milicianos y que entreguemos el gobierno de la ciudad, pacíficamente, a una municipalidad de hombres honestos, como ya se ha hecho en Brescia y Saló.

—Claro que sí. ¿Qué más? —interrumpió el magistrado Contarini con la voz ronca.

—Napoleón Bonaparte. Ha firmado la paz con Austria. No me miréis así, es lo que ha dicho el general.

—Lo ha... dicho. ¿Pero es cierto? —El otro hombre lo ignoraba; hizo un gesto de resignación—. Quizá mienta. Quizá quiera asustarnos. No podemos fiarnos.

—Pero si fuera cierto...

Los dos magistrados se miraron entre ellos, nerviosos e incómodos.

—En cuanto a ti, ¿por qué te encerraron y por qué te han liberado?

—Evité una muerte a manos de milicianos. Y ellos evitaron la mía.

—A cambio de qué..., ¿de escucharles, señor Lascaris? —El desprecio que le escupió el magistrado Giovanelli no obtuvo respuesta. Mantuvieron una tensa mirada. Después, el magistrado hizo un gesto de hastío con la mano para que saliera de su presencia.

Las envidias eran muchas y las suspicacias mayores. En cuanto Antonio salió, soportó las miradas de furia de ciudadanos anónimos y algunos escupieron a sus pies. Pensó en Sofia. Algunos milicianos en la plaza se dieron codazos para advertirse mutuamente de su presencia. Le estaban esperando. Él hizo caso omiso de las voces.

—¡Traidor! ¡Traidor!

Le empujaron, lo rodearon. Él no huyó, era inútil. Pensó que no lo matarían frente al palacio de gobierno.

—¿De qué habláis? Locos. La culpa de todo esto es vuestra, milicianos. ¿No lo sabéis? Napoleón ya tiene las manos libres para volver a Venecia. Habéis roto la neutralidad y no quedará sin castigo. Sí, acudirá como un águila a clavar sus garras. Vosotros habéis condenado a Venecia.

Volvieron a empujarlo. Eran doce. Alzó las manos bien visibles.

—Cállate. Hablas de los franceses como justificándolos —le espetó un rudo montañés, fuerte y malcarado—. Esos magistrados tendrían que haberte castigado y no lo han hecho.

—¿No veis el sufrimiento de la ciudad? Los magistrados, decís. ¿Qué han hecho por ellos? —Señaló a los niños. También a un paso fúnebre, con las mujeres llorando y gimiendo por el luto—. ¿Dónde estaban? Se habían escondido. ¿Dónde están los del Gran Consejo? En sus palacios, divagando. Y con sus divagaciones, aquí muere gente. Es una locura. Hay que poner fin a esto. Es una nueva era, ¿sois tan ciegos que no lo veis?

—No queremos lo que los franceses quieren —dijo otro.

—¡Viva san Marco! ¡Venecia nos socorrerá!

—Estáis ciegos. Ciegos todos.

—Mereces la horca, cobarde —masculló el montañés, e incitó a los otros a secundarle. Pero uno de los guardias había estado atento a todo y había entrado en el palacio para dar aviso. Uno de los magistrados salió, malhumorado y furioso. Llegó ante el grupo a grandes pasos y alzó las manos con agresividad.

—Dejadle ir —ordenó el magistrado Giovanelli—. Pero que sepa una cosa: un verdadero veneciano no abandona a la República. Y eso se sabrá.

* * *

Antonio Lascaris regresó a toda prisa al almacén. Felipe, el encargado, lo miró desalentado, contento de que estuviera vivo pero estupefacto de que se hubiera unido a los franceses. A toda prisa, pensó qué necesitaría para intentar una huida desesperada de la ciudad. Quizá los franceses le dejaran salir junto a Sofia. Quizá. Estaba dispuesto a servir a su causa.

—No te entiendo, Antonio. Los milicianos tienen razón. Hay que luchar.

—No, Felipe, se equivocan de enemigo. Hay que entregar la ciudad o nos destruirán. ¿No ha pasado eso siempre? Son milicianos frente a un ejército entrenado, profesional y experimentado, y además alentado por Bonaparte. ¿Se puede luchar contra eso?

—Si se tiene convicción, sí.

El hijo del senador no pudo replicarle. Unas voces agresivas y unos golpes en la puerta los interrumpieron.

—¡Abrid! ¡Sacad a ese desgraciado! Esta vez no se escapa.

El encargado tembló de terror y le tomó del brazo, obligándole a seguirlo. Otros empleados acudieron al encargado en busca de instrucciones; todos mostraban miedo.

—¡Esperad! ¡No abráis aún!

—¡Echarán las puertas abajo!

—¡He dicho que esperéis! Antonio, de prisa. Tienes que escapar. Por aquí. En el sótano. —Descendieron. Allí se almacenaban las mercancías. Felipe le pidió ayuda para mover unos barriles. Tocó con los nudillos en la piedra de la

pared. Hueco. Una pared falsa. El encargado le descubrió un pasaje subterráneo oculto tras un portillo disimulado—. Por aquí se esquivan aduanas, y ahora servirá para salvarte. Dije a tu padre que haría lo que pudiera por ti. No puedo hacer más.

—¿A dónde lleva?

—Cerca del río Adigio. Ve y no pares.

—¡Pero, Felipe! ¿Y tú?

El encargado se encogió de hombros.

—Mi mujer y mi hija están a salvo. Buena suerte. Ten esta bolsa. Aquí hay cien sequines. Y recuerda: tu padre te quiere. No temas. Solo sigue. Hasta el final.

Cerró la puerta. Antonio oyó cómo se accionaba un mecanismo.

El joven Lascaris anduvo por el claustrofóbico pasaje sin mirar atrás. Ruidos. Voces que se amortiguaban. ¿Disparos? Se detuvo. Silencio. Tras un momento de duda, continuó, maldiciéndolos a todos. En la oscuridad, el pasaje descendió abruptamente. La pared térrea cambió a piedra trabajada. Los dedos tocaron una superficie suave y continua. Le recordó a una pared encalada. Arriba, tanteó una bóveda. Percibió la humedad y la pestilencia a moho y a siglos de olvido. No sabía cuándo había encontrado Felipe aquella estrecha cloaca romana. Oscuridad. Pero solo podía seguir.

Se sofocó pensando si habría salida o no. Un desprendimiento bastaría para enterrarlo vivo allí, en una infinita soledad para siempre. El aire enrarecido le hacía jadear. Sudaba. Seguir, seguir, seguir. Tropezó varias veces. Una tumba, eso era aquello. ¡Insensato! Seguir, seguir, seguir.

Una mano magullada se mostró a la luz. Le siguió un chapoteo en la orilla inundada, entre maleza y lodo. La salida de la cloaca le había llevado fuera de Verona. Desde el río Adigio, Antonio tosió e inspiró varias veces para celebrar que seguía vivo. Volvió la cabeza hacia la ciudad. Podía ver los tejados en llamas. Debía alejarse de allí. Contaría lo que había visto.

* * *

Estaba hambriento. Comió con voracidad unas fresas silvestres. Durante horas evitó caminos. Cruzó entre zarzas, sus ropas se desgarraron, se llenó de

arañazos y siguió corriendo campo a través, huyendo de las casas campesinas y de las veredas, cuando oyó los relinchos y los cascacos de una caballería. Exhausto, se ocultó tras matorrales y matojos, quieto, inquisitivo. Pensó que sería una compañía de los temidos dragones franceses, armados con sus sables, pistolas y carabinas, jóvenes, de sangre hirviente, valientes, temerarios, que no le respetarían si le encontraban. Pero no eran franceses. Vio banderas y en ellas leones de San Marco. Así que eran tropas venecianas. Por fin Venecia había reaccionado, aunque él no sabía qué esperar. Decidió seguir oculto y continuar hacia la laguna. Tenía dinero, podría conseguirlo.

—¿Quién va? ¡Ahí hay alguien!

Una compañía de eslavos asaltó los matorrales. Su violencia fue brutal. Medio inconsciente por los golpes y la pérdida de sangre, lo arrojaron a los pies del caballo del proveedor, quien controló el sobresalto de su montura. Un militar montado le escrutó con odio.

—¿Quién eres?

—Veneciano, señor. He huido de Verona. La ciudad está perdida.

—Proveedor Erizzo, no os dejéis engatusar. Puede ser lo que dice o no. ¡Puede ser un explorador francés o un jacobino converso!

—General Stratico, su acento es veneciano.

—Jacobino entonces. No lo soltéis. ¡Huías, cobarde? —Su caballo caracoleó alrededor de Antonio Lascaris. El proveedor se mantuvo en un silencio prudente—. Pues tu huida termina aquí. Tendrás que luchar o te juro que morirás aquí mismo, so miserable. ¡Llévadle con el resto de la leva!

Cojeando, fue obligado a seguir la tropa. El proveedor extraordinario Erizzo y el general Stratico habían sido designados para enfrentarse a los franceses al mando de levas forzosas de las siete comunas, con carros y cañones. Era un contraste la alegría de los campesinos vejados por las milicias al paso de las tropas de la laguna con las caras largas e insatisfechas de los soldados. El general bufaba cada vez que pasaba a su lado. La comida era escasa y mala. El ánimo no era propio de un ejército optimista en la victoria, y tenían razones para ello. Corrían rumores inquietantes: tres ejércitos franceses al mando de Chabrand, Víctor y Kilmaine, ya atenazaban Verona con unas mandíbulas de acero. En el horizonte se vislumbraban columnas de humo. Las villas alrededor de Verona, una a una, estaban siendo saqueadas, devastadas y quemadas, y todos especulaban qué encontrarían en

Verona. Unos apostaban a que las banderas francesas ondearían en las tres fortalezas de la ciudad y que Venecia empujaba a sus tropas a una derrota segura. Pero otros soldados, los más jóvenes y fogosos, bramaban que eso no podía ser, que los veroneses no eran cobardes y que esos fuegos eran la respuesta desesperada del encerrado general Balland para suplicar a las compañías de los otros tres generales franceses que se apresuraran porque no podría aguantar mucho más.

—¡Por eso responden con cañonazos! ¡La ciudad ya debe saber que nos acercamos y se ha inflamado con ansias de patriotismo! ¡Milicianos y veroneses, unidos, luchan ya bravamente contra los invasores franceses! ¡Nos están esperando!

Y se animaban unos a otros, exaltados por la posibilidad de un buen botín y de reconocimiento. Antonio se asombraba en silencio. ¿Podría ser así?

El general Stratico, enorme y flemático, cortó en seco esas especulaciones. Desde su caballo, mostró su fusta como advertencia.

—No os alteréis tanto. No vamos a luchar, no podríamos durar ni veinticuatro horas contra los franceses. Hay que buscar un armisticio.

Una enorme ola de desolación desanimó a todos. Antonio Lascaris, crispado y enfurecido, golpeó con saña la tierra del camino.

CAPÍTULO 9

FURIA CORSA

Venecia, 25 de abril. Martes

Nunca el día de San Marco había sido tan anodino e insignificante.

Una ligera llovizna llevada por el viento del sur había caído sobre toda la ciudad, y el sol, deshaciéndose de la leve cubierta de nubes desgarradas, se reflejaba en las baldosas de mármol de la gran plaza de la Mercería y de San Marco. Tras la misa solemne en la basílica, las puertas de bronce se abrieron revelando los cantos de los coros, los incensarios, los sagrados paños, el estandarte de oro. A la salida de la cruz enjoyada y del patriarca, las campanas del Campanile resonaron anunciando la santa procesión en honor al patrón y protector de la ciudad. En los tímpanos sobre las puertas y bajo los arcos se contaba la leyenda de la llegada del cuerpo del santo, arrancado de manos de los árabes alejandrinos en el siglo IX oculto en un barco veneciano entre hojas de col y carne de cerdo. Muchos venecianos esperaban fuera y se santiguaban. El Dogo, detrás del patriarca y protegido bajo su sombrilla encarnada, se mostraba serio. Altivo. Frío.

Sonaron las trompetas de plata. Los representantes de los dieciocho gremios seguían con orgullo a los magistrados. Los cincuenta hombres del Arsenal que formaban la guardia de honor lucían soberbiamente. El pueblo aplaudió a aquellos hombres recios, fundidores, calafates, tejedores de lino, cordeleros, todos ellos premiados con aquel privilegio. Pero dentro aún resonaban las voces de los cuatro coros, uno de ellos de niños de voces blancas, glorificando a la Santa Virgen y a Cristo Jesús, y muchos seguían

escuchándolos. Marco Lascaris estaba allí. Su familia estaba allí. Se preparaban para formar parte de la fila procesional, en devoto silencio. Pero él no se movió. Adriana le tiró de la manga. Él seguía en éxtasis y otros también. Admiraban a un joven de gran belleza, de rostro clásico y una voz que emocionaría a los propios ángeles.

—No es de este mundo. Es Dios quien habla así —murmuraba una anciana, emocionada, y Marco asintió. La anciana se secó los ojos con la punta de un pañuelo blanco—. Se llama Tadzio. Es mi nieto.

—¡Vamos! —insistía Adriana. Beatriz arrancaba suspiros. La joven ofrecía miradas y entregaba sonrisas, para furia de su madre. El recogido de su melena de oro mostraba un cuello blanco de cisne, joven y atrayente—. Allí. Lucio y sus hijos.

El consejero los vio. En el otro extremo de la basílica, cerca del coro occidental, estaban Lucio Contarini, su hija Clara y su hijo Teófilo. Todos ellos miraban como él al joven miembro del coro que cerraba el cántico final. La voz de Tadzio subió y bajó, y acabó con un larguísimo amén cantado. Muchos se santiguaron. Teófilo parecía al borde de las lágrimas. Mientras, al lado del consejero, Beatriz ocultaba como podía una risa de desprecio. Marco Lascaris se dejó arrastrar por su impaciente mujer.

Fuera, llovieron pétalos de rosas y flores sobre el patriarca, el Dogo y los sagrados estandartes. La lluvia no empañaría el día festivo. Luego, por la noche, todos se asombrarían con los fuegos de artificio en honor al santo. Y el mercader de sal se dejó seducir por las campanas resonantes, las plegarias y las devociones por san Marco. Allí, en aquel momento, qué lejos parecía quedar la sombra amenazante de Napoleón.

Gratz, 25 de abril

El caballero Francesco Doná y el proveedor Leonardo Giustiniani no sabían qué hallarían cuando cruzaran el umbral de las puertas que les separaban del hombre más temido de Europa. Por la fuerza y por su fama, el general corso había logrado aquel palacio para su uso como cuartel de campaña. Desde su regreso de Austria había estado en continuo movimiento. Esa era la causa de que los dos delegados enviados por el senado veneciano tardaran una semana completa en alcanzarlo. Esperaban al otro lado del antaño

salón de bailes. Dos soldados de su guardia custodiaban la puerta.

—¿Os sentís listo, Doná?

—¿La verdad? ¡No!

Se irguieron al oír pasos rápidos desde el otro lado. Y una risa sospechosa. La manija de bronce se movió con un ligero chirrido en la puerta alta y lacada de blanco. El joven Bourrienne, con su pelo castaño largo y desordenado sobre la casaca azul, se asomó con traviesa cordialidad. Carraspeó y se aclaró la voz.

—Os recibirá ahora.

La sala estaba desnuda de mobiliario, salvo por un sillón. Un magnífico suelo de roble revestía el piso. Grandes cortinajes adornaban los ventanales. La chimenea de mármol estaba encendida. Las llamas bailaban en el hogar, caldeando los atlantes que soportaban el reborde con volutas y el retrato de un noble anónimo. El aire brillaba, el polvo en suspensión flotaba de un lado a otro, alternando zonas de luz y sombra. Un sillón de alto respaldo forrado de terciopelo rojo estaba junto a la chimenea. En él, el hombre con rango de comandante reposaba con las piernas cruzadas y las manos sobre el pecho. Les vio acercarse. Tenían miedo de él.

Bourrienne se puso a su lado. No había ninguna otra silla. No era lugar para cortesías, sino para dar explicaciones. No dijo ninguna palabra todavía.

—Señores, el comandante Bonaparte.

—Señor comandante, el caballero Doná y yo estamos aquí en misión diplomática para comentaros que...

El corso alzó una mano y cerró los ojos. Le interrumpió abruptamente.

—No quiero escucharos.

El proveedor Giustiniani tragó saliva, carraspeó y trató de seguir.

—Señor, nosotros...

—¡He dicho que no quiero escucharos! ¿Estáis sordos? —El francés se levantó de forma tan súbita que los dos venecianos dieron medio paso atrás y se encogieron. Les rodeó con pasos rápidos—. Todo el territorio continental veneciano está en armas, y por todas partes vuestros campesinos armados gritan «¡Muerte al francés!». ¿Pensabais que por estar en el corazón de Europa no podría exigir el respeto de vuestras milicias a mis tropas? Cada noche me revuelvo en mi catre de campaña pensando en mis camaradas de armas

muertos. Cada vez que habláis, venecianos, es para mentir. ¡Mentirosos y cobardes! Os declaráis neutrales y a la vez armáis a miles y tendéis emboscadas a mis hombres. Y ahora, os sorprendéis de que mis hombres quieran defenderse, y quieran, también, vengarse por sus camaradas, por sus hermanos de armas. ¡No tenéis vergüenza! ¡Debería ahorcaros! ¡Dar ejemplo con vos y enviaros después al Senado! ¡No sé cómo me contengo! ¿Creéis que esto se soluciona con palabras? ¿Qué podréis decir a vuestro favor? Vamos, no os dé vergüenza. ¡Os lo diré! Nada. Patético. No podéis engañarme. No dejaré que lo hagáis. Medid bien qué decís. Estoy perdiendo la paciencia. ¡Junot me lo dijo! ¿Cómo era eso, Bourrienne?

—Dijo: «Olía a culpables. A miedosos culpables y conspiradores».

—Excusadme, señor, pero eso es injusto —apeló Doná, nervioso—. Hay mucha gente de bien. Y aquí deseamos ratificar nuestros acuerdos con vuestra nación. Venecia es y será neutral y amiga de Francia. Y desde el Senado hemos recibido poderes para prometeros que...

—Callad. Callad u os fusilaré. ¡Guardias! ¡Guardias! ¡A mí, mis dragones! —Las puertas se abrieron. Los soldados entraron y se cuadraron—. Estáis en mis manos, señores. Callad o no me hago responsable de lo que la sangre me pide.

—¡Somos embajadores!

—No. Sois unos encubridores. ¡Verona! Decidme por qué Verona arde. Por qué tengo que defenderme de vuestros magistrados... Mis amigos decís. ¿Dónde están los polacos que apresasteis en Saló? Muertos.

—Os han informado mal.

Bourrienne hizo una señal. Los dos dragones salieron en silencio. Bonaparte ardía de odio y señaló a los venecianos con el índice.

—Mentís, Doná, y lo sabéis. Y ahora me vais a escuchar bien. Yo no hablo con asesinos.

—¡Señor!

—¡Lo mantengo! Asesinasteis a doscientos polacos aliados de los franceses. La neutralidad la rompisteis vosotros al permitir pasar a los austriacos para nada y por armar a los campesinos para atacar mis batallones con vuestras milicias. Así que no me habléis más de neutralidad ni de amistad. Eso se acabó. Os pregunto: ¿se ha liberado a todos los presos políticos en Venecia? No descansaré hasta derruir los Plomos, hasta acabar con los

inquisidores y aniquilar tanta bárbara institución de tiempos antiguos. No daré tregua a Venecia. No estoy aquí para dar un paseo. Allá fuera —y señaló los ventanales— me esperan ochenta mil hombres y doscientos cañones. No quiero vuestras palabras, sino hechos. Y los vuestros hablan de perfidia. Traición. Mentira.

Giustiniani tosió. Ahora empezaba de verdad lo difícil. Los poderes otorgados por el Senado les autorizaban a probar una tentativa diferente para apaciguar al corso.

—A lo mejor aceptaríais otras negociaciones más favorables para vos, y también más sencillas... Todo puede arreglarse si hay acuerdo..., un acuerdo personal, entre la Serenísima y vos...

—¡¡Un soborno!! ¿A mí?

Los rugidos de indignación se mezclaron con la rabia. Derribó el sillón. Tomó un atizador de la lumbre, el hierro estaba al rojo. Estaba dispuesto a cegarlos, a marcarlos como ovejas para el matadero. Bourrienne se interpuso.

—¡Corred! ¡Dejadlos partir! —ordenó el secretario a los dos dragones, que ya entraban en la sala con los mosquetes armados.

—¡Bourrienne! ¿Tú también?

Los emisarios recogieron los pliegues de sus ropajes con ambas manos y huyeron despavoridos a la carrera, sin importarles la dignidad de sus cargos ni la de sus años. En cuanto se dejaron de oír sus pasos, el francés dejó de tronar. Se calmó. Dejó el atizador de nuevo en la lumbre. Después sonrió. Palmeó la espalda de su secretario y alzó su sillón. Se sentó en él, con una sonrisa de chacal. Pidió agua. Se secó el sudor de su frente con un pañuelo.

—¿Lo has visto? Ahora ya están más mansos que corderos. Pero aún podemos estrujarlos, exprimirlos más. Han jugado la baza de la neutralidad, buscando destruirme. Marché sobre Viena, vencí a Austria cuando nadie lo esperaba, y ahora no les permitiré ni respirar. Hay que escribir a Lallemand y a Villetard. Las manzanas están casi listas para ser recogidas.

—Vos les regalasteis la soga...

—... y ellos solos se la han puesto al cuello. ¡Ja, Ja, ja! Ahora solo es necesario que den un paso hacia delante y salten del taburete.

—Si puedo decirlo, la verdad es que no esperaba la última propuesta.

—Bien. Yo tampoco. Una nación que parlamenta está medio conquistada. Esperaba más. Pero si tan convencidos están, entonces no debemos

defraudarlos. Consultaré con el Directorio. Alwise Querini, ¿no es ese el embajador veneciano en París? Seguro que tendrá agentes cerca de nuestro Directorio. Haremos que escuche lo que su país quiere oír y que crea que sí es posible lo que plantean. ¡Válgame! Es una idea extraordinaria.

—Es una idea admirable.

—Ya lo creo, Bourrienne. Ah, toda una paradoja que sean sus propios sequines los que financien nuestra campaña... Admirable, admirable.

La sala de baile se llenó con los ecos de sus carcajadas y de su ambición.

CAPÍTULO 10

ZORZI

VENECIA, 26 DE ABRIL. MIÉRCOLES

Las discusiones crecían en cada tienda, en cada soportal, en cada zaguán. No faltaba vecina que no criticara. Se comunicaban a voces desde los canales hasta las ventanas, de una a otra azotea, desde las calles hasta las cocinas. Las barcas de abastecimiento ofrecían comidas, hortalizas cocinadas, carnes preparadas a quien quisiera adquirirlas. Las amas descendían las cestas con garruchas desde las ventanas. Y cuando ya se habían decidido por tal o cual pescado, por lentejas o garbanzos, cuando ya el vendedor había tomado las monedas del fondo de la cesta y cargaba la comida en ellas para que la subieran, entonces se desataba la tormenta. «El peso parece escaso», gruñían las señoras. «Todo está más caro», argumentaban los vendedores. «Me estás engañando», estallaban las buenas mujeres, transformando pacientes madres en Medusas peligrosas.

Los mercaderes estaban nerviosos. En los gremios todos mostraban su opinión, su teoría, la razón por la que los precios de las manufacturas venecianas caían mientras subían los del vino, la harina o el pan. La respuesta que recibía todo el mundo era invariable.

—Los aranceles han subido.

Las protestas también lo hicieron. Las noches de insomnio aumentaron para Marco Lascaris. El precio de la libra de sal era confuso. Desde que llegaron las alarmantes noticias de Verona y de Tierra Firme, todo se había encarecido ante una amenaza de carestía. La economía lo era todo, un círculo

infernol que no podía detenerse. Lo recordaba bien, eran las palabras de un árabe. El dinero arrebatado a base de impuestos, como si fuera fuego, pasaba al Estado, de ahí a su burocracia y sus ejércitos, que lo mantenían y lo defendían, y el ardor de ese fuego que era el dinero se multiplicaba, pues con él los funcionarios y soldados hacían negocios con comerciantes y artesanos, y en manos de los mercaderes se convertía en víboras y escorpiones; con ese dinero los comerciantes compraban a otros súbditos lo que necesitaban, y de esos súbditos las monedas de oro y plata volvían de nuevo a las manos del Estado y recorrían una y otra vez el círculo como una rueda de fuego del infierno. Ibn Hazm de Córdoba, ese era el nombre. Y para bastantes mercaderes ese círculo se había roto. Cuando las pérdidas de Tierra Firme se convirtieron en insoportables decidieron vender. Había que vender, conseguir liquidez, calmar a los acreedores, sobrevivir hoy sin importar mañana. Él mismo se encontraba en esa acuciante necesidad. Otros también. Los precios se desplomaban. Los prestamistas se retorcían las manos y se ponían nerviosos. Aún no se sabía nada de su barco procedente de Chipre. Ni de su hijo. Su fortuna se hundía en la laguna y su descanso también. Era la tercera noche consecutiva de insomnio. Se quedaba mirando el techo en la oscuridad, rota solo por algún rayo lunar reflejado en las aguas vivas del canal. Bajamar. Pleamar. Las horas pasaban y el sueño le rehuía. El Dogo. Pensaba en el Consejo, en el Tribunal. En el médico muerto.

El cansancio se hizo tirano dominante. Sintió que se desvanecía. Era el sueño. El bendito descanso. Exhaló una profunda inspiración. Cerró los ojos. Soñó. Era joven. La vida comenzaba para él. Una vida excitante, llena de aventuras. Se dejó llevar. Se dejó arrastrar hacia la inconsciencia.

Pero el descanso no llegó. Tras la noche de insomnio agotador, se sintió violentamente despertado con bruscas sacudidas que lo hicieron emerger de la oscuridad etérea hasta la dolorosa consciencia de su cansancio. Era Adriana quien lo zarandeaba. Estaba histérica.

—¡Beatriz no está! ¡La ventana está abierta! Ay, ay, ay... Esa desalmada, ¡no está en su alcoba!

—Calma..., calma...

—¡Tú siempre igual!

Se encendieron velones y linternas. La pequeña Ana lloró, no entendía nada. El senador, con paso inseguro, se vistió y descendió a la planta baja.

Ordenó al marido de la cocinera que se preparara para acompañarlo hasta la comisaría. Adriana bramaba, culpándose con lloros por no haber sabido domarla. Luego callaba. Marco la observó mientras se ponía la pelliza, mirando el vacío en la escalera con la mirada concentrada. Dedujo que planeaba qué palabras le diría, qué castigo le infligiría cuando regresara. Si es que regresaba. No quiso ni pensarlo. Se restregó los ojos, dispuesto a salir.

Golpes en la puerta.

Al abrirla se encontró de repente con los rostros asustados de uno de sus administradores y dos de sus encargados. La luz del alba teñía ya el cielo raso. Adriana, severa, los miraba a todos con indignación.

—¿Pero qué pasa? ¿Qué sucede?

Los reconoció. De sus salinas en San Erasmo. Les hizo pasar. Se quitaron los sombreros en presencia de la señora de la casa.

—Señor Lascaris, los salineros se niegan a seguir trabajando. Les han ofrecido más dinero. Han desertado para trabajar en otras salinas y no se ha recogido la última precipitación de las eras. Señor, además algún desalmado ha destrozado las compuertas de la granja de sal y con la marea se ha perdido la última recolección. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Busca a otros! Sube el salario.

—Es como si nadie quisiera trabajar para vos.

Bruno ya estaba allí, al otro lado de la calle.

Lo primero fue denunciar la desaparición de su hija. Marco se quedó pasmado cuando no le dieron mayor importancia. Una hija descontenta. Un padre protector. Una joven en rebelión. Quizá, las promesas de un joven galán. Una huida. ¿Acaso no sucedía eso una y otra vez en todos los lugares del mundo? Que no fuera el primer padre ni el primer veneciano airado por ello no le consoló. Insistió. Se enfureció. Tuvo que revelar quién era. Tuvo que mencionar al tribunal, al Dogo, para que su denuncia fuera considerada. Eso casi le enfureció más que el desinterés de los agentes por la desaparición de Beatriz.

Luego, el administrador y Bruno le acompañaron hasta los Almacenes de la Sal, en el barrio de Dorsoduro. Ya el sol lucía esplendoroso y las matronas peleaban y arañaban cada moneda a los verduleros y carniceros. Cruzaron el Gran Canal en góndola, rebasaron la iglesia de Nuestra Señora de la Salud y por otro canal desembarcaron en los fondeaderos frente a la judería. Los

almacenes ocupaban nueve grandes naves con sus arcadas. Varios barcos esperaban. Los estibadores esperaban. Los capitanes esperaban. Debían estar descargando los lastres y barriles de sal, pasar el registro de uno de los proveedores, pagar el canon de custodia, recoger el recibo, llevarlo al armador. En vez de eso, un numeroso grupo de mercaderes se arracimaba contra una de las puertas, que se encontraba abierta. Recortado contra el vano oscuro, uno de los proveedores trataba de calmar a la muchedumbre furiosa. Si había osado dar explicaciones no era por valentía. Varios soldados a su lado mantenían los mosquetes armados y bien visibles.

El senador se acercó más.

El funcionario estaba pálido. Miedo. Cuarenta manos agitaban sus recibos de entrega al almacén estatal, jaleando contra él. Pero las instrucciones eran claras: se prohibía la retirada de la sal temporalmente, salvo en una cantidad ínfima para la demanda del mercado, para no desestabilizar los precios. Esa fría explicación no satisfizo a los mercaderes.

—¡Necesitamos dinero! ¡Tierra Firme se ha perdido, hemos perdido almacenes, oficinas, clientes! ¡Necesitamos efectivo para seguir operando y el Banco de Giro tampoco nos deja sacar dinero! ¡Queremos nuestra sal para venderla al precio que se necesite!

—Eso no puede ser.

—Queremos ver nuestra sal —replicó otro mercader.

—Eso tampoco puede ser.

Las voces arreciaron.

—¡Cómo! Abrid las puertas. ¿O es que no queda sal? ¿Ha vendido la República por anticipado y sin nuestro consentimiento nuestras mercancías para pagar a los milicianos?

—¿Será eso cierto? —murmuró el administrador, atónito, al consejero.

—Calla. Espero que no.

—¿O es que acaso ya estamos en guerra? —preguntó otro súbitamente.

Todos se callaron, mirando de un lado a otro en busca de quien así había hablado. Esa era la íntima preocupación de muchos, que al amparo de una guerra el Estado mandara sobre la propiedad privada. Todos estallaron entonces en un tumulto. Intentaron entrar en los almacenes a la fuerza. Los guardias dieron voces y empujaron contra aquellos empresarios arruinados. El proveedor dio un paso atrás y se encerró en el edificio. Los almacenes eran

una fortaleza. Llegaron más soldados.

Los puños golpearon las puertas con insistencia. Algunos se volvieron. Se sorprendieron de hallar en el muelle a varios funcionarios vestidos de negro. Los mercaderes recapacitaron. Marco Lascaris creyó reconocer a algunos de los funcionarios. Eran burócratas asignados al tribunal. Algunos de los mercaderes escupieron de pura rabia contra las puertas del edificio, aunque al poco todos se dispersaron. Pero el consejero estaba concentrado en uno de ellos. Tomó del brazo a su asustado administrador.

—Ve al almacén, reúne cuanto puedas, véndelo todo cuanto antes. Haced lo que podáis en San Erasmo. ¿Tengo aún la confianza de alguien?

—La mía y la de cinco hombres más, señor. Haremos lo que podamos.

—Bien —le soltó. Luego se volvió hacia Bruno, con un gesto—. Ese.

Tenía interés en saber quién era aquel que había nombrado la palabra prohibida. Guerra. ¡Podía ser cierto! Explicaría algunas cosas, como el silencio repentino sobre Verona. O era verdad que nadie sabía nada más desde hacía tres días, o bien callaban porque sabían demasiado y les interesaba. Andaba a paso vivo, atravesando puentes por Dorsoduro. Se preguntó si cruzaría el Gran Canal o si antes desaparecería en alguna de las casas. En alguno de los palacios.

Lo que sospechaba parecía tomar forma. Seguía cruzando puentes y recorriendo calles. Echó a correr. Bruno fue tras él. El consejero maldijo, y no por última vez, sus propias piernas. Se quedó solo, pero siguió corriendo. Cerca del Campo de Santa Margheritta paró para tomar aire.

Fue una mala decisión.

Sintió un cuchillo al cuello, luego un aliento. No se revolvió. Se quedó quieto.

—No me sigáis u os costará la vida. ¿Entendéis?

Asintió. ¿Quién era? No era veneciano. ¿Le pareció dialecto genovés? Era una voz clara y franca, que contradecía la edad que aparentaba. Le golpeó. El senador y mercader se llevó la mano al estómago. Otro golpe más y quedó aturdido. Mejor aturdido que muerto. Oyó sus pisadas alejándose. No le había exigido, no le había robado. No le había matado y eso ya era mucho. Marco Lascaris se preguntó primero si su agresor sabría que era consejero de los Diez. Si eso le había salvado la vida, o si no saberlo era la razón de no estar ya muerto. Se alzó con dolor. Luego se preguntó dónde estaba Bruno. Si le

había fallado por segunda vez o si era eso lo que pretendía. Llegó a la plaza cercana aspirando dolorosas bocanadas. Vio a un grupo de muchachas, comediantas o actrices que habrían salido del teatro de San Ángel o del de San Moisés. Algunos jóvenes habían abandonado sus quehaceres y se dedicaban a seguirlas, a piropearlas, prometiéndoles la luna a cambio de su mano o de un beso. Qué envidia le dio esa juventud despreocupada. Esa risa. ¿Esa risa no era...?

No podía creerlo. Lleno de estupor, cojeó con rapidez hacia todas ellas. Rogó estar equivocado, pero no lo estaba. Tomó a una de las muchachas del brazo antes de que llegara al siguiente canal y se desvaneciera. Al principio suspiró aliviado, se había equivocado. Cabellos rojizos. Rostro claro. Era muy hermosa. Pero tenía la misma marca que él. Un lunar en la mejilla. Se encendió de furia. Le arrancó la cabellera postiza.

—¡Mala hija! ¡Eres...! —Fue incapaz de terminar la frase.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

El padre levantó la mano robusta y por un instante ella se encogió de temor.

Tiró de ella, llevándosela a la fuerza. El resto de las muchachas no se atrevió a seguirlos. Un hombre joven quiso intervenir ante las súplicas de Beatriz, pero la llegada de Bruno le intimidó.

—¡Perdón! ¡Padre, perdón!

—Dices perdón. ¡Ahora! ¡Te dije que no volvieras a hacerlo! ¡Que no volvieras a escaparte! ¡Teatro! Para qué tanta mentira, tanta falsedad.

La había encubierto una vez. Había ocurrido dos meses antes. Preocupado por Antonio, descuidó su presencia en casa y las advertencias de su esposa. Y un día descubrió que un comediante cortejaba desde la ventana a su hija. Espantó al galán con una pistola. Beatriz se mostró sumisa, aunque sus ojos hablaban de rebelión. No dijo nada a su mujer. Al día siguiente hizo buscar al joven, escoltado por algunos de sus duros hombres salineros. El comediante reconoció que ella había acudido más de una vez al teatro para practicar el arte, como si fuera todo un juego peligroso. El mercader le obligó a huir de la ciudad y esa noche decidió que exiliaría a Antonio a Verona, lejos de los peligrosos afrancesados, y que casaría a Beatriz, o mejor aún, a ambos, cuanto antes.

Beatriz intentó escaparse. Marco no supo qué le puso más furioso, si ese

intento de huida o el regreso de Bruno, silencioso, culpable.

—¡Quiero ver mundo! ¡Quiero ser artista! ¡Déjame!

—Cállate.

—¡Me desnudaré si no me sueltas! —Y comenzó a gemir como una plañidera y a desgarrarse la blusa, resistiéndose.

La mano subió y bajó. Y luego el padre se arrepintió de la bofetada a su hija, pero así debía ser. No podía soportar el escándalo. Muchas mujeres y hombres miraban a su paso, sin decir nada. El mercader avanzó, convertido en hielo aunque hirviendo por dentro, sudando de vergüenza y de indignación. Tras él, Beatriz, llorando, con la melena rubia ya revuelta y el rostro con el maquillaje corrido, no se resistió más.

Como un tonto consuelo, el mercader pensó que al menos su hija había usado cabellera postiza y no se había atrevido a hacer como esas malas mujeres que se teñían el pelo con mejunjes y subían a las azoteas a dejar que el sol seicara sus melenas y se decoloraran con él, para pecar.

En casa, Adriana calló ante la tormenta de palabras que desató su esposo, contenta por la furia de su marido.

—¿Estás loca, hija? ¡Qué descrédito! ¡Que vas a casarte con Teófilo!

—Oh, padre, eso es lo que vosotros queréis, ¡no es lo que quiero yo!

Fue su madre la que la zarandeó y pegó. Después la obligó a subir a su alcoba y la encerró en su cuarto con la criada, para que no se escapara ni hiciese ninguna otra locura. Regresó señorial y tiránica, descendiendo la escalera como un general victorioso. Como una esfinge. El consejero, al contrario, se sintió vencido.

—Hay que casarla. ¿Hablaste con Lucio?

—No.

—Pues ve ahora, antes de que se arrepienta. ¡Y no tardes!

Antes debía resolver asuntos de las salinas. Y preparar la próxima reunión del Consejo para aquella noche. Al anochecer salió de su casa. Bruno le esperaba. Siempre le esperaba. Empezaba a hartarse. Pero el mercader había decidido no ver a Lucio Contarini aquella noche.

—Llévame donde pueda beber. Al Campo de San Polo.

Allí, en una taberna, bebieron. Los miraban con insolencia, reconociéndolos como ajenos a aquel barrio y aquel lugar de reunión de

albañiles y estibadores. Bruno imponía respeto; nadie les molestó. A la segunda botella, el consejero se sintió con valor para saber más sobre su hijo. Y sobre Tortelli. El tabernero era orondo, y su mirada porcina escrutaba todo y a todos mientras secaba vasos y encimera con un trapo hediondo. Probó con él.

—Y Verona, qué desastre. He perdido noticias de amigos y familia. No sé nada de mi hijo Antonio. Nadie se atreve a preguntar. Y yo quiero saber qué ha sucedido. Es desesperante.

El tabernero le miraba fijamente mientras seguía lavando y secando. No dijo nada.

—Era de esperar —dijo uno de los parroquianos—. Era algo que se sabía sucedería, por culpa de esas milicias de ignorantes campesinos que hacen más daño que plagas de langostas, que se dejan convencer con palabras de patriotismo vacío. Los patricios no irán jamás a las trincheras. Eso debería acabarse. Venecia se hunde, y no hablo del agua alta. Di, ciudadano: ¿eres un buen veneciano?

—Claro. Es triste oír lo que dices. Estoy inquieto.

—Y otros. Y algunos dicen que hay que hacer cosas, dicen...

—Eso decía mi amigo Giacomo. Y ahora ya no está. Qué pérdida. Lo enterraron el Lunes Santo.

—¿Giacomo... Tortelli? ¿Eras amigo suyo?

—Lo apreciaba mucho. Estuve en su funeral.

—Imposible olvidar sus profundos ojos oscuros en medio de ese rostro sereno, un mar de arrugas de experiencia... —Varios hombres dejaron su charla y miraron fijamente a Marco Lascaris, quien de repente tuvo miedo y una intuición.

—¿Ojos... oscuros? ¿No os equivocáis?

—¿Me equivoco?

—¿No eran... verdes?

El otro no dejó de mirarlo. Vació su vaso de vino, que volvió a llenarse de una jarra. Dos robustos estibadores se levantaron, arrastrando sus taburetes de madera desgastada. Bruno se irguió. Asentó los pies firmemente en el suelo, alerta. Por fin, el otro alzó la mano. Los estibadores se relajaron un poco.

—Sí. Verdes. Es una lástima perder a amigos. O a la familia. Pobre

Verona, pobres gentes. ¿Cómo se llama tu hijo? ¿Quién eres tú?

—Mi hijo es Antonio Lascaris. Yo, su padre, Marco. ¿Y tú, ciudadano?

—Zorzi. El padre de Antonio... No habla muy bien de ti, señor Lascaris. Defiendes la República. Y él quiere cambiarla.

—¿También Giacomo Tortelli quería cambiarla? ¿También él loaba al Directorio francés? —Los hombres apretaron los puños, sus rostros se endurecieron como tallados en musculosas piedras—. A lo mejor por eso lo asesinaron.

—¿Cómo...?

—Sí, asesinado. Y yo quiero saber por qué, maese Zorzi.

—No sabes nada. —Marco Lascaris cerró la boca, sorprendido por su tono hostil—. Escucha: Tortelli odiaba Francia. Yo lo conocía, era un hombre listo; quise convencerlo, pero estaba errado. Defendía Venecia como su madre patria. Detestaba la Revolución Francesa, decía que estaba equivocada, que el reinado del Terror demostraba que habían cambiado a los señores de los derechos feudales por otros. Que los baños de sangre que empapaban sus ideales no podían significar sino una cosa: ideales equivocados. Dime ahora, ciudadano Lascaris: ¿qué opinas tú de eso?

De nuevo, el senador pensó en la guillotina. A Lucio Contarini le había hablado de su experiencia sobre la ira del populacho, sobre la justicia basada en la igualdad de la decapitación civilizada, si es que eso existía. Pero a nadie le había contado que había podido coger la cabeza de un guillotinado por los pelos, alzándola con una mano, y que esa cabeza abrió sus ojos, mirándolo con terror.

—Las revoluciones son deplorables. Un país estable es más fuerte que otro donde nada sea seguro y todo sea desconfianza.

—Estás equivocado también. Tu hijo es más listo que tú.

El mercader sintió la valentía y la osadía de los borrachos. Señaló con un gesto vago a todos los presentes en el establecimiento, que solo esperaban un gesto de maese Zorzi para sacar cuchillos y pistolas.

—¿Vosotros matasteis a Tortelli?

—Son palabras muy ofensivas, señor Lascaris. —Bruno estaba alerta y erizado como un gato, sin dejar de observar cualquier mínimo gesto de los siete hombres que lentamente se habían aproximado a ellos, remeros y estibadores de piel dura y brazos fuertes. Zorzi se levantó del taburete, agarró

al consejero de los ropajes y le murmuró con rabia a la oreja, con su aliento alcohólico—. Lo sabemos. Tienes un hijo. Tienes una mujer. Tienes dos hijas. No digas palabras tan ofensivas, señor. Y no vuelvas.

CAPÍTULO 11

EL PERRO VIEJO

Verona, 27 de abril. Jueves

Fuera de la ciudad seguían llegando de vez en cuando los cañonazos desde las tres fortalezas dominadas por los franceses. Por lo que se sabía, las milicias se habían adueñado de todo, incluso del Palacio Público. Los magistrados se veían impotentes para hacer cumplir las leyes y las débiles negociaciones se rompían una y otra vez por la posición inamovible de los campesinos, para los que todo se reducía al Dogo o nada.

Si hubieran sido un ejército numeroso quizás habrían tenido una posibilidad. Las levadas de las comunas y los soldados de la laguna esperaban acampados entre los bosques y los terrenos cultivados y abandonados. Se había perdido la cosecha de grano. Las granjas estaban destruidas. Los muros ennegrecidos de las viviendas y de los establos, con sus techumbres quemadas y derrumbadas, eran señal de que los franceses se habían tomado muy en serio sus represalias. Constantemente llegaban grupos de míseros habitantes, desplazados por el miedo a los casacas azules y a los imparables dragones, que sometían todo cuanto veían al acoso y al pillaje. Algunos veteranos lo entendían bien. Aquellos desgraciados se convertirían en un impedimento mayor para las tropas venecianas. Más bocas que alimentar, sin aporte bélico. Mayores esfuerzos por contentar y dar cobijo a los compatriotas. Y un desgaste cada vez mayor en el ánimo. Las templadas lluvias de abril ya no harían crecer las cosechas, asoladas por la caballería. Después del verano, si no se ponía remedio, vendría el hambre.

Además, los soldados y las levas no comprendían cuál era la razón de estar allí. No avanzaban. No se preparaban planes. No luchaban. En la inactividad, los lamentos de los que se refugiaban en su presencia eran insoportables. Los más osados y jóvenes, motivados por su deseo patriota de defender su tierra y ver mundo, fumaban y maldecían, resentidos por el tedio y por el engaño. Los emisarios entraban y salían de la tienda del proveedor Erizzo, y nadie podía disimular el miedo. Entre Verona y ellos había tres ejércitos franceses, los ejércitos de Víctor, Chabrand y Kilmaine, este último un irlandés cuarentón al servicio de Francia, enérgico, experto militar que había luchado en la guerra de independencia americana y que contaba con la confianza plena y férrea del comandante Bonaparte, tras lograr en febrero espantar a las tropas austríacas que acudían a liberar Mantua y lograr la rendición de la ciudad. Era la huida de los austríacos por territorio de la Serenísima, con su autorización silenciosa, la que había provocado el conflicto entre Napoleón y Venecia. Verle allí era temer a Bonaparte.

El proveedor extraordinario Erizzo, ante la situación y el desánimo, obtuvo permiso para recibir en su campamento al proveedor y magistrado Giovanelli. Cuando pasaba cerca de la tropa recibió encendidas miradas de desprecio, al comparar los soldados las escudillas con la escasa ración de campaña y el aspecto orondo y lustroso del funcionario. El miedo no le había menguado las carnes ni había perjudicado el lujo de sus ropas de terciopelo, ni sus gruesos anillos de oro en las manos. Una barba corta y ramplona le recorría la papada. Sus ojos se movían constantemente de un lado a otro, temiendo todo de todos.

—¿Y en manos de esos está nuestro destino?

Antonio callaba. Guardaba su resentimiento, cada día mayor. Muchos se sentían traicionados por sus propios dirigentes. Quizá, después de todo, podía ser cierto que los franceses traían una esperanza de cambio, pudiera ser que a mejor. Un cambio más justo. Limpiaba su mosquete con obsesión, preguntándose una y otra vez por el sentido de todo aquello. La tropa era muy heterogénea. Algunos llevaban un colete de cuero, daga y espada. Otros, un cuchillo al cinto aparte del arma de fuego. Había quien se protegía con dos mosquetones, uno por mano. Y también quien no llevaba más que una lanza, los más jóvenes de las levas, que serían probablemente los primeros en la vanguardia.

Giovanelli encontró por fin la tienda de mando del otro proveedor. Erizzo, cortés, le ofreció asiento y que se sirviera de su mesa, donde acababan de traerle un pollo bien asado, vino y pan, además de algunos frutos secos. El magistrado sintió sus tripas rugir, no había comido en dos días, desde que el general Kilmaine accediera a un intento de acuerdo y le dejase abandonar Verona con intenciones diplomáticas. Giovanelli no rechazó la invitación. Se abalanzó sobre las viandas con feroz apetito. Erizzo fue paciente. Era delgado, tranquilo, frío. Su frialdad era la clave de su supervivencia.

—Dadme vuestro informe de primera mano, Giovanelli.

—Excusadme. Hace ya... —Se limpió la papada con la servilleta, llenándola de grasa y vino. Después hizo un intento de rechazar un bombón. Lo consiguió por muy poco. Se llevó la mano a la boca para sofocar un eructo—. ¿Os queda tocino? La ciudad no puede esperar más. Está agotada, hambrienta, exhausta, moribunda. Esta será la última oportunidad. Los tres generales han aceptado mi salida para convencerlos de la gravedad de todo. —Se sacudía las migas de pan de su ropa mientras hablaba. Erizzo asentía con gravedad. Se imaginaba la escasez real de los veroneses mientras la papada de su colega temblaba y vibraba con cada sílaba. Una papada de pocas penurias—. Sois prudente. Si lográis un pacto seréis, seremos, héroes para Venecia. Pensad en las miles de vidas que salvaréis sin necesidad de combate. Que salvaremos, quiero decir.

—¿Han dicho qué sucederá si no negociamos?

—Fue una gran ofensa para Francia que Venecia acogiera en Verona al fugitivo rey Luis XVIII. Lo que la Revolución hizo en París debe hacerse también aquí. Eso me han transmitido. Para ellos, la monarquía que representa el rey Luis es tan enemiga de los ideales revolucionarios como nuestra república. Son tres ejércitos, Erizzo. Tres ejércitos profesionales. Nuestra milicia y nuestras levadas son campesinos. ¡Señor, no hay más salida que negociar!

—Negociaremos. A pesar de lo que suceda o no después. Os diré cómo lo veo yo. Es como si Venecia sufriera una gangrena. Hay que cortar cuanto antes. Si no puede tratarse, entonces córtese Mantua, Saló, Brescia y también Verona. Lo importante es salvar el corazón, nuestra laguna. —Dio una palmada para solicitar a su ayudante papel y tinta—. Por supuesto, también firmaréis vos.

—Claro, claro... —El orondo veneciano sudaba por cada orificio. Erizzo

se dio cuenta. Giovanelli estaba aterrorizado. No deseaba firmar. Pero no le dejaría salir de aquella tienda sin su firma. Gloria para todos o desprecio para todos—. Sin embargo, vuestros soldados no desean un armisticio. Están... alterados.

—De eso y de todo lo demás se encarga otra persona, no nosotros. Afortunadamente.

Fuera era el general Stratico el que imponía disciplina. Varios soldados se habían atrevido a disparar contra unos franceses por sorpresa, desde los árboles del camino a Verona. Al sonido del fuego cruzado, el general había acudido al galope con su escolta, aunque había detenido a los insubordinados demasiado tarde. Los cuatro franceses habían muerto. El general dio órdenes, movilizó las tropas para que retrocedieran a otro resguardo del bosque, mandó que retirasen los cuerpos y los enterraran en la retaguardia, e hizo apresar a la compañía de los quince rebeldes autores de las muertes. Los ataron. Los agruparon. No tuvo piedad con ellos. Desde el caballo les sacudió con el látigo hasta que se encogieron entre alaridos. Muchos fueron testigos de su furia. Antonio Lascaris estaba atónito. Los dejaría allí, para que fueran los franceses los que juzgaran sus vidas.

—¡Quietos, no disparéis! —gritó Stratico, pálido—. ¡Os muelo a latigazos! ¡No hemos venido a disparar! ¿Queréis que nos maten?

—Entonces, ¿qué ejército es este? ¡De qué sirve a los veroneses ser venecianos!

En cuanto se hartó de la sangre, el general torció grupa y picó espuelas hasta el impertinente que osaba contradecirle delante de sus oficiales. Antonio no se movió. Algunos de sus compañeros se alejaron a toda prisa de la ira del semental del general.

—¡Tú! El disidente. ¡Traedlo!

Le hicieron correr media milla atado hasta el campamento. Allí se detuvo la compañía, en medio de la curiosidad general. El general descabalgó. Entregó espada, látigo y sombrero. Se arremangó. Los soldados comenzaron a darse codazos y hacer apuestas. Se cerraron en círculo alrededor de ambos. A una seña, un artillero cortó las ligaduras del joven Lascaris, quien resoplaba escupiendo espuma por la boca. El general tenía cincuenta y cinco años, era corpulento y parecía echado a perder por la molicie, pero sus brazos aún eran fuertes. Y se mostró ágil. Los soldados intercambiaron ducados y sequines

apresuradamente. Antonio Lascaris se puso en guardia y alzó los puños. Ambos se movieron uno frente al otro, con pasos pequeños, midiéndose, evaluándose.

—Qué sabrás tú del Estado. Te crees más fuerte, más listo que el Gran Consejo. Hoy aprenderás. —El general lanzó de improviso el primer puñetazo y acertó en la mejilla. Aquel viejo golpeaba como una mula. Varios soldados lo jalearon, otros se unieron después. Antonio, sorprendido, respondió certero, veloz. Halló blanco, pero el general era perro viejo. Encajó el golpe, saboreó la sangre del labio partido y reaccionó con ferocidad, como un león maduro dispuesto a triturar al joven que le plantaba cara ante la manada. Los soldados gritaron, a favor de ambos. Fue una coz feroz, a la que siguió otra y otra, y otra más. A Antonio le parecieron campanadas en su cabeza, que retumbaba de dolor. El viejo general no sentía sus contragolpes ni sus heridas. Era un herrero incansable golpeando el yunque al que no detenía nada. Antonio Lascaris cayó al suelo entre los vociferantes soldados. No fue suficiente. Las botas de triple suela le patearon riñones, piernas, manos a la defensiva. Aquel general estaba fuera de sí. Los soldados tragaron saliva, fueron callando; los que perdieron pagaron. Era un ensañamiento innecesario. Algunos apartaron el rostro. Otros odiaron aún más a Stratico, aunque no intervinieron. Antonio ya apenas se quejaba. Recibió la última patada. El suelo bebía su sangre—. Te crees que los viejos llegan a viejos porque sí. He desollado a soldados más jóvenes y más rudos que tú. ¡Qué miráis! ¡Estáis aquí para obedecer! ¡A quien se desbande de ahora en adelante lo fusilaré! ¿Oís, campesinos? ¿Oís, gañanes estúpidos? Ahora, llevaos a este mierda. Metedlo en la jaula.

Cuando lo recogieron, un cabo, sin poder soportar más su conciencia, habló por Antonio.

—Está fatal. Tiene varias brechas. Necesita un médico. Se desangrará, señor.

—Nada de médicos. Son para los fieles, para los esforzados, no para los cobardes. A la jaula. —Un sacerdote, compadecido, se apresuró a llevar agua a Antonio. Le tomó la cabeza ensangrentada con gentileza. El rostro estaba hinchado y amoratado. Le puso el borde del cuero en la boca, para que bebiera, pero el general dio una fuerte patada a la cantimplora y la envió lejos. El agua se derramó en un arco—. Este hombre tampoco merece nuestra compasión. Tres días sin pan ni agua. Ya se domará él solo. Veremos si para

entonces se muestra tan insolente. ¡Él y cualquiera que piense como él!

La rabia del general y la curiosidad de los soldados de las levas por la suerte del maltratado Antonio Lascaris se deshizo en un momento con la aparición del proveedor Erizzo. Giovanelli iba a su zaga, como un niño de teta protegiéndose tras el regazo de su ama de cría. El hijo del mercader de sal, a pesar de su estado de dolor y los ojos hinchados, pudo escucharlo todo. Erizzo hablaba para el general y también para todos los que estaban cerca.

La decisión final, dolorosa, era inapelable.

—Hay que negociar. Los magistrados han logrado que los franceses accedan a ello. A cambio..., nos retiraremos.

No tardaron en alzarse exclamaciones y maldiciones entre la tropa común.

—¡No!

—¡No somos cobardes, señor!

—¡Dejadnos luchar, señor!

—¡Son franceses, señor! ¡Hay que expulsarlos!

—¡Silencio! —ordenó el general. Exigió su caballo. Una vez montado, escupió un gargajo de sangre al suelo. Un perro lo recibió y le gruñó con resentimiento—. Nos retiramos. ¡Moveos! ¿Estáis sordos? ¡Nos retiramos!

Y apuntó con el mosquete a quien mostrara descontento.

Llegaron órdenes e instrucciones. La paz que se ofrecía por Verona exigía la desmovilización de las tropas. Esa misma noche comenzaron a recogerlo todo.

Verona, poco a poco, quedó atrás. Cayó la noche.

El alba trajo mayor confusión. Un sol furioso lanzaba fuego. Mientras se recogía el campamento aprovechando la tregua y se movilizaban los carros y los bueyes que arrastraban las pesadas piezas de artillería, se vio a dos jinetes alcanzar a la carrera la tienda de Erizzo. El general Stratico impuso prisas y silencio a todos. Luego se supo quienes eran esos dos hombres a caballo junto al proveedor extraordinario. Uno, el orondo Giovanelli, que no se separaba de él. El otro, el magistrado Contarini. Habían abandonado Verona a su suerte. Las tropas de Erizzo, de acuerdo a lo pactado, podrían retirarse sin nada herido salvo su orgullo. En la ciudad sitiada, los magistrados habían apoyado la rendición, pero al ser exigida su presencia ante Kilmaine para la firma del tratado no se atrevieron. Temieron la prisión por los desmanes causados por la

milicia bajo sus teóricas órdenes. Temieron un juicio sumario y un fusilamiento. Justo antes del amanecer, escaparon por un portillo sin ser detenidos por los franceses.

* * *

—Entonces, ya nadie gobierna la ciudad. Qué vergüenza. Han abandonado al pueblo que debían proteger.

—¡Los valientes son quienes ahora la gobiernan! Habrá una junta municipal y ellos mostrarán cojones para negociar con los franceses. Magistrados. ¿Para qué los necesitamos? ¿Para qué queremos a esa escoria?

Desde su jaula, Antonio oía todo eso y más. El hambre lo atormentaba. La sed lo torturaba. Se sentía con fiebre. Los labios estaban hinchados por la soberana paliza recibida. Era una lección dolorosa. Cada irregularidad del camino trasladaba a los huesos de Lascaris un dolor insoportable. O el camino había empeorado en la última semana o el boyero encontraba una insana diversión conduciendo el carro por donde peor era el camino.

Tras los barrotes del encogido y ardiente cubículo veía a Stratico yendo y volviendo a caballo, desde la vanguardia hasta la retaguardia, vigilándolo todo como un tirano. El dolor de su estómago era insoportable. Hambre. Al mediodía se hizo un alto. El general se regodeó. Mientras desde el caballo y delante de él devoraba con fruición un muslo asado de pollo a grandes mordiscos, con la otra mano tuvo un acto de misericordia. Le arrojó trozos de corteza de pan duro y reseco. El joven afiebrado, con los ojos irritados y enrojecidos, no tuvo ni fuerzas ni habilidad para apoderarse de ellas antes de que atravesaran los barrotes y cayesen desde la caja del carro al suelo.

Lo vio alejarse, reunirse con los dos funcionarios huidos y reírse. Quizá se burlaban por seguir vivos y libres, mientras otros, ciudadanos sin otra posibilidad, se atrevían en ese momento a llamar a la fortaleza de San Felice afrontando el riesgo de una ejecución sumarísima.

Los soldados próximos, sin la presencia del temido general, seguían comentando rumores y su propio descontento.

—Esto no puede ser así. Es imposible. El Dogo pondrá remedio.

—Yo te digo que no. Esos —señaló al proveedor y a sus acompañantes— vienen bajo mandato del Consejo. El Dogo lo sabe. Es tan culpable como

ellos.

—Hemos abandonado Verona. ¿Y luego qué? ¿Padua? ¿Vicenza?

El sol. El cielo raso. Tumbado como podía, ocultaba su rostro quemado y magullado. Todo le daba vueltas. Podía girar la cabeza. Veía a los correos sucederse. A las levas y a los soldados deshaciendo sus pasos poco a poco, airados y odiando a su República. Incluso pudo ver, al final del tercer día de retorno, a un grupo de fugitivos veroneses que aún habían conservado una montura correr a caballo hacia la laguna.

Uno de ellos se detuvo. Lo vio en la jaula. Miró a un lado y luego a otro, antes de entregarle su cantimplora por entre los barrotes. Otros fugitivos pasaron de largo. Antonio vio sus rostros derrotados. Con un susurro, preguntó qué había sucedido en Verona. No se veía cerca a Stratico. El veronés, con su aspecto sucio por la larga cabalgada, las hebras grises de su barba revuelta, serio y triste, se atrevió a hablarle.

—Tres días de saqueo, joven. Han saqueado el Monte de Piedad, las iglesias, los caballos, las botas, las mujeres, todo... Venecia nos ha abandonado, pero Francia no nos perdonará. Han alzado la bandera tricolor frente al Palacio Público, que está arruinado por los cañones. Ya no somos neutrales. Pero estos magistrados serán denunciados. Aún nos queda la justicia del Dogo. Aún nos queda San Marco.

Otro mercader le escuchó y graznó un exabrupto. Apretaba los dientes. Había perdido un ojo y llevaba un vendaje ocultando la herida. Escupió su propia versión de la verdad.

—¿Denunciados esos? Más bien los recibirán como sufridos héroes. Pero en San Marco aún debe haber valientes... ¿Entiendes, compañero? ¿Entiendes lo que te digo?

Lascaris graznó como pudo con la garganta ronca y reseca. Bebió un sorbo de agua.

—Sí. En el Campo de San Polo. Yo, compañero, te veré allí.

Los dos veroneses espolearon a sus monturas. A la vista de todos por fin estaba la laguna. El sol se ponía. El calor menguó. Un intenso alivio abrazó a todos ante la visión de los muelles y, más allá, de la ciudad sobre las aguas. Antonio Lascaris soportó como pudo su dolor y sus quemaduras, se medio incorporó y se aferró a los barrotes de la jaula. Había tomado una decisión. Agitó las barras de hierro con todas sus fuerzas, obligando al boyero a

descender del carro.

—No. No. ¡No!

CAPÍTULO 12

LO QUE EL EDECÁN QUERÍA

VENECIA, 28 DE ABRIL. VIERNES

POR LA TARDE

No esperaron a que anoheciera para convocar una reunión urgente. Los diez consejeros, los dos asistentes y los cuatro asesores del Dogo, además de este, habían acudido con la certeza de que sería grave. Se hablaba de ello en todos los salones. Los magistrados habían traicionado a Verona. Los primeros huidos habían aporreado las puertas del Palacio Ducal suplicando explicaciones antes de que regresaran Erizzo y Stratico. Los dos responsables fueron aclamados por el Senado por evitar una matanza. Pero algunos ciudadanos habían manifestado en tono acusador que todo era una farsa y que la muerte de muchos veroneses caería sobre las conciencias de los complacientes senadores del Gran Consejo.

Augustin Barbarigo se aclaró la voz con un carraspeo fuerte y potente, y grave, como exigía la situación. Todos los presentes en el Consejo de los Diez, a puerta cerrada, mostraban rostros sombríos.

—Esos murmuradores ya han sido detenidos. No ignoramos que existen infiltrados en nuestra amada ciudad que buscan el alboroto y el tumulto. Debemos estar más vigilantes que nunca. La situación en Verona es crítica. Tenemos fuentes fidedignas. Augusto Veritá, ciudadano veronés que conocéis bien, ha logrado que una carta suya llegue a nuestro poder. Ante la partida de los magistrados, ha encabezado una reunión de ciudadanos para negociar la

capitulación de la ciudad ante los franceses.

Las lágrimas están en todos los ojos. Los veroneses se tiran al suelo y lo golpean con los brazos en su desesperación. Los ancianos observan con pena la inútil resistencia de los jóvenes. Las mujeres temen por la suerte de sus maridos. La guerra ha convertido a vecinos civilizados en miserables alimañas. Kilmaine nos recibió. Se respetaría la religión, y las vidas y propiedades de todos. Era el único consuelo ante las puertas abiertas de la ciudad. Pero en vez de eso, los franceses han tomado a todos los soldados y oficiales como prisioneros de guerra y los han conducido presos fuera de la ciudad, camino de Milán. Se han producido saqueos, robos en las iglesias y en el Monte de Piedad, y aún no han terminado. Hay miedo. Yo mismo temo que tendré un destino incierto.

—La situación es muy grave. ¿De cuándo es la carta?

—De ayer, Serenísimo Príncipe.

—¿Cuánto se ha perdido?

—Hay una estimación, a partir de nuestros registros. Si es como aquí dice, del Monte de Piedad casi cincuenta mil ducados. De iglesias y palacios, casi cien mil ducados. Obras de arte, tesoros artísticos..., ¿quién pone precio al arte? —expuso Augustin Barbarigo.

Marco Lascaris se encontraba tan consternado como los demás. Pensó en su hijo. De pronto se oyó el picaporte de la puerta del Consejo. Uno de los secretarios entró. Todos callaron. El hombrecillo de cabeza calva y gacha dio pasos rápidos para entregar con urgencia una nota. Los tacones de sus zapatos retumbaron en la tarima de roble. Uno de los *capi* recibió la nota. En cuanto la leyó se la pasó a Barbarigo. El hombrecillo salió. El inquisidor esperó unos momentos para que se alejara más allá de la puerta nuevamente cerrada. No eran buenas noticias, bastaba mirar su rostro. El Dogo, paciente, arqueó una ceja.

—Hemos perdido Vicenza. También Padua. Ambas han sido tomadas por tropas del general La Hotz. —Los murmullos y lamentos se escaparon de boca de todos. El Dogo cerró los ojos y apoyó la frente en una de sus manos—. Y Veritá, Emili y Malenza han sido fusilados esta mañana.

Todos callaron y miraron al Dogo. Ludovico Manin, sin variar su postura, expresó con tono agrio y cortante su indignación. El cuerno ducal tembló sobre su cabeza.

—¿Pero cómo ha pasado? ¿Sin pelear? ¿Las dos ciudades se han rendido sin más?

—Habrá sido ese veneno de buenas palabras que esparcen por todas partes, Serenísimo Príncipe. Libertad, igualdad, fraternidad contra la tiranía...

—Por la amenaza de sus cañones, o del nombre de Napoleón...

—O alguien les abrió las puertas...

—¡Traición! ¡Premeditación! —rugió el Dogo, poniéndose repentinamente de pie.

—Puede. Pero lo cierto es que se ven tropas francesas en el borde oeste de la laguna.

—Señor inquisidor, el ministro francés Lallemand ha pedido que se permita entrar a la laguna a barcos armados franceses y a sus compatriotas que emigran por miedo a las milicias —continuó el Dogo, sudando. Se paseó de un lado a otro de la tarima observando a cada uno de los presentes—. Entonces, ¿hemos de consentirlo?

—No. Está claro. Con esa excusa de su miedo y su petición de protección pretenden amenazar ya directamente a Venecia. No debe permitirse, Serenísimo Príncipe.

—Es tarde para eso, ¿no os parece? —interrumpió un consejero. Era una falta grave intervenir cortando la palabra al Dogo. El Dogo le lanzó miradas de furia, pero dejó que continuara—. Venecia ya está invadida. De los eslavos que se rebelan. De los correos de las delegaciones extranjeras, de sus secretarios... Hay que luchar, Serenísimo Príncipe. ¡Hay que luchar!

Marco Lascaris se volvió hacia el consejero. Tenía mayor edad que él. Se expresaba con vehemencia. Había oído palabras similares en otra sala, en otra parte, no hacía demasiado. Y eso quería significar algo. Tendría que preguntar. El Dogo recuperó su compostura, fría y distante.

—Será el Senado el que decida eso, no yo. Todos aquí respiramos por y para Venecia.

Tras un silencio sepulcral, Barbarigo ordenó que entrara el abogado. El mal y la subversión no conocían descanso. La justicia tampoco. Se abrieron las carpetas, se discutieron casos apremiantes, se decidieron castigos. El

abogado hizo un alto.

—De nuevo luchamos contra la mancebía. El pecado contra natura. Se ha delatado a un hombre. Y a otro. Y a otro más. Es un mal interminable, pero este tribunal no es ciego. Afortunadamente.

Ofreció la lista. Pasó de mano en mano, parecía indigno leer en voz alta aquellos nombres, una lista elevada, algunos con sospechas por confirmar. Otros, con sospechas confirmadas sobre las que se requería una acción. Para sorpresa de Lascaris, reconoció uno de los nombres. Teófilo, hijo de Lucio Contarini, era acusado de pervertidor. Se le había seguido. Se había reunido en una casa patricia con un menor llamado Tadzio. La nota decía que cantaba en el coro de San Marco.

—Es escandaloso que un joven cante a Dios y a la vez ensucie su cuerpo, entregándolo a la lujuria insana.

El mercader de sal se preguntó si existía la sana lujuria, pero se abstuvo de decirlo. Barbarigo conferenció brevemente con los otros dos inquisidores. Estuvieron de acuerdo.

—Mañana se detendrá a Teófilo Contarini y se amonestará al joven Tadzio, cuyas únicas culpas son no saber valorar sus propios dones y su juventud inconsciente.

Luego Lascaris supo que el patriarca Fridericus María Giovanelli había declarado su protección sobre el joven Tadzio; quizás eso le había salvado de una tenebrosa celda. Y de un siniestro torturador.

—Con una voz así, ¿cómo puede ser un pecador? —había decidido el viejo patriarca.

Marco no tuvo un solo momento para pensar en sus preocupaciones tras el Consejo. El Dogo lo hizo llamar a sus aposentos. Lascaris admiró la galería de los filósofos, y antes la sala de mapas, con las dos enormes esferas armilares que mostraban la extensión del mundo. La galería era amplia, de techos con vigas decoradas y cuadros de varios dogos en las paredes. Se preguntó por qué la llamarían de los filósofos, allí no había ningún busto ni pintura relativa a pensador alguno. Quizá quien atravesara la puerta custodiada y esperara a ser llamado por el asistente personal del Dogo tendería a divagar en la impaciente espera, llenándose de pensamientos peregrinos e insensatos.

Pero él no tuvo que esperar demasiado. Bernardo Trevisan le hizo pasar a los apartamentos privados por una de las puertas laterales y después el

ayudante de cámara salió y cerró. Lascaris y el dogo Manin quedaron a solas.

Para ser el príncipe de un estado marítimo y continental, las estancias eran bastante austeras. Los barnices aromáticos de los muebles eran oscuros y hablaban de siglos.

El consejero se mantuvo de pie. El Dogo miraba distraídamente por la ventana, hacia el canal que corría por el lateral del palacio.

—Parecías incómodo.

—La guerra se antoja inevitable.

—Piensas que todo es un error, ¿verdad? Que aún somos capaces de encararnos al ejército francés. No estoy ciego en esta cárcel de oro. Sé qué se dice en las tabernas, en los muelles, en el mercado. Aún tenemos ejército. Aún tenemos barcos. Aún tenemos oro. Luchar. Quizá. Pero eso que piensas podría ser si yo fuera Enrico Dándolo, ciego o no, o si el general Justiniani, que resistió hasta la muerte a los turcos, se alzara de su tumba.

—Tenemos aún buenos militares, tenemos a Pesaro. Y al general Stratico, Serenísimo Príncipe.

—Un general gordo evidencia una cosa: molicie. —El mismo Dogo se mostraba bastante delgado y desmejorado. Parecía un hombre débil. Setenta y dos años no pasaban en balde—. Eso me gusta de ti. Un hombre preocupado es un hombre activo. Ahora, tras esta puerta, estás a salvo. ¿Tienes algo que contarme?

—No os entiendo.

—Eres consejero. En ti hay una enorme responsabilidad. Eres honesto, por eso apoyé tu elección. Posees una gran cualidad, señor Marco: hay en ti un halo de honestidad que hace posible que puedas entrar y salir de los sitios sin causar desconfianza, y lo más importante, no te conocen los espías. Pero se te ha visto hablando con sospechosos. Con amigos de franceses. —El Dogo se volvió hacia él. Sin el cuerno ducal, sin la capa de armiño y oro, aparecía reducido, enjuto, pequeño, débil. Su voz era seria. Acusadora. Dolida, como se dolería un amigo traicionado en su confianza—. Se te ha visto ayudando a franceses ante el banco. Se te ha visto haciendo preguntas por el Campo de San Polo. No es esa la actitud de un buen consejero al servicio del Estado. De mí. ¿No tienes nada que contarme? Nada escapa a los inquisidores. Barbarigo recela de ti, aunque él recela de todo el mundo, es así. —Se le heló la sonrisa. Le señaló con el dedo—. Dice, sin embargo, que esparces palabras de que

Tortelli no murió por causa natural. Eso no es conveniente. Y ya se ordenó discreción. Sí, es cierto, pero el culpable ya ha sido castigado. No camines por ese sendero. Preocúpate de esta ciudad, preocúpate de tu hijo. ¿O acaso lo que se dice de Antonio es cierto? Acaso tú mismo prestas atención a lo que tu hijo te cuenta. ¿Es así?

—No. Está errado, ¡pero es mi hijo! Y yo lo envié a Verona, y ahora... no sé nada de él. Creedme, tenéis en mí al más decidido defensor de esta Serenísima República.

—Bien. Es como creía. Y eso me place.

El que se acusa faltando a la verdad, cuando menos comete una culpa venial contra la caridad que se debe a sí mismo, y miente, confesando un delito que no ha hecho. Mentira que es más grave siendo respuesta a un juez que pregunta como tal. Y así, una falta a la caridad, una culpa venial, se muestra como un pecado mortal, y como tal debe castigarse.

BERNARDO GUI

Salió del palacio preocupado, pensando en las palabras de Bernardo Gui. Entonces sabían de sus pasos. Seguramente por boca de Bruno, o de otros agentes. No se sabía cuántos delatores había en la ciudad entre el total de los doscientos mil venecianos de la capital. ¿Mil? ¿Veinte mil? ¿Cuarenta mil? En cualquier momento, cualquiera podía delatar a cualquiera, para eso eran los buzones de la Puerta de la Carta. Y esa mención final a su hijo era una amenaza. Silencio a cambio de la vida de Antonio o una oportunidad de demostrar si decía la verdad o si mentía. ¿Tanto importaba Tortelli? ¿Por qué? Entre dudas, fue en la propia Puerta de la Carta donde encontró una de las respuestas al salir del palacio por ella. Vio a Eresto Loredan, con sus abundantes y espesas cejas blancas, la nariz curvada de águila y aquella mirada gris penetrante, hablando con discreción con otra persona. Era el consejero que insolentemente había interrumpido al Dogo, un miembro de la casa Correr. Un momento después se separaron. Fue entonces cuando Eresto Loredan lo vio y quiso hablar con él. No muy lejos, Bruno esperaba pacientemente. A pesar de la hora tardía, pues ya se veían las estrellas y desde la lejanía llegaban las luces de los vigías del castillo del Lido, aún había gente

merodeando en los soportales del palacio. Algunos dispuestos a iniciar alguna velada nocturna en los *ridottos* de juego. Otros, por haber oído los rumores. Todos, porque querían conocer.

—Disculpad, Loredan. Nos ha sorprendido a todos la vehemencia del consejero Correr. Pero creo que no ha hablado él, que eran vuestras palabras. Las mismas que dijisteis en el Senado.

—El Dogo os ha retenido y os ha preguntado. Y yo os pregunto: ¿fue como contó Casandra?

—Creo que os los puedo decir. Sí.

—¿Por qué?

Marco Lascaris se encogió de hombros. Loredan lo apartó aún más de la gente.

—¿Por dinero? ¿Por promesas? —aventuró el mercader de sal.

—¿No habéis pensado nunca qué hace que se mate a un hombre? —Lascaris calló—. En frío, de forma calculada, ¿qué convierte a un ser racional en un asesino? ¿Qué motivo? Un claro beneficio, seguido de una probable seguridad de no ser descubierto. En caliente, cualquier pasión. Humillación. Venganza. Celos. Honor. Riquezas.

—Lo último no. Era rico. O eso se decía.

—No, rico no. Más que eso. Pocos lo saben, él mismo se encargó de evitarlo, con terceros intermediarios y hombres de paja. Tortelli era el hombre más rico de Venecia, gracias a la sal, al comercio de la pólvora y a los préstamos. Incluso más que mi familia, y mucho más que la familia del Dogo. Pero fue listo. Quería seguir viviendo discretamente, aunque en las horas nocturnas estaba al tanto de todo. Hace años maniobró, precisamente, para no ser elegido dogo. No quería someterse a nadie. El Dogo no es un hombre libre, es un prisionero de los intereses de las grandes familias.

Contarini, Bragadin, Barbarigo, Giustiniani, Mocenigo, Pisani, Cornaro, Loredan, Correr y otras familias del prestigioso Libro de Oro... Marco Lascaris pensaba que conocía la posición de todos en su círculo, pero ahora que salía a relucir esta situación oculta de Tortelli se preguntaba cuánto era cierto y cuánto no. Y a quién beneficiaría su muerte.

Pregúntate a ti mismo las razones de las cosas cuando quieras conocerlas. Pero no las preguntes a otro si te invade el temor de no

querer conocer la respuesta, o sus consecuencias.

AMIANO MARCELINO

—Si Casandra tenía razón, entonces olvidadlo —aconsejó Loredan—. Es mejor no remover lo que mal huele, no sea que uno se manche. El pasado ya pasó.

—No sé a qué os referís. ¿Qué sabéis que yo no sepa?

El otro senador meditó unos instantes. Se decidió a hablar.

—Tortelli amasó su fortuna con la especulación y la usura.

—Tantos otros han hecho y harán igual... Parecéis saber mucho de él. ¿Tenía algún enemigo claro?

—Lascaris... Os quitaré la venda. Ya que tenéis cierto contacto con él, preguntadle al Dogo. Giacomo Tortelli también prestaba dinero al Estado.

—¿Qué decís? ¿A qué os referís?

—Venecia se hunde en el fango, estimado amigo. Un fango que ya alcanza nuestras túnicas.

—¡No entiendo lo que decís! —siseó Marco Lascaris, apretando los puños visiblemente alterado.

—Lo veréis y lo entenderéis mañana.

Le señaló la ida y venida de gente embozada que depositaba cartas en las bocas de los correos de delación a aquellas horas tan tardías. Podían ser jugadores desvalijados quejándose de cartas marcadas o de deudas no pagadas; o sentencias contra hombres y mujeres desdichados, que dormían sin saber que a la mañana siguiente conocerían las cárceles y las preguntas de los jueces. Cuando Lascaris volvió la cabeza de nuevo hacia la columnata, Loredan ya se alejaba atravesando la placeta hacia la Mercería como una sombra embozada más de las muchas que recorrían Venecia en pos de juego, mujeres, lujuria, desánimo, desesperanza y venganza.

O no. Quizá todavía no era tarde para hacer, para actuar. En el bolsillo bajo su toga se palpó lo que le había dado tiempo a comprar antes de entrar en el Consejo. No se había olvidado ni de Beatriz ni de Ana. Esperaba reconciliarse con su hija mayor. Él no se tenía por mal padre. Era ley de vida, los hijos se rebelaban contra los padres y los padres ponían todos los medios a su alcance para contener la insensatez de los hijos, o al menos su

inexperiencia. Recordó a su propio padre, también llamado Marco. Fue un hombre honrado, que sentía amor por sus hijos, pero más aún por el pasado de su casa. Era firme y justo. No dudaba en azotar con una vara si veía que eso era lo que se necesitaba o lo que se merecía un hijo. Y sin embargo, pegar a un hijo siempre dejaba un poso de amargura. Pensaba qué quedaría de sí mismo en sus hijos cuando él faltase. ¿Se acordarían del primer paseo en góndola en su regazo, junto a Adriana, su mujer radiante? ¿O recordarían con resentimiento el bofetón dado por querer corregir su senda, que a todas luces a cualquier padre que tuviera dos dedos de frente le habría parecido desastrosa? Un mal recuerdo sería un recuerdo rencoroso. Estaba viendo la muerte de cerca en los últimos días y se desvelaba pensando en sus hijos.

Tuvo misericordia de la familia Contarini. Entró en casa con el desasosiego que le habían producido las palabras de Loredan, pero buscó al marido de la cocinera y le entregó una nota, escrita a toda prisa en la cancillería, para que la entregara en mano a Lucio Contarini. Era escueta. Supuso que Lucio tendría sus propias sospechas. Le urgía a que escondiera a su hijo cuanto antes, esa misma noche, en cuanto recibiera la nota, pues Teófilo sería detenido por la mañana. Rogó que no fuera demasiado tarde.

Esa inquietud chocó con una exagerada alegría en su casa. Adriana lo abrazó, lo besó, se la veía muy alterada pero feliz. Llamaba a gritos a Beatriz para que despertara y bajase de su alcoba. El senador y consejero tuvo miedo de preguntar, pero no hizo falta. Salió de la cocina. Mostraba mal aspecto a pesar de la muda ya cambiada, con el rostro y la piel quemados por el sol y el sufrimiento. Pero estaba vivo. Antonio Lascaris estaba vivo y en casa.

El corazón pasó de un palpitar desconfiado a un palpitar desbocado. Su hijo sonrió, con cierta pena, aunque contento de estar allí.

—Hola, padre.

El consejero abrió los brazos. Se echó sobre él con fuerza.

—¡Hijo mío! ¡Vivo! Qué alegría. Y nuestro negocio... —El hijo negó con la cabeza—. ¿Felipe...?

Antonio negó con un gesto de pesadumbre.

—Padre, tienes que ayudarme. Esto tiene que acabar. El Senado ha dado orden de no luchar por Verona. ¿Por qué, padre?

—Napoleón es Napoleón. Hijo, deja que otros decidan. Hay que salvar ciudades. Salvar vidas.

—Eso es lo que ha pasado siempre: que unos pocos deciden por muchos. Escúchame. ¿No lo ves? Eso debe terminarse. Lo de Verona me da la razón. Ya nada será lo mismo. Y tú quieres lo mismo que ellos. Que nada cambie.

—No sé qué ves en los franceses, pero no permitiré que arriesgues tu vida por un absurdo ideal.

Por un momento volvió a estar en la plaza de la Revolución en París, sumergido en las voces y el desenfreno de los parisinos que, con los puños en alto, pedían sangre. La guillotina bajó. El embajador Querini gimió débilmente. Se había orinado en los pantalones. Tiró de él para buscar una salida entre el bosque vociferante de brazos levantados. El verdugo izó la cabeza cortada, la cabeza de un rey, la primera cabeza decapitada que vio. Recordaba el cielo nublado, con las nubes moviéndose veloces hacia el oeste. El aire frío. Las voces calientes de las mujeres.

Ideales. Recordó que luego con Robespierre llegó el Terror. Qué sabría su estúpido hijo sobre los ideales.

Antonio reconoció esa mirada obstinada. Se enfureció. Se levantó indignado, pero su madre acudió solícita y puso sus manos sobre ambos hombros en actitud de ruego. Temblaba. Adriana temblaba y eso sorprendió al mercader.

—Has vuelto. Mira a tu padre. Han reconocido la valía de tu padre. Ahora es miembro de los Diez. No te vayas —suplicó Adriana, poniendo la mano sobre la de su hijo. Antonio bufó pero asintió. Cenaría con ellos—. Y además, tenemos que hablar sobre tu boda con Clara Contarini.

—¿Y dónde está Beatriz? ¿En su habitación?

La bella Beatriz bajó sofocada y con las mejillas rojas, con su camión cubierto por una bata mullida. Dio un chillido de alegría y besó y abrazó a su hermano. Luego abrazó a su padre, quien con un balbuceo inconexo le rogó que lo perdonara y que aceptase un presente. Pero para su decepción su hija se mostró muy tibia por el camafeo, una joya antigua y romana bicolor, con la talla de una ninfa junto a un cisne engastada en un colgante de plata. Pasó sus gráciles y suaves dedos blancos por los relieves de la joya, con los ojos bajos y con la larga melena rubia recogida a un lado con una redecilla. Alzó la vista. Había tomado una decisión.

—Padre, gracias. Te quiero, pero no me casaré con Contarini. Amo a otro hombre.

—Tampoco yo quiero casarme con Clara Contarini. He conocido la traición de su linaje —dijo Antonio recordando la cobardía del magistrado Contarini en Verona.

Adriana temió la reacción de su esposo y se acercó a sus hijos. El mercader, cansado y frustrado, se sentó en un taburete junto a la mesa de la cocina. Dejó el gorro arrugado a un lado y se masajeó las sienas. Todo se derrumbaba. Para qué demonios le servía ser consejero del temido tribunal, se preguntó.

—No voy a escucharos. No quiero escucharos. Mañana será día de hablar de estos asuntos con más seso y menos cansancio. No sabéis lo que decís.

—¡Pero amo a otro hombre!

—Al menos tú harás lo que yo diga, ¿o es que yo ya no mando nada en esta casa? ¡La cena! —Marco Lascaris dio un puñetazo en la mesa, dejando a todos mudos. Arriba, en la primera planta, Ana comenzó a llorar. La criada acudió a arrullarla. Beatriz y Adriana esperaron sentadas en silencio a que los dos varones saciaran su hambre. No intercambiaron ni una palabra más. Gestos sutiles. Miradas de decepción en uno, en otro de reproche. Fue una cena silenciosa y amarga.

* * *

En otra parte de la ciudad, en ese mismo instante, Edme Joseph Villetard deambulaba cansado por las calles, abandonando la de las prostitutas. Esa tarde había tenido una velada memorable. Todavía le duraban los vapores etílicos del Burdeos y se reía para sí mientras se apoyaba con ambas manos en las fachadas para no caer en los canales. Disfrutaba del teatro y unas horas antes había conocido a una joven actriz pelirroja que era insaciable. Ya le había dicho Lallemand, quién lo iba a pensar de él, marido venerable, que las más expertas mujeres estaban allí, detrás de Rialto y cerca de San Polo. Y la joven, llena de encanto y de risas, como si temiera romper un hechizo, se había deshecho de sus manos y había huido precipitadamente, dejándolo embobado y subyugado.

—¡Volveré a verte! —había gritado el francés. Pero ella y sus risas se perdieron en la calle.

Recorrió las calles de vuelta a la delegación francesa. Otro francés lo

acompañaba en silencio y con paciencia. Villetard tropezó. Una mano rápida evitó que cayera a las aguas.

—¿Es aquí, Zorzi?

El hombre asintió. Puso el dedo índice en sus labios para aconsejar silencio y señaló a las aguas de la laguna que se extendía ante ellos. En el barrio de Canareggio observaron bajo la luna menguante unos trasiegos inusuales. Numerosas barcas se movían a golpe de pértiga y de remos desde la ciudad hacia tierra firme, sin luces ni faroles delatores, cargadas de bultos, mujeres y niños. A oscuras. Huían de Venecia.

Gentes con siervos llegaron a paso rápido a los muelles, ocuparon las barcas de pescadores que les aguardaban embozados como maleantes y se separaron de los amarres. Algunas amas de cría mecían en las barcas a niños que lloraban en la noche.

—¿Dónde está la flota de la laguna? ¿Dónde están los agentes del comisario?

Zorzi se encogió de hombros.

—El caballero Pesaro sabrá. Aquí no. No será casualidad.

«Valiente Pesaro», pensó Villetard. Tantos golpes de pecho que se daba el veneciano por ser guardián de la laguna, ¿acaso dormía? ¿O acaso permitía la huida por orden del Dogo? Podría ser. El francés aún soportaba los efectos de las dos botellas compartidas y bebidas con la joven, pero bajo la débil claridad lunar vislumbraba a varios hombres. Uno de ellos llegó a la carrera por la misma calle donde los franceses se habían resguardado en una entrada a oscuras. Lo conoció, era uno de los senadores. Había más. Tortelli, pensó. Asesinado.

—Hay que darse prisa.

—¿Cómo decís?

—Mira todo eso, Zorzi. Hay que darse prisa. Los deseos de Napoleón Bonaparte son inflexibles y muy claros. Ese Lascaris puede ser un estorbo. Conoce lo que le pasó a Tortelli.

—Pero tiene un hijo, ya lo sabéis. Adepto a Francia.

—No me fio de ese hijo.

Dando un gran rodeo llegaron a la delegación. Allí Lallemand estaba preparando sus pertenencias y quemando papeles. Estaba tranquilo. El anciano

embajador suspiraba por regresar a París con su mujer y sus dos hijas. Lo miró, sonrió y no dijo nada.

—Señor embajador, me pregunto si no tenéis nada que contarme.

—Oh. Bien. Qué noche tan despejada, ¿no es cierto? Y qué tranquilas están las aguas.

—La marea ayuda. Escuchad. Ya no es un rumor. Se esparce la verdad. La muerte de Tortelli no fue natural. Los senadores huyen. Lo saben. ¿No tenéis nada que contarme? ¿No hay nada que deba saber?

—Sí que debo contarte algo, sí. Ese Tortelli era peligroso para nosotros. Intenté hacer algo..., pero fracasé. —Villetard enarcó una ceja. No se imaginaba a aquel hombre apacible como un ser violento o perverso. Aunque todo podría ser—. Intenté ser más sutil, menos directo. Lo denuncié al Consejo de los Diez, pero no logré nada. No es raro. Aquellos que comparten poder suelen encubrirse, a pesar de que yo contaba con nuestros amigos. Entonces llegó Junot. No solo tenía que hablar ante el Senado. Tenía órdenes, sí. El edecán Junot tenía que hablar con Tortelli.

—¿Sobre qué?

—Un pacto. —Por todo gesto el hombre se enderezó y se metió la mano por la camisa hasta tocarse el vientre. Estaba claro a quién se refería—. Creo que el corso ambicioso al que tú adoras ordenó a Junot que lo viera. Sabía que Tortelli era un hombre rico.

—¿Un soborno?

—Más que un soborno. Pero Tortelli rechazó lo que Junot le ofreció de parte de nuestro comandante en jefe en Italia. Creo que de buena gana Junot hubiera estrangulado a Tortelli. Alguien le quitó la presa. ¿Fue casualidad que Tortelli muriese y luego que Verona se alzara en armas? No lo creo. Verona contra Francia, no. Contra nuestros ideales de cambio. Verona, recuerda, acogió durante un año a Luis XVIII. Venecianos... No puedes fiarte de ellos.

—¿Pero qué le propuso Junot?

—El edecán estaba furioso ya antes de entrar en el Senado. Tortelli había rechazado un pacto. Junot no me dijo más, pero soy viejo en esto. El Palacio Ducal es hermoso, ¿verdad? ¿Quién no querría aparecer como el salvador de la patria, garantizando la supervivencia de la República y sus vetustas estructuras? ¿Quién no desearía recibir la bendición del patriarca en San Marco, otorgando múltiples dones al inicio de su reinado mientras arroja de

una patada al inútil que lo precede en el trono? Y que hace que, en comparación, sus acciones sean aún más gloriosas. Venecia es fuerte y no lo sabe; aún tenemos que temer a las milicias armadas. Miles de hombres, mercenarios que solo conocen el valor del oro. Tortelli tenía ese oro y pensaba usarlo. Eso creo yo. Junot echaba espuma por la boca cuando el trato no se cerró.

—Embajador, ¿fuiesteis responsable de...?

—No. Lo pensé. Pero no. Y eso me preocupa, porque no entiendo qué está pasando. Aunque... yo ya no tengo nada que hacer. —Lallemand suspiró y le tendió los sellos que descansaban sobre la mesa. Las manos le temblaban de emoción. Una de esas noches atravesaría la laguna, antes de que fuera imposible. El caballero Pesaro se lo había prometido. Antes de que acabara mayo volvería a pasear por las orillas bulliciosas del río Sena—. Ahora son tuyos. Es tu momento. Es lo que querías. Tú tendrás que tomar la decisión y averiguar qué pensaba hacer Tortelli. Esperaré la orden del Directorio para mi reemplazo. No tardará.

CAPÍTULO 13

EL CÍRCULO

VENECIA, 29 DE ABRIL. SÁBADO

Marco Lascaris madrugó más de lo que hubiera deseado. Con el primer rayo de sol ya estaba fuera de su casa. Vio pasearse a muchas mujeres, solas o en parejas. Reían. Quizá se acercarán a la Erbería en busca de flores o de incautos cansados. Cubrían sus cabellos recogidos con pañuelos amarillos. Las había maduras, las había jóvenes, las había que se parecían a su hija, con los pómulos tersos, los labios rosados y apetitosos, la barbilla hendida y los ojos maquillados. Sus risas herían su dignidad. O acaso las envidiaba. Quizá las prostitutas que aprovechaban el único día que las ordenanzas permitían que pasearan libremente por la ciudad fueran más felices en su depravación que él mismo en su prudencia y virtud. El senador bufó cuando una de ellas mostró tal alegría por vivir que le pareció insultante. Estaba serio y cansado de la amarga velada de la noche anterior. A pesar de sus reticencias, su hijo Antonio le había hablado del desastre de Verona. Refugiados. Podían verse por las calles. Llegaban siguiendo vagas indicaciones en busca de parientes. Llamaban a las puertas, preguntaban a los gondoleros. No solo llegaban refugiados de Verona, también los había de Padua y de Vicenza.

Padua. Pensó en su ahijado Giacomo. Su fiel padre y gondolero estaría sufriendo. Giacomo padre era como un olivo milenario: retorcido, gastado, doblado, pero aún resistiendo. El sufrimiento lo carcomería por dentro. El viejo no se derrumbaría, no se rendiría, aunque no era invulnerable. Era padre. Claro que estaría preocupado.

Había pasado una noche de insomnio tras hablar con su hijo. Antonio era duro y orgulloso, o quizás era un espejo de sí mismo. Igual de cabezota, igual de obstinado. No se pidieron perdón. El mercader había rebuscado en sus libros. Había revisado la contabilidad de sus negocios, los ingresos de las salinas de San Erasmo, los derivados de los almacenes de Verona, Padua, Vicenza. Tachaduras. Era una catástrofe. Con las últimas sublevaciones podía dar por perdido todo en esas ciudades. Sin la sal, era la ruina total. Dormir. Quién podía dormir sabiendo que al amanecer no tendría nada. Adriana. Beatriz. Antonio. La pequeña Ana.

Aún tenía lo almacenado en la ciudad; la parte declarada y la no declarada. Tenía el barco procedente de Chipre, del que aún nada sabía. Tenía los recibís del proveedor de la sal, que no podía canjear, y las letras que el Banco de Giro se negaba a abonar por provenir de las ciudades de Tierra Firme, ahora sometidas a la influencia perniciosa de los franceses.

No se dio cuenta de que su hijo, insomne como él, lo estaba observando atentamente. Le dio un escalofrío y alzó la cabeza de la mesa. Su hijo era guapo, era joven. ¿Por qué tenía que enfrentarse a él? ¿Por qué tenían que enemistarse?

—Padre, esto está acabado.

—Mi sitio está con nuestra Serenísima República de Venecia. ¡Quédate a mi lado! Te necesito. Todo va mal. Me pidieron... delatarte. Y no lo hice. No lo haré. ¿No sabes lo que eso puede suponerme? ¿No significa eso algo para ti?

Se miraron fijamente. Estuvo a punto de decirle algo más, pero dudó. Un instante después, Antonio ya no estaba junto a la puerta. Se marchó de la casa antes que él.

Marco Lascaris, inquieto por sus pensamientos y dudas, alcanzó Rialto seguido por Bruno. El barco de Chipre. Una tormenta en el Adriático lo podía haber dañado. O lo habría apresado la flota francesa que decían que amenazaba las rutas con el mar Egeo. O peor, quizá los turcos se habían hecho con él. Su capitán podía estar suplicando un rescate en una mazmorra de Estambul. O quizá, con el velamen roto por la última tormenta, se demoraba en Corfú realizando reparaciones. A saber. La falta de noticias era lo peor. Salió de sus pensamientos al reconocer a Lucio Contarini en el ascenso por el puente del Gran Canal. Aceleró hacia él. Lo rehuyó.

—Pero, ¡Lucio...!

Se le acercó a grandes pasos, aunque Contarini no quiso ni rozarlo.

—Tu hijo es un traidor. Y además estás arruinado. Me temo que ya no podremos celebrar las bodas. Ahora, si no te importa, no te dirijas a mí. — Señaló con la cabeza las primeras tiendas sobre el puente. Y hacia Bruno—. Pero agradezco tu aviso por Teófilo. Está a salvo. Podemos hablar en la lonja, allí no nos molestarán. Brevemente.

En la lonja del pescado pasearon entre los puestos. Las señoras y criadas se quejaban a gritos del poco género que había sobre los mostradores de mármol en los dos últimos días y los pescaderos además habían subido los precios.

—Lo que sé me lo dijo mi primo en Verona. No quiero ser un desagradecido ni un insensible, Marco. No te deseo mal alguno. Pero debes saber lo que voy a contarte. A tu hijo lo detuvieron por cobarde. El propio general Stratico lo redujo. Mientras los magistrados de Verona se jugaban la vida por salvar la ciudad de la destrucción, tu hijo se dedicaba a calumniar el buen nombre del Gran Consejo e incitaba a no obedecer al Senado. Además, ya no sé qué puedes ofrecerme. Tus salinas están paradas y tu nombre ya no es seguro. Ya lo sé, es tu hijo, pero te traerá problemas. Debes remediarlo.

—¿Cómo sabes lo de la salina?

—Me lo han contado. Igual que me han recomendado que ni Teófilo ni Clara se casen con tus hijos.

—Espera. Yo te he hecho un favor y un favor te pido. Sé que no serás ingrato. Tú conoces bien a los tres abogados. Habla con ellos, intérate por el hijo de un zapatero llamado Silvio que está en las prisiones. No tiene delitos de sangre. Intercede. Que acepten liberarlo y yo pagaré la fianza.

—¿Con qué dinero? ¿Y por qué lo haces?

—Lo buscaré aunque tenga que empeñarme. Lo hago porque lo he prometido. Es lo que te pido. Piensa en Teófilo. ¿Me ayudarás? ¿Harás que te lo ruegue?

—No, no... Lo haré. Favor por favor. Palabra. Y ahora, discúlpame. No es bueno que me vean junto a ti. Espero que no me guardes rencor.

Tras esas palabras, Lucio Contarini se marchó discretamente y con cautela, perdiéndose entre los compradores de la lonja. Bruno esperaba paciente. El mercader tenía reunión en el Senado y no podía demorarse más. Ya habría

comenzado sin él. Ahora todo era importante. ¿Se referiría Eresto a esa reunión? De repente, Marco observó que su guardián variaba su gesto y le tocaba el codo.

—¿Qué sucede?

—¡Allí!

En uno de los puestos de pescado, entre golpe y golpe de cuchillo, reconocieron al joven que manejaba el suyo con habilidad. Era el que había aparecido dos veces llevando pescado a casa de Tortelli. Cuando Marco y Bruno se acercaron, el joven tragó saliva y palideció. Murmuró algo a su patrón y desatendió el mostrador para dirigirse con paso intranquilo fuera de la lonja. Intentó correr, pero Bruno adivinó su intención y le sorprendió e inmovilizó. Lo arrastraron fuera de la multitud, al callejón más próximo. En las traseras de las casas, las madres colgaban blusas y sábanas en cordeles de un lado a otro de las fachadas de sus casas sobre un canal de aguas tranquilas.

El joven parecía un conejo asustado. Marco Lascaris, serio, intentó ser firme y persuasivo sin ser agresivo.

—No es necesario que empleemos la fuerza, pero quiero hablar contigo. Tú has estado en la casa de Tortelli varias veces. Lo sé, yo mismo te he visto en las dos ocasiones que he estado allí tras su muerte..., tras su fallecimiento, quiero decir.

—No sé de qué me habláis.

—¡El pescado se pudría en la alacena! Así que no te burles de nosotros. Has estado allí. Y huiste, ¿por qué?

—Pensé que queríais matarme.

—¿Por qué? No te calles. Habla. ¿Por qué? Y no quiero repetirlo más.

Bruno apretó el brazo doblado a la espalda. El pescadero gimió de dolor. Pidió una tregua.

—Yo solo llevaba pescado a su casa. El que me mandaban. De lo mejor, en eso sus gustos eran exquisitos y exigentes. Grandes y pesados.

—¿Los evisceráis antes de entregarlos?

—Lo normal es que sí, pero esos no. Tal como me ordenaban, solo me limité a entregarlos. Me dais miedo. ¿Sois inquisidores?

—¿Tú qué crees? No ocultes nada o no será para bien. ¿Cuándo entregaste el último pescado?

—El Martes Santo, pero me resultó extraño. Al llegar a la casa Tortelli no estaba, la mujer se mostró muy nerviosa y su criado me recibió como de costumbre, aunque se le veía intranquilo. No sé por qué. A lo mejor, porque ya sabía los problemas de Verona. Se veía que era un hombre rico. Tendría negocios allí y estaría preocupado.

—Pero has seguido llevando pescado. Yo te he visto.

—Ya no tengo que llevar nada, el pescador que los daba ya no... ya ha dejado de entregarme pescado y de pagarme. Dice que su benefactor ya no se siente obligado tras el fallecimiento de Tortelli. Pensaron que había gente en la casa al ver las ventanas abiertas. ¿El nombre del pescador, decís? Un descreído que se llama Tomás Pedro Zorzi.

Un inquisidor lo hubiera detenido. Lo habría encerrado y torturado. Lo hubiera convencido con una espera interminable de meses y años en una celda fría en invierno, ardiente en verano, aguardando un dictamen que podía llegar o no. Un inquisidor no hubiese dudado. Pero él no era inquisidor.

Lo dejó marchar. Bruno negó con la cabeza, disconforme, pero hizo lo que ordenaba. Lo vieron correr, justo en el instante en que vecinas y curiosos salían de la lonja llenos de ira. Se había formado un alboroto. Oyeron voces perentorias.

—Algo sucede.

—¡Claro que sucede! —gruñó una anciana que lo escuchó. Se ajustó el nudo del pañuelo verde que cubría su cabeza para protegerse del sol y se pasó la cesta de mimbre a la otra mano. Hablaba mal; casi estaba desdentada—. Hay inspectores, y esos delatores del Estado, preguntando y preguntando, y anotando y anotando.

—Están haciendo listas —intervino un hombre espigado de mirada huidiza—. No entréis.

Los pudo ver. Se preguntó el motivo. Algunos vecinos, interpelados, apelaban a su dignidad de ciudadanos y se encaraban a los inspectores y a los hombres de la ley. Algunos vecinos abucheaban a la autoridad. Los inspectores no dejaban de anotar, y de vez en cuando señalaban al alborotador más cercano. Le requerían que les siguiera a las buenas, y eso no ocurría. Había que usar la fuerza. Los vecinos a veces ayudaban a ocultar a los sospechosos. Intereses. O familia común. Otros venecianos seguían comprando a pesar del tumulto, ignorándolo.

Un ruido repetitivo, continuo, llamó la atención del consejero por encima de las voces de disputa. Era el impacto de los cuchillos de los pescaderos contra los mostradores de mármol, contra los peces aún vivos que se desangraban decapitados. Vio a uno de los pescaderos abrir con especial habilidad los atunes rojos de su puesto, eviscerarlos, rellenarlos de eneldo y volver a cerrarlos, cosiéndolos. Miró la aguja, el cordel. Marco Lascaris observó absorto todo el proceso.

Era eso. Ahora lo comprendía.

Después de un largo paseo reflexivo, Marco supo qué tenía que hacer. Para cuando alcanzó la placeta daban las doce en el Campanile. El agua alta cubría toda la plaza de San Marco. En los soportales de la Mercería, la gente se apelotonaba delante de las tiendas sorteando el agua para comprar comida, pan y víveres. Se había perdido la reunión del Senado. Merodeó por los soportales del patio interior del palacio para escuchar qué se había debatido. Si se seguía el proceder normal, en breve se convocaría al Gran Consejo. Los senadores descendieron la escalera. Saludó a algunos. Unos pocos le evitaron. Se encontró a Eresto Loredan, quien lo miró desafiante y resentido. Los senadores parecían más inquietos de lo habitual. Se marchaban en grupos, hablaban elevando sus voces, gesticulaban ampliamente con las manos.

—Tu puesto estaba vacío. El Dogo ha mirado hacia tu asiento vacío varias veces.

—No he podido asistir.

—El Senado ha hablado. Se han dado instrucciones precisas. Se mantendrá la neutralidad. Se autoriza al caballero Pesaro como proveedor de la Laguna y del Lido a que aumente el número de efectivos de las patrullas y refuerce la vigilancia del Estuario y de la Dominante, en especial de noche. También a que los inquisidores refuercen su vigilancia sobre todas las personas, y su celo también. A hacer recuento de la harina disponible, requisar aquella no indispensable para el día a día en manos privadas y enviarla a los almacenes del Estado para impedir su salida de la ciudad y su carestía. Se ha ordenado al magistrado de la sanidad que inspeccione y limpie aljibes y pozos, y los tenga provistos de toda el agua que sea posible. Se ordena a los inspectores conocer la cantidad de carne existente en la ciudad y a requisarla y salarla en los almacenes generales, y se autoriza al comisario pagador a pagarla con letras de cambio.

—Es... inaudito.

—Aún hay más. Se ha ordenado recuento de la cantidad de leña y carbón disponible en manos de los venecianos, y requisar la que no sea imprescindible. Lo más grave es que se ha prohibido el abandono de la ciudad sin pasaporte autorizado, y se ha ordenado al caballero Pesaro que las patrullas sean más celosas en la vigilancia de las aguas de la laguna. A reforzar las rutas de abastecimiento de la ciudad con vigilancia armada, si es preciso, para que no falten en la ciudad ni vino ni pan. El Senado, además, ha prohibido otra vez a Francia que entre naves armadas, aunque al final sí permitirá el trasiego de los correos de las delegaciones extranjeras, con la autorización pertinente. —Loredan se acercó al consejero para hablarle con voz más baja aún. Salieron del palacio. Deambularon bajo la galería del Broglio junto a la placeta—. Y lo más preocupante: sobre el Banco de Giro. Ahora nos hemos enterado. Bonaparte dio orden a la delegación francesa de retirar del banco todos los fondos allí depositados por parte de su tesorería francesa. Por eso se prohibió admitir giros y letras hasta nuevo aviso. Te dije que sería una reunión importante. Y tú te las has perdido.

—Te repito que no he podido asistir.

Ruidos. Voces. Manos que señalaban. Ambos senadores miraron desde las sombras que los guarecían hacia el lado opuesto, lejos, hacia la Mercería. Por segunda vez en aquel día, Marco Lascaris presencié un alboroto. La gente se preguntó qué sucedía y hasta los niños corrieron a curiosear. Varios agentes del comisario Morosini estaban requisando barriles de harina a un panadero, a la vez que un ejército de funcionarios se abría paso entre los vecinos y compradores para inspeccionar los negocios y cumplir inmediatamente la resolución del Senado, chapoteando en el agua de la marea alta.

Los vecinos derribaron los barriles para hacerse con la harina. Cien manos los alcanzaron. Los policías los pusieron en fuga a golpes de palo y puños. Dentro de los barriles había pistolas. Se llevaron al panadero hacia las prisiones.

—Todas esas órdenes no son señal de neutralidad. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo peor. No tardará en difundirse. Ha llegado la carta de los emisarios Doná y Giustiniani. Napoleón exige a Venecia una respuesta taxativa a sus demandas. Ya está en la orilla de la laguna. Y no has asistido a la reunión.

—¡Te repito que no he podido! ¡Si lo hubiera sabido, yo...!

—Pero no estabas. El Dogo, sin decir casi nada, lo ha dicho casi todo con sus gestos, su impaciencia y su preocupación. ¡Eres un veneciano, un buen veneciano! ¡Y por eso estás en peligro, como Tortelli! ¡Ten cuidado!

Le palmeó el hombro y lo dejó solo antes de que alguien delatara haber conversado con él.

Marco Lascaris se sintió confuso. Podía ver cómo los honorables miembros del Gran Consejo corrían asustados a sus góndolas junto al muelle del palacio, quitándose a toda prisa las togas con ayuda de sus asistentes. La policía proseguía con detenciones en la placeta y escuchó por primera vez gritos aislados contra el Dogo.

El mercader sintió palpitations de miedo cuando una compañía de hombres del Arsenal acudió armada y temible a la plaza. El número de venecianos airados crecía, entre empujones y agrias discusiones contra las fuerzas del orden. Temblando, el mercader cruzó al otro lado de la placeta buscando refugio en la Biblioteca Marciana, sin importarle el agua que cubría el irregular enlosado público. Por indicación suya, Bruno se quedó fuera.

Pero tampoco dentro de la biblioteca el mercader encontró paz ni sosiego. El miedo. Notó el miedo en el pequeño ejército de bibliotecarios, escribanos y conservadores que a toda prisa habían dispuesto cientos de tomos sobre las mesas y sobre el suelo. Corrían de un lado a otro por los pasillos, entre mesas y estantes. Estaban seleccionando manuscritos para trasladarlos a salvo a las cámaras de Santa María Gloriosa de Frari, le dijo Tiresias en cuanto lo vio. Estaba preocupado.

—Esto va a ser una guerra de Candia. Funesta, trágica y desesperada. La gente ya nunca más se fiará de los bancos. Todo se encarece. En Tierra Firme la gente entierra sus monedas y huye, pero aquí no podemos hacer eso. En Venecia solo hay agua, la misma que nos protege pero que también nos encierra como una cárcel, y los tesoros poco importan a los peces.

Atravesaron la biblioteca. Marco Lascaris siempre disfrutaba con su decoración de bonitos murales. Sobre el atril de lectura del bibliotecario había varios tomos abiertos. Uno mostraba en una página un grabado de la entrega del anillo del Dogo como desposorio al mar, sobre el *Bucintoro*, en el día de la Ascensión, cada año, en agosto.

El consejero contempló el grabado. Una obra de arte. Los atunes saltaban alrededor del *Bucintoro*, la lujosa galera del Dogo, con sus sobredorados y

banderolas púrpuras. Gentilmente, el bibliotecario cerró el tomo.

—Este, me temo, también debemos ponerlo a salvo.

—Decidme, Tiresias, ¿cuándo se retirará esta agua alta?

—Terminará con el mes. Sopla un leve viento siroco. Amainará. —Trazó con la yema del dedo una sinusoide—. De alto pasa a bajo. Esta noche será agua baja.

Sí, el viento leve era bueno. Podría ayudar al barco de Chipre a alcanzar la laguna.

Y a sus propios fines.

* * *

«¡Ten cuidado!», le había dicho Eresto, pero desafiaría el peligro. No hizo caso a su mujer, con la que había tenido una agria discusión antes de salir embozado al caer la noche. Solo. Tiresias había acertado. El nivel de las aguas había descendido. Se encogió en el vientre de la góndola. La luna en cuarto menguante apenas alumbraba. La noche era peligrosa. De noche, la ley obligaba a llevar un farol en la proa de las embarcaciones. No llevarlo era una infracción grave. Cualquier veneciano estaría obligado a delatar la presencia de una góndola sin luz, porque en la oscuridad era donde se confabulaban los enemigos del Estado. Pero el viejo Giacomo había aceptado. Lo llevaría a la trasera de la casa del inquisidor asesinado por canales secundarios y entraría por la puerta accesoria de la cocina. El gondolero movía la pértiga con la seguridad y la serenidad de quien así se movía desde hacía muchos años.

—Te compensaré bien —prometió Lascaris.

—Lo sé. Pero no es eso, es por mi hijo, vuestro ahijado. No sabemos nada de él. Seguimos sin noticia alguna.

Llegaron a la casa. Giacomo paró el suave balanceo de la embarcación con la pértiga, rozando con ella el cantil del escalón. El mercader se persignó, se puso en pie y empujó la puerta.

No se abrió.

Tragó saliva. Vio luces. Un candil se acercaba a una ventana en una casa adyacente.

—¿Quién va? —gritó una voz cascada de hombre.

Marco Lascaris apretó los dientes y empujó la puerta con ambas manos. Giacomo hacía fuerza con la pértiga para no perder el control de la góndola. Se oyó un chirrido. La puerta se abrió repentinamente, arrojando al consejero dentro de la casa. Miró hacia el gondolero, le hizo un gesto. El viejo asintió y se alejó por el canal antes de que asomara el vecino. El mercader cerró desde dentro, maldiciendo la humedad de Venecia. La puerta, hinchada, se atascaba en el marco. Empujó más, empotrándola, y cerró con el pestillo.

El olor a pescado podrido era nauseabundo.

Penetró a tientas en la cocina y alcanzó la mesa. De un bolsillo debajo del manto que lo ocultaba en la noche extrajo una vela. De otro, uno de los objetos de su almacén, una curiosidad oriental de una de sus compras.

—Ahora veremos si haces honor a tu nombre, esclavo del fuego.

Abrió la cajita a ciegas y tomó un elemento de su contenido. No estaba seguro de qué sucedería. El primer intento fracasó. Tomó otro y rascó la mesa con fuerza. La cerilla alumbró la estancia con un resplandor súbito y un apestoso olor a azufre le cegó. Se le cayó al suelo. Recogió la cerilla y encendió el pábilo de la vela. Tenía luz y fuego. Se sintió reconfortado por un momento; luego recordó a qué había regresado.

Guardó las cerrillas y encontró una palmatoria para la vela.

Se llevó la manga a la boca para no vomitar. Abrió la alacena. El pescado seguía allí, festín de los gusanos.

—Venecia...

Con la punta de un cuchillo lo tocó, lo miró, lo abrió. Había sido cosido. Lo abrió más. En la carne putrefacta interior distinguió marcas circulares. Comprobó lo que sospechaba y ya no tuvo dudas.

Dio un paso atrás y palpó donde se perdió el vino. Tamborileó con los dedos. Sonaba a hueco. Se agachó más. Se chupó el índice y lo acercó al suelo. Había corriente de aire. Había una rendija en el suelo. Se levantó y contó pasos. Era el tabique medianero de las casas, y en él había una puerta disimulada.

Entonces Silvio el zapatero no solo accedía a ver a la sirvienta, también su casa se comunicaba. Un cómplice.

Claro.

Era una vía de escape de Giacomo Tortelli para ir a donde quisiera sin ser molestado, o sin ser seguido por Bruno, su sombra, o por cualquier otro

agente. Para asistir a reuniones clandestinas, para tratar asuntos secretos. Nervioso, tanteó las molduras hasta encontrar un agujero disimulado que ocultaba el ojo de una cerradura tras una plaquita que asemejaba una escama de madera. Pensó en forzar la portezuela. Palpó todo el contorno. Le extrañó algo. Inspiró con fuerza varias veces cerca del contorno. Un olor peculiar llegó hasta él.

Dejó el manto. Tomó las dos pistolas que también había llevado consigo y se dispuso con nerviosismo creciente a inspeccionar la casa. Había sido registrada desde su última visita. Era una casa antigua, que olía a humedad en toda la planta baja. Si Tortelli era tan rico, a juzgar por los muebles y por la decoración, le pareció que era bastante tacaño.

—Como todos los ricos, que lo son por juntar moneda a moneda — murmuró.

Abrió las ventanas de la fachada e iluminó las estancias con candelabros, con velas, con hachones. Quería luz y que fuera bien visible desde la calle.

Vio en las alcobas camas abiertas y desarmadas, cestas de ropa tiradas, armarios con su contenido esparcido. Pensó en la viuda y en Casandra. La habitación que más pena le causó fue la biblioteca. Su estado era lastimoso. Se habían ensañado con ella.

Preguntaréis concienzudamente teniendo en cuenta la calidad y la condición de cada persona, porque el interrogatorio no puede ser el mismo para todos. Preguntaréis a los hombres de una manera y a las mujeres de otra. Y estaréis atentos a sus palabras tanto como a sus gestos, a sus señales.

BERNARDO GUI

Aquel cuarto estaba lleno de señales. No debía dejarse engañar por lo evidente. Era descorazonador ver los libros revueltos, rotos, desparramados. La mesa escritorio tenía los cajones destrozados. Vio pisadas sucias sobre las hojas arrancadas. Huellas. Desiguales. Al menos dos personas habían provocado ese caos. El consejero observó con tristeza una pira de libros quemados; las hojas medio carbonizadas habían resistido el fuego, negándose a convertirse en cenizas. Los anaqueles vaciados con violencia hablaban de

destrucción, de ira. Volvió a pensar en Casandra. Y en sus propias hijas. Quienes perpetraron aquel destrozo buscaban algo.

Se le ocurrió que Tortelli pensaba regresar a su casa y que su familia no esperaba ser detenida o secuestrada, o algo peor. Se sentó en el sillón, que alguien había rajado con un cuchillo en busca de ¿qué?

Marco Lascaris recapituló. Giacomo Tortelli era un hombre muy rico, tanto como para prestar dinero al Estado, a un Estado sin dinero para pagar a los esclavos, a las tropas, a sus funcionarios, sin sal para negociar, incapaz de controlar el alza de los precios, y haciendo que algunos fueran mucho más ricos a costa de otros, mucho más pobres. Muerto Tortelli y desaparecida su familia, ya no habría deudas reclamables. Si quisiera, el Estado se apoderaría de sus bienes y los incautaría, bajo cualquier excusa. El tribunal encontraría una razón. Los verdugos encontrarían una razón. Siempre encontraban una razón, ahora era consciente de eso.

Pensó más, con las dos pistolas en su regazo. ¿Qué movía a un hombre rico a recibir sobornos? ¿La avaricia? Le pareció posible, pero estúpido. Encontró una respuesta aún mejor y más terrible. Para aparentar que aceptaba los sobornos. Para engañar a unos; para favorecer a otros.

O para engañarlos a todos.

Suspiró. Desde el sillón contempló el retrato de Tortelli en la pared. Con sus ojos verdes y su semblante seguro, sereno, digno, respetable. Se parecía al retrato del dogo Lorenzo Loredan. Frío, calculador, tranquilo. Sagaz. Eficaz. Qué secretos tramaba no lo sabría ya nadie. O sí. Casandra. ¿Dónde estaría Casandra? ¿Por qué lo mataron, realmente podría él descubrirlo? ¿Debía? Temió a Bruno de repente. «Y yo aquí, en su biblioteca, sin hacer nada, sin saber cómo pudo suceder», pensó con desdicha furiosa. Respiró hondo.

Su mirada pensativa se detuvo en las baldas arrasadas. Había algo raro en una de ellas. El fondo parecía movido. No estaba enrasado con las otras. Penetraba en la pared, si eso era posible. Se levantó con una intuición, metió las manos y forzó el fondo a la luz del candelabro. Rompió una tabla y halló un hueco, un compartimento secreto. Estaba lleno de documentos.

Podía ser aquello. Había un manojito de cartas amarillentas. Y un libro. El queso y los gusanos, de Carlo Ginzburg. Lo conocía. Era un libro dentro del Índice de Libros Prohibidos. Nunca había tenido un ejemplar en sus manos. Sabía que era raro de encontrar pero muy comentado. Se atrevió a abrir una de

las primeras páginas al azar.

Yo he dicho que por lo que yo pienso y creo, todo era un caos, es decir, tierra, aire, agua y fuego juntos. Al principio este mundo no era nada, y el agua del mar fue batida como una espuma y se coaguló como un queso, del cual luego nació una gran cantidad de gusanos, y estos gusanos se convirtieron en hombres, de los cuales el más poderoso y sabio fue Dios.

JUICIO A MENOCCHIO. CARLO GINZBURG.
EL QUESO Y LOS GUSANOS.

Lo cerró en el acto, trastornado. Era en verdad un libro herético. Lo dejó a un lado. Prestó atención a los legajos. Había una copia del juicio a Constantino Saccardino, el boloñés que ciento cincuenta años atrás había promovido la lucha contra los patricios y contra la Iglesia. Acabó ardiendo en la hoguera acusado de mancillar imágenes sagradas y de escribir cartas blasfemas. Ardieron también el molinero Menocchio y sus ideas del cosmos, como fue igualmente sentenciado Giordano Bruno. Fuego, sentencia, Inquisición. El escarmiento definitivo contra los enemigos de lo establecido, de lo existente. Ahora él formaba parte de esa maquinaria de represión y miedo. Y se sintió atrapado. ¿Se sentiría igual Giacomo Tortelli? Era rico. ¿Pensaba hacer algo al respecto?

De entre las copias encontró hojas sueltas, borradores a carboncillo doblados una y otra vez, a tamaño de octava. Las marcas eran sutiles, el carbón se había degradado, pero intentó averiguar qué contaban. Se asombró al descifrar el nombre de Lallemand en varias de ellas; y en otras, el nombre de Ludovico Manin. Halló también una lista, larga y extensa, doblada por la mitad. Al desplegarla, una llave diminuta tintineó al caer contra el suelo. Era muy pequeña, elaborada, hermosa, con forma de dos sirenas enroscadas. Se guardó la lista, dejó el resto de papeles sobre la mesa y con impaciencia retrocedió a la cocina y probó la llave en la cerradura secreta. La llave entró. La giró y esta accionó un mecanismo.

—Por los clavos de Cristo.

Empujó la puerta. No se abrió. Siguió empujando pero no cedió. Algo la

obstaculizaba. Quitó la llave y miró por el ojo de la cerradura. Y en medio de una débil claridad, se encontró de pronto con que otro ojo lo miraba a él. Marco Lascaris dio un respingo y un paso atrás con la llave en la mano.

No pudo hacer nada más. Oyó fuertes golpes en las aldabas de la puerta de la calle y supo que no tenía tiempo. Pensó con rapidez. Dejó la llave dentro de un tarro de loza lleno de lentejas. Ya no vio más luz al otro lado de la cerradura. Se santiguó, tomó las dos pistolas, acudió a la puerta, descorrió los cerrojos, abrió y se retiró varios pasos hacia atrás. Apuntó a la entrada de la casa.

—¿Quién va?

El miedo afectó a su pulso cuando varios hombres embozados entraron sin temer a las armas de fuego, con el rostro oculto y un designio claro. Sintió pánico. Temía tener razón. Las luces habían atraído a aquellos que vigilaban insomnes como los faroles atraían a los mosquitos en verano. Pensó que estaba a punto de conocer el otro lado, no el de los consejeros cuya palabra era poder, sino el de los detenidos sin causa, los interrogados sin pausa, los encarcelados sin condena. El lado que aquellos desconocidos defendían, donde en secreto se raptaba, juzgaba, torturaba, interrogaba y sentenciaba. Él era uno. Ellos, cinco. Tenía dos pistolas en las manos y seguía retrocediendo. Podría realizar dos disparos. Por muy certero que fuese, aún quedarían tres. Mataría a dos si se atreviera a defender su vida. Pero él sabía que no se sentía un asesino.

A uno de los embozados le dio por reír, y a Marco Lascaris se le erizó el vello de la nuca al reconocer el tono de su voz. Se sintió acorralado. Apuntó con la derecha, apretó los dientes al disparar.

Nada. Maldijo la humedad de las islas, de la ciudad, de su casa. Había afectado a la pólvora. Los cinco, momentáneamente paralizados, saltaron contra él. El mercader apretó el gatillo de la pistola que sostenía con la izquierda y el disparo lanzó un destello de luz y un estruendo, al que siguió el grito de un herido. Había hecho blanco en el embozado que había reído.

Corrió hacia la cocina. Se lanzaría al canal si era preciso. No le dejaron. Arrojó cuanto estaba a su mano, golpeó donde pudo, recibió donde no esperaba, mordió y arañó, tironeó desesperado. Cayeron sillas, loza, vasos, jarras, todo cuanto estaba suelto fue destrozado. Se defendió como un gato panza arriba, se resistió todo cuanto pudo, pero eran demasiadas manos, y más

jóvenes y fuertes que las tuyas. Lo cogieron, lo doblegaron, le golpearon, le arrodillaron, lo insultaron, le dejaron sin sentido de un golpe en la cabeza. Uno de los asaltantes seguía petrificado. No intervino en la pelea.

Tomás Pedro Zorzi se bajó el embozo y descubrió su rostro, maldiciendo por la herida leve de bala recibida en el hombro. Pero terminó riéndose.

—Viejo cabrón. Te dije que no volvieras. Toda una sorpresa, ¿verdad?

El asaltante, dubitativo, se apresuró a apartar a sus camaradas para comprobar si Marco Lascaris seguía respirando a pesar del duro tratamiento y de la brecha en la cabeza. Las palabras de Tomás Pedro Zorzi habían sido para él. Arrodillado sobre el suelo junto al vencido, el joven Lascaris se sintió apesadumbrado.

CAPÍTULO 14

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

VENECIA, 30 DE ABRIL. DOMINGO

MUCHO ANTES DEL AMANECER

Arrastraron a Marco Lascaris dentro de un cubículo y lo arrojaron sobre una silla recia. El golpe en la cabeza le nublaba la razón, el dolor le impedía escuchar nada más allá de los pasos atropellados y la capucha le asfixiaba. Intentaba inútilmente liberarse de las ataduras de sus muñecas. El roce con el cáñamo le estaba desollando la piel. Sin poder ver, escuchó ecos. Techos altos, paredes desnudas. Frío. Se preguntó en qué celda estaría. Como consejero del tribunal había leído, votado y aprobado condenas, sin preguntarse si eso era justicia o no. Conocía la interminable agonía que podía suponer el encierro. O no. Porque nunca se sabía si habría tortura o no, si habría ejecución inmediata o no, si habría liberación próxima o no. Esa incertidumbre, conociendo que no había certeza de nada, era demoledora. Tembló por estar en las terribles mazmorras de la Inquisición.

Luego llegaron las voces. No supo si eran dos o más interrogadores; le llegaban voces desde los cuatro lados, y en todas las aseveraciones lo amenazaron con un castigo indefinido por traición. Todas las voces concluían con lo mismo, que aún había tiempo para el arrepentimiento, para la delación, para la confesión, que podría acortar lo que podría sucederle.

—¿Qué... qué va a sucederme?

—Quizá lo que esperas.

—O lo que merezcas.

—O todo lo contrario multiplicado por mil, porque debes confesar y no lo haces.

—La paciencia no es infinita, ¿cuándo lo entenderás?

—Sabemos qué callas. Queremos oírlo. ¿No lo dirás? No tendrás otra oportunidad. Estás conociendo la benevolencia, pero no durará.

—Aprovecha y habla.

—¡No sé... qué queréis!

—Lo sabes. Sabes que lo sabemos, sabemos que sabes que sabemos que lo sabes. Vas a hablar.

—No podrás aguantar para siempre.

—Siempre puede ser mucho tiempo.

—No tendrás tanto. ¡Habla!

Pero ¿cuál era la pregunta?, se atormentó el mercader, confuso por el dolor. Y la gota, una gota de agua caía sobre él de forma regular, periódica, imparable, insoportable.

Eran incansables. Insistían. Eran tenaces. No sirvió que les gritara, una y otra vez, que no comprendía nada porque nada le preguntaban. Qué querían, no lo sabía. La gota. La maldita gota. El cáñamo se tiñó de rojo. Sintió calor, sintió asfixia tras la capucha, cansancio, agotamiento, pero no dejaron que se derrumbara, no dejaron que regresara a la inconsciencia. El tiempo. ¿Una hora, dos, tres horas? Uno, dos, tres vidas sentado a la silla, y la gota, la gota era lo peor, oía la gota cayendo desde la viga, oía el roce de la gota contra la madera y la caída hasta su cabeza. La gota insistente había empapado la capucha y cada poro que el agua tapaba era un poro que la capucha perdía. Sentía la asfixia cerca y no dejaban de hablarle, pero no le hacían ninguna pregunta. Iba a estallar. Sentía que podría romper la silla, destrozarlos a todos, liberarse; intentó moverse en la silla, pero no lo consiguió. La silla estaba anclada. La gota. Gritó. Volvió a gritar y cuando calló sintió miedo, porque hubo silencio. La gota. Y silencio.

Su respiración agitada. El dolor de sus muñecas sangrantes. El miedo. Estaba temblando. ¿Estaba solo? Todo era confuso. Recordó las pescaderías, las cabezas sangrantes cortadas. El pescado de la alacena pudriéndose.

Oyó una puerta. Y de repente, la primera pregunta. Sintió pánico, pero

luchó para contenerse. Vanamente.

—Habéis entrado en casa ajena. De un muerto. ¿Por qué? —Silencio—. ¿Luces en una casa cerrada? ¿Esperabais a alguien? Sois un espía.

—No.

—Explicad cómo entrasteis.

—Por la puerta.

—No se ha encontrado ninguna llave. ¿Tortelli era familiar vuestro?

—No.

—¿Tenéis relación con él?

—No.

—Lascaris, no mintáis. —Pasos. Nuevos pies. Había alguien nuevo en el cubículo. La sed le atormentaba y la gota no podía saciarle—. ¿Creéis que el gobierno engaña al pueblo para hacer lo que quiere?

—No.

—¿Sois un seguidor de Ginzburg? ¿Conocéis su obra?

—No. Es algo que escuché.

—Decid dónde. Decid de boca de quién.

—Yo... no lo recuerdo.

—Mentís.

—Pero encontramos un ejemplar del libro.

—No es mío.

—¿Lo leísteis?

—¡No! Pero reconocí el título.

—Os vieron por Campo de San Polo. ¿Sois amigo de Francia?

—Solo sirvo a Venecia.

—¿Matasteis a Tortelli o sabéis quién lo hizo?

—No. Soy inocente de todo.

—Eso no nos basta. ¿Es cierto que tenéis familia, dos hijas, un hijo?

—Sí.

—¿No es cierto que ibais a emparentar con los Contarini?

—Es cierto, pero ya no.

—¿Por qué no?

—Estoy arruinado, no puedo pagar la dote de mi hija.

—¿Sabíais que el magistrado Contarini, primo de Lucio Contarini, huyó vilmente de Verona? ¿Sabíais que Lucio Contarini pagó a los franceses para ayudar a su primo a salir de la ciudad rebelde? ¿Sabíais también que os han delatado como espía francés?

—No. Nada es cierto.

—Entonces, ¿sois un patriota?

—Sí.

—¿Servís bien a la República? ¿Al Consejo? ¿Al Dogo?

—Lo intento lo mejor que puedo.

—¿No es cierto que vuestros almacenes cobijan a jacobinos?

—¡No!

—¿No es cierto que en Campo de San Polo asististeis a una reunión de conspiradores?

—¡No!

—¿Animáis la Revolución Francesa?

—¡Nunca! —Hubo un rumor indignado.

—¿A quién esperabais en casa de Tortelli? ¿Qué buscabais en casa de Tortelli?

—A que algo sucediera. A que llegaran los franceses.

—¿Para delatarlos al Estado?

—Sí. A quien sirvo lo mejor que puedo.

—¿Por qué murió Tortelli?

—Creo que murió de viejo.

—¿Os burláis de nosotros? ¿No habéis esparcido rumores de que fue asesinado? Entonces sois un mentiroso, ¿mentís en todo lo demás?

—¡No! ¡Yo no sé cómo murió, pero creo que es un asunto poco claro!

—¿Por qué preguntáis? ¿Por qué queréis saber más? ¿En qué os incumbe?

—Soy un ciudadano preocupado. Y además, como consejero, es mi deber preocuparme, porque no quiero que me ocurra como a él.

—¿Qué os ha preguntado el Dogo en las ocasiones en que os ha requerido? ¿Es algo que le incumbe a él?

—No lo sé. —El consejero tuvo una iluminación súbita: quien no sirve a nadie es porque se sirve solo a sí mismo—. Preguntadle al Dogo, él os dará razón de mí. ¿Por qué no le preguntáis a él? No puedo decir lo que no sé, y yo

no sé nada.

—Sois un insolente. ¿Vuestra hija mayor se llama Beatriz? ¿Y Ana, la menor? ¿Preferís que las prendamos a ellas, les preguntemos a ellas y las matemos ante vuestros ojos?

—¡No! Y no podréis. ¡No os atreveréis! Soy miembro del Consejo de los Diez. Hay guardias en mi casa. Mi mujer y mis hijas están bien custodiadas. Estarán buscándome ahora mismo, trascenderá al Senado y al Dogo. La ira del Consejo contra vosotros será terrible. ¡Soltadme ya!

—No contáis la verdad.

—¡La estoy contando, de verdad que sí!

—No toda la verdad. Estáis solo. Nadie os acompañó a casa de Tortelli porque era una labor secreta. Nadie sabe que estáis aquí. Nadie en vuestra casa teme nada, así que vuestra mujer y vuestras hijas están dormidas e indefensas. —El quinto miembro de los jueces saboreó su amenaza—. Así que no os mostréis tan bravo.

—No sé nada más. Y ellas no saben nada.

—No os creemos. Sabed que por vuestra necesidad a esta hora vuestras hijas pueden estar ya muertas.

Y le dejaron solo, a oscuras, rumiando su inquietud, su pesar y su angustia, gota tras gota.

* * *

Edme Joseph Villetard se reunió con Zorzi y Spada. Los dos lugartenientes deseaban terminar todo cuanto antes.

—¿Qué pensáis?

—Yo lo mataría —se apresuró a decir Zorzi.

—Yo creo que vivo puede ser más útil —opinó Andrea Spada—. Nadie sabe lo que nos ha contado. Quizás el Dogo sospeche que Tortelli aceptaba nuestro soborno. Podemos dejar que se haga público, que el consejero Lascaris lo propague más. Sabremos a quién se lo dice y aún mejor. Cree que está en las celdas de palacio. Creo que buscará un resarcimiento, una venganza. Si un miembro del Consejo de los Diez se alzara contra un inquisidor, eso haría mucho daño y debilitaría la posición del Dogo.

—El Dogo ya sabía lo del soborno. —Villetard, igualmente cansado, intervino. El tiempo. El maldito tiempo se agotaba—. Lallemand me lo comunicó. Tortelli cobraba para informarle, y eso lo hizo bien, en los dos sentidos. Os lo diré. Toda la información que le dimos a cambio de sus informes es falsa. Le dimos grandes números de nuestras tropas, de nuestra artillería y de nuestra flota. Y con ello, ha cundido la desesperación en el Palacio Ducal porque lo ven todo inevitable. Así debe ser. Pero no comprendo por qué murió Tortelli, hay algo que no cuadra. Y quiero saberlo. Creo también que este Marco Lascaris puede ser un buen peón. Tengo un plan para aprovecharme de él. Hay revueltas por las calles. Las aprovecharemos, oh sí. Esta noche será crucial. Al fuego se lo combate con fuego.

Oyeron ruidos, pasos rápidos. Tres hombres heridos los interrumpieron.

—¡Señor comisario! Nos mantuvimos a la espera como nos dijisteis. Aparecieron por sorpresa. Nos enfrentamos a ellos. Nos desbandamos todos antes de que llegaran los hombres de la ley.

—¡Ajá! ¿Quiénes eran?

—Miembros de la embajada inglesa. No hemos podido impedirlo.

—¿Impedir qué?

—Señor comisario, la Casa Tortelli está en llamas.

CAPÍTULO 15

NI EN EL PROPIO LECHO

VENECIA, 30 DE ABRIL. DOMINGO

Cuando el sol asomó tímidamente por el este e iluminó las aguas de la laguna y las cúpulas recrecidas de la basílica de San Marco, se asustó de los negros vapores que ascendían desde varios puntos de la ciudad de los canales. La noche había sido inquieta y muchos vecinos agradecieron que las sombras retrocedieran y que la luz regresara a las aguas y a los callejones. Aún había retenes de los hombres del arsenal apagando rescoldos y derribando vigas y maderos calcinados. Varias casas habían ardido en la ciudad. Dos eran de mercaderes que se habían atrevido a subir los precios de la harina sin ningún escrúpulo aprovechando la carestía. Otras dos eran de recaudadores. Los vecinos no habían tenido reparos en hacer ver que no estaban contentos con las requisiciones, las listas, los forcejeos. Era el miedo, era el hambre. Dos casas más habían desaparecido también y las malas lenguas lo achacaban a los eslavos mercenarios, ansiosos por la paga retenida. Las embajadas eran un hervidero de emisarios y secretarios en busca de respuestas a aquella manifestación de descontento. Era desconcertante. Los venecianos siempre habían sido de ánimo calmado, hasta esa noche. Algunos decían que era la luna, la misma que hacía que las gatas aullaran en celo con la voz desgarrada de quien desea, sin saber qué hacer para satisfacer esa ansia; la misma que alzaba el agua por encima de las placas de mármol de la plaza de San Marco y que luego la hacía bajar hasta mostrar los huecos de la cimbra bajo los estribos del puente de Rialto. Otros se atrevían por primera vez a culpar al Dogo. También los había más sensatos que, en vez de atraer hacia sí la mirada

escrutadora de los delatores del tribunal, culpaban de todo a los franceses y a la sombra de Napoleón Bonaparte, una sombra que a cada crepúsculo parecía que alcanzara la ciudad desde la orilla norte de la laguna.

La prohibición de abandono de la ciudad sin pasaporte y autorización no había detenido a quienes ya no pensaban en otra cosa y tenían medios para evitarla. Pero el caballero Pesaro, cumpliendo las órdenes del Senado, no dejó pasar ni un día para endurecer la vigilancia en las aguas de la ciudad. Parte de los venecianos se escandalizó cuando se pudo ver a los guardias deteniendo a propietarios, prestamistas, orfebres e incluso senadores por ocultarse en los barcos de pesca, entre vísceras, agallas y gusanos. Se usaron perros. Los fugitivos fueron encausados y enviados a las prisiones. Las noches siguientes serían de mucho trabajo para el tribunal y para el Consejo de los Diez. Otra parte de los venecianos, los estibadores, los actores, los panaderos y los cereros, los tejedores y los guarnicioneros, no se escandalizaron. Se rieron de los detenidos, se burlaron de ellos, y algunos hasta escupieron a los togados, exponiéndose a la ira de los inquisidores por atacar a los representantes del Estado.

Otros, de forma más sigilosa, averiguaron cómo hacer llegar los sequines hasta las manos más convenientes y las bocas más mudas, y dejaron la ciudad alejándose de ella sin estridencias ni preguntas. Ni siquiera las celosas barcas de vigilancia del caballero Pesaro los molestaron. Y algunos patriotas, desde los muelles, furiosos, descubrieron que se alejaban sin obstáculos y se preguntaron por qué.

Por donde quiera que pasara, Augustin Barbarigo pisaba sabiendo que era el hombre más poderoso de Venecia. Era el más joven de los tres inquisidores, el más osado y el más ambicioso. Sus compatriotas dejaban de hablar en cuanto él se acercaba. Los senadores se apartaban con respeto. Los tenderos le ofrecían muestras de lo mejor de su género, que él a veces aceptaba, a veces rechazaba. El día declinaba y la presencia de soldados y esclavos armados había devuelto la calma, aunque había miedo. Las esquinas, los soportales, las tabernas, las casas de juego, los burdeles y también las mancebías clandestinas, en todas partes se sabía: había delatores. Las prisiones rebosaban. La justicia ordinaria, atendiendo al decreto del Senado y a las órdenes de los inquisidores, se atenía a las largas listas de sospechosos y a sus familiares, a sus amigos, a sus conocidos. Preguntaba, insistía, apuntaba,

anotaba. Todo se apuntaba, los matices de las respuestas angustiadas, los gestos. Los tiempos de silencio entre pregunta y respuesta. Si la Serenísima podía estar orgullosa de algunas cosas, una era de sus escribanos. Eficientes. Fieles. Silenciosos. Todos los detenidos se resistían. Todos preguntaban lo mismo.

—¿Por qué? ¿Pero yo qué he hecho?

La respuesta a tanto ultraje y a tanto celo era también siempre la misma: la Serenísima, implacable, se defendía de los conspiradores.

Oyó las risas de algunos niños que se perseguían a la carrera sobre el enlosado de la gran plaza. Algunas madres recogieron a sus hijos a toda prisa al ver al inquisidor atravesarla, haciendo que oscilaran los pliegues de su toga negra. Así se lo había pedido el Dogo, que esa tarde dejara de lado su toga escarlata. A su alrededor, seis protectores silenciosos vigilaban que nada ni nadie amenazara al inquisidor. Barbarigo no miró atrás. Otros consejeros también habían sido convocados a la caída de la tarde ante la presencia del Dogo. Niños. Eran los únicos inocentes en Venecia. A veces incluso era necesario que los inocentes fueran sacrificados por un bien mayor.

Ni miró a los niños ni se detuvo a escuchar la palabra vana del número creciente de vecinos que se agrupaba a los pies del Campanile y junto a la logia. Todo el mundo estaba inquieto. Los rumores ya se conocían en toda la capital. Los franceses se acercaban. Los venecianos hablaban en voz baja, señalando al inquisidor, a los consejeros que ya entraban al palacio por la Puerta de la Carta.

Rumores. Augustin Barbarigo los conocía bien.

Que el número de franceses era escandaloso.

Que Bonaparte había juntado dos, tres, cuatro ejércitos al borde de la laguna, después de someter Tierra Firme.

Que había cuarenta mil, cincuenta mil, sesenta mil soldados avariciosos y sedientos de sangre esperando cruzar el brazo de mar que los separaba de la capital.

Que apuntaban en ese momento con quinientos, mil, dos mil cañones, tan poderosos como los que Urban el húngaro había construido para el otomano Mehmet y destruir Constantinopla trescientos años atrás.

Que habían requisado barcas, leños, carracas españolas, galeras y navíos de pesca, todo cuanto flotara, y que esperaban a que la flota de Toulon atacara

el castillo del Lido para cruzar y tomar la ciudad desde dos frentes.

A cada ronda de vino, a cada nuevo interlocutor en los rumores, mayores eran los números y el miedo. Rumores, pensó.

Augustin Barbarigo sabía que eran pálidos reflejos de una verdad peor.

Barbarigo y otros pocos convocados cruzaron la puerta de piedra tallada custodiada por una guardia de soldados y no oyeron los gritos desde lo alto de la torre. Los vecinos, ansiosos, no se habían reunido para compartir sus desdichas, sino para esperar. El Campanile era el punto más alto de toda la ciudad. Un grupo de asustados burgueses había sobornado al campanero para que dejara subir a un joven librero conocido por su vista de águila. Tras la fatigosa subida por las rampas, el joven se asomó al lado sur. El sol declinante aún ofrecía un hermoso espectáculo sobre el mar. La brisa era suave y acarició su rostro franco y despejado, su cabello largo y negro. Dejó que el aire salobre y cálido lo rodeara. No se veía nada sospechoso más allá de la laguna, más allá del Lido. Quiso recordar para siempre aquella visión entre gaviotas. El campanero estaba ansioso por bajar. Pensaba que el soborno quizás había sido insuficiente para el riesgo que corrían. Luego el librero se volvió al lado norte.

Vio Rialto. Vio la isla de Murano, las salinas de San Erasmo como pequeñas parcelas blanquecinas. Distinguió la orilla de la laguna. Apoyó las manos en el mármol frío para sacar la cabeza fuera del arco. Entrecerró los ojos. Tenía que concentrarse. Su corazón de pronto galopó desbocado.

—¡Los veo! ¡Banderas francesas en los muelles al pie del agua! ¡Se ven! ¡Franceses!

Todos los vecinos callaron y miraron hacia arriba.

—¿Muchos? —gritó uno de los burgueses desde el pie de la torre.

—¡Muchísimos!

El joven librero, con su blusa blanca, con sus manos sobre el alféizar del arco del piso último del campanario, con el pelo negro revuelto, gesto preocupado y una pequeña cruz de oro colgando de una cadenilla al cuello, no supo nunca que un corso malhumorado, vestido con uniforme militar cubierto de galones, de piernas algo combadas y torso prominente, y que montaba un brioso y enorme caballo bávaro que empequeñecía al jinete, sostenía un catalejo desde esa misma lejana orilla que él veía. Y que el corso lo miraba a él.

Este dio el catalejo a su asistente con un gruñido de satisfacción. Suficiente, pensó. Volvió grupas y picó espuelas a galope, hacia Milán. Sus hombres sabían qué hacer. Villetard sabía qué hacer. Y la gloria de Francia no se conquistaba sola.

EN EL PALACIO DUCAL

El asistente Bernardo Trevisan había denominado a aquella reunión «la Conferencia Negra». Ni el Gran Consejo ni el Senado tenían como órganos administrativos la suficiente rapidez de acción para lo que el Dogo y Venecia requerían. En ambas cámaras las votaciones eran interminables y repetitivas, de acuerdo a los procedimientos. La solución propuesta por Trevisan era directamente obviar el procedimiento.

—Una situación excepcional requiere medidas excepcionales, Serenísimo Príncipe.

Y Ludovico Manin había accedido. Lo habían convencido la llegada de las nuevas cartas de los caballeros Doná y Giustiniani. Trevisan se las había leído en su cámara. Las noticias habían hecho que le temblara la mandíbula.

El Dogo y sus seis consejeros de la Señoría ya esperaban en la Sala Erizzo. Sus sillas estaban alineadas frente a los ventanales que daban a la terraza privada del Dogo que comunicaba con la basílica, dominando el patio interior del Palacio Ducal. El resto de las treinta y cinco sillas se distribuían en los otros tres lados del salón. A la Señoría se unían los tres jefes de la Quarantía, todos los Sabios, los tres principales del Consejo de los Diez y los tres abogados del Estado, sumando todos ellos cuarenta y dos asistentes. La orden del Dogo había sido explícita: todos irían de negro.

—¿Será por luto? —masculló uno de los jefes de la Quarantía. Las puertas se cerraron. Fuera quedó la guardia. También Trevisan, sentado a un lado de la puerta, atento a cuanto se pidiera. Fue él quien cerró la sala con llave.

Eso provocó inquietud en todos los patricios.

—Excelentes caballeros, aquí late el corazón de la Serenísima. No habrá más Consejo, no habrá más deliberaciones infinitas. Todos aquí somos patriotas. Todo lo que aquí se diga es secreto de Estado. —Hizo un gesto con la mano—. Hablará Barbarigo.

El inquisidor se levantó. Enseñó las cartas dobladas a tercio en una de sus

manos.

—El comandante francés ha respondido a nuestros emisarios. Su arrogancia sin límites ahora ya no son meras palabras. Pide y exige la disolución de nuestro senado, la destrucción de las celdas de los Pozos y de los Plomos, la liberación de todos los presos políticos y la encarcelación inmediata de los tres inquisidores y del capitán del Lido. —Leyó las cartas enviadas por los emisarios. Napoleón Bonaparte juraba convertirse en el nuevo Atila contra Venecia si no se atendían sus exigencias. Llamaba al Gran Consejo «un gobierno de imbéciles» por incitar a una guerra que él iba a ganar —. Si no se hace lo que pide, no dará ni una oportunidad a nuestra república.

—¿Y acaso la dará después? —preguntó uno de los *Savii*, ceñudo.

—Si pide la disolución del Senado, está pidiendo la destrucción de Venecia. No podemos aceptar esas exigencias —opinó un jefe de la Quarantía.

—No es cuestión de aceptar o no —explicó Zuane Emo, uno de los *capi* del Consejo de los Diez. Carraspeó para aclarar una voz débil pero resonante —. Está muy cerca. Él está muy cerca. No queda tiempo.

—No podemos quedarnos —opinó otro—. ¡Mi familia...!

Uno a uno todos comenzaron a hablar atropelladamente. Hubo quien intentó abrir la puerta. Previsoramente, seguía cerrada con llave.

—¡No puede ser tan grave!

—¡Algo podrá hacerse!

—¿Es cierto lo que se oye? ¿Hay ejércitos al pie de la laguna?

—Sí —respondió Barbarigo.

—¿Cuarenta mil? ¿Sesenta mil?

—Nuestro caballero Pesaro, responsable de la seguridad de la laguna, dice que ochenta mil.

—¡Estamos muertos! Serenísimo Príncipe, ¿nos habéis convocado para torturarnos? ¿Para negarnos nuestro pasaporte y atarnos a este apocalipsis?

—Estáis aquí, caballeros, para salvar la ciudad y para no sufrir por indebidas tentaciones. Nuestro comisario de seguridad, Nicolás Morosini, no permitirá que nadie abandone sus obligaciones. Quien así haga será reo de traición, así que sentaos. Estáis aquí, caballeros, porque se ha abierto otra posibilidad. —Todos se callaron y sisearon a los más habladores—. Nuestro embajador en París dice que todavía podemos comprar la paz. No podemos

ordenar nada a Bonaparte, pero alguien puede. El Directorio puede. De los cinco miembros del Directorio, dos están a favor de la disolución de nuestra nación. Dos a favor de la retirada de sus ejércitos. El quinto miembro es accesible. Podría... hacerse... —El Dogo bebió agua—. Aquí, caballeros, sois la esperanza de Venecia. Vuestras casas, además, son venerables. Generosas. Sé que defenderían la Serenísima hasta la última gota. Hasta el último sequín. El caballero Querini nos comunica en su misiva que en sus negociaciones estima necesarios seis o siete millones francos para que el quinto miembro del Directorio vote sí en vez de no.

—¡Es una trampa!

—¡No podemos fiarnos! ¡Es una cifra desorbitada!

—Venecia no puede pagar a los esclavos, ¿y vamos a pagar nosotros a los franceses? ¿Qué pasará si los esclavos se enteran?

—Les debemos dos meses atrasados de paga. Se enterarán. Tienen oídos en palacio. Verán que nuestro oro va a otras manos y querrán ese oro, esas manos y todo lo demás. Señor Dogo, ¡es arriesgado!

—Calma, calma...

—Serenísimo Príncipe, ¿no es un riesgo innecesario confiar en intermediarios?

—¿Qué decís, caballero Dolfín?

—Que a ese francés del Directorio no lo conocemos, y está muy lejos, pero el comandante francés está cerca y lo conocemos bien. Demasiado bien, quizá. Hablemos con él, convencámoslo a él. Si es a nuestro favor, estará bien hecho. Y si no, también; podremos aventar cizaña contra él en París.

—¿No os referís a palabras, cierto? —Dolfín, con su barbilla hendida, movió la cabeza dándole la razón—. Bien... Ya se ha intentado a través de nuestro embajador en Viena.

Augustín Barbarigo no se fue por las ramas.

—¿Cuánto?

—Para comenzar, más de un millón de francos en oro.

—¡Comenzar!

—Eso es lo que ha costado que los caballeros Doná y Giustiniani hayan podido seguir vivos y escribir su última carta desde Gradiska.

Silencio absoluto.

Se habían quedado mudos. Los más jóvenes, los mayores, los más valientes. Los más temerosos. Eran cuarenta y dos personas que jugaban con las vidas de tres millones de venecianos. El Dogo rompió el hechizo que los había transformado en piedra.

—¿Qué debemos hacer?

—Hay pocas opciones... —carraspeó Dolfin.

Nicolás Erizzo intervino alzando su mano zurda.

—Dos opciones, caballero Dolfin: o aceptamos lo que exige o no lo aceptamos. O nos enfrentamos a él o asumimos que... la República se acerca a su fin.

—Hay que votar.

—¡Hay que votar no!

—Calma, calma, Pisani...

—Serenísimo Príncipe, esto es una farsa. Los franceses están en la laguna. ¿Se detendrán? Verona. ¿Qué no esperarán obtener de Venecia? La saquearán. Se lo llevarán todo. Una vez que crucen para firmar un tratado, ¿se retirarán? ¿Han abandonado Verona después de esquilmarla? Serenísimo Príncipe, ¿no tenemos Arsenal? ¿No tenemos soldados? ¿De qué nos sirve nuestra neutralidad? Quiero volver a discutirlo. —Subió el tono de su voz—. Lo dijo Tortelli. Sabía que esto pasaría.

Pero las últimas palabras de Pisani no se escucharon. Todos se sobresaltaron antes, al oír un cañonazo. Luego otro. Y más, muchos más.

—No pueden alcanzarnos.

—¡Los cañones de Urban! —gimió uno de los sabios, en alusión a la caída de Constantinopla.

—Patrañas. No pueden alcanzarnos.

—¿Para qué los disparan entonces? —tembló otro.

—Quieren que los oigamos —intervino Barbarigo—. Tenemos que votar. Tenemos que convocar mañana sin falta al Gran Consejo. Aún existe Venecia. Es el procedimiento. Villetard se lo dirá. Será tenido como un avance, como un acto conciliador. Ganaremos tiempo. No mucho, me temo, pero ganaremos unos días.

—¿Para qué, inquisidor? ¿Para qué servirá?

—Para llegar a mañana, Ruzzini. ¿Es que nadie quiere llegar a mañana?

El Dogo gimió. Se desplomó sobre la silla. La pregunta del inquisidor no tuvo respuesta.

* * *

Bernardo Trevisan recibió el correo de Tomás Coldumer mientras el Dogo era tratado por el médico en su alcoba, rodeado por todos los convocados. La habitación se quedó pequeña para tanta gente. Se abrieron las puertas de la sala adyacente. Le leyó el mensaje: los franceses estaban construyendo trincheras y sus carpinteros preparaban pontones de carga para cruzar la laguna.

El Dogo apartó al médico y su lanceta, con la que le estaba practicando una sangría que le calmara. Se cortó la hemorragia apretando furiosamente la vena abierta con los dedos índice y corazón de la mano izquierda. La sangre manchó el terciopelo de la colcha de la cama, de columnas salomónicas, se esparció en un arco por el suelo de mármol y por sus vestidos dorados de dignidad ducal. Espantó al médico. Trevisan no se movió, esperando. Todos vieron al Dogo andar de un lado a otro de la habitación como una fiera enjaulada, a pesar de su evidente agotamiento. Sus ojeras de preocupación eran más profundas que nunca, quejándose, maldiciendo y murmurando entre dientes contra su destino.

—¿Se votó? ¿Se votó?

—¡No! —contestó su asistente—. ¡Os desmayasteis antes!

—¡Entonces votaremos aquí, ahora, porque esta noche no estaremos seguros ni en nuestro propio lecho!

CAPÍTULO 16

LA NOCHE MÁS INFAME

VENECIA, 1 DE MAYO. LUNES

EN LA MADRUGADA ANTES DEL ALBA

La noche se llenó de mensajeros a la carrera. Los edificios gubernamentales mostraron luces tras sus ventanales. Los bedeles, despiertos a deshoras por llamadas intempestivas a las puertas, subieron y bajaron escaleras con las palmatorias, sin entender tantas prisas. ¿No podrían esperar al alba, ya tan próxima?

Se votó. Habría Gran Consejo.

Desde el Arsenal, los soldados se desplegaron a la carrera por la acera del Gran Canal hasta la Placeta y se distribuyeron por los soportales, frente a San Marco y por los muelles del Palacio Ducal. La guardia del palacio había sido alertada con los toques de campanas y el sonido agudo del metal había resonado por ambas plazas. Se veían guardias recorriendo los tejados. Varias compañías de mercenarios eslavos arrastraron cañones ante la Puerta de la Carta y frente al Gran Canal, y todos los venecianos que, boquiabiertos, se asombraban de esas maniobras, fueron espantados por los hombres armados. Guardias de palacio, soldados eslavos, gentes del Arsenal fieles hasta la muerte al Dogo, armados a la bárbara con sables, espadas envainadas y al cinto pistolas y dagas, hablaban de violencia, de amenazas y de guerra. Los venecianos esperaban a que desde San Marco partiera la procesión del primer día del mes en honor a la Virgen de San Giorgio Maggiore. Sonaron las

campanas, se abrieron las puertas de la basílica y el patriarca Fridericus encabezó la procesión seguido de monaguillos con velones; le seguían el Dogo, los patricios y las tropas armadas de Dalmacia.

Pero en esa ocasión no parecía una procesión piadosa, sino una amenazante presencia de soldados ansiosos. Los mercenarios, dispuestos en todo el recorrido desde la basílica hasta la iglesia con antorchas encendidas, mostraban orgullosos sus estandartes y soplaban con fuerza sus trompetas.

—¡Que la Virgen os proteja, príncipe!

—¡San Marco y Venecia nos protejan!

—¡Rogad a la Virgen por nosotros, príncipe!

Entró en la iglesia. Rostros preocupados por todas partes. Niños curiosos, inocentes. Ludovico Manin bufó de cansancio. Entregó el hermoso ramo de claveles encarnados, que el sacerdote dejó a los pies de la dulce figura de la Madre de Cristo. Venecia era también una madre que sufría por sus hijos.

Dejó aparte sus pensamientos pesimistas. Aceptó los besos en la mejilla de los hombres del barrio de Poreglia por su presencia en su parroquia. Le desearon mil años de bendiciones; él entregó a cada hombre un clavel brillante, señal de su humildad y de sus buenos deseos, tal era la costumbre. Flores. El Dogo disimuló sus pensamientos; él entregaba flores como si nada fuera a cambiar mientras los franceses se preparaban para derribar los tres mástiles de Candia, Chipre y la Morea, y saquear el retablo dorado bizantino de la santa basílica.

Cuando la procesión retornó hacia San Marco, centenares de venecianos desatendieron sus negocios para suplicar a los padres de la patria que salvaran sus vidas, que no rindieran Venecia. Algunos incluso se postraron y juntaron sus palmas ante ellos, llorando y rezando. Pero no era momento de rezos. Terminó la procesión, se cerraron las puertas de la basílica y, uno a uno, los miembros del Consejo con entereza suficiente para acudir a la convocatoria urgente entraron en el palacio, subieron la Escalera de los Gigantes y se encerraron en la sala del Gran Consejo. Los soldados estaban armados en cada esquina, en cada recodo de palacio. Eresto Loredan no encontró a Marco Lascaris. Decepcionado, tomó asiento. Había esperado otra cosa del mercader de sal, no lo había tenido nunca por cobarde.

Augustin Barbarigo recordó con severidad que todo cuanto allí se hablara ese día estaba bajo el juramento de secreto de Estado. Se sentó otra vez. Y

después, con palidez soberana y la expresión altiva de quien contiene un gran sufrimiento, el dogo Ludovico Manin se levantó e hizo un gesto tembloroso con la mano para acallar los murmullos, que murieron unos instantes después. Habló con voz rota.

—Se han recibido nuevas noticias. Alarmantes, peligrosas. Por ellas se ha convocado este consejo extraordinario. Por ellas, es asunto de absoluta necesidad liberar a las personas presas por opiniones políticas y comunicar a nuestros diputados nuestra unánime disposición para tratar con Bonaparte alguna modificación de nuestra forma actual de gobierno.

Muchos se miraron entre sí, a pesar de los numerosos asientos vacíos. Casi la mitad de los mil doscientos miembros convocados al Gran Consejo no habían acudido. Muchos por miedo. Otros por no estar ya en Venecia.

El Dogo rompió el pesado silencio que se había abatido sobre todos.

—Hay que votar. Los caballeros Doná y Giustiniani esperan una respuesta en Udine.

Sí, 598. En blanco, 14. No, 7.

El correo y el edicto fueron sellados y expedidos directamente desde el secretario de la sala a la cancillería y al emisario. El chambelán cerró la sesión, pero nadie se movió. Poco a poco, al cabo de un rato, fueron saliendo todos los convocados. El Dogo estaba paralizado. Insomne, se tambaleó al levantarse. Barbarigo lo cogió del brazo, evitando que cayera. El médico de palacio tendría que intervenir otra vez.

—Era necesario, Serenísimo Príncipe.

El dogo Manin lo atravesó con la mirada. Se liberó de él violentamente. Se escucharon otra vez los cañonazos en la lejanía. Se marchó a sus aposentos a pasos rápidos y furiosos. Dolfín, apesadumbrado, murmuró que hablaría con Haller, el ministro de finanzas francés, a quien conocía un poco. El procurador Pesaro, responsable de la seguridad de la laguna, descendió de la sala con tristeza. Lloraba.

Ya fuera del palacio, con la dignidad hundida, fue interpelado por Loredan, furioso por su debilidad.

—¡Conteneos! ¡Venecia os necesita y la gente nos mira!

—Es inútil, todo es inútil. ¿O es que la gente no oye también los cañones? Para un hombre valiente cualquier país puede ser su hogar. —Y tomó una pizca de rapé de una cajita dorada con las yemas de sus dedos índice y pulgar,

y lo esnifó de golpe. Aquello pareció calmarle.

Luego ya no fueron capaces de encontrarlo, por más que lo buscaron.

La epidemia del pánico se extendió por toda la ciudad. Desde el Campanile se podían ver las fogatas de las compañías de dragones franceses. Muchos tenderos y comerciantes no abrieron aquel día sus negocios. Los judíos prestamistas de la Giudecca barraron sus casas para que nadie los molestara y ocultar sin testigos pesadas bolsas de plata, oro y diamantes en sus huecos subterráneos y tras sus paredes ocultas.

* * *

Ya atardecía en aquel día convulso cuando Sofía puso por fin un pie en los muelles. Estuvo a punto de desmayarse por el alivio que sintió. Le invadía el alivio, también la rabia. En una huida desesperada, había escapado de la vigilancia de sus padres. El terror de Verona había quedado lejos. Había deslomado a su caballo machacando caminos, evitando sombras extrañas, huyendo, siempre huyendo en busca de su amor perdido. De Tessera pudo pasar a Murano. Un barquero avaricioso aceptó sus joyas, sus sequines, y respetó su cuerpo. De Murano al Canareggio entregó lo último que tenía. Un anillo, recuerdo de Antonio Lascaris. Ya estaba en Venecia. Muchos huían de ella, pero Sofía estaba atada a su instinto y a sus sentimientos.

Tuvo miedo de la noche. Preguntó y preguntó; nadie reconocía el nombre del hijo del mercader. Pero sí el nombre de Giacomo Brunesi, el viejo y tenaz gondolero. Deambuló por Rialto, confusa por el cansancio. Allí, era allí, entre aquellos canales, entre aquellas casas. En medio de las sombras, se dejó guiar por los lamentos. Había luto. Había viudas y mujeres veladas de negro llorando, y hombres recios circunspectos, de puños cerrados y miradas penetrantes.

—¿Giacomo? ¿Giacomo Brunesi?

Le señalaron el umbral de la puerta abierta y adornada de crespones. Muerte. Se pasó una mano por el vientre, protectora. Pasó entre los vecinos, soportando las miradas impertinentes de las mujeres. Allí estaba, era él. Recio a pesar de sus años incontables. De ancha espalda y manos fuertes. Rodeado de amigos y condolencias. Asintiendo, derrotado por la vida. Estaba gastado de tanto remo y de tanto lamento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sofia a una joven sobrina del remero, que se asombró de su ignorancia.

—Los milicianos. Han matado a su hijo en Padua.

El gondolero no ve, no respira. Piensa e imagina cómo ha podido pasar, si es el destino inevitable o si la muerte de su hijo es consecuencia de su fidelidad a los Lascaris, de su trato con un miembro del Consejo secreto, Consejo que todo el mundo odia y teme, sobre todo los franceses y los amigos de los franceses. Su hijo. Muerto. Su hijo, ahijado del señor Marco Lascaris. Su hijo, que de niño jugaba con el pequeño Antonio. Su hijo. No tiene más hijos. Asiente a las nuevas condolencias sin oírlas. La ve de pronto. Una joven. ¿Quién es ella? En sus ojos hay piedad. Es tan joven, tan hermosa, y está tan asustada. Como una hija sin padres. La mira como un padre, aunque ya él no lo sea.

—¿Sois Giacomo, el gondolero Brunesi? —Él asiente. Por más que intenta pensar, no recuerda a esa joven. No es una de sus sobrinas, ni una vecina. ¿Quién es esa joven piadosa? Deja que le tome la mano. Él se emociona—. Me llamo Sofia. Y os he buscado. Lo lamento.

—Gracias...

—¿Podéis llevarme ante la casa de los Lascaris? ¡Por favor! ¡No tengo a nadie en esta isla! Tengo que llegar allí. Os lo ruego. Os lo suplico. Ayudadme.

Pero el viejo gondolero, por toda respuesta, la mira en silencio, indeciso y lleno de pena.

* * *

Marco Lascaris aún no sabía si era una treta, una trampa o si era cierto. Se quitó la venda. Liberado, ¿por qué? Temblaba de sed y de agotamiento. Había estado a punto de volverse loco. Deambuló por la noche como un fantasma. Vio las calles con casas cerradas, rostros llenos de miedo, guardias. Los evitó asustado. Podía ser una trampa. Adriana, Beatriz, Ana. Miró a un lado, luego a otro, buscando orientarse. Miró los canales, miró a las estrellas. Se sentía vulnerable y se sorprendió al echar de menos la protección de Bruno. O quizás era mejor así, o era algo que no comprendía. Lo habían liberado. Tenía que ser una trampa. ¿No era eso lo que se contaba del tribunal, que liberaba a sus

sospechosos para que delataran a otros? Su casa. Dormir. Su mujer. El ruido de los cañones no auguraba nada bueno. ¿Qué día sería? ¿Qué hora?

Anduvo hasta reconocer los palacios, las esquinas, el camino correcto. Rialto. Perplejo y horrorizado, oyó las voces, los gritos, las pisadas. Las llamas en la noche. Se temió una desgracia. Su corazón palpitó hasta casi estallar. Adriana. Se acordó de cuando se casaron. Qué joven, qué hermosa llegaba hasta el altar. Su casa.

La casa de los Lascaris está ardiendo vigorosamente. El mercader se derrumba. Grita desesperado, cae al suelo, se arrastra hacia la casa en llamas a cuatro patas, llorando y gritando por sus hijas y su mujer. Se le incendian las ropas cuando atraviesa el umbral ardiente, pero los vecinos consiguen sacarle a su pesar y apagar el fuego de su vestimenta. La casa se derrumba poco a poco, iluminando las aguas del canal adyacente. La cadena de manos arroja cubos de agua sin tregua para evitar una gran pira, una inmensa incineración. Su casa, muerta. Muerte. Un fuerte odio nace en Marco Lascaris, humano, instintivo, que le hace medio alzarse desde el suelo a pesar de las lágrimas y del pesar. Desgarra con ambas manos los andrajos de su túnica negra a medio quemar, su distinción como miembro elegido del Consejo de los Diez. Se agarra el pecho, deseando agarrarse el propio corazón, se hace sangre al clavar sus uñas. Adriana. Beatriz. Ana. Antonio.

—Por Dios juro que os vengaré.

SEGUNDA PARTE

República de Francia — Ejército de Italia — Cuartel General en Palma Nova

12 de Floreal de 1797 / 1 de Mayo de 1797, en el 5º año de la República de Francia, una e indivisible.

Por: Bonaparte, Comandante en Jefe del Ejército de Italia

MANIFIESTO

Mientras el ejército de Francia estaba luchando en los pasos de Estiria, habiendo dejado atrás Italia y los principales acuartelamientos del ejército con solo unos pocos batallones, la conducta del gobierno veneciano ha sido como sigue:

I.- Han aprovechado la Semana Santa para armar a cuarenta mil campesinos, a los que han añadido diez regimientos de eslavos organizados en diferentes compañías que han posicionado en varios puntos con el fin de cortar las comunicaciones entre el ejército y los batallones dejados en Italia.

II.- Para completar su organización, desde Venecia se enviaron comisarios extraordinarios y cierta cantidad de cañones.

III.- Todas aquellas personas en Tierra Firme que recibieron a los franceses han sido arrestadas, mientras que se ha recompensado con largueza a aquellos que se mostraron como violentos enemigos de los franceses, en especial a los catorce conspiradores de Verona arrestados hace tres meses por

el proveedor Priuli por haber organizado la masacre de los franceses.

IV.- Las plazas, las casas de café y otros lugares públicos de Venecia resuenan con insultos y los peores tratos contra todos los franceses, que son tildados de jacobinos, regicidas y ateos. Incluso son obligados a abandonar Venecia, y su regreso ha sido prohibido.

V.- Se ha ordenado armar en masa a los habitantes de Padua, Vicenza y Verona de forma que, unidos a esos cuerpos de tropas, puedan repetir el incidente de las Vísperas Sicilianas. Los oficiales gritan que «Corresponde al león de Venecia hacer cierto el proverbio de que Italia es la sepultura de los franceses».

VI.- Los curas en las iglesias predicán una cruzada contra los franceses, y es sabido que los curas de Venecia no predicán más que las órdenes de sus gobernantes. Mientras, se imprimen panfletos, proclamaciones pérfidas y cartas anónimas en varias ciudades, para incitar a cada hombre. En un estado donde no existe la libertad de prensa, bajo un gobierno tan temido como aborrecido, no se imprime nada ni se escribe nada si no es por orden del Senado.

VII.- Todo lleva la marca de este pérfido gobierno. La sangre de franceses se vierte por todas partes, no hay carretera ni camino donde los convoyes, los correos y los transportes de mi ejército no sean interceptados.

VIII.- En Padua, un jefe de batallón y otros dos franceses han sido asesinados. Nuestros soldados han sido desarmados y masacrados en Castiglioni de Mori, y doscientos de mis hombres han sido asesinados en las carreteras desde Mantua a Legnago, y desde Cassano a Verona.

IX.- Dos batallones franceses pelearon cerca de Chiari contra una división de tropas venecianas, pero nuestros valientes soldados se abrieron paso y el enemigo fue derrotado.

X.- En Valleggio tuvo lugar otro enfrentamiento, y después otro más en Desenzano. Los franceses, a pesar de la inferioridad numérica, lucharon contra ellos sin tener en cuenta el número de enemigos, vulgares asesinos en vez de soldados profesionales.

XI.- Se oyó la gran campana y todos los franceses en Verona fueron asesinados el Lunes Santo. No se respetó ni a los enfermos del hospital, a muchos de los cuales arrastraron fuera para arrojarlos al río Adigio. A otros los apuñalaron en las camas repetidas veces. Más de cuatrocientos franceses

fueron asesinados.

XII.- Durante ocho días completos las tres fortalezas de Verona fueron asediadas por tropas venecianas y los cañones se defendieron hasta el punto de llegar a las bayonetas, al cuerpo a cuerpo. Se disparó a los franceses desde todas partes, pero llegaron los refuerzos y se derrotó completamente a esos cobardes. Se hicieron tres mil prisioneros, entre ellos oficiales venecianos.

XIII.- La casa del cónsul francés en Zant fue incendiada.

XIV.- Una galera de guerra veneciana auxilió a un convoy austríaco y disparó múltiples veces contra nuestra fragata *La Brune*.

XV.- *El Liberador de Italia*, una nave francesa dotada con solo tres o cuatro cañones de pequeño calibre y una tripulación de cuarenta hombres, fue hundida en la entrada del puerto de Venecia por orden del Senado. El joven y voluntarioso teniente Laugier, comandante del barco, al verse atacado por artillería del fuerte del puerto y por una galera veneciana, ordenó a su tripulación que se protegiera bajo cubierta y permaneció solo en cubierta expuesto a los tiros y a la metralla, confiando en poder disuadir de su furia a los asesinos. Lo mataron. Parte de la tripulación se arrojó al agua y nadó hacia la costa para salvar su vida, y fue perseguida por chalupas llenas de tropas venecianas. Los venecianos mataron a muchos con sus alabardas. Un contramaestre logró llegar a nado a la isla del puerto, a pesar de su agotamiento y de sus heridas, pero no tuvieron piedad. El comandante del Lido ordenó que le cortaran las manos.

Por todas estas atrocidades, y autorizado por el Capítulo 12, Artículo 128 de la Constitución Francesa, el comandante en jefe ordena al ministro francés en la República de Venecia abandonar la ciudad, ordenando también que en veinticuatro horas Lombardía y toda la Tierra Firme veneciana sean evacuadas por todos los representantes franceses.

Ordena también a los diferentes generales de división tratar a las tropas venecianas como enemigos y derribar el león de San Marco en todas las ciudades de Tierra Firme. Mañana, en las órdenes generales del día, cada uno recibirá instrucciones particulares relativas a las próximas operaciones militares.

(Firmado) Napoleón Bonaparte

CAPÍTULO 17

EL ABATE

VENECIA, 1 DE MAYO. LUNES

Marco Lascaris estaba exhausto y destrozado. No se apartó de la calle. Se quedó postrado frente a su casa hasta que el fuego lo consumió todo. A media mañana las llamas quedaron extinguidas. Los restos ennegrecidos de paredes derrumbadas y dinteles carbonizados emergían del solar anunciando una tragedia. En cuanto se enteró, Nicolás Morosini envió a dos agentes a investigar el suceso. Preguntaron a los vecinos: nadie pudo asegurar si la casa estaba vacía cuando comenzó el incendio. Alrededor de los restos, las vecinas daban gracias a Dios y a los hombres del Arsenal que toda la noche habían luchado por contener las llamas y habían vencido. Uno de los guardias se atrevió a entrar en lo que quedaba de casa. Salió con rostro fúnebre. En sus manos mostró huesos calcinados. Los hombres y vecinos se santiguaron, arremolinados en torno a los agentes y al nuevo viudo. El mercader tocó los huesos arrasados por el calor. Le temblaron las manos. Mudos. Todos se quedaron mudos. Luego, poco a poco, sin nada más ni mejor que decir, los vecinos se fueron apartando y recluyendo. Una mujer, enternecida, abrazó a Marco, lo besó en las mejillas, lo volvió a abrazar y lo exhortó a rezar a Dios para que le diera fuerza para soportar el duelo. Marco Lascaris parecía muerto. Cerró los ojos, lloró en silencio. Una voz imperativa se abrió paso. Una mano fuerte se posó sobre el hombro derecho del mercader. La voz le transmitió su pésame sincero. Después hizo que se levantara y que lo siguiese. Se detuvo ante los agentes.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó Eresto Loredan con su mirada

penetrante y sus cejas blancas erizadas.

—Quién sabe. La noche pasada ardieron varias casas. Eslavos o franceses. Esperemos que esta noche no suceda igual.

El senador arrastró a Lascaris hacia su casa. El pobre hombre miraba hacia atrás de tanto en tanto, como si aún no pudiera creer su desgracia. Como si sus ropas rasgadas y chamuscadas no fueran prueba palpable de ella. El mercader se sintió febril por el insomnio, el hambre, la sed, la tortura. Por la pena. Lo obligaron a beber un vino con un somnífero. Después durmió largas horas. El sol declinaba cuando despertó, con hambre. Un sirviente de Loredan había velado su sueño; en cuanto lo oyó murmurar corrió a avisar a su señor.

Ya no podía llorar más. Adriana, muerta. Beatriz, muerta. Ana, muerta. Era una conspiración contra él. Lo habían intentado todo. Amenazarlo, agredirlo, asesinarlo, arruinarlo. Y habían atentado contra toda su familia. ¿Por qué? Tortelli. Era por sus preguntas, por su curiosidad malsana. Él lo había iniciado todo. Ellos habían muerto por su culpa. Ahora ya era tarde. ¿Arrepentirse? Ya habría tiempo para eso en el infierno. Tenía que descubrir por qué, por qué, por qué.

Se vistió con nueva ropa. Comió. Bebió. No dijo nada, no al menos hasta que Eresto Loredan le comunicó que habría otra vez una reunión urgente e imprevista del Gran Consejo.

—Quiero ir. Quiero respuestas del Consejo de los Diez —gimió con voz ronca. Se dio prisa en terminar la sopa caliente y reconfortante que le habían ofrecido.

—Ese Consejo ya no existe. Ya no estás atado a él. El Dogo ha organizado una conferencia especial que aglutina todos los poderes del Estado. Es anticonstitucional.

—Eso se llama tiranía. Voy a ir y no me lo vas a impedir. —Apuró la copa de vino. Suspiró. Le dirigió una mirada de disculpa sincera—. Gracias, Eresto.

Cuando llegaron muchos se asombraron de verlos juntos. Y de ver al mercader de sal allí, en la gran sala. Recibió numerosas condolencias, pero él no apartó su vista del Dogo. Él le había nombrado, él le había mentado, con él había comenzado desgracia tras desgracia en su vida. A él achacó todos sus males.

Los caballeros Doná y Giustiniani estaban vivos y espantados. Hablaron

ante todos los asistentes y relataron el terror que sintieron ante el discurso del comandante Bonaparte, como ya expresaron en sus cartas. Marco Lascaris no dejaba de mirar al Dogo, sin escuchar nada, sin entender nada. Sentado, con la mirada fija en Ludovico Manin y su corno ducal dorado, se adormeció con el runrún de la exposición. Palabras, palabras... Adriana, Beatriz, Ana. Ana, la pequeña Ana, inocente. Del mismo nombre que su madre. Se hundió en sus recuerdos y en su insatisfacción. Su matrimonio con Adriana moría. ¿Qué no muere si no hay pasión? Buscó lo que no tenía. Encontró a Ana. Hermosa, rubia, joven, vital. Esas larguísimas piernas blancas. Ese torso firme, los pechos colmados de dones. Su risa argentina. Puta. Pero no le importó. Era horrible. Un día se había mirado al espejo y se descubrió a las puertas de la vejez, tantos años entregado al comercio, a los barcos, a los viajes... Y se sintió solo a pesar de estar acompañado. Los hijos ya le rehuían. Viejo, cansado. Con la terrible soledad de quien siente su vida desperdiciada. La farsa de un matrimonio gastado, rutinario. Y encontró a Ana, y no pudo abandonarla. Era una segunda vida, una nueva oportunidad. Una mujer que lo volvía joven y enérgico otra vez, como en aquella juventud lejana en la que conoció a Adriana. Llegó Ana hija; murió Ana madre. Y su segunda vida murió. No pensó que volvería a sufrir aquella terrible pérdida. Tampoco pensó entonces, cuando a pesar de la lluvia regresó a Casa Lascaris con aquel bulto entre sus brazos, protegido del frío con una manta fina, que Adriana perdonaría su adulterio. Quizás eso no sucedió nunca de forma completa. Quizás él nunca quiso escuchar lo que algunos amigos y conocidos le murmuraban: que donde las dan las toman, y que tan solo estaba él como estaba sola Adriana. La pequeña Ana volvió a unirlos. Él perdonó, culpable. Marco volvió a besar las manos de Adriana, a acariciar sus mejillas, a besar sus párpados cerrados y sus labios. Ya no eran jóvenes, pero al fin se vieron, eran ellos. Recordaron que hubo amor antes; se dispusieron a amarse otra vez. Ana, fruto de su pecado, era el ángel que había obrado un milagro.

Había perdido a su ángel, a Adriana y a su hermosa Beatriz.

Había perdido su medio de vida.

Había perdido su pasado. Su presente. Su futuro.

Lo había perdido todo.

El caballero Doná aún seguía hablando cuando un murmullo creciente despertó al mercader de sal de sus ensoñaciones. Se sobresaltó un momento.

Desde su trono de príncipe, pilló al Dogo observándolo. Fijamente. Luego llegaron los pasos rápidos y a la carrera de uno de los viejos secretarios. Algunos consejeros se alzaron de sus asientos. El vetusto secretario resoplaba por aquella imprevista carrera.

—¡Serenísimo..., Serenísimo...!

Agitaba un papel en sus manos, con un sello. Se detuvo a mitad de la enorme sala y se llevó la mano izquierda al pecho.

—¡Serenísimo...! —Y agitó como pudo el papel, antes de caer en brazos de dos de los consejeros. Abrió los ojos como un sapo. Boqueó. Se moría.

A un gesto del Dogo, el inquisidor Barbarigo ordenó que lo llevaran ante el príncipe de la República. Lo arrastraron. El desafortunado sufría; su boca se llenó de espuma. Estaba pálido. No soltó la carta. No era una carta.

—¡Serenísimo... Príncipe! ¡El manifiesto...!

La mano temblorosa y llena de verrugas negras la depositó entre las del inquisidor.

—Ha muerto. —El caballero Doná se santiguó y tragó saliva.

—Como Filípides. Pobre diablo —agregó el respetable Giustiniani. Le cerró los ojos. Los dos consejeros que lo habían cogido por los brazos lo soltaron. A una señal del inquisidor, varios sirvientes tomaron el cuerpo difunto y lo sacaron de la sala medio vacía. Todos se habían levantado y aproximado hacia el Dogo.

El inquisidor Barbarigo enrojeció. El rostro se le volvió tan púrpura como su toga. Con un gran esfuerzo, moduló su voz para aparentar calma y prudencia. Miró al Príncipe. Le tendió el documento. Manin lo cogió con sus manos blancas y frágiles. Frías. Hizo que Augustin Barbarigo se agachara hacia él para hablarle. Ni siquiera los consejeros próximos entendieron esos cuchicheos. Todos los demás aguardaron expectantes. Barbarigo se irguió. Su voz potente retumbó en la sala. Dio dos pasos al frente hacia los seiscientos diecinueve asistentes.

—Oíd. ¡Todos y bien! La República de Francia declara la guerra a la Serenísima y Dominante República de Venecia. —Leyó el manifiesto en voz alta. El terror los poseyó a todos. Muchos se arrepintieron de no haber sido tan cobardes como para huir como sus colegas ausentes. Que a lo mejor estaban a salvo. O prisioneros. O muertos—. ¡Todos quietos! Ya habéis escuchado a nuestros dos caballeros emisarios. Debemos votar. ¿Acataremos

las exigencias de Bonaparte? ¿O no las acataremos, signifique eso lo que sea, para bien o para mal?

—O ni sí ni no —opinó Giustiniani, alzando un índice al cielo—. Puede haber otra vía. Hablar con él.

—¿Otra vez? —se estremeció Doná.

—Otra vez. Yo aún espero alcanzar un acuerdo que permita que la República siga viva.

Marco Lascaris parpadeó. A través de su tristeza recordó las palabras que había oído acerca de Tortelli al escuchar al caballero. Era como si braceara entre una espesa bruma y a pesar de la oscuridad surgiese de pronto una brecha entre las nubes, que se apartaban, y la luz llegara como un hilo débil. Como si pudiera entenderlo si las nubes se apartaran un poco más, solo un poco más. Pero la claridad, tan cerca, desapareció entre las nubes de tormenta. Estaba cerca. ¡Tan cerca!

Votaron todos. 598 votos afirmativos. 21 negativas, una de ellas furiosa. La suya.

—Ese es el resultado —concluyó Barbarigo—. No se tocará nuestra constitución, pero asumiremos parte de lo que se nos exige. Liberaremos a los presos políticos. Castigaremos a aquellos que alzaron su mano contra los franceses. Los caballeros Doná y Giustiniani volverán a hablar con Bonaparte como testigos de esta votación; los acompañará también Alvise Mocenigo, responsable del Arsenal. Y rogaremos por una prórroga. Nos dará tiempo. Pediremos un armisticio temporal de varios días, para deliberar sobre este asunto tan grave en el Gran Consejo y atender sus nuevas exigencias en toda su plenitud.

—¿Servirá de algo? —preguntaron muchos, ancianos todos ellos llenos de miedo, tan cambiados en su orgullo de semanas atrás, cuando se mofaban de los franceses. Se mofaban, recordaron. Se preguntaron si eso los señalaba de alguna forma.

Concluyó el Gran Consejo. Todos se dispersaron.

Pero Marco Lascaris no pudo aguantar más. Con el rictus angustiado, se atrevió a acercarse al Dogo amenazadoramente. Los guardias intervinieron, cortándole el acceso de forma abrupta. Pero no olvidaban que era miembro del Consejo de los Diez; eso le libró de la humillación de un trato vejatorio en presencia de todos.

—¡Dogo! ¡Dogo Manin! —gritó Lascaris, retenido por los guardias armados de alabardas mientras el Príncipe se apresuraba a refugiarse en sus aposentos—. ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué?

Pero el Dogo no contestó a sus suplicantes y airadas preguntas, y rehuyó las miradas de todos, retirándose sigiloso como un fantasma atormentado. Luego todos los demás miraron a Marco Lascaris. Veintiuno de los miembros del Gran Consejo habían votado no. Todos se miraron con suspicacia, esperando encontrar a los renuentes. Ya sabían al menos quién era uno de ellos.

Marco resopló con furia. Se soltó de los guardias. Miró a los que salían de la sala. Vio a Contarini, que le evitó. Buscaba a otro. Dejó el palacio, buscó en la plaza, donde seguía la vigilancia armada, los hombres del Arsenal, los mercenarios, los cañones. Lo encontró. Le esperaba en el otro extremo de la Mercería. El mercader de sal anduvo a pasos rápidos, le dio alcance. Lo tomó por uno de los codos.

—Eresto, tú puedes decirme cómo. Necesito hablar con amigos de Tortelli.

—Es curioso. Hay amigos de Tortelli que también quieren hablar contigo.

* * *

Les recibieron en el monasterio dominico de San Juan y San Pablo. Al entrar, Loredan dio un nombre. Les hicieron pasar desde la portería al claustro. Lascaris sintió el silencio como un bálsamo reparador. Casi era de noche. Desde el claustro se veía el cielo nocturno, cuajado de estrellas. Lascaris vio una estrella fugaz. ¿Un presagio? El monje, un joven veinteañero de ojos brillantes y tonsura reciente, les guió por la galería hasta las celdas, vestido con el hábito blanco, la capilla y su capucha alba, y el escapulario, los quince misterios de su rosario al cinto. Las sandalias resonaban entre las paredes. Les llevó cerca del refectorio, hasta una puerta entreabierta.

—Abate Tentori. —El monje les invitó a entrar y se retiró.

Un hombre de edad madura, de complexión fuerte y cabello largo y cano peinado hacia atrás, estaba escribiendo una carta a la luz de las velas. Vestía ropas oscuras; no era dominico. Dejó la pluma y se volvió hacia ellos. Vio a Loredan. Se levantó y los hizo pasar. Cerró la puerta. Miró cara a cara a

Lascaris. El rostro del abate era fuerte, poderoso, con una mirada clara y franca. Bien afeitado, con una nariz larga y ancha y labios gruesos. Tenía una barbilla hendida. Sonrió. Se formaron dos profundos hoyuelos a ambos lados de las comisuras de sus labios.

—Así que sois el valiente que esperaba en casa de Tortelli. ¿Por qué?

—Para obtener respuestas.

—Esos queremos todos. ¿Qué ha decidido el Gran Consejo?

—Enviaré a parlamentar con el comandante francés —resumió Loredan—. El Consejo liberará presos, pero no cambiará el Estado.

—Palabras, palabras... ¿Se necesitan mosquetes, granadas, hombres! Tortelli era un hombre, un auténtico veneciano.

—Era un traidor. Se entendía con los franceses. Despreciaba al Dogo.

—No, señor Lascaris. Se entendía con nosotros. ¿No os lo ha dicho Loredan? Soy consejero del embajador sir Richard Worsley. Inglaterra está en guerra con Francia. Francia devora Europa y apoya a nuestras colonias rebeldes en Norteamérica. Austria ha cedido. Sabedlo: ha firmado la paz con Francia en Leoben. El archiduque Carlos, el único genio militar que podía detener a Bonaparte, ahora espera. Y esa espera será fatal. Austria respira; Venecia se ahoga. Porque escuchadme atentamente: ¿conocéis al comisario Villetard?

—Creo que sí. El sustituto de Lallemand.

—Eso es. No solo Francia y Villetard tienen espías, también nosotros. El archiduque espera para recomponerse y para comerse a Venecia también. Esa es la amenaza que ha lanzado Villetard al Dogo. Que o Venecia cede a la revolución y se entrega a Francia, o será tomada a fuego entre Austria y Francia.

—Eso no es posible. Austria es amiga de Venecia.

—Eso es posible. Lo negociaron en Leoben. En secreto. Y a pesar de eso, Austria aún envió cartas amistosas al Dogo. Inglaterra necesita gente valiente. Venecia necesita gente valiente. Creo que vos lo sois.

—¿Pero qué quería Inglaterra de Tortelli? ¿Qué quería de mí?

—Una insurrección.

Marco Lascaris tragó saliva. De repente sintió debilidad en sus piernas. Tuvo que sentarse. Negó con la cabeza. Era una revelación sorprendente que

explicaba muchas cosas, pero llegaba tarde.

—Los franceses están en la laguna. No hay tiempo para nada.

—¡Aún hay tiempo! Pero hay que actuar ya. Los patricios creen que no puede hacerse nada, y se equivocan. Como sir Richard, el embajador. Hoy, el pueblo ha visto los cañones y a los soldados. Ahora el pueblo ya sí tiene miedo, ya no son rumores, ¡la muerte llega a Venecia! Es la única oportunidad que tendrá Venecia: alzarse contra Francia y contra los que, por ineptos y cobardes, la van a entregar a Francia.

El abate hablaba con pasión. Gesticulaba con manos poderosas, daba grandes pasos, haciendo oscilar sus ropajes oscuros. Loredan lo admiraba. El mercader carraspeó. Hizo la única pregunta que le importaba.

—¿Quién mató a Tortelli?

—No lo sé. ¿Vos tampoco? Pero eso no me importa. Importa lo que iba a hacer. Era inquisidor, tenía poder, conocía la red de agentes de la Serenísima República, quién era fiel al Dogo y quién no. Señor Lascaris, sois miembro del temido Consejo de los Diez. Os necesitamos. ¿Cooperaréis? —El consejero parpadeó varias veces. Negó con la cabeza. ¿De verdad podía hacer algo para descubrir la verdad?—. Inglaterra sabrá agradecerlo. ¿Entendéis?

Lo entendía. Ahora podía explicar la cristiana misericordia de Loredan por él al buscarlo frente a su casa en llamas, al darle cobijo y protección. Por eso estuvo presente en la misa fúnebre por el inquisidor asesinado. Lo conocía, y mejor de lo que contaba. ¿Importaba eso? El poderoso abate le ofrecía una posibilidad. Asintió. Entendía lo que le pedían. Cooperaría con ellos.

—¿Qué puedo hacer?

—Como miembro del tribunal, podéis entrar en los archivos del Consejo temido. Necesitamos las listas que Tortelli había preparado.

—¿Listas sobre qué?

—Sobre agentes, Marco.

—Pero la casa de Tortelli ha ardidido, como la mía. Tú me lo contaste, Eresto. Y el Consejo de los Diez ha sido disuelto. El Dogo lo ha sustituido por esa conferencia especial. Ya no tengo privilegio alguno.

—Ha sustituido el Consejo pero no ha derogado la autoridad de sus miembros. Por ejemplo, los tres *capi* siguen actuando, aunque ahora dentro de la conferencia.

—Las listas estarán en su escritorio. Eso esperamos. En esas salas ocultas en palacio. Tú podrás entrar, podrás buscarlas —lo alentó Loredan arqueando sus pobladas cejas blancas.

«Inglaterra sabrá agradecerlo.» Era un Lascaris. Un descendiente de los emperadores bizantinos que se opusieron a la tragedia de la pérdida de Constantinopla con la cuarta cruzada y sobrevivieron para reconquistarla. ¿Quién era él para rendirse?

—Sí, abate. Lo intentaré.

—No, Lascaris. No lo intentéis. Hacedlo o no lo hagáis, pero no lo intentéis. O moriréis como Tortelli.

CAPÍTULO 18

UN PARPADEO MARCA EL DESTINO

MARGHERA, 2 DE MAYO. MARTES

El día nublado salpicó de gotas los caminos desde la costa hasta el puente. El asistente Bourrienne no se inmutó por la llovizna. Ignoró los goterones que resbalaron por su sombrero de fieltro hasta la casaca y de ahí a su montura y al suelo. Llevaba la larga melena recogida en una coleta. Los vio llegar. A tiempo, con la primera luz del alba, como habían convenido el día anterior. Tres emisarios. Él había convencido al comandante. Tenía curiosidad.

—Llegan con miedo —comentó.

Recibió un leve gruñido como respuesta.

Los caballeros Doná y Mocenigo tragaron saliva. Refrenaron sus monturas. Dejaron que la segura figura de Leonardo Giustiniani avanzara tres pasos más. Alvise Mocenigo comparó la blanca silueta de Giustiniani, su pelo blanco y pulcro, su rostro claro, su caballo albo, con la del corso, más corpulento y más alto de lo que creía, con su uniforme azul, sus galones y su sombrero bicornio con la escarapela tricolor de Francia. Montaba un corcel negro rabioso y temperamental, además de enorme. Detrás aguardaban los cincuenta hombres de su guardia personal, altos y dispuestos a todo. Y tras ellos, un batallón de cien soldados, todos armados. Era para estar impresionados. Tres espadas frente a ciento cincuenta y un soldados, y un feroz comandante que los detestaba.

—Comandante Bonaparte. Venimos en representación del Gran Consejo. Respetamos vuestras apreciaciones. Os transmitimos la buena disposición de

nuestro gobierno para acceder a... lo que, de forma preliminar, nos habéis transmitido. Pero os requerimos tiempo para recogerlo todo con la fórmula legal adecuada del Gran Consejo. De él dependerá que se llegue a un acuerdo o que se rechacen las cláusulas.

Napoleón Bonaparte miraba a los otros dos emisarios acobardados.

—Me hacéis perder el tiempo. ¿Están ya detenidos los inquisidores y el comandante del Lido? Su nombre... —Chasqueó los dedos, dos veces.

—Pizzamano, señor —apuntó Bourrienne.

—Sí. El cobarde Pizzamano. ¡El asesino Pizzamano! ¿Están ya detenidos, sí o no?

—Bien, Excelencia. Si quisierais oír las razones de la duda que...

—¡No, no quiero escucharos! Soltáis palabras y palabras para nada. Señor Giustiniani, merecéis mi respeto, pero no me retracto. Exijo sus cabezas. No habrá tratado alguno hasta que la sangre francesa vertida sea vengada. Vuestra laguna no me detendrá. Siempre consigo lo que me propongo, y en quince días como mucho estaré en Venecia. Vuestros patricios no escaparán de la muerte excepto marchándose de la ciudad, como hacen los franceses emigrantes, y arrastrando sus miserias por el mundo. No, no quiero escucharos, hay sangre francesa vertida por traición y nada, salvo la sangre de sus asesinos, podrá acallarla. ¡Eso es lo que es Venecia! ¡Una república de asesinos!

—¡Pero lo que pedís requiere tiempo!

—Os doy veinticuatro horas para arrestarlos.

Leonardo Giustiniani contuvo la calma. Avanzó con su montura un paso más. Bourrienne, detrás del comandante, detuvo con un gesto el avance de la guardia de húsares. Bonaparte estaba airado, pero dejó que el veneciano hablara. Los otros venecianos temblaban con hojas.

—Lo ocurrido en Verona no es debido al pueblo, sino a la mala fe de los franceses, que han provocado un derramamiento innecesario de sangre. Los franceses se comportan mal exterminando venecianos. No es lícito arrancar Tierra Firme de Venecia. Si acaso hay que achacar algo a Venecia es que ha sido pasiva, aunque también generosa. Ya hace un año permitió vuestro paso por nuestros territorios, os ha mantenido con víveres y demás a costa de sacrificios públicos y privados, ha mantenido en todo momento la neutralidad, salvo algunos exaltados que ya han sido acallados. Los gobernadores han mantenido la paciencia siempre con el ejército francés y sus desmanes. El

suceso del Lido ha ocurrido solo por ser observantes de la ley, mientras que vuestro barco fue un ardid. Estáis pidiendo cabezas, ¡vidas!, las vidas de la gente honesta que nos gobierna. Os corregiré: son solo tres los inquisidores, y no diecisiete. Si de eso no os han informado bien, ¡qué puede decirse de todo lo demás!

—No, no. No me liaréis. Repito mis exigencias. Pero sois buen ciudadano. Eso os honra. Merecería que trabajarais por el bien común. Me encargaré de ello, vuestros bienes se salvarán de la destrucción que afecta a otros. Y pienso que deberíais colaborar. Un buen cargo de gobierno para vos sería beneficioso para esta tierra.

—Si a mí me consideráis sin culpa, antes debéis hacer lo mismo con todo el Senado, que ha obrado conforme a nuestra ley, nada más. Siempre estaré al servicio de mi patria, de mi única patria, cuya inocencia y leal conducta defiendo y defenderé a toda costa y ante quien sea. ¡Sí, ante quien sea!

—¡No! —gritó Bourrienne, sobrecogido.

—¡Ante quien sea! —Nadie se esperaba la rapidez del caballero veneciano. Con la derecha enguantada soltó las riendas y desenvainó. La espada se deslizó por la vaina bien aceitada. Era de buen acero, una hoja ropera forjada en el Arsenal y adornada en pomo y cazoleta con el escudo del patricio. Vibró al alzarse en el aire húmedo. La ligera llovizna estaba arreciando. Se deslizaba en forma de perlas sobre la película de aceite del arma. Era antigua. La habían forjado para su padre, para el padre de su padre. Había conocido sangre turca, enemiga de Venecia. Un relámpago. Ese instante duró la ensoñación del veterano caballero. En la misma no era agua sino sangre lo que resbalaba por la hoja; no era emisario, era el liberador de Venecia. Un gesto audaz, y si le costaba la vida al menos se llevaría otra vida por delante, ¡y qué vida! ¡Honrarían su memoria por siglos, levantarían estatuas en su honor, llenarían libros con el último gesto de su existencia! ¡Allí estaba Bonaparte, alarmado y paralizado por la sorpresa, a su alcance, a menos de un parpadeo de distancia! Pero su ensoñación se desvaneció. Francia tenía más generales. Y agazapada, esperando acontecimientos, aguardaba Austria. Su memoria no sería honrada. Su gesto no traería paz, si acaso sangre irremediable, incontenible. Su nombre sería maldito por siglos eternos. ¡Qué deshonor para su sangre, para su nombre! Y recordó por encima de todo que él no era un asesino. No oyó si muchos amartillaban

precipitadamente las pistolas para apuntarle, como si fueran un pelotón de fusilamiento. Poniendo su espada familiar sobre ambas manos se la tendió, inofensiva, al comandante francés, todavía confundido—. Agradezco vuestras palabras, pero doy mi patria por perdida, y no podría vivir abochornado si mis fincas se preservasen ilesas mientras las del resto de mis conciudadanos arden y son cenizas.

Bourrienne miró a su comandante. Esperaba instrucciones. Alzó una mano para detener al batallón y a su guardia.

—Sois valiente, Giustiniani, y franco. Y eso lo aprecio. Ojalá tuviera Venecia más hombres como vos. Pero no los tiene. —Rechazó gentilmente la espada que le ofrecía. Bonaparte centró su odio contra Doná y Mocenigo—. Decid esto al Senado: doy cuatro días. Ni uno más. Exigiré una respuesta final a todas mis exigencias y con esa respuesta decidiré si avanzo contra Venecia para llevar guerra o paz, con todo lo que eso conlleva. Y recordadles a todos, caballero Giustiniani, que la falta de respuesta será para mí también una respuesta. ¡Decídselo!

El comandante picó espuelas, su caballo negro caracoleó y después se retiró seguido del resto de sus hombres. Los venecianos respiraron aliviados. Doná, avergonzado, notó humedad en sus pantalones.

CAPÍTULO 19

UNA JOVEN EN LA NOCHE

VENECIA, 2 DE MAYO. MARTES

El Dogo había conseguido dormir algunas horas gracias a un bebedizo. Ya era por la tarde. Desde su lecho tocó una campanilla de plata y esperó, admirando el bello artesonado y las pinturas del techo. Bernardo Trevisan llegó solícito.

—¿Serenísimo Príncipe?

—Ayúdame. Estoy mareado.

Se levantó con ayuda del asistente y se asomó al canal del palacio desde una de las ventanas de su aposento privado. Un gondolero cantaba. Unos niños reían desde algún soportal. Vio rostros tristes en el edificio de enfrente, en la prisión. Le recordó que él estaba también en una. En cuanto se pusiera el sol habría una nueva reunión de la Conferencia Negra. El asistente preparó la silla. Hizo jabón con la brocha y le afeitó con habilidad. Luego lo perfumó. Le ayudó a vestirse. Un diácono escoltado por dos guardias llamó a la puerta. Portaba el corno ducal sobre un cojín escarlata con borlas de oro, siempre en custodia en la santa basílica. El pelo cano y la calvicie creciente del Dogo quedaron ocultos bajo el corno. El descanso le había sentado bien. Un descanso necesario.

—Aún hay tiempo. ¿Deseáis un tentempié? ¿Un *croissant*? ¿Un café?

—No, Bernardo. Esperaré. Deseo un rato de tranquilidad.

El asistente y el diácono se inclinaron ante él, salieron andando hacia atrás y cerraron la puerta.

Desde el espejo, la imagen reflejó a un hombre bien vestido, oro, plata, terciopelo, púrpura y mocasines escarlatas. Pero también unos ojos tristes. Un rostro preocupado. No dejaba de jugar con el anillo ducal, girándolo alrededor de su dedo anular derecho. Un anillo de poder o un grillete de condenado.

Dejó de mirar fuera de su cárcel de oro. Antes de la comida y del reposo obligado por el médico había llegado una carta desde Viena. Francia. Austria. Ambos países eran lobos y Venecia la pieza que codiciaban. Caería la noche. Los lobos saldrían a cazar. Tomó la carta y la leyó por segunda vez. El embajador Grimani no era famoso por su templanza ni por su sentido del humor. Era un hombre riguroso. Esa misma gravedad se mostraba en la carta.

Serenísimo Príncipe:

Hablé con el ministro vienés sobre Napoleón Bonaparte y las insurrecciones de las ciudades del Véneto, pero su actitud fría y algunas palabras ambiguas me dan pie a sospechar una inteligencia entre Bonaparte y Austria sobre el Véneto. Desearía encontrar otra explicación a todo esto, porque no puedo creer tal traición después de las repetidas afirmaciones de Su Majestad Imperial y el mismo ministro de ser amistosos y neutrales respecto a Venecia. Austria no toleraría ver el estado veneciano organizado a la francesa. O eso ha mantenido hasta ahora.

Además, gente que ha tratado con el barón de Thugut (lo conocéis, es el ministro vienés en Venecia; un hombre temible de grandes risotadas) me ha revelado que los franceses han propiciado por medio de su ministro Lallemand la aparición de un partido a través del cual favorecer una revolución, y que ya había sido causa de discusiones. Quizá con este pretexto, Thugut preparaba el momento adecuado para combinar con rapidez y sin obstáculos una actuación a conveniencia de su soberano en relación con la posible recompensa a su acción.

Los movimientos y los deseos de Bonaparte, en desacuerdo con los intereses del emperador, explicarían además diferentes aspectos de la situación en Lombardía. Animarían al ministro de Viena a anticiparse y prepararse para aparecer entonces como mediador armado, o para aprovechar la confusión debida a las agitaciones exigiendo un cambio

de gobierno para plantear a su debido tiempo unas razones parecidas a las que llevaron a la división de Polonia. La forma más adecuada para evitar tal peligro es que la República de Venecia se mantenga más firme que nunca en su forma de gobierno.

GRIMANI

Mientras uno quería y suspiraba por salir de palacio, otro pensaba y razonaba cómo entrar a riesgo de su vida. En su deambular bajo el cielo vespertino cubierto por nubes aborregadas, Marco Lascaris se detuvo frente al solar arruinado de su casa. Iba embozado. No quería la piedad de sus vecinos y, lo más importante, no quería que lo reconocieran. Siguió andando. Torció varias veces, cruzó dos puentes. Llegó a una casa en luto. Una sobrina del gondolero le abrió la puerta. Giacomo vestía de negro riguroso. El mercader se descubrió la cabeza y le transmitió sus condolencias. El gondolero, sentado frente a un fuego hipnótico, asintió con cansancio y resignación.

—Me hacéis un honor al venir a esta casa a consolarme, pero eso no me devolverá a mi hijo.

—Lo sé. Lo lamento muchísimo, Giacomo. Escucha. Me vigilan. ¿Puede ayudarme alguno de tus sobrinos? Temo por mi seguridad. Ayer incendiaron mi casa. Mi mujer..., mis hijas... No sé nada de ellas. No sé si siguen vivas.

Giacomo alzó la cabeza. Estaba apesadumbrado.

—También yo lo lamento. Os ayudaré. Sois hombre de fiar. Sois parte de mi familia. También yo tengo algo que deciros: alguien desea veros.

Hizo bajar a Sofía. Marco Lascaris se puso en pie y se asombró. Era muy hermosa.

—Ella busca a su hijo Antonio.

—Señor Lascaris, he huido de Verona y de mi padre. Yo... quiero a Antonio. Y Antonio me quiere a mí. No puedo regresar a Verona.

—Una hija no debe abandonar a sus padres, joven. Es contra natura. Y deberías regresar. ¿Qué podría hacer por ayudarte? Nada. Ni yo sé dónde está Antonio.

—Quiero encontrarlo. Necesito encontrarlo. ¡Lo necesito! Señor Marco: estoy embarazada de él. Y sin él, estaré deshonrada. ¡No me miréis así! ¡No soy... una... cualquiera! ¡Él me quiso! ¡Me amó! Y no me he entregado a nadie

más. Por eso no puedo volver a casa de mis padres, señor Marco. Os lo suplico, no me obliguéis.

El mercader quedó confundido. Entonces el viejo Giacomo se levantó y la cogió por los hombros con misericordia y ternura. Sus manos venosas quitaron una lágrima de los ojos de Sofía. Ella no se resistió.

—Yo, señor Marco, me apiadaré de esta joven. Si os parece, mientras esto se aclara. Y sí, también os ayudaré a encontrar a vuestra familia y a vuestro hijo.

Cuando el mercader salió de casa del gondolero ya no lo hizo solo. Un sobrino, un estibador robusto, fue elegido para velar por él. Pero durante todo el atardecer volvió a sentir esa sensación ominosa, esa inquietud de quien se siente presa y no cazador. Se volvió de repente. Miró a las casas, a los vecinos, a los transeúntes, a los galanes, a los gondoleros. No distinguió a nadie, pero tenía una sospecha. Casi una certeza. Bruno. ¿Dónde estaba quien debía dar su vida por él, si así se requería? ¿Había recibido instrucciones nuevas y concretas de sus verdaderos amos? ¿Todo había sido una farsa?

No una farsa sino una sucesión de desafortunadas certezas. Primero pasó por sus almacenes. Nadie. Nada. Vacíos y cerrados. Otros embozados por la brisa de aquel día le dieron anonimato. Evitó a una patrulla; se sintió buscado. Luego pasó por la plaza del banco. Algunos le reconocieron y le señalaron, otros lo evitaron.

—Señor Lascaris, lo lamento infinito, pero no podemos daros crédito. ¿No queríais pasar... y tomar un café, un magnífico café que ya quisieran los turcos... y hablamos sobre todo ello?

Se deshizo del servil funcionario. No quería ser amable con él, solo retenerlo, delatarlo, encerrarlo y obtener una probable recompensa.

Pensó en su hijo en el largo camino hasta la Mercería. No usó góndola, fue andando a pesar de la oscuridad creciente, de la lluvia ligera y de la marea. El agua alta se adueñaba poco a poco de la plaza de San Marco. Veía Venecia de una forma diferente ahora que la luz se desvanecía. Ya no era una ciudad misteriosa, amante del buen vivir, del buen vino, del juego y de las máscaras. Le pareció una ciudad oscura, trágica, peligrosa. Cuán bendita ignorancia disfrutaba la gente sencilla. Escuchó los chapoteos de pisadas rápidas en la plaza inundada. Vio a tríos de hombres jóvenes hablando al final del día sobre sus planes para la noche, sobre rondar a algunas damas, jugar y dilapidar sus

sequines y sus ducados en los naipes mientras se emborrachaban; engatusar a algún prestamista, huir de algún marido celoso, reírse y acabar en lecho ajeno con mujer ajena también. Pensó en Antonio; hubiera preferido saberle un juerguista que un afrancesado. Frente a él estaba la Puerta. Se paró indeciso. Entrar, no entrar. Pasar más allá de los buzones de delación, de los soldados del Arsenal y de los feroces chambelanes.

Evitarlos a todos le pareció imposible.

Vio a alguien en la placeta frente al palacio.

Lo reconoció. Era Zorzi.

Un rumor y una quemazón insoportable le ascendieron desde el estómago. Corrió pisando el enlosado sumergido. Así se hundió la Atlántida, así se hundía Venecia. Pensó en Beatriz, en Ana. Agua alta. Llovía y la gente corría por los soportales.

Le tomó por sorpresa. Lo zarandeó. No se dio cuenta de que no iba solo. Otro hombre acompañaba al pescador, y este último se sintió empujado y agredido.

—*Sacre Bleu!*

El mercader recibió una mirada perversa, aunque eso no lo detuvo. Sintió un odio embriagador, un estallido de furia que le dominaba y que convertía su rostro en una faz crispada y lobuna. Los puños buscaron y hallaron pómulos, estómagos, barbillas, pero eran dos, él uno, y en un instante se vio dominado. Un instante en el que dobló las rodillas en el suelo mojado, sintiendo el fuerte impacto de unos nudillos cerrados en su cara. Sus muelas crujieron. El golpe fue como un martillazo sobre él. Un instante en el que su cerebro intentaba ubicar, desentrañar entre el dolor, a quién pertenecía esa voz reconocida. Un instante de pasos a la carrera de los guardas y de insultos en francés. Y un instante de una fuerza desatada. El sobrino de Giacomo, un titán de músculos y grandes huesos, tardó un solo instante, ese mismo instante, en rugir contra los dos franceses. Contra Zorzi, contra Edme Joseph Villetard. Los soldados llamaron al alto.

—¡Está loco!

—¡Marchaos! —gritó con su voz ronca el sobrino del gondolero a Lascaris empujándolo a un lado con una de sus manos gigantescas, antes de volverse otra vez hacia Zorzi, quien gruñó de placer: sería una buena pelea.

Y en la trifulca, una mano tiró del mercader hacia los soportales.

Tiresias le arrastró hasta la Biblioteca de San Marco casi contra su voluntad.

—¡Tengo que ayudarle, tengo que...!

—Son jóvenes, tú viejo. No puedes hacer nada.

Por primera vez, no le había llamado «joven Lascaris». Le sentó en su despacho. Había poca luz.

—La suficiente. No te quejes tanto. Me asomaré. —Volvió al poco—. No ha llegado la sangre al río. Han huido cada uno por su lado, ahuyentados por los guardias. ¿Ves? ¡Jóvenes! Deja los puños para ellos. Ahora quítate esa túnica empapada. —Le pasó una muda seca y se dio la vuelta. El mercader suspiró. Se cambió. El viejo ocultó la túnica mojada en un cajón.

Marco Lascaris se preguntó qué hacía allí. Pasó con tristeza las páginas de uno de los libros abiertos en el despacho del bibliotecario. Se pasó la mano por el rostro. Oleadas de dolor le sacudieron a cada gesto de su cabeza. El viejo parecía un fantasma, con el rostro apenas visible y aquella larga barba blanca. Sus ojos grises reflejaban el pábilo de los hachones encendidos.

—¿Por qué habéis intervenido?

—Con franqueza. Votaste no, ¿cierto? Eres uno de los veintiuno que se negaron a secundar al Consejo. Eso se dice: que aún quedan veintiún venecianos en Venecia.

—Esto se acaba.

—«Por lo demás, creo que Cartago debe ser destruida». —Y señaló el libro abierto. Mostraba un grabado, un mapa del mar Mediterráneo. Su dedo índice se posó sobre Venecia. Luego sobre Cartago. «No son tan diferentes», pensó el mercader. Cartago. Una potencia naval; una potencia comercial. Un trato con Roma; las guerras púnicas. Roma rompió el trato; hubo guerra. Y al final, Escipión derrotó a Aníbal. Y Cartago quedó sembrada de sal.

—Y nadie se acuerda ya de Cartago.

Tiresias asintió, y al mismo tiempo depositó un anillo sobre el grabado. Marco Lascaris jugueteó con el anillo, reflexionando sobre el pasado, sobre el presente, sobre el futuro. El librero nada dijo. Su joven lector observó mejor. Era un anillo antiguo de sello. Lo reconoció con temor. Era un anillo de sello ducal. «Voluntas senatus.» Con un león en el centro.

—¿El Dogo ha muerto?

Silencio.

El bibliotecario se sentó frente a él. Se permitió una risa muda.

—No —susurró—. Era de Tortelli. —Le obligó a cerrar la mano sobre el anillo—. Las paredes oyen. Demos un paseo. ¿Conoces la leyenda de san Marco y el pescador? —Le señaló una pintura de la biblioteca, un fresco. El dogo Gradenigo—. Ocurrió hace doscientos cincuenta años.

Marco Lascaris sopesaba el anillo del muerto mientras se dejaba llevar por los pasillos entre libros. Solo dos eruditos leían en sendas mesas. Ni les miraron. Tiresias encontró el librito que buscaba. Le pasó la palmatoria a su acompañante y cogió el libro de entre los demás. Estaba ilustrado.

—Recuerda la leyenda y la tradición. Desde 1177, cada día de la Ascensión, el Dogo se casa con el mar. Se celebra la misa y la procesión nupcial discurre desde la basílica hasta el muelle de palacio, donde el Dogo y su cortejo de magistrados y embajadores suben al *Bucintoro* entre fanfarrias, flores y salves a la Virgen y a Venecia. El patriarca le sigue en otra embarcación. Miles de barcas engalanadas con vivos colores los vitorean y al sobrepasar la isla de Lido, frente a la iglesia de San Nicolás, donde la laguna se abre al Adriático, el Dogo y el patriarca se reúnen en la misma nave de gala. El patriarca bendice las aguas para que todo sea propicio y arroja al mar un recipiente con agua bendita. —El bibliotecario siguió pasando las láminas grabadas del libro—. Y entonces, el Dogo ofrece su anillo de oro con un juramento: «Te desposamos, oh, mar, como señal de verdadero y perpetuo dominio». Esa es la tradición. El mar acepta el anillo un año más, otorgando a la Dominante la protección de sus aguas. Pero una vez, el mar devolvió un anillo.

—Conozco la leyenda. —El mercader tomó la palabra—. Un pescador aceptó llevar desde Schiavoni al Lido, a pesar de una fuerte tormenta, a un anciano, a un guerrero y a un joven; y fue testigo de cómo derrotaron a una nave negra llena de demonios haciendo la señal de la cruz. San Marco, san Jorge, san Nicolás. San Marco le ordenó que contara la visión al Dogo, y como muestra de veracidad le dio su propio anillo. Era uno de los anillos del mar. Era un aviso, una protección: Venecia nunca sería vencida si se confiaba la ciudad a san Marco y al mar.

—Ahora tienes ese aviso, esa protección, en vuestra mano.

El consejero le miró asombrado y mudo. El bibliotecario cerró el libro y

lo devolvió al estante.

—Durante más de seiscientos años los anillos fueron arrojados a las aguas para desposar a Venecia con Venus, el León con el Mar. Y todos, salvo uno, se perdieron. Ahora, en estos tiempos oscuros, otro más ha vuelto a nosotros. Un anillo que vuelve del olvido y de las aguas es una señal. Es la señal que esperaba Tortelli. Un anillo que sella un matrimonio. Un anillo que sella palabras.

Y el anciano fue pasando la mano por libros gruesos, por cartapacios llenos de documentación del Senado. De ellos colgaban pesados sellos de plomo que unían cintas de seda.

Su atento oyente se olvidó de su dolor. Todas sus preguntas estaban encontrando respuesta.

—¿Cómo sabéis eso?

—Tortelli era un auténtico veneciano. Acudió a mí con su hallazgo, obtenido del interior de un pescado capturado. Yo lo revisé, lo comprobé, lo cotejé. Indagué en los legajos. Tener algo así y no ser el Dogo es peligroso. Supone caer bajo el escrutinio de los Tres. Es ser reo de muerte. Ahora es tuyo. Y todo depende de ti, señor Marco Lascaris. Ayuda a Venecia, no dejes que se hunda. Has sufrido injustamente, pero este es el momento.

—Un anillo no me devolverá a mis hijas ni a mi mujer, Tiresias. Y no creo que pueda entrar en el palacio ni acceder al Consejo en busca de información. La plaza está llena de soldados. El palacio está cercado. Nadie entra ni sale, más allá de esas reuniones secretas que ahora se realizan.

—Has de saber que hace mucho que nadie lee estos libros. Legajos polvorientos, tomos apolillados, manuscritos desgajados, olvido... Mucho olvido..., Cartas y pliegos arrugados, caídos detrás de otros en el fondo de estanterías, frágiles, como las palabras... Pero son palabras que aún pueden leerse. Que aún pueden asombrar.

El anciano se mesó la barba. Contó los estantes. Pacientemente. Encontró un grueso tomo sobre cerrajería y lo tomó. Lo abrió. Un sacrilegio: parte del interior estaba vaciado y destrozado para formar un hueco oculto y en su interior había una llave de hierro, pequeña y de terminación basta. El mercador le interrogó sin decir ni una palabra. El bibliotecario asintió.

—Esto te servirá mejor que todo el oro de Venecia.

Y se la entregó mientras acompañaba su gesto con palabras llenas de

secreto, y quizá de esperanza.

Pero aparte de los dos eruditos aún quedaba uno de los ayudantes en la biblioteca, un ayudante que había seguido todo el deambulatorio por el recinto con un sigilo de gato, oculto en la oscuridad a los ojos de aquellos hombres gastados y desesperados. Un hombre que prestó atención a todas y cada una de las palabras del guardián de los libros. Sonrió. Por fin aquel viejo se había delatado.

* * *

—¿Quién era ese loco? —bufó Villetard junto a Zorzi una vez que los guardias les dejaron tras auxiliarles—. ¿Y ese gigante?

Zorzi escupió, sonriendo a pesar de los golpes.

—Nos odian, señor comisario, ¿lo habéis visto? Por eso vuestros compatriotas temen la noche. Por eso hemos de actuar, antes de que sea tarde.

Donde otros se ocultarían, ellos no. Se dirigían al Arsenal. Miedo por Bonaparte; odio por Bonaparte. Villetard llevaba su acreditación de la embajada. Tuvo que mostrarla dos veces más. Algunas patrullas detenían a noctámbulos que se resistían a ser encarcelados. El comisario veía luces en las ventanas y alguna mirada hostil. Sintió un leve goteo sobre su chaleco. Le habían escupido desde una primera planta. Al llegar al portal vieron una fuerte presencia armada, luces; oyeron el sonido de los tornos, de las sierras; las voces de los capataces y la llegada por el canal de barcas con bastimentos para las galeras. El puente levadizo tenía sus dos mitades izadas para permitir el paso. Era como le había advertido Zorzi. Habían incrementado la fuerte vigilancia del Arsenal y, a pesar de toda la neutralidad que proclamaba la República, se estaba trabajando a destajo para tener lista la flota de guerra.

—Fíjate, Zorzi. Los dos puntos fuertes de la ciudad son el Arsenal y el palacio. Las armas del Arsenal arman a los esclavos, a los marineros y a la guardia del Dogo. Los esclavos están nerviosos. Me he enterado de que aún no han cobrado las dos últimas mensualidades. Pero aún son pocos barcos y algunos son cascajos, de más de setenta y cinco años.

—Son galeras viejas. No aguantarán un envite.

—No te engañes. Los hombres desesperados pueden luchar incluso desde barcos de pescadores.

—Qué otros puntos fuertes hay. ¿El Palacio Ducal?

—Tiene su propio arsenal, capaz de armar a muchos. A todos los miembros del Consejo, por ejemplo. Pueden convertir el palacio en un fortín. Y dicen que mantendrán la neutralidad... ¡Mírales, preparándose para lo peor! Habrá que distribuir hombres y armas por los seis cuadrantes de la ciudad.

—Sí —contestó Zorzi.

—Vamos.

Tenían otra cita. Se dirigieron hacia ella con rapidez, antes de tropezar de nuevo con alguna patrulla. El sol desapareció. Fuera, la luna esparcía penumbra en cuarto creciente.

—Es aquí. —Habían llegado a uno de los palacios abatidos por la ruina. El yeso de las paredes se caía a trozos por la humedad. Los colores estaban desvaídos. Olía a mar y a salitre. La madera de las jambas se desmenuzaba al tocarla y las ventanas estaban tapiadas. La puerta estaba atrancada con tablones clavados. Zorzi hizo un gesto—. Espera.

Villetard aplicó el hombro a un lateral de la puerta y aquella cedió. Con el temblor del esfuerzo cayó polvo de yeso desde el dintel. Se oyó ruido como de pisadas diminutas, algo se arrastraba. El francés presumió que eran ratas. Tuvo un escalofrío involuntario. Tenía que entrar, ese era el acuerdo. Zorzi esperaría fuera.

«Qué lástima», pensó. La leve claridad lunar le guio a través del pasillo y de las salas abandonadas, vacías salvo por algunas sillas destrozadas y cortinas roídas. El palacio estaba arruinado. Había oído del declive de muchas familias venecianas que se aferraban a sus herencias, a sus grandes casas provenientes de tiempos mejores y a la defensa de su sangre. Tanto y con tanto celo que por no dividir sus legados entregaban a las hijas a la clausura y confiaban todo su futuro a sus primogénitos. A veces, estos morían. Y con ellos, los padres y las madres y su legado y su nombre y su pasado morían también. Se extinguían genealogías en el Libro de Oro y lo que llegó a ser un honor se convirtió en una cuestión de dinero. Las distinguidas familias tuvieron que soportar que comerciantes enriquecidos compraran su derecho a ser inscritos en el libro y a ser miembros del Senado. Sí, pensó, eran razones para el odio. Y en ese odio él podía medrar.

Los papeles pintados colgaban despegados de la pared. La mugre y el abandono le hicieron tropezar. Halló el camino correcto. Vio una luz, un farol.

Por una poterna trasera accedió a otro canal. Un embozado le esperaba en una góndola cubierta. El gondolero estaba impaciente; le hizo una señal para que se aproximara al agua y subiese a la embarcación. Mostró un pañuelo a Villetard, quien lo miró con desconfianza.

—¿Es necesario? —El otro asintió—. Soy hombre de honor.

—Nosotros también.

Se dejó llevar en la góndola. Esperó tenso. Zorzi le había asegurado que no correría peligro, aunque podía ser una trampa. Como en la placeta. Aquel gigante les había mostrado auténtico odio. Seguro que no era el único.

La góndola se detuvo. No dejaron que se quitara el pañuelo hasta que estuvo fuera de la embarcación y dentro de otra casa. No sabía dónde. Zorzi era astuto, pero ¿y si le habían engañado? ¿O sobornado? ¿Podría estar ante sus posibles verdugos? Estaba entre senadores, o eso esperaba. Decidió que no quedaría en inferioridad ante ellos. Se sacudió las manos de encima y se quitó el pañuelo. Oyó murmullos de miedo y sus temores se desvanecieron. Esos hombres estaban más asustados que él por las consecuencias de aquella reunión furtiva.

—¡No podéis hacerlo! ¡Acordamos el anonimato!

—Qué más da. Tenéis mi palabra. Y todos aquí, por lo que nos conviene, somos gente de palabra. No revelaré vuestros nombres a nadie. No perdamos el tiempo. Queríais verme. ¿Qué queréis de mí o de Francia?

Habló un patricio. Un anciano arrugado y encorvado, con mandíbula prominente y pelo ralo y largo.

—Dicen que estáis preparando listas. Listas, sí, con los nombres de quienes se oponen a los franceses, los nombres de quienes serán declarados enemigos de Francia. ¿Es eso cierto?

—Lo preguntáis como si tuvierais miedo.

—No, no... Sabemos que hacemos bien. Sabemos quiénes son nuestros amigos. —Se encogió de hombros. Se sacudió las manos—. Pero llegan noticias de altercados en Tierra Firme, se mencionan saqueos, violaciones, actos innobles...

—Sin duda se trata de rumores interesados de quienes quieren presentar nuestros ideales como detestables. Libertad de pensamiento, igualdad de oportunidades, fraternidad entre los semejantes. ¿Quién no desea una tierra mejor, un futuro mejor, lejos de los ojos y oídos de delatores y ejecutores

interesados? Francia se ha deshecho del viejo traje del Medievo y abraza con fuerza la Era Moderna, la Enciclopedia, la Ilustración. En Venecia todo está estancado, vivís de viejas glorias y nostalgias perdidas. Ah, pero vosotros... ¿acaso dudáis?

—¿Es cierto que existen esas listas, sí o no? —preguntó un hombre de mediana edad. Tragó saliva varias veces.

—Digamos que si algo me sucediera, hay gente avisada y muy amiga mía que sabría a qué atenerse, en quién confiar y qué hacer.

—Hasta ahora os hemos escuchado. No tenéis motivo para dudar de nosotros ni de nuestra buena voluntad.

—Y habéis hecho bien. Haréis mejor, incluso, si volvéis a contribuir a que nuestras relaciones sean más que mejores, excelentes. Sabed que en todo ejército siempre hay exaltados, gente que se desboca, que es difícil controlar. En Tierra Firme hay tanto tumulto y en Venecia hay tanto esclavo exaltado que es bueno recordar quiénes son honrados y perspicaces ciudadanos. Y también es bueno saber quiénes no lo son.

—Entonces...

—Volverán a aportar dinero. Se acercarán a Campo de San Polo, a Casa Fratini, y darán su parte. Están temblando como corderos. Todos los senadores, salvo veintiuno... Toma. Es la lista de esos renuentes. Vigiladles.

Se apresuraron a alejarse del palacio arruinado. Una góndola les esperaba frente a las prisiones.

—Han detenido a Spada.

—¡Cómo! ¿Cuándo?

—Lo atraparon en un casino ilegal ayer noche, me lo ha dicho uno de nuestros calafates. Gasta más en juego y en los casinos que en cualquier otra cosa.

—Son un engaño. ¡Son un espejismo de libertad! Están controlados por el tribunal. Todo se prohíbe pero todo se permite. Y todo se anota. Hay que cuidarse mucho de qué se dice, a quién se habla, a quién se sonríe. Nunca se sabe quién es quién. Intenta hacer saber a Spada que no le olvidamos. Tú conoces los *ridottos*. Tendrás que recomendarme uno fiable. Uno donde no corra peligro mi vida ni la de mis acompañantes.

Transitaron el Gran Canal. Descendieron de la góndola. Camino de la delegación francesa, Tomás Pedro Zorzi se preguntó si existía algún casino

inocuo. Bajo una fachada amable y alegre eran antros donde elegancia y refinamiento se confundían con perversiones y degradación. Incluso los más selectos ocultaban una profunda depravación tras las máscaras de fiesta. ¡La República moría! ¡Había que vivir! Lo había presenciado. Lo había disfrutado. En las salas reservadas las mujeres se mostraban con los pechos al aire y cabalgaban sobre los divanes como amazonas ansiosas, apagados sus gemidos por los lujosos tapices. Entre cartas, ducados y sequines, tanto las damas como los nobles patricios ocultaban qué eran tras sus antifaces. Todos eran ojos y sonrisas ambiguas. Venecia era eso, una ciudad de espías y miserias. Sabía de la existencia de mirillas secretas, sabía de la presencia de espejitos en casi todas las ventanas de la ciudad, de miradas ocultas tras puertas entreabiertas. Venecia, ciudad de pecado. Venecia, ciudad de la ocultación. Las máscaras ocultaban a todos de octubre a Pascua. Eran seis meses de fiestas y escándalos, donde los senadores atendían antes a sus fiestas que a sus obligaciones, acudían al Senado en góndola aún disfrazados, se ponían la toga negra a todo correr y les faltaba tiempo al salir para quitársela y volver a ponerse sus disfraces de arlequín. Había quien buscaba mujeres de placer cerca del Puente de los Pechos, o mancebías, si esa era su apetencia. Una apetencia a ocultar, no fuera a llegar a conocimiento del tribunal. ¡Había tanto que ocultar en Venecia! Villetard aún tardaría en comprender cómo el anhelo de los cuerpos, de la unión física y lúbrica, todo lo infectaba y podría. Las farmacias respetables vendían en la trastienda a precio oneroso afrodisíacos de mosca cantárida que provocaban monstruosos y voraces Príapos. Las matronas sobornadas arrojaban niños abortados a los canales, para no difamar los nombres de las buenas familias con escándalos en las noches de bacanales. Las familias entregaban a las niñas a los conventos, que no servían para proteger su virtud, sino que las obligaban a servir en reclusión sometidas a señores viejos, libidinosos y decadentes.

Oyeron un grito femenino de terror. Luego, risotadas, y pasos a la carrera, y voces de hombre, y de nuevo el grito de la mujer. También eso ocurría, pensó Zorzi, también se raptaba en la noche a jóvenes de ambos sexos y nunca más se volvía a saber de ellos. Sobre todo jóvenes actrices, jóvenes actores.

Edme Joseph Villetard tiró de su manga, incitándolo a correr.

—¡Vamos!

Zorzi miró a las casas. Se veían sombras tras las contraventanas

iluminadas. Los buenos y cristianos ciudadanos que el día antes habían acudido a la procesión de San Marco se santiguaban y rehuían de los peligros de la noche. De los gritos de auxilio.

El último grito fue espantoso. Era deber del pescador proteger al comisario, que se había lanzado dispuesto a luchar contra quien fuera. Los hallaron. En un callejón sin salida donde no llegaba la luz de los faroles, tres esclavos estaban forcejeando con una joven. Oyeron el desgarró de la blusa. Oyeron el golpe en el rostro. Vieron las sombras, cómo la doblegaban sobre el suelo frío de piedra. Intuyeron manos violando la carne trémula, preámbulos antes de forzar el sexo de la mujer.

El francés lanzó una feroz exclamación. No iba a consentirlo. Soltó el broche que aseguraba su capa y ya sin ella se arrojó con todo su empuje contra los tres hombres. Zorzi rio quedamente. Iba a verter sangre esa noche, después de todo. Sonó el disparo de un pistolete. Se oyeron los jadeos de furia, las cuchilladas, unas al aire; otras, hallando carne. Un corazón palpitante se destrozó con sus propios latidos contra la afilada hoja que lo atravesaba. El eslavo cayó de rodillas y vomitó sangre. Zorzi lo arrojó de una patada en el pecho y sin miramientos contra la calle. Los otros dos hombres huyeron.

Villetard tenía los nudillos doloridos. Había recibido y había dado con toda su furia.

—¡Malditos seáis! ¡Yo os maldigo! ¡Cobardes! —Después palmeó la espalda de Zorzi, que limpiaba la hoja de su cuchillo marinero en la ropa del muerto. Se volvió hacia la mujer y le ofreció una mano—. ¡No tengáis miedo! Somos gentes de paz. Estáis a salvo.

—David. ¡David! ¡Ayúdame!

¡Esa voz!

—¿Irene?

—Debemos irnos. Vendrán los guardias. Los buenos ciudadanos —el pescador escupió un gargajo sanguinolento al empedrado— ya habrán reclamado a la ley.

Era la joven que había conocido días atrás en el teatro. La joven hermosa a la que había seducido, o que se había dejado seducir. Cuando llegaron a una calle con luz la reconoció. Le movió con gentileza la barbilla. El golpe en su pómulo hizo que su sangre hirviera.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Villetard. Zorzi le miró de soslayo y con

lástima. Él intuía la respuesta.

—Me persiguen. Han intentado raptarme. ¡No sabía dónde encontrarte! ¡Huí y me tropecé con...! Intentaron... ¡Dios mío, querían...! —Dejó que llorara. Le acarició la cabellera pelirroja, refulgente y revuelta. Su piel pálida y su miedo resaltaban aún más sus cabellos de fuego. Lo miró, se aferró a él, le suplicó con su bello rostro golpeado—. ¡Ayúdame! ¡Llévame contigo!

Voces.

—¡Debemos irnos! —siseó Zorzi entre dientes, alzándose del suelo. Le tendió la capa caída.

El francés accedió. Abrió la capa y con ella la oscuridad se tragó a la joven. Echaron a correr. La delegación estaba próxima. Zorzi no dijo nada más. Solo negó con la cabeza, desaprobando aquel gesto. Nada estaba nunca claro en Venecia. Aquella joven podía ser una víctima. O todo lo sucedido podía ser un señuelo.

¿Cuándo lo aprendería el joven comisario? No podía confiar en nadie.

Podridos senadores. Le habían ofrecido una miseria. Valía más seguir apoyando al francés.

CAPÍTULO 20

HABÍA OTRO

Aquel día parecía interminable. Allí estaba, frente a la Puerta de la Carta. Los guardias y chambelanes lo escrutaron con desconfianza. Marco Lascaris apretó los puños. Acercaron el farol para verle bien el rostro en la noche.

—Repetid por qué motivo estáis aquí. No consta vuestro nombre en nuestra lista. No podéis asistir a la conferencia.

—Puedo y debo asistir. Sigo siendo miembro del Consejo de los Diez y a pesar de toda esta excepcionalidad estoy convocado ante el Dogo.

—¡Vuestro nombre no está en la lista, consejero! —El chambelán estaba sopesando seriamente ordenar a los guardias que lo arrestaran, sin importarle las consecuencias. ¿No estaban el Consejo y el Senado anulados? ¿Qué poder entonces le otorgaba la ley a ese hombre cabezota?—. Os lo repito: no podéis asistir. Si tenéis algo que decir, podéis hacerlo como cualquier otro ciudadano. Escribid una carta, depositadla en el buzón que corresponda. El tribunal examinará lo que queráis comunicar. Eso es todo cuanto os puedo decir o permitir. Escuchad: si insistís en querer entrar, tengo autorización del inquisidor Barbarigo para hacer todo lo posible —recalcó esas tres palabras — para que nadie perturbe estas reuniones extraordinarias. ¿No os movéis? ¿No me habéis escuchado? ¡Largaos antes de que deje de ser amable con vos!

El mercader controló su miedo. Alzó el tono de voz todo cuanto pudo.

—Puedo asistir y lo haré. Os repito que estoy convocado. Y aquí está mi convocatoria.

Abrió la pelliza poco a poco y sacó de uno de los bolsillos una carta cuadrada, lacrada con el sello ducal. Se la tendió al chambelán, quien la

recibió con incredulidad. Acercó el farol de uno de los guardias a la carta. Se alejó del consejero e hizo un gesto a uno de sus asistentes al otro lado de la puerta abierta. Hizo llamar a otro funcionario más, a uno de los secretarios de la cancillería. Los tres discutieron sobre la carta.

Marco Lascaris respiró hondo varias veces. Era consciente de la mentira y de sus riesgos. De los cañones en la plaza, de las miradas torvas de los mercenarios eslavos y de los guardias venecianos. Se llevó las manos a la espalda, cogiéndoselas para sosegar. Podría ser. O podría ser que no. ¿Qué opciones tendría? No se lo esperarían; podría correr hasta el muelle y saltar a la primera embarcación que encontrara. Y luego remar en la noche, desvanecerse. O quizás huir en las calles, de puente en puente. Sería fácil perderlos. O no. ¿Cómo lo haría para recorrer indemne la enorme plaza? Los soldados estaban armados, él no. Un disparo certero por la espalda y todo habría terminado. El Campanile, ¿tendrían tiradores en lo alto de la torre? ¿Y en los tejados del Palacio Ducal? No se le había ocurrido hasta ese momento. ¿Por qué era todo tan complicado? Se sintió alterado al pensar otra vez en la cárcel. En el tormento y en la tortura. Luchó por contenerse. El chambelán, acompañado del guardia del farol y de un asistente, había tomado una decisión. Sintió pánico; luchó por no huir a la carrera como un gamo asustado. Por no arrojarse de cabeza a los canales.

—Señor consejero. Ejem... Podéis pasar. El Serenísimo Príncipe así lo acredita. Os pido... disculpas.

Sin decir nada, el mercader asintió con un gesto de orgullo fingido y cruzó la puerta, que se cerró tras él. No había ninguna otra posibilidad, tendría que seguir hasta el final. Si descubrían el engaño, sería ejecutado.

* * *

Sube las Escaleras de los Gigantes. Cruza el umbral de la primera planta. Ve a los guardias por los patios a la luz de los faroles. Como temía, observa vigilantes por los tejados y en las galerías. Sube la Escalera de Oro, pero no se detiene en la segunda planta, desde cuyo rellano, más allá de la sala de los mapas, se escucha la conferencia en los apartamentos privados del Dogo. Sigue subiendo hasta la tercera planta de palacio. El final de la Escalera de Oro está cerrado por una puerta con cerradura y dos pasadores, inferior y

superior. Puede manipular los pasadores. La cerradura es su último obstáculo. Dentro del iluminado palacio, entre estucos dorados, cabezas pétreas y grandes pinturas de dogos importantes, de dogos muertos, Marco Lascaris vuelve la cabeza y mira atrás, a su espalda. Nadie le ha seguido. Saca del bolsillo la llave de hierro. Gime de alivio. La pequeña llave es capaz de abrir la cerradura de las dos enormes hojas de roble.

—Os asombraría lo que la presencia de un inquisidor puede conseguir, de un senador, de un dogo... o de un herrero de palacio —le había concretado Tiresias dentro de sus revelaciones. Ahora, el mercader ya está al otro lado de la ley. Sabe bien qué fin reserva la Serenísima contra los conspiradores.

La luz lunar entra por las ventanas. Abre una de las puertas, sigue adelante y después cierra la puerta tras él con llave. Para su sorpresa, se ve rodeado de un olor delator. Huele a aceite quemado. Alguien está o ha estado aquí. No se atreve a encender la vela ni las cerillas que oculta. Merodea con sigilo por la antecámara tanteando las paredes. Es la Sala de las Cuatro Puertas, pero no ve nada extraño. Está solo. Respira hondo. Piensa, se tranquiliza, se decide. Ya no puede retroceder, ya no puede huir. La primera puerta a la izquierda de las escaleras es la que busca. Empuja con la palma de la mano. Cerrada. Es la puerta que da acceso a las salas del Consejo de los Diez y de la Inquisición. Es la puerta que necesita abrir, pero la llave que Tiresias le ha entregado no sirve allí. Sirven las palabras.

Recuerda, mercader. Recuerda las palabras del bibliotecario.

—El palacio es un cofre cerrado de mármol y cristal. Pero todo cofre puede forzarse. Veis, aquí, y aquí, y aquí también...

—¿Me daréis este mapa?

—No. Memorizadlo.

La puerta está cerrada. O debería. Busca una muesca secreta en la puerta. Esa muesca abre el cerrojo interior. Enciende una cerilla. Busca con rapidez, oculta la llama con la otra mano para que no le deslumbre. Encuentra la muesca. Pero se da cuenta de que la muesca ya se ha movido. La puerta se ha abierto y no se ha cerrado. Entra. Escucha. No está solo. Nervios. Quien quiera que sea, está allí de forma tan furtiva como él. Accede. La puerta a la izquierda está cerrada. Es la que accede a la sala del Consejo. La de la derecha, la del despacho de los secretarios, también está cerrada. Pero los ruidos prosiguen en lo alto de la escalera superior. La puerta del descansillo

está abierta. Ruidos y luces. Un candil que oscila, provocando sombras. Sube con cuidado. Sabe qué estancia es esa. Es una de las estancias privadas de los inquisidores. Donde se recibe a delatores y se interroga a aterrorizados testigos. Donde el Estado se manifiesta en toda su opresión.

Se detiene. Piensa. Se quita con cuidado el cinturón para usarlo como arma.

Todo su cuerpo está tenso. El ruido continúa. ¿Qué es? Extrema su sigilo. Llega al último escalón. A la izquierda, sigue otro pasillo que conduce a más estancias siniestras. Y a la derecha está la estancia invadida.

Nunca ha sido hombre de violencia. Ni ha matado a nadie.

Y no sabe de qué será capaz.

Ese olor.

* * *

El mercader se sorprendió. Era un hombre al que ya conocía. Un hombre vetusto y desconfiado.

Era el nuevo secretario que nombraron en sustitución del que había desaparecido. Estaba revolviendo papeles.

¡No solo estaba revolviendo papeles, estaba quemando papeles y documentos! El olor acre de la pulpa de papel y de las tintas férricas hacía toser a aquel pirómano, que se tapaba la boca con un pañuelo para amortiguar sus estertores.

—¡Eh! —El mercader entró con energía y le cruzó la cara con el cinturón.

Se enzarzaron en un forcejeo. No hubo tiempo para más palabras. El mercader era fuerte. El secretario se resistía como un viejo reptil, como un culpable. Marco Lascaris se sorprendió por el vigor del otro, por sus feroces arañazos, por sus puños. Respondió como pudo. Un brasero de bronce esparcía cenizas y calor. Sus llamas devoraban con ansia documentos que allí deberían haber permanecidos inviolados.

Uno de los papeles a medio consumir había caído fuera del brasero. El forcejeo continuaba y entre sus pies se mezclaron los papeles derribados desde la mesa. El secretario tenía más fuerza de la que suponía. El mercader oyó ruidos y voces del piso inferior. Su adversario, con la boca goteando

sangre por un labio partido, sonrió. El mercader se desesperó. Le golpeó con la frente, le pateó bajo las rodillas y ambos cayeron al suelo junto al brasero. El secretario inició un grito de rabia que no terminó. Marco consiguió zafarse y ponerse sobre su espalda, tiró de los pelos de su oponente y ahogó el grito metiéndole el rostro en el brasero de carbones encendidos y cenizas consumidas.

El siseo de la carne quemada le repugnó. El rostro de aquel ardía y se achicharraba como si fuera corteza de piel de cerdo, y un vigor de supervivencia le hizo sacudirse, liberándose del mercader y soltando un grito aterrador de dolor.

Ya los oía. Subían por la Escalera de Oro. Llegarían a la puerta cerrada. La forzarían. Subirían por la escalera y alcanzarían la estancia. No quedaba tiempo. ¡No quedaba tiempo! Sacudió a aquel cuerpo moribundo de rostro desfigurado que aún tenía fuerza para quejarse.

—¿Quién te envía? ¡Habla! —Pero el secretario no podía responder.

Halló la respuesta por sí mismo. Un papel pisoteado y a medio quemar que ya había leído en otra parte. Unas monedas que habían rodado fuera de los bolsillos de aquel durante el forcejeo. No eran sequines. En su sorpresa, el secretario halló fuerza para medio alzarse y agarrarle. Los otros subían. Seis, doce, dieciocho, ¡los que fueran, serían demasiados! Sin pensar más que en ganar tiempo, en sobrevivir, el mercader, el buen padre de familia, el sacrificado senador, se desembarazó del herido y de su hedor a quemado y a muerte y lo arrojó escaleras abajo, contra las luces que ya se proyectaban desde la antecámara por los bajos de la puerta. Golpeaban la puerta.

Se desentendió de él. Dio un vistazo rápido a los papeles del suelo y a los de la mesa. Tomó lo que pudo. Solo tenía una oportunidad. En la estancia de los inquisidores, resollando por la tensión y el esfuerzo, contó desde las jambas las tablas del zócalo y tanteó desesperadamente los paneles de madera. Golpes. Oía los golpes en la puerta de la antecámara. Oyó el chirrido forzado de las bisagras.

Cuando los soldados subieron no encontraron a nadie más, salvo al desfigurado.

El mercader tenía buena memoria.

—El palacio es un cofre cerrado de mármol y cristal. Pero todo cofre puede forzarse. Para entrar o para salir. —Marco Lascaris recordó las

palabras de Tiresias lleno de terror mientras se arrastraba por aquel pasaje claustrofóbico tanteando en la oscuridad. Rezaba, sí, por no quedar para siempre encerrado entre aquellas paredes. Por no quedar emparedado vivo y yacer allí por los siglos venideros.

* * *

MIENTRAS, EN EL SEGUNDO PISO DEL PALACIO DUCAL. EN LA CONFERENCIA...

—«Decid esto al Senado. Doy cuatro días. Ni uno más. Exigiré una respuesta final a todas mis exigencias y con esa respuesta decidiré si avanzo contra Venecia para llevar guerra o paz, con todo lo que eso conlleva. Y recordadles a todos que la falta de respuesta será para mí también una respuesta. ¡Decídselo!» Y eso fue todo, Serenísimo Príncipe. —El caballero Giustiniani carraspeó con incomodidad—. Hemos preferido rendir cuentas de nuestro encuentro en persona, sin cartas, por prudencia. Es mejor que esto no sea de conocimiento público.

El relato del encuentro con el general francés dejó mudos a todos. Los tres emisarios esperaron.

—Habéis hecho bien. Pero redactaréis un informe, inmediatamente, los tres. Entregadlo a la cancillería para su sellado y firma cuanto antes.

Un gesto del Dogo les permitió salir del apartamento.

Después, el asistente cerró la puerta.

—Serenísimo Príncipe —se excusó uno de los veteranos sabios de Tierra Firme—, habría sido conveniente que el inquisidor Barbarigo hubiera estado presente y escuchado esta declaración.

El primer inquisidor no había acudido. El Dogo lo sabía. Sin duda, los inquisidores, reunidos aquella noche en casa de Augustin Barbarigo, estarían debatiendo qué sería de ellos si en la conferencia se aceptaban las condiciones de Bonaparte.

La puerta retumbó con golpes graves. Todos se sobresaltaron. Oyeron voces discrepantes. Oyeron el tintineo del manajo de llaves; oyeron el roce de la llave en el ojo de la cerradura. La puerta se abrió repentinamente. Los más

de cuarenta hombres de Estado se alejaron de la puerta. Los de las sillas próximas se levantaron asustados y se alejaron hacia las ventanas. El Dogo no se atrevió a moverse. No correspondía a su dignidad mostrar miedo. Entró el fiable Trevisan. Temblaba. Le seguían el chambelán de la puerta, su asistente, el capitán de guardia, cuatro soldados, y todos se oponían y discrepaban contra los dos intrusos que llegaron.

—Serenísimo Príncipe... —comenzó Trevisan—. El asistente del secretario de Francia... El señor Zorzi. No ha querido detenerse. Exigía veros, por la suma urgencia que afecta a toda Venecia.

Con toda su arrogancia y su desprecio furioso, Tomás Pedro Zorzi dio dos pasos hacia delante. Todos los sabios y senadores se apartaron de su camino. El Dogo siguió helado. Aceptó con disgusto el burlón gesto de cortesía. Todos miraban al segundo francés, un oficial uniformado con botas militares, casaca azul, botonería dorada y grandes y frondosos bigotes. Bajo el brazo izquierdo llevaba el sombrero negro bicornio con la escarapela de Francia. En la mano derecha portaba una carta.

Zorzi se había perfumado profusamente. Así se lo había exigido Villetard para su disgusto. Se había vestido con elegancia, con una chaqueta amplia, un sombrero de fiesta, un pañuelo de seda roja sobre la solapa. El aroma de las rosas de Versalles se esparcía en aquella sala cerrada llena de olores rancios, de hombres desconfiados, algunos ancianos, que les miraban con odio y con miedo.

—Príncipe Serenísimo, el general La Hotz ha enviado un comunicado a nuestra embajada. Creo obligación mía leerlos su contenido.

El Dogo asintió. Todos lo vieron. El lacre estaba ya roto. Ludovico Manin creyó ver en el feroz Zorzi una sutil y momentánea sonrisa al comenzar a leerla en voz alta.

Yo, general La Hotz,

En nombre del general en jefe del ejército francés en Italia demando el arresto para un castigo ejemplar de los tres inquisidores del Estado, a quienes se atribuyen la incitación a las matanzas de los franceses en Tierra Firme, y del gran almirante del puerto, responsable de la matanza en el Lido. Exijo además la liberación de los detenidos por razones políticas. En caso de negativa, estoy autorizado a iniciar la

guerra y provocar el mayor de los horrores.

—Barbarigo, los otros dos... Pesaro... —murmuró uno de los sabios.
Zorzi siguió leyendo.

Venecia sabrá de estas demandas y animará a los ciudadanos a que busquen a los culpables mencionados si no son entregados mansamente. Han sacrificado a inocentes en nombre del Estado. Venecia no ha protegido a sus súbditos en Tierra Firme contra los abusos de estos inquisidores y de los sabios que la gobiernan. Venecia sabrá que todo va a cambiar. Espero una respuesta antes de un día.

GENERAL LA HOTZ

—Tendréis la respuesta —graznó el Dogo escuetamente al recibir la carta leída.

Zorzi salió contento de allí. Miedo. Se oía el miedo en todos ellos.

En cuanto los dos franceses se marcharon surgió el debate.

—¡Es una trampa! —exclamó Giacomo Grimani, uno de los sabios—. ¿No ha declarado Giustiniani que nos daban cuatro días para decidir? Un día. Quieren que nos precipitemos. Hay que llamar a Pesaro como gran almirante de la Laguna.

—Morosini no lo ha encontrado. Él cree que ya no está en Venecia.

—¡Cobarde! ¡Traidor! —varias voces indignadas se alzaron a la vez. El Dogo pidió silencio.

—Excelencia, no hay que ceder a lo que piden. La Hotz, ¿ahora manda La Hotz sobre Bonaparte?

—Yo no estoy de acuerdo —interrumpió otro.

—Yo tampoco.

—¿Por qué?

—Señor Grimani, si nos oponemos a entregar a los inquisidores y a Pizzamano los franceses creerán que actuamos de mala fe, que toda nuestra relación con ellos en este último año ha sido una farsa y no tendremos ni un día más de paz. Creo que han pedido por el almirante del puerto, el caballero Pesaro, porque saben que no está en Venecia.

—¿Cómo lo van a saber? —preguntó el viejo Grimani, balbuceando.

—Espías. Me parece increíble que seáis tan inocente. Señor —siguió Francesco Battaglia—, puede que piensen que Pesaro no ha desaparecido sino que ha sido enviado fuera de Venecia. A Viena. A solicitar ayuda, a pactar, a conseguir un ejército, a promover desórdenes contra los franceses. Si nos negamos a lo que piden, por muy abominable que sea, mañana será el primer día de guerra declarada entre Francia y Venecia. Debemos ofrecer a los tres inquisidores, a Pizzamano, a Pesaro.

—Votaremos.

Algunos se excusaron de votar. Eran parientes de Pesaro. Una palidez mortal estaba en el rostro de todos y no ocultaban su miedo. Se decían para sí que era por patriotismo, pero era el miedo el que decidía su voto para entregar a esos cinco hombres a los franceses. Los fusilarían. Los decapitarían. Algunos votaron llorando.

Pero no habían terminado de votar cuando de nuevo Trevisan los interrumpió con otra carta, llegada a palacio a través del diligente comisario Morosini. Todos se fijaron en el Dogo, que maldecía aquella noche llena de malas noticias.

—Señores míos, los franceses no han esperado al alba. Se preparan para cruzar la laguna de forma inminente. Eso dice nuestro servicio de inteligencia.

Algunos de aquellos prohombres lloraron como niños sin madre, sintiendo que era el fin.

—¡Hay que rendir la ciudad cuanto antes! ¡Ahora!

—¡No! —exclamaron al unísono una docena de sabios—. ¡Hemos de resistir! Es nuestra responsabilidad defender la República. Si han roto su palabra, ¿podremos fiarnos de cuanto prometan? ¡Tenemos que luchar!

Incluso a lo largo de aquella defensa apasionada que animó los corazones de los más derrotados, el Dogo ladeó la cabeza y miró al techo. Se oyeron ruidos extraños en la tercera planta. Hizo un gesto. Trevisan asintió. Hizo que varios guardias subieran a investigar.

«¡Votación! ¡Votación!», exigieron los más alterados. El resultado fue claro. Bernardo Trevisan regresó con gesto preocupado. Se dirigió al Dogo. Le habló al oído. Este asintió lentamente. Después, terminado el conteo, se levantó y se aclaró la voz.

—Se ordenará a los comandantes marítimos responder con la fuerza

cualquier violación en las aguas de nuestra laguna. A su vez se convoca al Gran Consejo para el día 4. Entonces, y solo entonces, decidiremos si se aceptan las condiciones de Bonaparte. Ahora, dormid. Estamos cansados. Mañana podremos pensar con mayor claridad. Y daremos tiempo también a que Morosini y Zusto recaben nuevos informes. Con ellos podremos decidir mejor. Se levanta la sesión.

Un breve tumulto de sillas, pisadas y murmullos inundó la sala. A la salida de todos ellos el Dogo aceptó las reverencias, las buenas palabras de despedida de los consejeros, pero no soltó el codo de su asistente. Pensaba que sería más necesario que nunca escribir al embajador Querini para que planteara la cuestión suavemente. ¿Bastarían cinco millones? ¿Diez millones de francos para sobornar al Directorio de Francia? ¿Bastarían doce millones de francos en oro para sobornar al comandante en jefe, Napoleón Bonaparte? Dos días. Había mucho que negociar en dos días.

Por fin el Dogo y su asistente se quedaron solos.

—El que habéis encontrado. ¿Sobrevivirá?

—Haremos que sobreviva. Se le interrogará.

—Con todo el rigor que sea posible.

—Sí, Príncipe Serenísimo. Pero ha revelado que había otro en la estancia secreta.

—Que se le encuentre, Trevisan. ¡Haced que hable!

La sala de tortura, situada bajo los tejados, se llenó de luces visibles desde el patio del Palacio Ducal. El verdugo disfrutó de los gritos horribles, apagados fuera de los espesos muros del palacio, pero que hicieron temblar a los presos de los Plomos bajo los tejados del edificio.

CAPÍTULO 21

PERDICIÓN Y TRIUNFO

VENECIA, 3 DE MAYO. MIÉRCOLES

La luz acariciaba las cortinas y pasando entre ellas se posó sobre los ojos de la joven de la cama. En las calles, la noche había sido una pesadilla. Grupos de mercenarios eslavos se habían enseñoreado de la ciudad en la oscuridad. Aún podía oír las voces en su cabeza, a aquellos bárbaros y salvajes. Aún podía oírlas y sentir miedo.

Aún podía oírlas porque no eran una figuración suya. Estaban en la calle, bajo su ventana. Se dio la vuelta, arrojándose con las sábanas blancas para buscar una protección maternal e instintiva. Se los podía imaginar molestando a cualquiera que pasara cerca de ellos, amenazadores con sus ojos codiciosos, sus rostros morenos y rasposos y aquellos dientes blancos como de fieras. Oía las voces de una mujer, quizás una vecina de edad. Se burlaban de ella. Amenazaban a los hombres. Eran hombres sin temor de Dios, sin moral. Temibles. No quiso recordar ni imaginar qué habría sucedido si no la hubieran salvado. Pasó la mano por el lecho. Estaba sola. Pero podía oírle. Volvió a girarse, desperezándose y estirándose como una gata dormilona y satisfecha.

La vio. Ambos sonrieron.

A un lado, sobre un sillón parisino de antebrazos de terciopelo azul, estaba la peluca pelirroja con sus rizos desaliñados.

Al moverse, coqueta, desplegó con una de sus manos de princesa su espléndida melena rubia sobre las sábanas blancas sin dejar de sonreírle.

—¿No me dirás ahora tu nombre, David?

—¿Me dirás tú el tuyo, Irene? —replicó Edme Joseph Villetard. La joven siguió sonriendo. El francés llevaba ya una hora despierto. Había leído algunas notas pendientes y respondido una carta sentado frente a su escritorio. Villetard se puso en pie. Ella lo valoró. Era guapo, era hermoso. Fuerte. Joven. Tenía el torso desnudo. Apreció alguna cicatriz blanca en el costado y una señal redonda. Quizás un disparo. Era valiente. Beatriz se medio incorporó, tapándose todavía con la ropa de cama. Él comenzó a vestirse, abotonándose sobre los pantalones una blusa inmaculada y de amplios puños. La joven veneciana se preguntó qué estaría escribiendo. Pudo ver parte de su caligrafía fluida, sus letras, cabos y lazos elegantes.

—Ah, hermosa, qué bien que ya estés despierta. —Tocaron a la puerta tres veces, interrumpiéndolo. Tomás Pedro Zorzi entró en la alcoba. Beatriz se asustó y se sentó en el lecho para tapar su camisón con la sábana, pero no podía ocultar la belleza de su rostro, su piel joven, sus ojos azules, sus labios, las formas de sus pechos. El veneciano devoró a la joven con su mirada torva. No le quitaba los ojos de encima. Incómoda, Beatriz se acarició su melena. Vio a Villetard abrocharse el chaleco y atarse los zapatos de cuero negro y brillante. Se recogió el pelo suelto con una coleta, tomó uno de sus sombreros y se perfumó en las manos y en la ropa—. Aquí estarás a salvo. Esos esclavos no perdonan a nadie. Tendrás que quedarte aquí hasta que todo pase.

—¿Por cuánto tiempo?

No respondió. Cerró el escritorio y sin decir nada más se puso frente a ella. Tendió su mano hasta su barbilla para que levantara el rostro hacia él. Sonrió y la besó en los labios. Fue un beso largo y voluptuoso, y después salió de la gran alcoba decorada a lo francés. Zorzi, sin embargo, no se movió de la entrada. Seguía mirándola como un lobo hambriento. Era peligroso y era posible que estuviera armado. Beatriz se alejó de él y con la sábana a modo de toga se asomó por la ventana. Sintió que tenía hambre. Vio a Edme Joseph salir de la delegación francesa acompañado del viejo Lallemand. Oyó una llamada suave a la puerta. Eran dos sirvientas. Entraron pidiendo permiso en francés. Solo entonces Zorzi se marchó. Portaban un suculento desayuno con pan, mantequilla, queso, fruta fresca, dulces y repostería. Y también vestidos. Uno, dos, tres, cuatro vestidos de gala para ella. Beatriz sintió rugir a su estómago. Probó un *croissant*. Delicioso. Estaba recién horneado. Se deshacía en su boca. Con un gesto inquirió por los vestidos, mientras daba otro bocado

a su desayuno.

—Monsieur Villetard los pidió esta mañana a primera hora. Para vos. También tendréis que probaros estas joyas. ¿Para qué? Para el teatro, señora. Para hoy por la noche.

Beatriz deslizó las yemas de los dedos por la suave tela de gasas y pliegues. Estaba encantada. Sonrió, vengándose en el recuerdo de su madre, que debía de seguir temblando como un merengue de nata en el convento donde Antonio las había raptado, ocultado y encerrado con tanta repentina urgencia en medio de la noche. «Por vuestro bien», había dicho. Escaparse de aquella reclusión y del peligro mortal que estuvo a punto de devorarla por la noche bien valía ese premio. Se sintió bien, pecaminosamente bien, y con esos vestidos sintió unas ganas repentinas de bailar. Había hecho lo correcto al huir de aquel convento de pesadumbres y quejas. El palacio de la embajada era hermoso, el desayuno fabuloso. ¡Qué lámparas! Y qué colgantes. Se probó algunos. Esa era la vida que quería, y allí estaba. No quería oír más las quejas de su madre ni saber de los compromisos de su padre. No quería más preocupaciones ni más carestía ni más estupideces de un pasado añejo que ya desapareció. Quería aquello, todo aquello. Y pensaba lo bien que podría estar viviendo en París.

* * *

Lallemand y Villetard fueron recibidos en el Palacio Ducal. Se dieron cuenta de que era como había contado Zorzi por la noche. Estaba fuertemente custodiado, con guardias en los tejados y terrazas, y por todas partes recibieron miradas de desconfianza. Presentaron sus credenciales, que les otorgaban privilegios e inmunidad diplomática. El dogo Ludovico les recibió con una fría afabilidad y unas ojeras enormes. Estaba tan cansado como parecía. Tras los saludos ceremoniales de rigor expusieron la razón de ser de su presencia allí. Primero se quejaron de la desconfianza en la ciudad hacia todos los franceses, hasta el punto de que varios incendios en apariencia fortuitos se habían achacado a alborotadores promovidos por Francia, cuando en realidad, según su propia investigación, eran grupos peligrosos de mercenarios al servicio de la Dominante los que habían quemado y saqueado a su antojo a ciudadanos de la República. Como segundo punto del día,

Lallemand habló de su relevo oficial. Había recibido orden de Napoleón Bonaparte de retirarse de Venecia y encontrarse con él en Milán, con lo que el comisario Villetard quedaría como representante de Francia.

Villetard y el Dogo se miraron fijamente durante largos segundos.

—No somos enemigos de Francia, ¿por qué Francia nos trata como tales?

—Los hechos referidos en el manifiesto no han sido malentendidos, Serenísimo Príncipe.

—Los vuestros tampoco.

—Vamos, vamos...

—No. Estad tranquilos. No hay nada que reprochar, buen Lallemand. Que el buen Dios os guarde en el camino.

«Eso, fuera, largo ya de aquí, anciano, baboso, débil», pensó Villetard, viendo el afecto aparente que se mostraban ambos hombres de Estado entre sí. Como si fueran amigos. ¡Amigos! Eso explicaba mucho. «Sonríe. Sonríe otra vez. Palacios decadentes. Ancianos anclados a un poder que ya no es suyo. ¡Ese poder debe volver a manos del pueblo!»

Ludovico Manin despidió con alivio a los dos representantes franceses. Esperaba dormir. Ya no contaba las noches que llevaba desvelado. Dormir. Como un niño de ocho años, como cuando se bañaba en la laguna con sus amigos, robaba magdalenas de la cocina e irritaba al párroco de San Juan sellando con cera la cerradura de la sacristía. Y luego por la noche dormía de un tirón, agotadísimo. Suspiró por aquellos días del pasado, y por los días del presente, tan, tan, tan largos. El Dogo estaba exhausto. Bernardo Trevisan se adentró otra vez en sus aposentos. El Dogo le dirigió una mirada de reproche. No tenía ganas de más interrupciones, por un rato al menos. Sentía que llegaba el sueño y estaba irritable.

—Otra visita aguarda en la sala de espera. Ha llegado un momento después de los franceses. No he creído conveniente que se cruzara con ellos.

El Dogo gruñó sentado sobre su silla principesca de terciopelo.

—¿Quién es, Trevisan?

—El embajador inglés.

Sir Richard Worsley entró con grandes pasos. Sus hermosos zapatos resonaron sobre el terrazo veneciano del apartamento del Dogo. Como siempre, vestía muy elegante. Era su toque de distinción. Larga chaqueta de

tres cuartos, chaleco de seda, amplia corbata de nudo perfecto y sobresaliente, pañuelo en el bolsillo, reloj de cadena. Seguía teniendo un rostro, una energía y un porte juveniles, solo unas canas crecientes delataban sus cuarenta y seis años. Los informadores de los inquisidores hablaban de la belleza de su mujer y de las murmuraciones sobre su fidelidad. Pero aquello era Venecia. Esos deslices no importaban en absoluto si no se divulgaban; y los inquisidores hacían que no sucediera si así se ordenaba. Los deslices siempre proporcionaban información relevante que se atesoraba y acumulaba hasta que llegaba el momento de usarla.

Se forzó en recibirlo al menos con tanta afabilidad como a Lallemand, a pesar de que solo sentía hastío. El embajador inglés estaba preocupado. Más de lo habitual.

—Todos hemos oído los cañones esta noche. Hemos sabido que han sido barcos venecianos disparando contra las trincheras y las excavaciones de los franceses al borde de la laguna. Hemos sabido también que luego han recibido una contraorden: parar el cañoneo y regresar a posición de espera y patrulla. Serenísimo Príncipe, os ruego y os pregunto con franqueza, decidme, ¿es eso cierto?

—Sí, embajador Worsley. Se ha decidido que nuestra acción fuera solo defensiva. Y de advertencia, así se ha ordenado al caballero Zusto y al comisario Morosini.

—¿Dónde está el proveedor Pesaro? ¿No se encarga él de todo eso?

El Dogo le dirigió una mirada incómoda. Eso quería decir que sabían que Pesaro había huido. Un agente había confirmado que el cobarde caballero Pesaro había huido a Dalmacia. Tocaba mentir.

—Por supuesto. Es quien coordina que no haya excesos y que las órdenes se cumplan en su estricta observancia.

El inglés no se dejó engañar. Ya no se mostró afable, sino airado. Respiró muy hondo.

—Príncipe, ¿dejaréis que Francia llegue hasta aquí, hasta la mismísima plaza de San Marco? ¿No permitiréis que Inglaterra os ayude?

—Inglaterra está muy lejos de aquí, señor embajador. Los cañones de Napoleón Bonaparte se ven desde los campanarios de la ciudad. Se ven sus fogatas y se ven los incendios de las casas en Tierra Firme. ¿Qué tropas puede hacer llegar Inglaterra, qué barcos? Y claro, asumo que vuestra ayuda no será

a cambio de nada. Ya sé que estáis en guerra contra Francia. ¿En qué posición queda Venecia si se declara aliada de un enemigo de Francia, si Inglaterra es incapaz de ofrecer barcos de guerra, soldados, armas, aprovisionamientos para confirmar su alianza? ¿Y cuándo llegarían? ¿Podrían entrar en la laguna antes del 4 de mayo?

—Eso sería imposible, señor, y lo sabéis. ¡Pero aún podéis, Serenísimo Príncipe...!

—Sí. Aún me nombran como Serenísimo Príncipe. Aún soy Dogo. Y por eso he de pensar en la capital y en las vidas de tantos cientos de miles de venecianos. Ahora dejadme.

El embajador se marchó con mayor furia que con la que había llegado. Ludovico Manin se tumbó sobre el lecho tal cual estaba. Cerró los ojos y con cansancio infinito sopesó la visita de sir Richard con las palabras que los informantes le habían proporcionado. Todos los informes coincidían en remarcar el desprecio de los ingleses por Venecia y su intención política de usar a la Dominante como elemento de desgaste de Napoleón Bonaparte mientras en Europa las guerras lo desangraban en medios y hombres. También informaban de cómo el elegante lord inglés que se proclamaba en todas las recepciones amigo de Venecia se preocupaba de comprar a los franceses todas las obras de arte que estaban expoliando a precio irrisorio para enviarlas a sus colecciones personales en Inglaterra. ¡Esos eran los amigos de Venecia!

Con amigos así no se requerían más enemigos.

Claro que también podía suceder que los autores de esos informes no fueran fidedignos. Los acontecimientos recientes así lo demostraban. El propio Barbarigo se lo había comentado a él: los franceses habían infiltrado agentes suyos en las redes de informantes del tribunal. Era una revelación peligrosa que llegaba en el peor momento. Eso podía suponer que Francia estaba distorsionando la realidad de la presencia inglesa en la República para aislar aún más las posibilidades de alianzas y ayuda. Y, por tanto, que el ofrecimiento de Inglaterra de ayudarles podía ser sincero y que no era sensato descartar esa ayuda de forma tajante. Aun así, Venecia no podía esperar. Si aceptara, ¿los ingleses llegarían a tiempo de intervenir? Era una gran duda. Y un enorme dolor de cabeza. Rogó por tener siquiera una hora de paz.

Un enigma, todo era un enigma. Parecía que Giacomo Tortelli siguiera moviendo hilos desde su tumba.

* * *

La góndola negra se deslizaba por las aguas del Gran Canal evitando con gracia a los pescadores y a los comerciantes. Ocultos a la vista, bajo la cubierta, Lallemand se apoyaba en Villetard al volver a la delegación para hablarle en voz baja. No se fiaban ni del gondolero.

—Haz buen uso del capital que dejo a tu cargo. Son casi cien mil francos en oro. Digamos que son regalo, ejem..., de los prudentes venecianos de Tierra Firme. Ahora dime otra cosa. Esa veneciana que trajiste anoche, ¿no será... una espía?

—Quizá. Es una conquista.

—Casanova sigue en Francia y tú no lo eres. Ten cuidado. No podemos fiarnos de nadie. Estos próximos días serán cruciales.

—Todo va como lo previsto. —Casi todo, pensó para sí. Faltaba aún aclarar el asunto Tortelli. Era lo único que le inquietaba porque era lo único que escapaba a su control—. Se acerca el verano y la situación se está calentando en Venecia. He pensado en todo. El Dogo tendrá que arrodillarse. Llegará el momento en que tendrá que rogar que los franceses entren en Venecia.

A una distancia prudente, Tomás Pedro Zorzi seguía a la embarcación de la embajada, atento a las aceras, a los muelles, al cruce de barcas por el canal. Como buen veneciano, llevaba un pequeño espejo de mano. Volvió a colocarlo disimuladamente a su diestra. Él seguía a Villetard y otra góndola le seguía a él. La llevaba observando desde que salieron del embarcadero de palacio. ¡Claro! Reconoció al ocupante. Entonces, seguía trabajando para los inquisidores. Era una muestra más de lo mentiroso que era el Dogo y de lo nervioso que estaba. Villetard se alegraría de saberlo. El nombre. Ese nombre.

Mateo.

Isidoro.

Zósimo. No, ese tampoco.

Bruno.

¿Bruno? Sí. Ese era.

* * *

EN ESE MISMO MOMENTO, CERCA DEL ARSENAL

Antonio Lascaris sabía qué tenía que decir. Esperaba ser suficientemente convincente. Allí, en aquella taberna llena de marineros y artesanos al servicio de los arsenales de la Serenísima, le escucharían. Allí provocaría la chispa que se necesitaba. Sabía que se ponía en peligro. Pero ya había decidido. Por todo se pagaba un precio. Él estaba dispuesto a pagarlo.

Estaba dispuesto a todo para demostrar a su padre que estaba equivocado.

Se abrió paso, pidió un vino. Miró a ambos lados. Estibadores, cordeleros, calafates, herreros.

—Estoy harto, harto. No pagan, no pagan en palacio. ¡El demonio se los lleve!

Un estibador de brazos musculosos, con un gastado gorro frigio sobre su cabeza rapada y aliento a cebolla, se volvió hacia él. Alzó su vaso de vino.

—Aquí deben a todos. Malditos chambelanes.

—¿Sabéis? Se oyen cosas. Se oye que no hay dinero.

—Pagarán, por la cuenta que les trae —intervino un esclavo, un mercenario junto al estibador, con media oreja partida. Perfecto. Era lo que el hijo del mercader esperaba.

—No me escucháis. No pagarán. Ni a mí ni a nadie. El Dogo no os pagará. Ha recaudado, ha malvendido, ha requisado y no pagará. Pero sobre todo no os pagará. Porque está negociando con Francia. Os va a entregar a los sucios franceses. No podéis permitirlo.

—Pero el proveedor Pesaro dijo...

—El proveedor ha huido de Venecia. Si el Dogo os ha prometido algo a través de él, os ha mentado otra vez.

El estibador y el mercenario se miraron entre sí. El esclavo dio codazos a otros para que prestaran atención al recién llegado, que decía que era carpintero. Y que sabía demasiado para ser un artesano.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes tú todo eso? ¿Espías?

—He cargado mi barca con enseres de su casa. Como tantos otros caballeros y senadores, escapa... Se oyen cosas. Malos tiempos para

vosotros, esclavos. Os quedaréis atrapados en Venecia. Os sorprenderán de noche y os pondrán cadenas.

Poco a poco el círculo de interesados en lo que contaba se amplió. Otros pescadores se animaron a asentir, también ellos habían transportado a senadores que huían del miedo a la guerra. Los soldados se alarmaron. Empezaron las provocaciones, comenzaron los exabruptos. Poco a poco, Antonio Lascaris se atrevió a ponerse en pie. Siguió bebiendo vino, observando cómo todos empezaban a hacer conjeturas, a mostrar su indignación, a dar puñetazos sobre las mesas.

Prestó atención. Seguían bebiendo. Seguían envalentonándose. Seguían embruteciéndose. Eran parte de los miles de los hombres que defendían la capital, parte de todos aquellos que ya estaban en las calles, custodiando piezas de artillería y rondando por las noches las aceras y puentes de la ciudad en busca de traidores y criminales, por orden directa del comisario Morosini y del tribunal. Y a todos ellos se les debían dos meses de paga.

—Más le valdrá pagar, porque si no ya cobraremos de otro modo. A la fuerza.

—No os va a pagar.

El estibador resopló como un toro furioso. Le cogió de la camisa. Pero no pudo preguntar nada. Se oyeron voces y un taburete se estampó contra la puerta. Había agentes del comisario a la entrada del establecimiento. Eso airó a todos. Entonces era cierto. No podían fiarse de nadie. Antonio luchó por liberarse de las manazas del estibador. No pudo.

—¡Os está engañando! ¡Es un agente!

Alguien le señaló. Y otro alguien tiró de él. La camisa se desgarró y él se escabulló en el tumulto, solo para ser arrojado contra un capitán y otros soldados, quienes no tuvieron piedad. Llovieron puños, se mostraron cuchillos, la sangre salpicó el rostro de muchos. Aquel cuerpo acuchillado se derrumbó como una marioneta al que cortaran los hilos. Las patadas prosiguieron y no respetaron al muerto, reventándole el torso y haciendo que estallaran los intestinos.

El estibador escupió sobre su rostro y luego maldijo a todos aquellos estúpidos mercenarios.

—¡Este no es el carpintero!

Gimiendo y jadeando como una bestia atrapada, Antonio se abrió paso a

cuatro patas y luego de pie. Buscaba la puerta, inalcanzable entre tanta ira, entre tanto músculo furioso. La cabeza le ardía y le daba vueltas por los golpes recibidos, y no dejaba de devolver golpe por golpe aunque se desollara los nudillos... La puerta, la puerta, tenía que salir de allí, le habían descubierto y si quería sobrevivir tenía que salir de allí. En medio de aquel barullo se alzaron varias pistolas contra el techo. Los disparos provocaron una estampida y Antonio se arrojó al tropel, se sintió empujado, pisado, ahogado, aplastado por los cuerpos en huida, entre sudores rancios, voces incoherentes y miedo, mucho miedo. Los guardias se vieron superados en número. ¡Aire libre! Antonio boqueó y se esforzó por escapar de todos, dolorido, con sangre propia y ajena, entre marineros y pescadores. Vio volar a uno de los hombres de la ley al canal. El estibador furibundo le estaba buscando.

Lo había logrado. La chispa había prendido.

—¡Traidores, están dejando Venecia! ¡Viva san Marco!

—¡Es una vergüenza nacional! Nosotros, que les defendimos siempre... Los padres de nuestra patria, ¡traidores!

—¡Se han vendido a los franceses! ¡No, no dejéis que escapen!

—¡Desfondad sus barcos!

—¡El Dogo! ¡El Dogo sabrá qué decirnos! ¡El Dogo puede aclararlo!

Los agentes del comisario no tardaron en huir asustados. Algunos oficiales intentaron calmar a los mercenarios eslavos y dálmatas, pero una parte de ellos no obedecieron órdenes, agitaban los brazos musculosos y desnudos con sus cuchillos y sus espadas en la mano para avivar la ira e incitar al pillaje y al saqueo. Antonio no se entretuvo. Corrió por las aceras y se alejó del Arsenal y de los canales más bulliciosos, pero se detuvo y acortó entre puentes para alcanzar una bocacalle hacia San Marco. Se guio por las cúpulas de la basílica. Quería comprobar si la llama encendida había sido sofocada o si se extendía provocando un incendio devorador. Sería una confrontación. Los eslavos, enfurecidos por la negativa del tesorero a pagarles los sueldos atrasados, no dudarían en dedicarse al pillaje de la ciudad si se les empujaba a ello; y por otro lado, la población humilde y todos los trabajadores de los arsenales seguirían al Dogo con fanatismo, hasta la muerte si fuera necesario.

Antonio se asomó a la plaza. Desde el pasaje bajo el reloj astrológico no vio nada inusual. Controló su respiración. En la extensa Mercería, decenas de puestos vendían baratijas, pañuelos, cacerolas y espejos a las mujeres. En los

soportales los cafés se animaban con los asiduos, los niños corrían sobre las losas de la gran plaza. Alrededor de los tres postes conmemorativos frente a la basílica un joven vendedor voceaba la *Gazzetta*, exhibiendo el diario y atrayendo interesados. En la otra placeta, frente al Palacio Ducal, la compañía de soldados y de artillería proseguía con su vigilancia atenta y sus turnos. Algunos comerciantes y prestamistas hablaban a la sombra de las columnas del Broglio de palacio. Algunos embozados entraban y salían del patio ducal. Eran visitantes de las prisiones o delatores.

Nada. No veía nada anormal.

Antonio Lascaris se maldijo. Había fracasado. Quizás había subestimado a los oficiales, o a las fuerzas del comisario Morosini. Con el puño cerrado, golpeó con dureza una de las columnas que sostenían el arco del pasaje bajo el reloj público. Se dolió del golpe.

De repente llegó. Como una marea. A lo lejos en la placeta, frente a la laguna y por el embarcadero, aparecieron los primeros exaltados. Hasta él llegaron sus voces en sus lenguas maternas, ásperas y agresivas. Tras la esquina de palacio, muchos vecinos venecianos comenzaron a correr en busca de refugio. Vio cómo algunos detenían sus paseos y quehaceres, se erguían en busca de alguna explicación a aquel jaleo repentino y luego se apresuraban a salir de allí, de aquella plaza que poco a poco se veía invadida por gritos contra Venecia y contra los senadores.

El hijo del mercader de sal sonrió. Entonces, había triunfado. Algunos patricios no pudieron huir. Llegaron junto a él varios de los jacobinos que también se habían infiltrado en otras tabernas. Vieron exultantes cómo por primera vez la gente noble era zarandeada por una turba en la que se mezclaban gente del Arsenal y también pobres, gente de mal vivir y pequeños comerciantes.

—Los han reconocido, son del Gran Consejo.

Pero la compañía que custodiaba el palacio intervino al fin. No con excesiva prontitud. Al cabo, espoleados por capitanes indignados que hervían de rabia escupiendo babas y órdenes, de mala gana los esclavos pusieron orden, enfrentándose a los alborotadores rebeldes y provocando heridos y detenciones. Entre la gente sorprendida que arrastraba a sus mujeres y a sus hijos fuera del alcance de aquellos violentos armados, algunos compañeros tiraron de Antonio Lascaris. Tenían órdenes de volver a su barrio refugio, al

Campo de San Polo, y esperar nuevas instrucciones. Lo habían conseguido. Habían sembrado la violencia y el miedo en el corazón de la ciudad. Tomás Pedro Zorzi se lo había revelado con esa mirada penetrante y esa sonrisa lobuna mientras reventaba almendras con sus propias manos.

—Él sabe que así es como lo haremos. Instigaremos a esos salvajes, que ya están furiosos contra el Dogo, y el Dogo no tendrá más remedio que suplicar una intervención de Francia. Y entonces lo habremos logrado. Se instaurará una nueva república. Más justa. Mejor. Por decisión o por la fuerza.

—¡Vamos, Antonio! —le insistieron sus compañeros, tirando de él.

Se decidió cuando vio a su padre saliendo de la Biblioteca Marciana. Estaba acompañando a un anciano enérgico que se apoyaba en un bastón y se daban prisa en cruzar la placeta, ignorando las voces espantadas y a la multitud de soldados y rostros curiosos, en vez de buscar refugio.

Temió por la vida de su padre. Y él había provocado todo aquello.

Se desentendió de sus compañeros y desde el otro extremo de la plaza avanzó hacia el mercader con el corazón en un puño. Vio que un soldado les gritaba que se detuvieran, pero los dos hombres no le hicieron caso. Se percató de que el soldado sacaba del cinto una pistola y volvía a gritarles, aunque tampoco entonces se pararon.

Antonio echó a correr hacia ellos, horrorizado.

—Padre. ¡Padre!

Pero el mercader de sal no le oyó.

Antonio tampoco se dio cuenta de que alguien le señalaba y lo reconocía.

—¡Es él!

Lo siguiente que sintió fue un forcejeo a su espalda. Dos golpes. Oscuridad. Asfixia. Alguien le había puesto una capucha a la fuerza. Se esforzó en plantar cara. Luego la cabeza le estalló en un dolor global, universal, devastador, que no le dejó tiempo para gritar, y se hizo la nada para él, sumido en una dolorosa inconsciencia.

* * *

El mercader había sobrevivido. El pasaje oculto y olvidado le había llevado a las criptas de la basílica, entre telarañas y paredes húmedas que olían a

osario. Se sentó, temblando de frío y de miedo. Durante largas horas no se atrevió a moverse del escalón que daba acceso al pasaje. En algún momento alguien lo había clausurado, tabicándolo. Eso fue lo que había encontrado. Donde debía haber un hueco, sus dedos solo encontraron un contorno sellado con ladrillo y mortero. Se sintió morir. Tanteó una y otra vez y luego, cada vez más nervioso, se le ocurrió lanzarse contra el muro. Cedía. Al cabo de varios intentos lo consiguió derribar. Tuvo tiempo de pensar. Quizá san Marco, yaciente en algún lugar de aquel subterráneo, le ayudaría a elegir qué hacer. Lloró. Se sentía solo. Muy solo. Si lo conseguía, si lo conseguía... ¿Tenía algo que perder? ¿Tenía algo? Se restregó las lágrimas. El miedo pasó. Se dejó invadir por el silencio. La calma. Se llevó la mano al corazón, dos veces. Adriana. Adriana.

Con el alba vio algo más. Una claridad le indicó la salida hacia la sacristía. Tuvo que esperar hasta el primer rezo de la mañana antes de ascender hasta la sacristía y salir de la basílica. Un canónigo se sorprendió: entraba cuando Lascaris, azorado, salía, pero no le detuvo.

Sin embargo, antes, entre aquellos sepulcros de piedra, sacó el hueso recuperado de su casa y de su vida incendiada, y lo dejó sobre uno de los sarcófagos antes de ascender desde la oscuridad hacia la luz.

—Joven Marco: ese hueso no es humano —le había revelado Tiresias tras examinarlo. Había esperanza.

Devoró el frugal almuerzo que Tiresias le ofreció. Después se negó a dormir. Tomó café. El bibliotecario aceptó presentarle a amigos de la burguesía, amigos de Tortelli.

Un soldado les increpó el alto a la salida de la biblioteca. Pero no era a ellos. Y les salvó la vida. Un eslavo desquiciado corría por los soportales. Solo la amenaza de la pistola le detuvo. Se apresuraron a alejarse de allí. Tiresias le guió hasta la esquina más occidental de la Mercería.

—¿Esto? ¿Una sombrerería?

—No seas incrédulo, sino creyente.

Sonó una campanilla cuando cruzaron el umbral. Un anciano espigado y altísimo alzó su barbilla prominente y su rostro rasurado. Estaba calvo. Por detrás, una larga pelambrea entrecana le llegaba a los hombros. Dentro, todo eran sombreros y hormas. Grandes y pequeños, gorros frígios, tricornos de fieltro, con y sin galones dorados, emplumados y con enseñas. El vapor de la

caldera llegaba hasta la entrada. En la parte de atrás se cocían los moldes que ahormaban las láminas de fieltro para darles la forma rígida definitiva.

—¿Un sombrero? ¿Un pedido? ¿Qué quieren?

Tiresias tosió, mostrándose vulnerable. Le indicó que se agachara. Aquel sombrerero de ojos de águila dejó que le murmurara algo al oído. Asintió. Echó el pestillo a la puerta del establecimiento y les guio atrás. Les señaló una escalera y los dejó solos. Regresó al frente de la tienda.

—¿Qué le has dicho? ¿Dónde estamos?

—Una contraseña. A salvo, entre amigos.

El forjado del entresuelo había sido perforado. La angosta escalera subía al primer piso de un apartamento de techos altísimos y papel pintado en forma de damero de escaques dorados. Las lámparas torneadas de bronce y de cuatro brazos colgaban desde el techo y daban luz donde la claridad del día no era suficiente en aquel enorme salón diáfano. Parecía un salón de baile. En aquel *ridotto* oculto había tres mesas donde los naipes pasaban de mano en mano entre montones de francos, bolsas de pepitas de oro y puñados de sequines. Alguno apostaba diamantes; otro, bellos relojes enjorjados de bolsillo. Casi todos los presentes llevaban máscara, muy pocos antifaces únicamente. Las damas, con amplios vestidos de gasas de colores, bien maquilladas y con pelucas de recogidos blancos por el talco y afrancesados, como su piel, como sus manos, coqueteaban con quien se prestara, agitando sus abanicos de palillería y papel pintado de flores y ofreciéndose a una buena conversación y a cálida compañía en alguna de las habitaciones privadas. Dos guardianes altos y fornidos, también enmascarados, vigilaban el buen devenir de aquellos encuentros clandestinos. Había música. Dos violinistas virtuosos tocaban a dúo. Se olían los licores. Un sirviente, atento, ofrecía lo que se le requería desde un pequeño mostrador. Muchos fumaban. El olor áspero y acre hizo que Lascaris tosiera. Solo una de las cuatro ventanas estaba levemente abierta. Por ella el humo, las risas y la música escapaban a la Mercería. Otro sirviente los detuvo en lo alto de la escalera, antes de que se adentraran en el salón, y les ofreció máscara o antifaz.

—Por si deseáis el anonimato, amables señores.

Marco Lascaris aceptó una máscara con tricornio encima y velo por detrás. Tiresias le miró sorprendido; por no dejarlo en evidencia, tomó un simple antifaz.

—No sirve para nada. Me conocen. Y algunos, al verme, te conocerán a ti.

—Por si acaso.

Tiresias no dijo nada, simplemente lo guió con suavidad por la sala, invadiendo los coqueteos, recogiendo retazos de las conversaciones. Alguien le ofreció rapé; el mercader aceptó. Sintió una enorme quemazón y estornudó irritado. Algunos se volvieron hacia él un momento. Maldijo su ocurrencia. Los había sentados en cómodos bancos junto a las ventanas, o en silla en corro, tomando café, o fumando una larga pipa de tabaco americano. Marco Lascaris reconoció a bastantes. Había miembros del Consejo, abogados, juristas, médicos... Vio a su propio banquero. Reconoció a Eresto Loredan, y también, a pesar de la prohibición de relación entre extranjeros y patricios, al abate Tentori.

Era lo que parecía para quien supiera entenderlo. Era un salón de conspiradores.

El abate lo recibió con afabilidad. Al mercader le chocó que aquel hombre de Dios disfrutara de un buen coñac y de una buena pipa, y mirase con interés a cuanta joven se le acercara. Ocultaba parte de su cara con su antifaz.

—Aquí solo hay buenos venecianos —le dijo.

—Yo lo soy —respondió el mercader, y del bolsillo interior de la chaqueta le entregó un papel doblado por dos veces, con tres de sus lados chamuscados—. Es la lista que pedíais. Los agentes al servicio de Tortelli. Ahora espero que Inglaterra cumpla.

El abate asintió. Dejó la bebida en el borde de una de las mesas. Resistió la tentación de desdoblar el papel en ese momento, allí mismo. Se lo guardó con disimulo en el bolsillo de los pantalones

El mercader se sintió con palpitaciones. Sofocado.

—Habéis obrado muy bien. ¿Os pasa algo? ¿Un té, quizá? ¿Una limonada?

Aquel asintió. Eresto se sentía orgulloso. Marco Lascaris disimuló como pudo. Se dio unas suaves palmadas en el pecho. Su corazón estaba acelerado. No era solo la situación. Palpó para creérselo; había mentido a un hombre de Dios. Siguió notando, bajo la tela de su chaqueta oscura, el otro documento que también había robado y que guardaba para sí. Otra lista de agentes, sí; otra con personas conocidas. Otra en la que estaba escrito el nombre de su hijo.

Su hijo Antonio. Su hijo, un traidor. O a lo mejor no. Un traidor que no sabía aún que pronto tendría que afrontar la responsabilidad y la preocupación

de ser padre.

POR LA NOCHE

Tenía mucho que celebrar.

Uno, el viejo viperino Lallemand ya había abandonado la embajada junto a su familia. Ahora él controlaba todos los asuntos franceses allí.

Dos, su intuición había sido cierta. Los soldados de los venecianos eran incontrolables. Pura pólvora. Bastaba una chispa. Él se encargaría de que no faltara esa chispa.

Tres, Beatriz llegó a la escalera. Bajó a su encuentro como si fuera una emperatriz. Deslumbrante. El pomposo vestido azul casaba perfectamente con sus ojos de zafiro. Los bordados blancos. Los guantes blancos. El enrevesado collar de perlas. El tocado de rizos blancos, alto, enorme. El rostro empolvado. La peca a un lado. Sus labios rojos. Sus cejas perfiladas.

El anillo con un enorme diamante que lucía en uno de sus dedos. Su enorme sonrisa de satisfacción. El perfume ostentoso. La juventud radiante y arrebatadora.

Le tomó la mano al pie de las escaleras. Se la besó. Él también se había vestido elegantemente, se había perfumado, se había dispuesto a celebrar el anticipo de su victoria.

—Quiero ser el mejor de los anfitriones —le dijo con una amplia sonrisa, tendiéndole un antifaz de mano.

—Quizá, si eso fuera así, yo sería la mejor de las invitadas —le contestó desdeñosa y altiva, aunque contenta. Edme Joseph rio. Ella se sofocó. Era irresistible.

Por una vez, ese desagradable Zorzi no interrumpió aquel momento. Un joven bien vestido hizo una reverencia a la pareja.

—La góndola espera.

El Teatro San Luca era maravilloso. La entrada del edificio era austera, a espaldas del Gran Canal. Los palcos eran ostentosos, con sus balconadas adornadas con volutas doradas y acantos tallados. Una muchedumbre entraba ordenadamente. La enorme lámpara estaba encendida, con sus mil cristales de Murano esparciendo luz cálida por todo aquel espacio de cuatro niveles de

palcos. Amablemente, Villetard le ofreció asiento. Estaban en un lateral, a escorzo de la escena en el tercer nivel, a una distancia perfecta para observarlo todo. Los faroles entre cada palco punteaban todo de una luz disminuida y acogedora. Los músicos ya estaban en el foso. Las paredes del teatro eran claras. Los palcos las tenían ocultas por cortinajes de suave color rosa con bordaduras de oro. En el suyo habían dispuesto tres botellas de *champagne* adornadas con un lazo rojo. Un mostrador de varios niveles les ofrecía frutas escarchadas, fresas, bombones y castañas romanas glaseadas. Las cortinas frontales estaban atadas con cordones dorados. En un momento dado, podían dar intimidad a aquellos que así lo quisieran.

El francés descorchó una de las botellas de vidrio verde, con su etiqueta selecta y su cierre negro con lacre de cera roja. El corcho salió disparado. Beatriz rio.

—Una buena añada. Claude Moët.

Estaba fría. Escanció sobre dos copas alargadas y elegantes y le ofreció una de ellas. Fresca, burbujeante. En la escena, los músicos afinaban. Faltaba poco para el inicio. Beatriz cerró los ojos y dejó que las burbujas la inundaran, bebiéndose la copa entera. Pidió más. Se sintió deliciosamente mareada y sofocada. El francés sonrió. Tenían tres botellas para ellos solos.

Sonó una campanilla. Se apagaron algunas de las luces con ayuda de apagavelas alargados. Mayor intimidad. Beatriz no soltó ni la copa ni el brazo de su anfitrión. Lujo, aquello era un lujo que había que disfrutar. Le había gustado interpretar en alguno de los teatros menores, pero ahora la experiencia era otra. Se vio por encima de las otras mujeres en la sala, por encima de todas ellas, esposas de médicos, de senadores, de funcionarios.

—¿Qué veremos?

—*La familia del anticuario*, de Carlo Goldoni. Me han dicho que es una buena comedia.

Comenzó la música. Primero lenta, luego rápida. Se callaron las voces, los murmullos y las toses. Terminaba la música. Se alzó el telón.

Beatriz lo miró ilusionada. Estaba dispuesta a pasar la mejor noche de su vida.

EN ESE MISMO MOMENTO, EN EL PALACIO DUCAL

Sacaron a Lascaris hijo de la prisión. Se resistió cuanto pudo. Le dieron golpes hasta que se mostró dócil, por el dolor o por la sangre. Lo arrastraron sin atender a sus balbuceos. Oscuridad. Humedad. Muchas, muchas escaleras. Lo peor era la oscuridad. No veía nada. No le habían quitado la capucha desde que lo detuvieran muchas horas atrás. No le habían dado agua, ni comida, ni le habían desatado las manos. El olor a orina le avergonzaba. Se temía muchas cosas, ninguna buena.

A pesar de preguntar qué, quién, por qué, varias veces, no obtuvo ni una palabra como respuesta. Manos fuertes le forzaban a andar, lo zarandeaban, le hacían subir, le hacían agachar la cabeza. Era agobiante. Se sentía débil, sediento, mareado.

Sintió que lo arrojaban al vacío.

Su cuerpo encontró una silla. Se quedó sentado, farfullando y resoplando.

Silencio.

—¿Quién... quién está ahí? ¿Qué queréis de mí?

El puñetazo brutal llegó por la derecha. Duro. Muy duro.

Unos nudillos de acero le saltaron dos dientes. Pareció que caía, pero lo sostuvieron. Sentado. Querían que estuviera sentado.

Sus manos querían liberarse de sus ataduras, aunque no podía. No podía defenderse.

Llegó el segundo golpe, que le reventó el pómulo izquierdo.

Sintió que se inundaba de temor. Que volvía a orinarse.

EN EL TEATRO

Beatriz se reía a carcajadas. Ocultaba sus risas como podía detrás de sus manos pequeñas de fina manicura. Hasta ese detalle habían cuidado las sirvientas francesas. Al final se había quitado los guantes, para poder coger mejor los deliciosos bombones rellenos. Riquísimo el chocolate. Y las fresas.

Una fresa entre dos fresas, pensó Villetard, la respiración fuerte. Ella le apretó la mano. La comedia trataba de un conde arruinado que buscaba mejorar la situación financiera de su casa concertando el matrimonio de su hijo con la hija de un rico burgués, y entre medio los sirvientes se burlaban de ellos y de la afición del conde Anselmo por las antigüedades y por su pasado

rancio y perdido; esa afición era la causa de la ruina de su casa.

Su padre. Otro fracasado. No como ella. Ella no sería nunca como él, ni como su madre. Pobre Ana. Pero no podía hacer nada, sino vivir. No quería. No, no dejaría que la pena ni los remordimientos le estropearan la noche.

Golpes. No podía dejar de reírse y Beatriz daba golpes sobre el pasamanos del palco. Golpes. Villetard la devoraba con la mirada. El francés estaba luchando por contenerse y no tomarla allí mismo.

Y a ella no le hubiera importado. Otra copa de *champagne* y una oleada de lujuria la envolvió.

EN EL PALACIO DUCAL

Golpes. Ya no sabía cuántos había recibido sin que le dirigieran ni una sola pregunta, ni una sola palabra. Por fin pararon. Antonio gemía y lloraba. No era un tipo tan duro como esperaba. Era una noche larga, un infierno eterno. Y no sabía cuándo se acabaría, ni cómo se acabaría, pero quería que acabase.

Por favor. Quería que acabase, como fuera.

Pero no. Aún no habían terminado.

Por fin. Por fin una palabra.

—¡Alzadlo!

Lo sostuvieron de pie. Oyó como arrastraban la silla y le empujaban hacia delante, encorvado de dolor bajo la capucha sofocante llena de mocos y sangre. Tropezó. Un escalón.

—¡Sube!

Tres escalones. Lo dejaron allí de pie.

Después le soltaron las muñecas. La libertad duró un suspiro. Enseguida lo ataron con unas ligaduras aún más recias.

—Dejadme...

—¿Qué dices?

—Dejadme...

—No. No podemos dejarte porque tenemos que hablar. Quitadle la capucha.

Sintió que se la quitaban. No vio nada. Oscuridad. Los torturadores habían

hecho su trabajo. Tenía el rostro y los párpados tan hinchados que no pudo distinguir nada. Uno expresó su asco.

Era una voz dura. Exigente.

—Sabemos quién eres. Eres Antonio Lascaris, hijo de Marco, hijo de Adriana. Sabemos que tienes amistades equivocadas. Sabemos que hablas con quien no debes, y que provocas tumultos, alterando el orden público, la paz del Estado. Eres un traidor. Hoy lo has demostrado.

—Dejadme...

—Tu padre... Tu padre es también un traidor. Hasta ahora no lo sabíamos, ahora ya no hay duda. Padre e hijo, hijo y padre. Queremos saber. Y tú tienes respuestas. Queremos tus respuestas. Queremos saber dónde está tu padre.

—No lo sé.

Un gesto y Antonio Lascaris gritó de dolor con todo el aire que fue capaz de exhalar. Sintió que lo izaban desde atrás, desde las muñecas atadas a la espalda. Un fuerte tirón lo levantó de los escalones. Se dio cuenta de que tenía atadas las piernas entre sí. La postura le destrozaba los hombros, los codos, las muñecas, echado hacia delante, colgado en el aire. La garrucha, pensó, eso era, la garrucha, le estaban aplicando el castigo de los criminales, de los traidores, de los conspiradores, de los asesinos. Le descendieron de golpe. Volvió a tomar aire y volvió a gritar, y luego a llorar de dolor, un dolor que le cegaba, que apagaba sus sentidos, que le hacía desear morir.

—Dejadme... Os lo suplico... No sé... dónde...

—Sí lo sabes.

—¡Mi padre... no lo sé!

—Sí lo sabes.

Un gesto. Volvieron a izarle. Un nuevo grito entre convulsiones desesperadas. Era una tortura espantosa, era la reina de la tortura en Venecia. Le descendieron.

—Sabes dónde está tu padre. Tu padre. ¿Dónde está? ¿Qué busca tu padre?

—Él... No sé... No lo sé...

Lo izaron, lo descendieron.

—¡No lo sé, por Dios! ¡Lo juro...!

—Tu padre. ¿Qué busca? Dinos por qué. ¿Por qué entró en palacio con una autorización falsa? ¿Por qué entró en la sala de los inquisidores?

Respóndenlos, y esto acabará.

Lo izaron. Se le desencajaron los hombros. El grito le siguió. Las voces retumbaron en la cámara de la garrucha.

EN EL TEATRO

Con sofoco, el francés recompuso sus ropas y describió los cortinajes con disimulo. Su palco volvió a estar abierto hacia la sala. En la oscuridad, entre las risas y los aplausos, habían consumado el hechizo de las fresas, del chocolate y del *champagne*. Beatriz, satisfecha y extasiada, se recolocó la peluca rizada y se ahuecó la larga falda a la par que se abanicaba. Tenía las mejillas ardiendo y sentía que se iba a desmayar de puro placer. Se sentó. Se tomó otro bombón y volvió a reírse con la última copa de *champagne*. También Edme Joseph sonreía, bebido como ella. Se habían perdido un acto completo de la comedia, pero no importaba.

El *champagne*, la juventud. Reían a todo, se reían de todo, de todos.

Era la celebración del triunfo. ¿Por qué no reírse del mundo, antes de que todo aquel mundo ardiera en llamas?

EN EL PALACIO

Uno de los torturadores opinó que aquel juguete estaba ya más muerto que vivo, y que el dolor ya no le hacía mella, pero el que ordenaba negó con la cabeza. Conocía casos en los que el reo era capaz de disimular para que todo terminara. Él no se dejó influir por caridades ni por sentimentalismos.

—Habla. ¿Dónde está tu padre? ¿Por qué entró en ese despacho si no era para robar secretos de Estado? ¿Dónde está, cómo escapó de palacio? Su otro amigo francés murió, ahí donde estás tú, incapaz de aguantar nada. ¿Es que quieres morir indignamente? Habla. ¡Habla! ¿Quién le ordenó hacerlo? ¿Quién te ordenó a ti encubrirle?

Antonio no aguantó más. Todo era preferible a aquellos izados inhumanos. Todo. Lloraba, gemía y maldecía. Se moría de dolor. Se desangraba. Se moría de sed. El dolor era un universo que lo devoraba. Nada, nada, nada podía resistir ya la exigencia de aquella voz dura, insidiosa, repetitiva, inclemente.

—¿Quién te lo ordenó?

—¡El... francés!

—¡¡Quién!!

—¡El francés...!

—¿Villetard? ¿Villetard? —Lo zarandearon. Pero ya no lo pudieron recuperar de la inconsciencia. Dos veces lo habían revivido. La tercera no pudieron.

Ordenaron descolgarlo. Un médico se apresuró hacia él.

—Harás que viva. O tú ocuparás su puesto. Y disfrutarás tanto como él.

EN EL TEATRO

—¿Has disfrutado, querida?

—¡Muchísimo! —exclamó Beatriz con gozo, aplaudiendo a rabiar junto con el resto del público a todos los actores que salían en ese momento a escena para dar gracias a todos los espectadores por su asistencia.

Edme Joseph Villetard también aplaudió. La velada había sido magnífica. Estaba contento. Y aún más cuando le daba por imaginar el gesto, el rostro descompuesto del Dogo ante la carta leída por Zorzi en la conferencia.

Beatriz se abalanzó sobre el francés. Lo abrazó. Lo besó con insistencia y vehemencia. Bendito *champagne*. La velada, intuyó el ministro, aún no había acabado.

EN EL PALACIO

Todo había terminado. Al menos le habían dejado agua. Al menos le habían dejado pan. Antonio Lascaris se quejó al recuperar parte de su conciencia. Cada movimiento era un latigazo de dolor en todo el cuerpo. Humedad. Oscuridad. No se atrevió a tocarse el rostro. Bebió un sorbo. No lo escupió a pesar de que sabía a hierro, a sangre. Tenía tanta sed. Pared de piedra. Volvía a estar en las celdas del sótano, en uno de los pozos. No habían roto sus creencias, las habían reafirmado. Deseaba más que nunca que la oligarquía de Venecia pereciera. Aunque él no lo viese. Aunque él no lo viviera.

CAPÍTULO 22

LA ISLA DE LOS MUERTOS QUE VIVEN

VENECIA, 4 DE MAYO. JUEVES

Por la mañana

Los senadores que se habían negado a secundar los dictados del comisario francés acudieron en grupo a la convocatoria del Gran Consejo. La cancillería había tenido problemas serios para la notificación. En muchas casas las puertas no se abrieron a los mensajeros. O los senadores no estaban, o se ocultaban. Todo eso lo sabía el comisario Morosini, que seguía órdenes directas del Dogo.

—Apuntadlo. ¡Todo! —exclamó irritado a sus subordinados—. Quién recoge la notificación. Quién no la recoge. ¡Quién no abre la puerta!

Ya el sol se alzaba sobre la laguna. Otra vez el calor sofocante. En la placeta frente a la entrada al patio ducal se congregaban numerosos patricios, todos con su túnica negra. Allí estaba Eresto Loredan. Y Marco Lascaris. El mercader desconfiaba de las sombras de las columnas, se sentía observado, vigilado. Desconfiaba de los chambelanes. De cualquier siervo de palacio. Junto a Eresto y otros veinte senadores más, Lascaris buscaba cierta protección. Aquello era un acto público de gobierno. No se atreverían a detenerle a la luz del día, ¿o sí? ¿Corría su vida peligro allí, ante tantos testigos? ¿Qué sabrían de él y de todas las leyes que había trasgredido el día anterior? Él, tan buen ciudadano, tantos años esforzándose por ser honrado, por ser ejemplo para sus hijos. Se preguntó en qué le convertía todo aquello.

¿Era un delincuente? ¿Un traidor? No. No se sentía así. Pero sí sabía que sería detenido. Sabía que su vida se había acortado dramáticamente. No sabía cuándo. Ni sabía cómo. Los murmullos se propagaban entre los corrillos. La noche anterior había sido pródiga en detenciones, en interrogatorios, y también, se decía, los agentes de Morosini habían pescado varios cuerpos en los canales.

—Venecianos contra jacobinos. En el casino de...

—¡En el puente de Barnabás también se pegaron, como animales!

—Una vecina me lo dijo, qué voces. Cayeron al canal y...

—Está empezando, Marco —le susurró Eresto—. No es casualidad. Alejémonos de la placeta y entremos al Consejo.

Faltaban casi la mitad de los convocados. Era desalentador. Setecientos treinta y un asistentes, casi quinientos asientos vacíos. El gran salón, inmenso y ostentoso, lo parecía aún más con tanta ausencia. Se acallaron muchos rumores. Se leyeron los informes de los diputados y del caballero Giustiniani, y también el comunicado que por la noche había llegado a la Conferencia Negra desde la embajada francesa.

Nadie opinó. Silencio. En muchos rostros aparecieron lágrimas. Fue el Dogo quien rompió aquel muro de mutismo. Había asientos vacíos en el estrado junto al asiento del Príncipe. Uno de ellos era el de Marco Lascaris, que se ocultaba del Dogo entre la multitud de la sala. Pero estaba atento a todo.

—Oprimir al inocente es duro, aunque no se hacen sacrificios ante una fuerza mayor si no hay un ejemplo a seguir —dijo el Dogo con voz quebrada. Todos lo miraban, estupefactos y casi incapaces de respirar—. No debemos dudar ahora entre arrestar a esos hombres desafortunados y la total ruina de nuestra nación. Os pido vuestra votación. Es nuestra responsabilidad. Doná, Giustiniani y Mocenigo deberán alcanzar un acuerdo con el comandante en jefe francés, acuerdo que este Consejo recibirá y votará. Anoche... anoche fue una larga noche para todos. Pero hay venecianos entre nosotros, venecianos auténticos, amigos míos. Los inquisidores ya han sido informados. Ved, ved todos. No han escapado. ¿Escapa de la prisión un hombre inocente? Es lo que piden los franceses, arrollar nuestra constitución y la detención de hombres inocentes. Votad.

Gran Consejo, 4 de mayo de 1797

A partir de los despachos y cartas de los encuentros de los tres diputados enviados ante el comandante en jefe del ejército de Francia en Italia, Napoleón Bonaparte; a partir de la carta y del memorial remitido por el ministro francés en la Laguna, este Gran Consejo acepta con esperanza, en medio de esta prórroga, una posibilidad de entendimiento entre Francia y Venecia.

Uno a uno, formando una larga línea ante la urna, todos depositaron la papeleta de su voto, reverenciando al Dogo y a la Señoría. Después, en la sala del escrutinio, un secretario fue contando en voz alta, alzando cada papeleta al chambelán mayor, quien corroboraba cada voto. Los síes abrumaban. Marco miró a Eresto con alarma. Aquel le hizo un gesto de calma. Quedaban aún muchos votos por contar. Quizás aún esperaba un vuelco en la votación.

Con respecto a la primera demanda, este Consejo, queriendo en todo momento demostrar su buena voluntad, determina que los tres inquisidores del Estado sean detenidos inmediatamente por orden de los abogados y puestos bajo arresto militar en una de las islas de la Laguna, donde permanecerán detenidos hasta la celebración del juicio. Los abogados procederán asimismo a las pesquisas necesarias para la detención de todos los instigadores de cualquier acción contra intereses y personas de Francia en la Laguna.

Y una copia de esta votación se entregará a los tres diputados para que se entregue en mano al comandante francés junto con los documentos probatorios de la liberación de los prisioneros, según se votó el día 1 de mayo, junto a la aceptación del memorial entregado por el ministro francés presentado a los abogados y a los sabios colegiados de la conferencia privada del Dogo.

Sí: 704. En blanco: 12. No: 15.

(Se firma por el secretario, se lacra por la cancellería del Dogo).

El resultado de la votación desplomó los ánimos de muchos. Marco Lascaris miró a Eresto Loredan. Su rostro estaba serio y mostraba una profunda decepción. Había mantenido una esperanza. Ya no la tenía.

Un aplauso repentino y creciente resonó en la sala. Todos aplaudían a la par que se levantaban de sus asientos. Lascaris y Loredan se giraron. Los

inquisidores, muy dignos, se dirigieron al estrado. Al pie de los escalones se detuvieron e hicieron una profunda reverencia ante el Dogo, quien con un gesto de la mano autorizó al chambelán a que abriera una de las puertas laterales. No era casualidad que allí detrás hubiera una compañía de piqueros al mando del comisario Morosini. Rodearon a los tres inquisidores y pidieron permiso al Dogo para apresarlos. El Serenísimo Príncipe asintió. Los aplausos a su partida dejaron atónitos a Lascaris y a Loredan. Aquella panda de tontos e insensatos aplaudían con todas sus fuerzas como si Venecia estuviera celebrando una gran victoria. El mercader sintió que un sofoco le subía desde el estómago a la garganta. El odio lo ahogaba, le aturdió. Miraba al dogo Manin. Él le dirigió una mirada fugaz. El mercader quiso correr a gritarle, pero Eresto le agarró del brazo y no le dejó que hiciera una locura, con tanto soldado y el comisario tan cerca del Dogo. No podría ni arrancarle un pelo sin que lo mataran a sus pies.

—No veré cómo Venecia se humilla hasta las heces. Es el momento de partir. ¡Huye tú también, conmigo, a Dalmacia! —murmuró Eresto.

—No. No puedo.

En el Palacio Ducal

Poco a poco, se filtró la noticia por toda la ciudad. Domenico Pizzamano había intentado huir y ya había sido detenido. Augustin Barbarigo, Angelo María Gabrieli y Catterin Corner, los tres togados escarlata, salieron presos del Palacio Ducal por la Puerta de la Carta. El palacio tenía otros accesos más discretos, como la puerta frente al embarcadero o la trasera hacia al canal que lo separaba de las prisiones; incluso se comunicaba con el patriarcado. La publicidad, pensó Lascaris, era necesaria. Así los afrancesados verificarían con sus informes que sí, que el Gran Consejo había cedido, y los agentes del comisario Morosini tantearían los ánimos del pueblo. El pueblo era la fuerza del Dogo. El pueblo y los hombres del Arsenal.

Pero los abusos, las extorsiones, las amenazas sufridas eran muchas. La mayoría de la población, cuando sufría las visitas de los temidos agentes del tribunal o de la policía, no ponía rostro al poder que los vigilaba estrechamente. Ahora, ese poder tenía rostro, nombre, forma física. Instigadas por infiltrados, se escucharon voces contra los detenidos.

- ¡Cobardes! ¡Asesinos!
- ¡Merecéis la horca!
- ¡Mi hijo! ¡Vosotros lo matasteis!
- ¡Venganza! ¡Culpables, culpables!
- ¡A prisión con ellos! ¡Que se los coman las ratas!

Era estremecedor e inquietante asistir a aquella muestra de ira. Los inquisidores, erguidos, tiesos, no miraban a nadie, no cambiaban el gesto de su rostro. Soportaron salivazos. Se sentían turbados. Dentro del Gran Consejo los habían aclamado como héroes por estar dispuestos al sacrificio en pro de la supervivencia de Venecia. La realidad les abofeteaba. Perdido el poder, nada podría protegerlos de sus actos de altanería, ambición e impunidad. Mantuvieron la serenidad hasta la barca armada que les llevaría a su isla y a prisión. Se había decidido encerrarlos en la isla de San Giorggio, junto al comandante del Lido, ya preso.

Más les turbó cuando el pueblo gritó aún más fuerte, ya no de ira, sino de alegría. Desde la piedra de proclamaciones, un chambelán leyó la decisión del Gran Consejo de abrir las prisiones y los Plomos y liberar a todos los presos allí retenidos. Todos serían liberados. Los que habían sido detenidos en las últimas noches; los que llevaban meses, años, esperando la decisión del tribunal a sus casos y apelaciones. Los torturados. Los inocentes. Y también los culpables. Pirómanos, asesinos, pederastas, ladrones, violadores, falsificadores, parricidas. Todos ellos alabaron a Dios por su piedad, y luego se burlaron de la justicia y de sus víctimas, víctimas suyas y víctimas a su vez de las decisiones de quienes debían protegerlas.

Los presos salieron de sus cubículos oscuros. En la plaza, las madres corrieron a abrazar a sus hijos, siempre sus hijos, hicieran lo que hiciesen. «Eso es ser padre y madre», pensó con pena Lascaris. Las mujeres se fundieron en abrazos y besos obscenos con sus maridos retenidos. Desde uno de los soportales, Eresto y Lascaris lo observaban todo con preocupación. Era sin duda otra victoria de los franceses.

—Allí.

Tenía razón Loredan. Entre el tumulto, el mercader de sal vio a Zorzi abrazar y besar a otros de sus seguidores. Allí estaba Andrea Spada, liberado, y ambos, apenas se encontraron, ya estaban aplaudiendo y rugiendo en contra del poder del Senado y a favor de la libertad y de la igualdad.

—¡Viva la revolución!

Y la compañía de esclavos y dálmatas y sus cañones no hicieron nada para impedirlo. Miraron al pueblo que empezaba a sublevarse. Miraron a las ventanas de palacio, en busca de alguna orden. Nada. Ellos mismos se sintieron tentados de comenzar a seguir sus propias ideas peligrosas.

El resto de senadores que no se habían marchado se deshizo como pudo de sus togas negras y los senadores emergieron como crisálidas, levantando los puños como los estibadores, dando voces contra el gobierno, espantando la sospecha de su simpatía hacia los odiados inquisidores para, a la primera oportunidad, callar y desaparecer como civiles hacia sus casas y disponerse a recoger sus cofres, sus enseres más preciados, sus monedas de oro y huir en la noche, con ayuda de barqueros sobornados, a otro lugar lejos de los franceses.

Era absurdo permanecer allí. Los aún senadores recibieron miradas de desprecio y advertencias veladas de violencia. El abate Tentori, resoplando, los encontró con la mirada, los alcanzó y tiró de ellos fuera de la placeta y de la Mercería. Eresto Loredan negó con la cabeza. Entregó una llave hermosa y torneada.

—Yo no, abate. Ten, Marco. Mi casa será tu casa. Cuídala en tanto regreso. O no.

—¡Eresto! ¡Eresto! —El abate, sorprendido, comprendió que todo había sido peor de lo que creía. El otro senador ni se volvió mientras arrojaba su toga al canal más próximo. Pero aún tenía a Lascaris. Aún había una posibilidad—. Marco, te dije que cumpliría. He encontrado a Casandra y a su madre. —El mercader estaba hastiado de todo. Qué le importaba a él nadie ni nada. No se movió. El abate insistió con más energía—. ¡Vamos! ¡Sígueme! ¡Porque también he encontrado a tu familia!

Cruzaron el Gran Canal en una barca. El propio abate ayudó al pescador. Recorrieron las calles evitando derivaciones y gente como soldados en tierra hostil. La turba estaba exaltada, borracha de promesas, borracha de cuentas a ajustar. Un puente, otro puente, un tercer puente cruzado a la carrera. Un muro de piedra colindante. Un monasterio. Un portillo bien cerrado.

El abate golpeó con los dos puños, hablando en inglés.

El portillo se abrió y se los tragó. Volvió a cerrarse. Al poco oyeron pasos a la carrera y voces. Eran los primeros tumultos. Pasaron de largo. Respiraron aliviados.

—Aquí no se atreverán a entrar todavía.

—¿Dónde?

El abate le indicó el pequeño patio.

Quien primero lo vio fue la niña. Dio un chillido de alegría y luchó por librarse de las manos de su madre adoptiva. Corrió sobre el empedrado y se lanzó con los brazos abiertos sobre su padre. El mercader la abrazó y la izó como un oso a su presa.

—¡Ana! ¡Mi pequeña Ana!

Luego vio a Adriana. No se dijeron nada hasta que se abrazaron, todavía sosteniendo a la niña.

—¡Estás viva!

—Dios mío, ¡gracias! ¡Gracias, gracias, gracias...! —Adriana miraba al abate por encima del hombro de su marido—. ¿Pero estás bien? Marco, ¡estás aquí! Pensé... lo peor. ¡Dios mío, Marco, pensé que querían matarnos! ¿Por qué?

—¿Y Beatriz? ¿Y Antonio?

—No lo sé, Marco. ¡No sé dónde están mis hijos! —Por primera vez en mucho tiempo había caído su máscara de matrona ofendida. Volvía a ser Adriana, la joven hermosa y sincera que le había arrebatado la razón. La novia con la que se prometió amor eterno. Sus lágrimas eran sinceras. Su amor era sincero. En ese momento cayeron muchos muros de incomprensión, de desdicha, de palabras despiadadas llenas luego de arrepentimiento—. No he podido cuidar de mis hijos.

—¿Entonces están vivos? Los encontraré. Confía.

La noche maldita. El secuestro en mitad de la noche. La huida de Beatriz. La desaparición de Antonio. Adriana le cogió de ambas manos y le contó todo lo que sabía, hasta la llegada del abate, que les había encontrado en otro convento y ocultado allí.

—Debemos irnos, mercader.

—¿Adónde, abate?

—A la isla de los muertos que viven.

Por la tarde

Lascaris se alegró de estar sobre el agua y no sobre tierra. Su familia estaba viva. ¿Quién había maniobrado para hacerle creer lo contrario? ¿Para incendiar su casa, su pasado, su presente y su futuro? Todo era por Tortelli. Cualquier enemigo de Tortelli, un enemigo poderoso, además. ¿Barbarigo? ¿El comisario Villetard? ¿Podría ser Manin? ¿Los hombres del Arsenal? Junot odiaba a Tortelli. Quizá Napoleón... Los ingleses. Los propios ingleses desconfiaron de él. Casandra sabía. Sí, se alegró de estar otra vez en el agua. Habían tomado un bocado breve antes de salir de aquel monasterio. Ya no sabía en quién confiar, si Tentori le había llevado allí para congraciarse con él y ganarse de forma definitiva su confianza, o para mostrarle que tenía una baza sobre él, que tenía controlado el destino de su mujer y de sus hijos si no hacía lo que se le pedía.

Alcanzaron San Michele in Isola, la isla cementerio de la ciudad veneciana. Unos monjes vivían allí, aislados del mundo y de los vivos. En un extremo estaban la iglesia y el edificio conventual, con su pequeño claustro. La isla estaba amurallada y fuera del solar conventual todo eran tumbas. Qué silencio. En medio de aquel mar de quietud se encontraron con Casandra, su madre y una criada. Los monjes, silenciosos, proseguían con la limpieza de las lápidas, con la retirada de las malas hierbas, con el baldeo de los panteones, sin quitar los ojos de encima de aquellos que invadían su espacio.

Ellas se sentaron en uno de los bancos del claustro. Ambos hombres se sentaron frente a ellas en otro banco, bajo la galería.

—Señoras, sabemos ya con certeza que a Giacomo Tortelli lo mataron. Os creemos y queremos honrarle con justicia. Contad, por favor, al señor Lascaris qué sucedió. Lo mismo que yo escuché.

—Nos arrestaron al día siguiente de enterrar a mi marido. Se llevaron a la servidumbre... Temí por nuestras vidas. Se lo dije, se lo dije... que tuviera cuidado. No lo tuvo. Era un buen hombre. Era recto, honesto, decidido.

Casandra lloraba. Ella tenía razón, había tenido razón desde el principio y nadie quiso escucharla.

—Señora... Seguro que era un hombre ocupado, recibiría muchas visitas. ¿Se reunía con alguien de forma significativa? ¿Con los franceses?

—Hablaba con muchos. Pero recuerdo que había uno que a veces traía mensajes y lo recibía en su gabinete... Cerraba la puerta. Me daba miedo. Era un pánico que me aterrorizaba. Era corpulento, bien parecido si no fuera por

sus cicatrices en el rostro. Recuerdo sus manos fuertes, y esa mirada torva. Y una forma de sonreír que... Daba miedo.

La mujer cerró los ojos, reprimiendo un escalofrío.

Cassandra dejó de llorar. Dejó el pañuelo en el banco. Las dos vestían luto. En esa pena, con el rostro enrojecido por el llanto, los ojos verdes de la hija eran todavía más hermosos. Antes de que su madre pudiera detenerla, se echó a los pies del mercader y le besó las manos repetidamente. Cuando él quiso levantarla, Cassandra lo abrazó y siguió besándolo en las mejillas, entre lágrimas.

—Gracias, ¡gracias! Gracias por creerme. Pero ahora no quiero justicia, señor Lascaris. Quiero venganza. ¡Quiero que mi padre sea vengado!

La corta travesía de regreso fue incómoda para ambos.

—Marco, ¿conoces a quien ha descrito la viuda?

—Sí, abate. Se llama Zorzi. Se relaciona con los franceses. Esta mañana estaba allí, en el tumulto de la placeta.

—Entonces informaré a mi señor embajador. ¿Hay algo más que deba saber?

—No.

—Ya. Recuerda que he cumplido lo prometido. Hay que seguir. Queda poco tiempo, pero puede hacerse si confiamos entre nosotros. Ahora no soy un hombre de política, sino un hombre de Dios. Marco, sé discernir la verdad. Escucho confesiones al amparo de la Santa Cruz, y he escuchado mucha sinceridad, mucha verdad, y también mucha mentira. Debes confiar, Marco. Ningún hombre empezó y ganó nunca una guerra él solo.

Era una buena reflexión, pensó Lascaris, aunque no añadió ni una palabra más. Desembarcaron. Ya anocheecía.

—Mañana será un nuevo día, o el último día. No salgas de la casa de Loredan. Habrá hombres que te protejan, aunque tú no lo veas. Eres importante, lo creas o no. Sé que sabes más de lo que cuentas, pero no importa. Sé que harás lo correcto.

Tropezó con un embozado cuando se dirigía a su guarida. Este se mostró con casi la última luz. Era Eresto Loredan.

—El Dogo deberá claudicar a la evidencia y dar el salvoconducto a todos los senadores que lo pidan. Tengo el mío. Me marchó a tierras de Dalmacia.

Allí Bonaparte tardará en llegar.

—Es tu casa, son tus llaves.

—Por favor, insisto, Marco. Quédatelas. Si todo se enderezara sabré que están en buenas manos, y si todo se torciera ya nada me importará y no regresaré. Y recuerda: no confíes en nadie. —Le ofreció su mano derecha con franqueza. En el apretón final le pasó un papel doblado.

Loredan se embozó y desapareció, dejando al mercader con una pregunta sin respuesta. Había un observador de aquella despedida, pero Lascarís estaba concentrado en la lectura de aquellas líneas borrosas.

El señor Augustin Barbarigo desea hablar contigo. Le urge hablar contigo. Está recluido en San Giorgio Maggiore, en el monasterio benedictino. Es lo que me ha dicho su sirviente.

E

CAPÍTULO 23

UN JUGUETE FEO

ESE MISMO JUEVES 4 DE MAYO, POR LA NOCHE

En el Palacio Ducal, la conferencia extraordinaria comenzó temprano. La preocupación era máxima. Cuando los demás cuarenta y dos consejeros llegaron aún faltaba el Dogo, que seguía encerrado en su alcoba junto a su asistente Trevisan.

—Es insoportable —dijo uno de los sabios—. Anoche no pude dormir y hoy la calle estaba llena de ebrios y maleantes que celebraban la justicia del Dogo.

—¡Chhhhhst! ¡Aquí llega!

Ludovico Manin entró sin agilidad y ocupó su asiento resoplando profundamente. Levantó el índice para exigir silencio y dar inicio a la reunión.

—Sabed que al alba un cañón francés acertó a una nave de la flota veneciana que se había acercado demasiado a la costa de Marghera.

—¡No!

—¿Hay víctimas?

—Al parecer no, solo daños menores. El lugarteniente extraordinario Coldumer había dado órdenes de no presentar batalla, solo tantearlos. No sabemos nada de si habrá prórroga o no. Debemos insistir y solicitar una prórroga adicional al general Baraguey d’Hillier. Es quien domina Marghera.

Se votó por mayoría enviar de inmediato a dos diputados al general.

—Queremos saber más, Serenísimo Príncipe. ¿Hay noticias de Querini?

El Dogo se indignó. La preocupación y la angustia les hacía perder las

formas y el respeto a lo que representaba. Respondió con frialdad.

—Nuestro embajador Querini recibirá instrucciones que ya han sido cursadas. Deberemos esperar. —Por los rostros preocupados adivinó las intenciones de muchos. Viejos cobardes. Pondría remedio a eso—. Es nuestra responsabilidad no dejar a la Serenísima sin nuestra prudente dirección. Por lo tanto, mientras esta conferencia siga en vigor, todos nosotros estaremos permanentemente encerrados en el Palacio Ducal. Se os asignará dónde alojaros. Como se comunica con palacio, en el Patriarcado hay espacio adicional. Nadie más entrará. Nadie más saldrá. Comeremos aquí. Dormiremos aquí. Qué menos que nuestro sacrificio en pos de un bien mayor. ¿Estáis de acuerdo?

Reluctantemente, todos asintieron. Vieron guardias armados. Los había ya por todas partes en el palacio, en los patios, en las galerías. No se repetirían los incidentes ni las huidas.

Y Pisani no se daba por vencido.

—¿No os bastan todas las evidencias? Me consta que tenemos doscientos tres leños armados disponibles. ¡Usémoslos! Usemos nuestras naves, carguémoslas de esclavos y dálmatas. No se lo esperan. Los franceses creen que estamos muertos de miedo, que no decimos nada a la población ni dejamos de celebrar fiestas por no causar un estado de pánico. Pues bien, desembarquemos en Marghera, hundamos toda su artillería, desfondemos esa flotilla de la que se rumorea y regresemos al mar. Será visto y no visto. Se quedarán intimidados y no hará falta ningún otro plan. Olvidémonos de Tierra Firme, ya está perdida para siempre, y concentrémonos en Venecia y en nuestras islas. No se atreverán a llegar. En el mar no tenemos rival.

—Os olvidáis de Napoleón Bonaparte.

—¡Y de que aún tenemos posesiones en tierra! —criticó Ruzzini.

—¡Imbéciles! ¡Viejos cegados y estériles! ¡Esto no es una enfermedad, es una gangrena, y si no se toman medidas definitivas todo estará perdido! ¿O no será que vuestros amigos franceses, esos a los que aplaudís en la ópera, os han prometido algo a cambio de vuestra blandura?

—¡Blasfemo!

El Dogo actuó e impuso orden; parecían niños de teta peleando por un juguete feo.

—Seremos prudentes en vez de imprudentes, y esa será mi decisión. Es la

opción menos dañina ahora mismo para nuestra laguna. Pisani, retractaos. Estáis llamando mentiroso y traidor a un buen funcionario. ¿No habéis pensado que quizás eso es lo que quiere Napoleón, que cometamos ese error, que nos acerquemos con nuestra flota a la costa para en un golpe de mano derrotarnos y de paso hacerse con ella para cruzar y llegar hasta la mismísima plaza de San Marco?

—¡Quedarán los mercenarios!

—Los compraré con oro. O con tres días de saqueo. Basta ya de tanta tontería. Seremos prudentes. Pisani, os lo estoy ordenando. Pedid perdón a Ruzzini y retractaos de vuestras acusaciones.

—¡No quiero retractarme!

—¡Mal veneciano! —graznó Ruzzini sudando como un labriego abochornado y furioso.

El Dogo bufó. Sería una noche muy, muy larga.

CAPÍTULO 24

CAZADO

VENECIA, 5 DE MAYO. VIERNES

POR LA MAÑANA, COMISARÍA

El comisario Morosini se miraba en el espejo redondo colgado frente a él, un espejo que reflejaba su rostro preocupado, sus arrugas, sus cejas negras y espesas, su mirada de halcón, el mentón partido. Había silencio. Juntaba las yemas de los dedos una y otra vez sobre la mesa. Obedecía órdenes, ese era su trabajo. Obedecer órdenes para hacer cumplir la ley, aunque las odiara. Años de trabajo arrojados a los cerdos. Tanto esfuerzo por encerrar a los criminales para nada. Esa conferencia cerrada era la que gobernaba Venecia. Ya no había Consejo de los Diez. Ya no había inquisidores. La conferencia tenía otras graves preocupaciones y él tenía una ciudad donde la ley se había desvanecido, donde los agentes se hallaban confusos al no saber con qué criterio hacer valer las leyes. ¿Debía seguir las órdenes de quienes ya habían sido destituidos? ¿Y qué debía hacer con los detenidos que aún seguían presos en los Pozos? Nadie decía nada.

Sobre su mesa había una carpeta con lazos rojos. La abrió. Revisó los casos urgentes. Una carta. Una orden.

Augustin Barbarigo le ordenaba la noche anterior a su detención que diera máxima prioridad a la búsqueda y detención inmediata del senador Marco Lascaris para su interrogatorio.

Lo vio. Lascaris estuvo en el Gran Consejo del jueves. Lo vio, mientras

procedía a la detención de los inquisidores.

Lo que no vio hasta la noche fue la carta. Con tanta confusión el secretario no la había remitido a tiempo. Y cuando el mensajero se la llevó él ya había salido del cuartel con la compañía de piqueros.

¿Qué debía hacer? Esa era la pregunta. No podía preguntar a Barbarigo. Al único que podía preguntar era al Dogo.

Obedecer órdenes. Ejecutar órdenes. Ese era su trabajo.

Eso esperaba, órdenes. Porque ese viernes expiraba el plazo del armisticio y la conferencia extraordinaria de la noche precedente aún no había concluido.

* * *

No era el hombre más listo, ni el más decidido, ni el más constante, pero hasta para él las constantes entradas y salidas de la embajada inglesa esa mañana representaban algo importante. Andrea Spada resoplaba por el calor y el sol, con el rostro medio oculto por un sombrero. Se apoyaba contra la puerta cerrada de una carpintería. Estaban preparando una mudanza. Los numerosos criados estaban trasladando arcas de ropa, cajas bien cerradas y claveteadas en un carro de mano, incluso por medio de hombres con pértigas. El comisario Villetard tenía razón. Los ingleses, cobardemente, se preparaban para dejar la isla, sin importarles quiénes les observaran. Eso era bueno. Muy bueno. Villetard tenía que saberlo inmediatamente.

Vio a una persona que conocía salir de la embajada inglesa.

¡Lo conocía, sí! Era ese abate que se había entrometido y que protegía al senador Lascaris. El mismo que les había arrebatado a la familia del senador, para jugar no se sabía bien qué baza.

Spada no entendía muy bien las implicaciones de todo eso, pero sí sabía que Zorzi y el comisario se lo agradecerían generosamente. El abate se había convertido en la pista para alcanzar al senador fugitivo que preguntaba demasiado.

* * *

No, no le seguían, de eso Spada sí sabía. Se aseguró bien. Llegó a la estrecha calle donde se ocultaba la entrada al salón de juego. Le dejaron entrar al portal. Se enjuagó el rostro con la mano, soltando con hastío un cuantioso sudor sobre el suelo de tarima. El criado de la puerta lo miró con asco. Spada pensó en su olor; su piel transpiraría alcohol, cansancio, salitre, tabaco. No como ese pintaverde, perfumado como una damisela. Los dos mocetones vestidos como peleles no le quitaban la vista de encima. Spada estaba seguro de que podría con los tres; no importaban sus insolentes juventudes. Lo dejaron pasar. Spada tomó la máscara y se rio para sí.

No fue difícil encontrar al comisario francés. Estaba en una de las mesas y ganaba. Carta sobre carta, fue encadenando una mano tras otra. Sus oponentes estaban desesperados. Y también la banca del *ridotto*. Los vencidos ocultaban sus facciones tras máscaras blancas y alegres, como si perder una fortuna fuera algo trivial y tremendamente divertido. Se levantaron en silencio, abandonando la mesa entre la sorpresa y la expectación de los mirones. Sonaba la música. El tabaco lo rodeaba todo, también ese olor dulzón mareante que comenzaba a hacerse tan popular. Había otras mesas, otros jugadores, otras mujeres, pero solo en esa mesa se ponían nerviosos con la risa plena, fresca y traviesa de la joven hija del senador. Beatriz parecía una condesa francesa, con su máscara y sus guantes blancos, los labios rojos y su faz y peluca empolvadas. Con una mano cogía del brazo al comisario, con la otra ocultaba en vano sus risas amenazantes y llenas de gozo. Estaba disfrutando. Edme Joseph había acumulado delante de él una respetable pila de sequines, francos y ducados. Spada admiró a su superior; reconoció a algunos de los arruinados. Eran senadores. Ah, lo comprendió. Con la huida de la embajada inglesa, los barqueros habían pedido mucho a quienes buscaban huir de la capital sin el salvoconducto. Aquellos pobres diablos buscaban de la manera que fuese conseguir la suma que pedían esos pescadores avariciosos. Admirable, era admirable. Esos senadores se convertían en figuras frágiles que quizá Villetard podría exprimir todavía más a su favor.

Era un zorro. Un zorro peligroso. Se atrevió a acercarse a él. Lo reconoció. Habló con concisión.

—Los ingleses ya saben que Hillier ha denegado otra prórroga. Están nerviosos. Worsley ha ordenado abandonar. La liberación de los presos nos ha

favorecido. Hay más seguidores a nuestro favor, y quieren actuar. Están dispuestos.

—Bien, bien...

—Lascaris hijo no aparece. He reconocido a un informador del inglés. Al parecer es quien oculta a Lascaris padre.

—Eso me preocupa.

EN EL PALACIO DUCAL

Un cubo de agua fría sobresaltó el dolorido descanso del reo.

—¡Ahhh!

—¡Despierta! ¡Llévao!

La capucha. Los escalones. Los empujones. El dolor insoportable de los hombros, que le provoca latigazos de agonía cada vez que mueve o alza los brazos. Otra vez no. Otra vez no. Se estremece con solo recordarlo. Resistir es inútil. Lo arrastran aunque no quiera. Le golpean aunque no quiera. Le tiemblan los pies cuando le hacen subir los tres escalones. Le atan las manos. Tensan la cuerda.

Grita. Se esfuerza por erguirse, por estirarse para que el dolor ceda. Ya no importa la indignación del miedo, que hace que se le aflojen los intestinos.

En la oscuridad, percibe que hay un verdugo y dos inquisidores. Uno cuchichea; el otro habla fuerte y alto.

—Puedes poner fin a esto. No sirve de nada resistir, porque nadie resiste para siempre. Sabemos que lo sabes. Sabemos que tienes deseos de decirnos dónde está tu padre, joven Lascaris, pero que sientes escrúpulos. Es normal. Es tu padre. Pero tu padre es un traidor. Sabía que podíamos detenerte por su culpa y eso ha sucedido. Sabe perfectamente que nadie escapa a la indagación del tribunal. Sabe que nadie sabrá nunca qué fue de Antonio Lascaris. Debes decirnos lo que sabes. Dinos dónde está tu padre.

El joven solloza sin importarle. Nota la tensión de la cuerda, la polea de la garrucha bien engrasada. Sabe que tiene una única respuesta.

—No lo sé.

Lo izan como no lo habían izado hasta ese momento. Rápidamente y con furia castigadora. El dolor le está matando, dolor, solo dolor, es un firmamento

de dolor donde no hay otra cosa: él y su dolor, persistente, agotador, enloquecedor.

Lo bajan. Gime y tose, llora y suplica, no sabe dónde está su padre.

Un cuchicheo. Y luego la otra voz, bien modulada, firme, decidida.

—Eres un buen hijo. Y eso lo aprobamos, pero te estamos pidiendo que seas más que eso. Que seas un buen veneciano.

—No sé dónde...

Un gesto. Se teme otra vez el tormento. Pero no. Transpira con agitación bajo la capucha. ¿Es de día? ¿Es de noche? ¿Qué día es? ¿Qué hacen? Están haciendo algo. Como si le estuvieran soltando las ligaduras de los tobillos, pero no, no es eso. O sí. O no. Le están descalzando. Siente el roce de una cuerda de cáñamo encerado en sus dedos.

Se revuelve, pero un golpe en el estómago lo deja sin respiración. No puede hacer nada.

—Dinos dónde está tu padre.

—No sé dónde está.

—Izadlo.

El grito es aún mayor que antes. Le han atado a los pulgares de los pies dos pesados sacos de arena. Son dos ahora los que tiran de la cuerda para izarlo con doble violencia en vilo. Los contrapesos le devastan. Es como si no tuviera cuerpo, como si solo tuviera dolor, un dolor infinito que le destroza, que le aniquila, y lo peor es que sabe que son implacables y que no terminarán nunca, porque solo sabe una respuesta.

—¡No sé dónde está, no lo sé, no lo sé, no lo sé, no lo sé! ¡Agggg!

Lo izaron mucho más alto. Cayó con mucha más fuerza. El vómito y la bilis se escurrieron por el reborde de su capucha, por su cuello, hasta su harapienta camisa. También había sangre. Se había mordido en sus gritos desesperados.

—¡Entonces te preguntaremos otra cosa! ¡Confiesa! ¿Trabajas para los franceses?

—¡Sí!

—¿Quieren sublevar al pueblo? ¿Es eso lo que quieren?

—¡Sí!

—¿Está tu padre implicado?

—¡No! ¡No... lo sé!

POR LA TARDE

MONASTERIO BENEDICTINO DE SAN GIORGIO MAGGIORE

Marco Lascaris descendió de la góndola con un preocupante dolor en el pecho. Se palpó el lado izquierdo. Respiró hondo. Podría soportar el malestar. Podría y tendría que soportarlo. Él estaba vivo, no como otros. Pensó en sus hijos, pero luego pensó que no había ningún otro camino. Seguir, seguir, seguir. Allí tenían a los tres inquisidores, encerrados en las celdas.

La guardia del Arsenal estaba allí, protegiendo la entrada. A pesar de la palpitación se irguió, levantó la barbilla y se mostró sereno, altivo, exigente, seguro.

A la vez, se encomendó a todos los santos que conocía. La guardia del Arsenal no era famosa por su delicadeza. El guardia que escogió era una montaña de músculos y huesos. No pudo evitar cierto temblor en la voz.

—Quiero hablar con Augustin Barbarigo.

—¿Quién pregunta?

—Marco Lascaris, miembro del Consejo de los Diez.

—No se puede ver sin expreso permiso del Dogo.

—Eso es exactamente lo que tengo. —Casi le restregó el permiso delante de su cara. Habían vuelto a cometer un delito capital al falsificar de nuevo un documento público a toda prisa con el anillo prohibido. El guardia lo miró con intensidad asesina—. Así que no me hagas esperar, abre esa puerta y no me molestes con tu insolencia y tu insoportable olor a ajo. Y yo olvidaré dar parte de tu conducta a vuestro superior.

El guardia escupió a sus pies y luego al permiso.

—No sé leer.

—Pero sabes mirar. ¡Mira el sello del Dogo, del príncipe de Venecia! ¿Te niegas a dejarme pasar?

Marco Lascaris sintió que su vejiga casi se soltaba, pero soportó la mirada cara a cara de aquel mercenario. Su mano podría retorcerle el cuello sin esfuerzo. Seguro que podría desnucarlo como un conejo. Inventaría cualquier excusa y el otro guardia lo respaldaría. Acabaría en una fosa de anónimos,

cubierto de cal y olvidado para siempre. ¿No se movería aquel animal? Estaba apretando el pomo de su espada dalmata y parecía capaz de doblar barras de hierro con sus manos. Eran las manos de un soldado, de un asesino. Sintió otra vez las palpitaciones en el pecho, pero ahogó su quejido. Tenía que ser una roca. Tenía que superar la prueba. Tenía que indignarse. Amenazarle con todo lo que se le ocurriera.

—¡Esto es insubordinación! ¡Te ordeno que cumplas las órdenes del Gran Consejo y del Príncipe Serenísimo! ¡Te costará un juicio sumarísimo! ¡Y a ti también, por conspirar contra la labor del tribunal! ¡Apártate!

El guardia se apartó. Le dejó pasar.

Habían separado a cada inquisidor y a Domenico Pizzamano, y cada uno ocupaba una celda monástica, con otro guardia más en cada puerta. Lascaris crispó los dientes y se masajeó el pecho. Estaba seguro de que era su corazón. Demasiada pena, demasiados sobresaltos. Pero tenía que seguir. Le abrieron la puerta.

Dentro encontró a Augustin Barbarigo, con una sencilla camisa larga blanca, demudado pero sereno. Desaparecido el color escarlata de su toga, habían desaparecido su arrogancia y sus ambiciones. Estaba sentado en un lecho pobre. Sobre el suelo, en una esquina, había un cuenco con pan y una jarra de agua. En otra esquina, una bacina. Nada más. A eso se había reducido todo el esplendor de su palacio y de sus caudales en el banco.

—¿Y bien?

Le indicó que se acercara y se sentase, pero Lascaris siguió de pie. Ahora el juez sería él.

—Napoleón Bonaparte no pide nuestra reclusión, pide nuestras cabezas.

—Barbarigo bajó la voz—. ¿Me ayudaréis?

—¿Yo? ¿Cómo podría hacerlo?

—Se dice que estáis en contacto con los franceses.

—¿Quién lo dice?

—Vamos, vamos, se sabe que vuestro hijo lo está. ¿Cómo se sabe? Lucio Contarini, el que iba a ser vuestro suegro, lo va contando por todas partes a vuestra espalda, renegando de vuestra familia. Yo os diré dónde está vuestro hijo a cambio de que..., digámoslo así, os acordéis de mí llegado el momento.

—Marco Lascaris se sintió confuso. Menudas serpientes esos Contarini. Asintió—. Decidlo. Prometedlo.

—Lo prometo. ¿Y mi hijo?

—Es justo. Antonio está preso en los Plomos. Lo deben de estar torturando en este momento. Corred y haced por salvarle, pues no pararán hasta que hable.

—¿Qué quieren de él?

—Marco Lascaris, os quieren a vos.

—¿Cómo lo sabéis?

—Yo lo hice torturar ayer, cuando aún era inquisidor. Ocultáis algo sobre Tortelli y al final se sabrá. Pensad en esto. ¿Vale tanto como la vida de vuestro hijo?

* * *

Mientras, cerca de Santa Croce, varios hombres esperaban emboscados en las sombras de la noche. Acechaban en espera de su víctima, sobre quien Spada había recibido instrucciones precisas. Sonaron las ocho en el Campanile. La luz crepuscular se desvanecía. El informante aseguraba que sí, una y otra vez, sí, ese abate Tentori había entrado en aquel tugurio de juego clandestino y aún permanecía allí. Órdenes precisas, había recordado Spada. Miró a su cuadrilla. Ocultaban el rostro con un pañuelo. Bajo los chalecos encubrían dagas y cuchillos.

—¡Allí! —señaló uno de ellos.

Esa figura encorvada y baja, torpe y desmañada, bien podía ser él. El informante afiló la vista, inmóvil como una estatua. Dudaba.

—¿Es él, sí o no?

—Sí. Apuesto a que sí. La misma capucha, la misma corpulencia. Sí, sí, es él.

—Pues márchate ya.

Era vergonzoso ver a un hombre de iglesia así, en ese estado comatoso, haciendo eses por la acera y apoyándose en las fachadas de las casas para no caerse. Spada resopló. Aún recordaba las lecciones de su abuela, el respeto que le habían inculcado de pequeño sobre los hombres religiosos, y la condena eterna que recibiría todo aquel que osara levantar una mano contra los hombres de Dios.

—Sé bueno, Andrea, o Dios te castigará.

Había hecho cosas más reprobables y Dios no le había castigado nunca. O puede que anotara todo en una lista para el día de su muerte. Meneó la cabeza para desechar esos sermones de viejas. En la era de la razón, Dios no existía. Existía la política; existían los fines últimos que justificaban la política y no había lugar para las supersticiones ni para las mentiras de la Iglesia. Aun así, dudó.

Un secuaz le inquirió si era el momento adecuado. «Más vale actuar antes de que me arrepienta», pensó Spada. Asintió. Sacó su daga. Todos lo imitaron. Cuanto antes mejor.

Las cinco sombras no le dieron tiempo ni a respirar. Lo amordazaron, hicieron mudos sus gritos, los puñales entraron y salieron de su cuerpo cuatro, cinco, seis veces, y después lo arrojaron al canal. El chapoteo murió. Nada. Nadie había visto nada. Spada, sofocado, hizo un gesto y todos se desbandaron. La marea arrastraría el cuerpo hacia el Gran Canal. En la noche, incluso podía suceder que nadie lo viera y que el abate flotase más allá de la laguna, hasta aguas abiertas, desapareciendo el crimen cometido y él de la faz de la tierra.

Temblando de miedo en la oscuridad, una mano se aferró a la jamba de ladrillo de la puerta. Lo había visto todo y no podría decir nada.

Sus ropas hedían a suciedad y a alcohol. El abate se persignó. Había descubierto que lo seguían. Había esperado dentro del tugurio y había cambiado sus ropas con un borracho. El desgraciado no se había enterado de nada. ¿Perdonaría Dios su pecado de omisión? Sí, si por una vida podían salvarse muchas. Ese era su convencimiento, o su justificación. Emergió con cuidado de la oscuridad del portal. Un exiguo reguero de gotas de sangre era el único rastro de la tragedia. La lenta marea alejaba el cuerpo del muerto. Corrió a esconderse, sin atreverse a volver a la delegación inglesa.

Había quedado con Marco Lascaris en que no se expondría a la vista pública. Había cedido una casa bajo alquiler inglés para que se ocultara en ella. Llegó dando un vasto rodeo, cuando ya la noche era absoluta.

Estaba vacía. El mercader de sal no estaba allí. El abate maldijo a aquel hombre inquieto sobre cuyos hombros tantas vidas pendían de un hilo.

EN EL CAMPO DE SAN POLO

—¿Ha ido todo bien?

—No —respondió Andrea Spada con voz ronca. Temía a su jefe. Todos tenían razones para hacerlo.

—¿Qué ha salido mal, Andrea? Dímelo.

Su voz melosa y tranquila no le gustó nada. Spada tragó saliva.

—Encontramos al abate.

—Bien.

—Lo seguimos. Le vigilamos mientras reunía a mis hombres.

—Bien.

—Lo apuñalamos. Nos deshicimos del cuerpo.

—Bien. Los ingleses sabrán leer el mensaje que supone. El Serenísimo Príncipe y Worsley ya no tendrán razones para aliarse. Más cosas.

—No encontramos a Lascaris. —Tomás Pedro Zorzi no dijo nada. Siguió mirándolo en silencio. Bebió vino. Nada. Spada se apresuró a justificarse—. Pero aparecerá. La oportunidad era muy buena, el abate no podía resistirse. Era el momento y lo tomé.

—Se te ordenó encontrar al abate y a Lascaris.

—Encontré al abate. Fui yo el que lo encontré, y obedecí lo que se me ordenó.

—Repito, se te ordenó encontrar al abate y a Lascaris. ¿Dónde está Lascaris?

El tono subió.

—No lo sabemos. Estamos buscando. No puede estar lejos. Ahora el abate no puede protegerle. No lo recibirán ni en palacio ni en la embajada inglesa. Se le vio con otro senador, pero su casa está también vacía. Aparecerá. Tiene que aparecer.

—¡No tenías que haber acabado con el abate antes de hallar el refugio de Lascaris! ¡Es Lascaris, estúpido, a quien necesitamos!

—Pero, pero... el abate. El abate no puede ya ayudarle, nadie puede ya ayudarle. Aparecerá. ¡Es un hombre perseguido por todos!

—No has entendido nada. ¡Nunca has sido capaz de entender nada! —Golpeó la mesa con tanta fuerza que el vaso de barro estalló, salpicando a los dos con esquirlas y vino—. No pensé que fueras tan necio.

—Creí hacer lo correcto. Creí hacer lo necesario.

—¡No se te paga para pensar! ¡Nunca, me oyes, nunca se te ordenó que interpretaras mis decisiones! Tendré que poner eso en mi informe. Vete. ¡Vete, te he dicho! —aulló Zorzi, fuera de sí—. ¡Ve y búscame a Lascaris! ¡Quema el vecindario si es preciso! ¡Que los ratones salgan de sus agujeros y luego no me falles, tráeme a ese ratón y no a otro! —Spada se sobresaltó al mirar hacia la puerta. Zorzi, cabizbajo, aún mentaba a sus antepasados, a los imbéciles que la necesidad había puesto bajo su cargo, a los simples y tontos a los que no se les podía enseñar ni a ahogarse en la laguna. Le bufó en la cara—. ¿Qué estás mirando, qué haces aún aquí! ¡Imbécil! ¡Largo! ¡Trae a Lascaris!

—Ya hemos encontrado a Lascaris.

Junto a la puerta, tres hombres fuertes sujetaron al osado senador, que se había atrevido a desafiarlos a todos atravesando por segunda vez en su vida el umbral de aquella taberna. El propio Zorzi se quedó sorprendido. Era un valiente o un loco. Avanzó hasta él. Lo evaluó. Le otorgó su reconocimiento. Podía matarlo allí mismo, y al mercader no parecía importarle demasiado su vida.

—Vaya, vaya... ¡Mirad qué pájaro!

—Te dije que lo encontraría.

Zorzi ignoró el comentario de su subordinado, que se guardó el resentimiento para sí mismo. Avanzó hasta encontrarse a una pulgada del rostro del mercader. Marco Lascaris parecía desesperado, asustado, pero no desvió su mirada de la de aquel peligroso asesino.

—Todos huyen. —El aliento a vino barato hizo que Lascaris expresara un gesto de asco—. ¿Lo sabías? Todos esos senadores que se daban golpes de pecho por su república se han ido, sí, se han ido esos verdaderos venecianos, a la costa dálmata, a Roma, a donde sea. Estás resoplando. Pero tú has entrado por tu propio pie. ¿No recuerdas mi advertencia?

Lascaris asintió.

—Quiero un acuerdo.

—¡Cómo! ¡Qué insolencia! Llegas a mi casa y te atreves a ordenar y a exigir. Sí, así son todos los senadores. No necesito un acuerdo. Tengo todo lo que estaba buscando. A ti. ¿Por qué, mercader? ¿Por qué te entregas a mí?

—Van a matar a mi hijo. Está en los Pozos. Tenéis que ayudarme.

—¡Tengo! Pensaba que aquí mandaba yo. —Los secuaces rieron—. Pero

sigamos, sigamos jugando. Supongamos que yo aceptara escucharte. Lo que pides tiene un precio.

—Lo pagaré.

—Claro. —Se volvió y después, repentinamente, le empotró un puño en el estómago, doblegándolo. Los tres hombres evitaron que se cayera al suelo. Un tipo llegó corriendo desde la plaza. Habló en susurros con Spada y el rostro de aquel se iluminó. Creyó que aún podría enmendarse ante su jefe. Cuchicheó algo a Zorzi. El jefe de los jacobinos levantó la cara del senador hacia él tirando con fuerza de su cabellera. Marco Lascaris gimió—. Pagarás. Ya lo creo. Nos dirás de qué conocías al abate Tentori y por qué un hombre del Dogo te ha seguido desde hace días y hoy lo ha hecho hasta aquí. Y entonces, después, hablaremos sobre tu hijo Antonio.

—¿¿...?? —El mercader no entendía nada.

Salieron a la plaza. Resonaban los ecos de patadas e insultos. Cuatro hombres de Spada estaban moliendo a golpes a una figura bajo la luz escasa de un farol. Zorzi y Spada arrastraron a Marco tras ellos, hasta alcanzar a aquel grupo de furiosos mercenarios.

Para su asombro, Marco Lascaris distinguió a aquel hombre apaleado que respiraba entre estertores con la cara destrozada y ensangrentada. Se le escapaba la vida. Las manos no le habían bastado para protegerse. Era Bruno.

CAPÍTULO 25

TRAICIONADO

VENECIA, 6 DE MAYO. SÁBADO

Sir Richard Worsley se frotó las manos con ansia, sin decidirse a retirar o no las sábanas que cubrían los lienzos. El conaseguidor aferraba el sombrero entre sus manos, nervioso, y sus tres ayudantes sostenían los marcos con gestos de incomodidad e impaciencia. Se decidió. Tiró de las sábanas. Los dos magníficos Tintoretos, con el Gran Canal, esa luz mediterránea y las pinceladas precisas y vigorosas le hicieron aplaudir con entusiasmo. Le encantaba ese detalle, las estelas de las góndolas, las luces y sombras de los palacios.

—¡Magníficos! Magníficos, Lorenzo.

El conaseguidor asintió, sonrió, esperó. Siguió esperando, todavía con el sombrero en las manos. Tenía calor. Sus ayudantes también. El inglés seguía embobado con las dos pinturas. Él no pensaba esperar toda la mañana.

—Señor embajador..., señor embajador, yo...

—¿Sí? ¿Qué sucede, Lorenzo?

—¿Le gustan?

—Claro, claro que sí.

—Entonces...

—Oh. ¡Oh, claro, claro! *My God*. ¡Jeffrey! ¡Jeffrey! Él te pagará. Ah, aquí está. Estamos todos tan, tan atareados. Magníficos, sí. Lo convenido. Cincuenta sequines.

—¿Por cada uno? ¡Cómo! ¿No? ¿Por los dos? No es lo que convinimos.

No queda margen para mí.

—No, no, no. Esto no funciona así, Lorenzo. Es la oferta y la demanda, ¿entiendes? Yo te compraré todo, ¿me oyes?, todo lo que me consigas. Te pagaré en el momento. Pero no haré preguntas, no indagaré nada. Es un pacto de caballeros, y yo, mientras esté satisfecho, seguiré comprando. No a tu precio, desde luego. Me parece abusivo. Inmoral. Seguramente otros caballeros venecianos objetarían comprarte si supieran cómo consigues estas pinturas, estas estatuas, estos cofres, estos antiguos bargueños... Si lo supieran, claro.

El embajador se mostraba insolente y con un tono amenazador. El consequidor miró al suelo, se mordió el labio inferior; apretó el sombrero, arrugándolo.

—Un precio especial...

—¡Exacto! ¡Exacto! Un precio especial. Qué placer encontrarse con personas civilizadas. Hay tanto bárbaro...

—Ochenta sequines.

—¿Te crees que esto es Buckingham? —le espetó fríamente el sire—. Cincuenta.

—Setenta.

—No. Cincuenta.

—Señor embajador, no puedo aceptar cincuenta.

—Nadie con conciencia aceptará estos cuadros de dudosa procedencia. Ya expulsó el señor Jesús a los mercaderes del templo, no por su labor, sino por su vileza. Me siento tentado, Lorenzo, de informar como buen cristiano y agradecido visitante de este país de estas situaciones tan vergonzosas. Afortunadamente, aún se respeta a los embajadores de Inglaterra. Pero seré magnánimo, sí, Lorenzo. Sesenta. Qué lástima sería que fueran requisados. Habría que dar tantas explicaciones, tantas respuestas... Bueno, sea así. A mí no me afectará, tengo inmunidad diplomática. Los embajadores somos gente fiel y cumplidora, escrupulosa con la ley. Somos gente falible, también somos humanos. Podemos confiar y equivocarnos con las personas que escogemos. Imagina cómo se indignarán muchos caballeros venecianos cuando se enteren de la desesperación de los senadores y de las ansias de lucro especulador de algunos de sus conciudadanos. Hay tanta maldad por el mundo. Hay tantos que se aprovechan de situaciones desesperadas, hollando con sus acciones el santo

decálogo de los diez mandamientos que nos dio el señor Jesús.

—Aceptaré sesenta, señor embajador.

—Eres una persona de palabra, Lorenzo. Sí, es raro encontrar en estos años tan difíciles gente de tu sana conciencia. Jeffrey, sesenta sequines. No, Jeffrey, no, no hace falta que firme un recibo. Dámelo. —El embajador tomó el recibí y lo rasgó en múltiples pedazos—. Es un pacto de caballeros, ¿cierto, Lorenzo?

—Cierto, señor.

—Tráeme más. No tardes. Tus hombres ya pueden dejar los cuadros en el suelo.

El conserje, humillado, se agachó en señal de sumisión, ya con los sequines en la mano, mientras deseaba a aquel soberbio la peor de las muertes. Pero los negocios eran así. Si no lo hacía él, lo haría otro. Tierra Firme hervía de saqueadores y expoliadores. En Venecia se vendía tanto por tan poco debido a la multitud de patricios desesperados por abandonar las islas que nadie le daría más. Aceptó su sino. No le gustaba la amenaza de ser delatado al comisario Morosini. Así eran los negocios, se repitió. Aquel imbécil de tez pálida no tardaría en marcharse a su Inglaterra natal. Entre tanto, tenía que aprovecharse. El dinero era dinero.

Sir Richard Worsley hizo una seña y el mayordomo lo dejó solo en el salón, tras cerrar las puertas. En la embajada, los pasos se oían por toda la escalera subiendo y bajando. Las mujeres lloraban. Las cajas se llenaban de relojes, muchos relojes; era una de sus pasiones. De libros, de esas sillas doradas. De mobiliario llevado allí desde Roma. Y de obras de arte. Worsley se recreó en el salón. Estaba extasiado. Qué gran colección había reunido en pocas semanas. Qué gran negocio era la guerra. Allí había cuadros de Tintoretto, Tiziano, Bellini, Antonello. Había estatuas romanas, bellos candelabros dorados, cómodos divanes. Las divinas musas de mármol de Carrara se dejaban besar las frías y delicadas barbillas. Había hermosos Apolos, incluso un sarcófago imperial con un ostentoso friso de laureles de la victoria. Bustos de emperadores, de Adriano, de Tiberio, de Claudio, de Vespasiano. Ya pensaba en cómo lo recibirían en Londres, en la admiración que causaría en el palacio de Saint James, incluso en la Royal Society. Su mujer... No quiso pensar en su mujer. Prefería no pensar en ella. Aquel arte sí era inmortal. El amor siempre moría algún día.

De todo aquel magnífico tesoro solo tenía una incertidumbre. Había escrito al Dogo para reclamarle, en honor a su posición, una seguridad personal para él. Era el embajador inglés, el escogido por el Parlamento y el rey Jorge III, que Dios guardara por muchos años. Inglesas eran las advertencias que llegaban a todas las naciones europeas. Francia era un monstruo desbocado que tenía hambre de Europa. Se corrigió a sí mismo: tenía hambre de más, de mucho más. Miraba hacia los rusos; había intervenido en las colonias británicas americanas promoviendo su insurrección e independencia. Amenazaba al mundo civilizado. El riesgo de encender un fuego es que se quede descontrolado, y Napoleón Bonaparte pronto sería incontrolable. A un tiro de piedra en un charco, como quien dice, estaba Inglaterra. Villetard, en cuanto dominara las calles, le haría arrestar.

Necesitaba la respuesta del Dogo, una escolta armada, una seguridad personal que garantizara su salida segura de Venecia. Una galera veneciana a su disposición que les evacuara más allá de la laguna para salir al paso de Jarvis, el comandante inglés de la flota del Mediterráneo. Hacía días que debía haber salido de Creta; pretendía perseguir y hundir, si se le ponía a tiro, a cualquier barco francés que se negara a sus órdenes de desarme. Sumó mentalmente. Jarvis ya tenía que estar en el Adriático, quizás a la altura de Corfú. A lo mejor. A lo mejor era eso. A lo mejor ese canalla de Villetard lo sabía y por eso todo se estaba precipitando.

Worsley no pensaba morir allí. Haría todo lo que pudiera y más. Aquella colección de arte podía ser más que su botín. Podía ser su salvoconducto. Había oído que Edme Joseph Villetard no era inmune a la belleza ni al arte.

Acarició las facciones delicadas de mármol de una ninfa del agua. Recorrió sus pómulos fríos. Su espalda. Sus caderas apenas togadas. Se acercó a sus labios entreabiertos. ¿Quién más habría besado aquellos labios adolescentes, sus senos redondos y adolescentes de casi dos mil años?, se preguntó. Deslizó aún más su mano derecha por debajo del muslo. Jugueteeó con su lengua.

Unos golpes suaves de nudillos en la puerta le interrumpieron. Respondió irritado y furioso.

—¿Quién es!

—Soy Jeffrey, sire.

Worsley se recompuso. Miró a la ninfa. No escaparía. No importaba.

Respiró hondo, se dirigió a la puerta y la abrió con decisión.

—Una nota, sire.

Era la caligrafía del abate. Con un gesto se deshizo del mayordomo. Tenía que ser importante, y no se equivocó.

Sire:

Los franceses ya están actuando abiertamente. La embajada corre peligro. Yo he decidido no ser menos que ellos. Marco Lascaris ha cumplido. Tengo la lista de Tortelli. Ya he hablado con algunos de los nombres, hay gente decidida. Hay también nombres rusos y eso quiere decir algo. Tortelli también habló con ellos. Sire, ¿no habría que hablar con ellos?

Quizá sí.

Quizá no.

Hizo pedazos la nota y guardó los fragmentos arrugados en el bolsillo derecho de su pantalón. ¿Para qué complicarse tanto cuando en Londres nadie se acordaba de él, cuando había conseguido una fortuna a precio de ganga, cuando, si todo salía mal, podía asegurar su salvaguarda y la de su familia a cambio de parte de esos cuadros de arte?

—¡Jeffrey! ¡Jeffrey!

—¿Sire?

—¿Remitiste la carta al Palacio Ducal?

—Sí, sire.

—Excelente. Excelente. Ahora, que nadie me moleste durante una hora.

* * *

El viejo Lallemand sí había hecho algo bien. Durante largos años, como una araña paciente, había tejido y enredado con sus largos hilachos, formando una red sutil pero extensa alrededor del Palacio Ducal, alrededor del *sextiere* de San Marco, alrededor de la laguna y todas sus islas. La carta del embajador inglés llegó al Palacio Ducal, donde siguió su trámite reglamentario. La recogió el chambelán; un asistente la pasó a la cancillería; otro la remitió a los secretarios de los Diez, quienes la leyeron, hicieron copia y la sellaron; de

allí, otro siervo la llevó a la sala de los inquisidores, otro secretario la verificó y la devolvió copiada; una iría al archivero, otra a la cancillería, y de ahí al asistente Trevisan. Y, por fin, tras toda la mañana en trámite, alcanzaría a su destinatario.

De todos ellos, al menos uno estaba al servicio de la delegación francesa. Con sumo cuidado memorizó el texto, y cuando ya no estuvo en su poder esperó una oportunidad para salir del palacio, pasó todo por escrito y lo dio a uno de los suyos. Al poco estaba en manos de Villetard.

Las noticias eran preocupantes. Si era como decía, entonces Jarvis lo cambiaba todo. El tiempo era más apremiante que nunca. Venecia se tambaleaba; pero tambalearse no era caer. Los ingleses eran muy suyos y, a diferencia de los marinos venecianos, sabían qué querían. Si llegaban y se hacían con el Arsenal, ni La Hotz ni nadie podría poner un pie en las islas.

Eso no podía ser. Temía más a Napoleón que a mil Jarvis.

Villetard tenía una opción, aunque no pensaba que llegaría a tener que hacer uso de ella. Tamborileó con sus dedos sobre el escritorio. Miró hacia la ventana, miró hacia la cama, y de nuevo a la copia de la carta. Había que presionar al mercader.

Por todos los miembros del Directorio, se maldijo a sí mismo. Se había olvidado por un momento que no estaba solo. Se desprendió de su rostro preocupado y volvió a mostrar una máscara de encanto, juventud y vehemencia.

—Beatriz, me gustaría que me acompañaras.

La joven no pudo reprimir un grito cuando la llevó a un palacio colindante con la embajada francesa. Se tapó la boca con ambas manos. El lugar estaba deshabitado. En las paredes y suelos se palpaban los años de abandono, la humedad, el polvo delator. Había muchas huellas de pisadas recientes en aquel polvo añejo que se levantaba en volutas a su paso, removido, y se pegaba a las fosas nasales, rancio, desagradable, mohoso. Sí. Volvió a gritar, intentó soltarse pero ya no era Villetard el cortesano, sino Villetard el instigador. La retuvo contra su voluntad.

—¡No! ¡No!

En el centro del salón, vapuleado y cubierto de sangre seca, estaba su padre, sentado en una silla y atado. El mercader abrió uno de sus ojos y ladeó la cabeza emitiendo un gruñido. Vio a Beatriz. Villetard dejó que se acercara

algo más. Después la apartó bruscamente. Beatriz, aterrorizada, se vio presa por los brazos de hierro de Zorzi y por su mirada lobuna.

—Ahora tengo a vuestra hija y de mi mano depende ayudar a salvar a vuestro hijo. Decidme de una maldita vez qué os han pedido los ingleses y qué relación hay con Tortelli.

—Os mostráis como lo que sois. Opresores. Extorsionadores. ¿Esas son las ideas que trae Francia? Lo que han pedido los ingleses os lo diré solo a cambio de mis hijos. Pero debéis jurarlo. No os tengo por incumplidor.

—Está bien.

—Está en casa de Eresto.

—Sabemos quién es y dónde vive. O vivía —afirmó Zorzi a una mirada del comisario francés.

Esperaron a la tarde. El crepúsculo oscurecía los rostros de los culpables. La góndola se mecía con el impulso de la pértiga. En todo el trayecto, acompañado de Zorzi y de Spada, Marco Lascaris pensó furiosamente qué podía hacer. Sus hijos. También el abate le había fallado, no había sido capaz de protegerlos. Una idea en particular le daba vueltas en la cabeza. Le dolía todo. La hinchazón del rostro había disminuido. Agradeció la capa de cuello alto y el gorro frigio, que ayudaban a que no pareciera un monstruo. La idea. Spada. Miraba por la borda, quizás observaba el tono anaranjado de las aguas con las últimas luces del día. Zorzi. No apartaba la vista. Lo miraba con intensidad. Le advertía que no hiciera tonterías. Villetard había dicho que recogieran eso que intrigaba a los ingleses y que volvieran a la embajada. Vivos. El mercader tragó saliva. Eso significaba que mientras volviera vivo, Zorzi podía aplicar otra vez sus puños con la saña que quisiera sobre él. La idea. Se concentró en la idea.

Había escondido el anillo en casa de Eresto, en un cajón del escritorio, y junto al anillo un pistolete cargado. Se lo había dado el abate. Allí estaba, bien cebado de pólvora negra, con una bola de acero de un cuarto de pulgada y amortillado. Estaba bien engrasado. No fallaría. La empuñadura tenía el barniz sobado y oscuro. Esa pistola se había usado. Si había provocado sangre, si era de duelo o de guerra, si había sido usada por criminales o por agentes de la ley, si se había arrastrado por los campos de batalla de Europa en manos de un soldado inglés o si había surgido de Sevilla, ciudad natal del abate, no lo sabía. Estaba en ese cajón. Llegar a él era la clave. Tendría que distraerlos. O

no. Zorzi no dejaba de mirarle. Estaría aleccionado, no dejaría que le distrajera. Querría acabar cuanto antes. Ah, qué idea.

Ya desembarcaron. La casa estaba cerca. Muy cerca. La idea. En el gabinete. Había armarios y estantes, y cajas de rapé. Una caja musical. Les diría, como si nada, que allí había dinero, o lo dejaría caer casualmente. Como si fuera una manía de Ereto. Y entre los libros. Que buscaran en los libros. Se dirigiría al escritorio, seguiría hablando, cogería el pistolete. Una bala. Dos enemigos.

La idea se le cayó a los pies. No había pensado en eso. No se sentía con fuerzas de oponerse a ninguno de los dos, al que sobreviviera. La casa estaba en la calle próxima a mano derecha. Se oían voces. Pero no eran de temor, sino alegres. ¿Era eso música? ¿Un violín? ¿Flautas? ¿Tambores?

Torcieron la esquina. La calle estaba llena de vecinos que exclamaban de admiración, alegría y también de sana envidia. Las mujeres se apretaban las manos y no se apartaban de las ventanas, entre los geranios rojos y blancos, atentas a quiénes entraban y quiénes salían de una de las casas. Era gozo y era envidia. No era la época de carnavales, pero en medio de la música algunos venecianos habían sacado sus máscaras, sus trajes de colores, sus antifaces y polichinelas. Varias mujeres jóvenes y hermosas les rodearon. Zorzi y Spada sonrieron como predadores que eran. Una mujer era el centro de atención de todo el barrio. Era una panadera pelirroja de mediana edad, delgada y menuda, con el rostro cubierto de pecas y su melena recogida en un moño con agujas de hueso. Aún llevaba el mandil manchado de harina. Se deshacía en sonrisas, mientras el marido, gordo y bobalicón, repartía apretones de manos y abrazos a todos los que se acercaban amigablemente cerca de él. La panadera estaba en éxtasis, con las mejillas coloradas y los ojos febriles de pura emoción. Y no dejaba de agitar una papeleta que sostenía en alto de su mano derecha.

—¡He ganado! ¡He ganado!

Era la lotería. Era cierto, era sábado, día semanal de sorteo. Era la esperanza de los pobres: ganar cinco mil sequines a cambio de uno, lo que costaba un boleto, un número en forma de pequeña bolita grabada que la mano de una niña extraía de una vasija y mostraba a uno de los notarios en la hacienda pública a las seis en punto de la tarde, ni un minuto antes ni un minuto después. La esperanza de una vida diferente, de una seguridad de

futuro, de una riqueza desmedida. Había desesperados que los viernes malvendían sus cuerpos en las mancebías secretas para comprar cuantos boletos pudieran al día siguiente. Viudas que no esperaban a mostrarse en la calle, sino que se ofrecían a sus vecinos a la primera de cambio, para adquirir números, muchos números. Pero el azar era caprichoso. Muchos esperanzados el viernes, un solo número afortunado el sábado. Y cuerpos sin vida el domingo, día del Señor. Por desesperación o por plazos y deudas incumplidas. Ganaba uno, quizás una vez en la vida. El Estado ganaba siempre. Una fortuna para toda una vida. Envidias, rencores, avaricia. Y no se sabía si tal riqueza era una bendición de la Serenísimas o al final era un castigo del demonio; o de los judíos, que eran quienes más dinero ocultaban siempre.

Las botellas se vertían en tazas y copas, se bebía a morro, se gritaban hurras, las parejas se besaban y las máscaras se entremezclaban con manos que exploraban muslos, con senos que buscaban cuerpos. Alcohol y goces, voces y risas. Y las máscaras y los disfrazados con sus bromas y sus desmanes se mezclaron con aquellos tristes y aburridos hombres de negro. Un boticario lanzó un cohete al cielo. Bum. Una ráfaga de colores iluminó la noche. Los borrachos compartieron su vino; las jóvenes levantaron sus faldas y se rieron, y luego quisieron sacarlos a bailar. Spada dejó que las jóvenes lo besaran y manosearan, y que le acariciaran el rostro. Zorzi sonrió, relamiéndose.

—¡Eh! —gritó Zorzi, perdiendo la sonrisa. Era imposible avanzar ni hacerse oír entre tanta gente.

Se abrió un claro entre tantos cuerpos desatados. Otro cohete. Bum. Mil chispas verdes y azules obligaron a levantar la vista al cielo y a exclamar mil admiraciones. Jadeando como un loco por la tensión y el dolor en el pecho, el mercader de pronto no esperó más, se deshizo de las manos de sus opresores, que aferraron únicamente el gorro y la capa como fallidos trofeos. El claro se cerró. Las jóvenes se alteraron con las voces y golpes de Zorzi. Los vecinos se encararon con los desconocidos. Zorzi los maldijo a todos, a Spada también. El mercader se desvaneció entre el tumulto y la noche.

EN LA BIBLIOTECA DE SAN MARCO, EN ESE MISMO MOMENTO

También Tiresias escuchó los cohetes. Escuchó más. El ruido de las

puertas. A pesar de la hora tardía y de estar todo cerrado, el bibliotecario, solo entre los libros de su despacho, escuchó la puerta abrirse y cerrarse. Se quedó mirando más allá, hacia la oscuridad que las velas sobre la mesa no podían iluminar. Eso significaba algo. Pisadas. Él mismo lo había cerrado todo. Le gustaba su soledad y la seguridad de que nadie le molestaría en aquel templo de los libros. Miró sus estantes, como acusándolos de no actuar, de no movilizarse, como un ejército, para proteger a su general, a su monarca. Dejó de leer, dejó de escribir. El libro que su amigo el joven Marco le había vendido estaba a un lado de la mesa. Dejó la pluma en el tintero. La vida era eso; ir dejando cosas en el camino hasta dejarlo todo. Oía los ecos de sus pasos en el silencio de los largos pasillos, subiendo los escalones entre las salas. Los ecos se acercaban, los pasos no dudaban. Sabían dónde tenían que ir. Si no se había forzado la puerta es porque habían abierto con la llave. Alguien tenía una de las llaves. Tiempos bizantinos. No podía uno fiarse de nadie. No tenía ya tiempo para él, pero aún podía dar tiempo a quien de verdad lo merecía.

En su juventud se había enorgullecido de su excelente caligrafía, tanto que fue lo que le abrió las puertas de la biblioteca. Era un experto restaurador y calígrafo. Esperó los breves instantes necesarios a que actuara el secante sobre la tinta fresca. Los pasos se detuvieron. Se alejaron. Se pararon otra vez. Varios ecos; varios hombres. Deshicieron el camino equivocado. Estaban cerca. El bibliotecario aspiraba a publicar algún día el libro que llevaba años escribiendo y reescribiendo, acerca del emperador loco Justiniano. A lo mejor era una venganza de ultratumba del emperador, de quien se decía que era el mal encarnado; no quería que nadie mancillara aún más su nombre maldito. Escribía todas las noches y lo destruía casi todos los días. Pero aquel día no estaba escribiendo su libro. En ese escrito que tenía delante había volcado todo su saber, toda su restante habilidad por su mala vista menguante. Ese escrito era especial en el texto, en la riqueza del pergamino, con las letras capitales y la bulla de oro que colgaba. Era la pieza maestra de todas sus creaciones. De todas sus falsificaciones. Y en ella se exigía la rebelión.

Dónde, era la cuestión. Dónde podría dejarlo dormir, oculto y a salvo de todos, salvo a su destinatario, y que su destinatario pudiera encontrar e interpretar su contenido. Dónde, sin perder ni un momento más. Claro. Allí.

No provocamos dolor por quererlo; el dolor se lo infligen ellos

mismos, por no querer liberarse de sus remordimientos. Por no aceptar que realmente quieren liberarse de sus mentiras. Son nuestras piadosas manos y nuestras piadosas palabras las que les ayudan a comprenderlo.

BERNARDO GUI

Ya están allí. Sabe que está perdido, que eso sucedería. Permanece sentado, con los puños cerrados sobre la mesa. Se imagina el insoportable dolor de la tortura. Bernardo Gui lo sabía, lo dejó escrito. Qué pena no poder terminar su propio libro. Su respiración se acelera. Le tiemblan la barbilla y la larga barba. Los siente en la antesala. Pasos pesados, puede imaginarse a los soldados. Puede imaginarse que quizá lo maten. Hallan su puerta cerrada. No responde a sus voces. Se sobresalta con los golpes en la puerta, pueden ver el resplandor de los velones sobre la mesa; él puede ver la luz de los faroles, los perfiles barbados que se proyectan como sombras chinescas. Aguanta la respiración hasta que salta la cerradura. Entran en tropel. Diez contra uno. Intenta mostrarse digno; sus ojos sinceros no pueden ocultar que es culpable.

—Estás arrestado, anciano. ¡Cogedle! ¡En nombre del Consejo, sois acusado de traición!

Son las fuerzas del orden y de la justicia. El Consejo de los Diez ya no existe pero sus tres *capi*, por orden del Dogo, han asumido la Inquisición del Estado. Lo levantan a la fuerza, lo zarandean cuando él se resiste y se aferra a los bordes de la mesa con tozudez hasta dejarse en ella las uñas, pero no grita ni se queja cuando le pegan y doblegan en la noche y lo llevan al Palacio Ducal, a las estancias secretas de la tercera planta, ante el verdugo que aguarda para torturarlo.

* * *

Antonio Lascaris oyó sus gritos desde su celda en el silencio de la noche. Gritos, oscuridad y cadenas. Era horrible. La Serenísima le mostraba su faz más horrenda; y a la vez le convencía más y más en la certeza de sus convicciones. Lo haría. Tenía que resistir. Resistir. Resistir.

Se acurrucó temblando y llorando en su catre cuando los gritos se

reanudaron con desesperación renovada.

CAPÍTULO 26

CUANDO UNO SE TRAGA SU ORGULLO

VENECIA, 7 DE MAYO. DOMINGO

Hasta el día anterior había sido el chico que vendía la *Gazzetta* veneciana por dos modestas monedas frente a la basílica, el que repartía noticias sobre bodas y casamientos, sobre las funciones de los teatros, sobre opiniones de arte, de literatura, de historia. Sobre defunciones y herencias. Sobre ventas y negocios. Aquellos pliegos doblados a la venta por dos monedas recogían todo eso. Hasta el día anterior.

Pero ese día era diferente.

Suspiró y se encajó bien el gorro que cubría sus pelos revueltos de adolescente. Metió la mano en la bolsa y empezó a esparcir al aire los pliegos.

—¡La *Gazzetta*! ¡La *Gazzetta*! ¡Los franceses llegan! ¡Los franceses llegan!

Un funcionario de palacio le oyó y se extrañó. Salió de uno de los cafés de la Mercería y se atrevió a acercarse hasta él. El chico se asustó. Siguió repartiendo a toda velocidad. Ciudadanos curiosos se acercaron a coger los pliegos esparcidos por el suelo de las dos plazas, que el aire del sur removió de un lado a otro. El chico se temió lo peor: lo habían descubierto.

—Eh, chico. ¡Eh! ¡Qué haces! ¡Ven, te digo!

El repartidor lo miró de forma insolente y le sonrió con su pecoso rostro y los ojos brillantes.

—¡Viva Francia, cabrones! —Y le arrojó la bolsa casi vacía a la cara antes de salir corriendo como si le persiguiera el diablo.

Los que presenciaron aquel desplante se quedaron boquiabiertos, casi tanto como indignados poco después al leer lo que allí se decía. Llamaban a otros amigos y conocidos con gestos de la mano, animándoles a leer también esos papeles y advertir a todos sus parientes y conocidos.

El funcionario se libró de las manos de todos aquellos buenos samaritanos. Tomó uno de los papeles y lo leyó por sí mismo. Después echó a correr hacia el Palacio Ducal con él en la mano.

* * *

Por la mañana, la conferencia se reanudó. Los consejeros retenidos en el palacio se presentaron cansados y ojerosos. Habían dormido mal. Durante la noche, los gritos provocados por los verdugos les habían desvelado a todos. Cuando el asistente Trevisan dio paso al Dogo, todos callaron. Permanecieron en pie hasta que el príncipe de Venecia ocupó su silla de respaldo alto. Le miraron con profundo cansancio y desconfianza. También Ludovico Manin estaba agotado, pero en sus ojos había frialdad y desprecio.

Uno de los *capi* de los Diez se puso en pie.

—Serenísimo Príncipe, la situación en los cuarteles es insostenible. Nuestros mercenarios están a punto de rebelarse. Todavía no han cobrado.

—Se les ha prometido, caballero Dolfín, y lo que se ha prometido bajo mi mandato se cumplirá. Deben tener paciencia.

—¿Pero cuándo, Excelencia? Porque no son solamente las pagas atrasadas. Les están incitando a levantarse contra vuestro gobierno.

—¿Quién...? Quiero decir, ¿cómo...?

—Estos panfletos. Los han esparcido por toda la ciudad, por los seis barrios, por las plazas, frente a las iglesias, por los cafés. ¡Traidores, señor! ¡Hay traidores por todas partes!

—Son los traidores que salieron de prisión... —musitó uno de los sabios de Tierra Firme, contrariado. El Dogo le dirigió una mirada envenenada que casi hizo que se le cayera el corno ducal de la cabeza.

Cogió el panfleto que le tendía el *capi*. Aquello era inesperado.

¡Ciudadanos! Venecia os engaña. Venecia juega con vosotros. No os defenderá, porque no tiene ejército. El Dogo entregará su honor y

sus soldados a los franceses y después os sacrificará, antes que reconocer su error y asumir los tiempos que llegan. ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Abajo el patriarcado! ¡Entregadle, antes de que os alcance la tormenta!

Con un gesto soberano rompió el papel en cuatro partes, lo dejó caer al suelo y lo pisó con los mocasines bordados en oro.

—No dejaremos que influyan sobre nos.

Uno de los sabios se atrevió a discrepar.

—Serenísimo Príncipe, no es algo para tomarse tan a la ligera. Nuestros mercenarios están muy alterados. Basta una chispa para encender una hoguera.

—El comisario Morosini, con sus plenos poderes, podrá apagarla.

—Quizá. Pero mientras lo hace, Venecia no podrá resistir a los franceses. Más temor tengo yo de los mercenarios que de los franceses. Si se rebelan, si creen que les estamos engañando, bien poco nos importarán los franceses. Ya tendremos al enemigo dentro de nuestra propia casa. Yo los he sufrido en Treviso y en Padua, nuestros esclavos se comportan como bestias insaciables de oro cuando no reciben lo que creen que merecen. Son como perros, sus capitanes les azuzan, ¡y ay de quien se encuentre en su camino! Serenísimo, hay que apagar ese fuego ya. ¡Si se insubordinan, más nos valdría rogar a los franceses que nos invadieran!

—¡No, Excelencia, no le escuchéis! —El caballero Dolfin se levantó indignado—. Venecia depende de ellos. No podemos desmovilizarlos por el temor de cuatro viejos chochos. ¡No podemos licenciar a las tropas sin conocer antes qué rumbo toman las negociaciones sobre el tratado de paz que pedimos a Bonaparte! ¡Nos exponemos a que todos los sacrificios que hemos realizado hasta ahora hayan sido en vano!

—¿Qué sacrificios, cucaracha? ¿Acaso han ardido tus campos de cereal en Padua? ¿Han destruido tu casa paterna, han violado a las mujeres de tus subordinados? Aún hay una posibilidad de que Bonaparte acepte y detenga a Villetard.

—Pero vamos a ver, señores —intervino otro de los sabios—, ¿Villetard está actuando por cuenta propia o está todo urdido desde Milán por el general corso? Que me han dicho que estúpido no es, ni enano tampoco. Que es bastante alto, pero que como su cuerpo de guardia personal tiene alistados a

gigantes, a su lado parece rechoncho. Eso dicen.

—El comisario Edme Joseph Villetard es un joven ambicioso. Como todos los jóvenes, carece del don de la medida.

—Caballero Dolfín, no despreciéis a nadie —interrumpió el Dogo—. Haya paz. Mi asistente Trevisan acudirá de inmediato a tranquilizar a los capitanes. Enviaremos garantías a nuestros prestamistas para obtener fondos adicionales. Con ellos pagaremos un mes más.

—Aún seguiremos debiéndoles el mes de abril —apuntó Trevisan.

—¿Se conformarán? —preguntó el *capi* Dolfín.

Tras un incómodo silencio, el Dogo asintió sin demasiada convicción.

—También, caballeros, hay que tratar con las delegaciones extranjeras. El embajador inglés, mostrando su preocupación por los últimos acontecimientos, ha solicitado protección por si se viera obligado a abandonar Venecia.

Era una petición incómoda y muchos de los presentes así lo afirmaron: daría crédito a las amenazas anunciadas en el panfleto. Causaría pánico en las demás embajadas. El Dogo levantó una mano. Nadie hizo caso. Siguieron cruzándose las opiniones, en tono creciente, hasta volverse acusaciones. El Dogo, enfadado, dio dos palmadas. Se hizo el silencio.

—Estimo a sir Richard Worsley. Y su preocupación es legítima. Me pregunto si todos los que aquí estáis preocupados por nuestra república seguiríais aquí de no ser por la convincente y benevolente hospitalidad que os brindo en este palacio. Por mi parte apoyaré la petición del embajador. Y en espera de lo que nos cuente Trevisan, aún no desarmaremos a los esclavos.

* * *

Daba pasos titubeantes por el cansancio, sin llegar a decidirse. El mundo daba vueltas a su alrededor. Se apoyó contra el dintel de una puerta, guareciéndose un momento del sol. Tenía los ojos enrojecidos. Le dolía todo. El rostro golpeado, el estómago, los huesos. Aún temía que le siguieran o que volvieran a encontrarle. No podría soportar otra vez a Zorzi ni su sonrisa feroz mientras le torturaba. La cabeza. Estaba tan cansado, tan sediento. Todo, todo. Lo había perdido todo. Sus almacenes estaban incautados, los franceses le buscaban y también le perseguían los esbirros del Dogo. Los *capi* o Morosini, alguien había recibido el poder de los inquisidores para controlarlos a todos. Su

familia había sufrido. Beatriz estaba en manos francesas, ¿cómo habían podido apresarla? Antonio. ¿Estaría vivo o muerto en las prisiones del palacio? Se restregó los ojos ojerosos. Adriana y Ana estaban en poder del abate. Todo, lo había perdido todo, por culpa de los malditos papeles de Tortelli y de ese anillo maldito. Quizá lo había perdido por nada. Puede que esa falsificación, esa proclama de sublevación, no existiera. Pero estaba el anillo, y con ese anillo en manos peligrosas Venecia podía sublevarse o podía rendirse sin condiciones. Tortelli había muerto. Él seguía vivo y no podía rendirse. La vida era elegir. Estaba dispuesto a entregarse y morir, su vida a cambio de otra vida. Adriana y Ana; Antonio; Beatriz. Pero no estaba dispuesto a elegir a quién salvar y a quiénes condenar.

La noche le había dado la oportunidad de huir del *sextiere* de Rialto hasta el de Dorsoduro. Rodeó los almacenes de sal. Su rostro magullado y con barba incipiente no pasaría desapercibido mucho tiempo. Las calles estaban llenas de ciudadanos. Las mujeres hacían acopio de grano y pan, intentando burlar las restricciones. Los hombres increpaban a los soldados que detenían las góndolas y las embarcaciones para asaltarlas en busca de rebeldes y de armas. Los alborotos continuaban. Ni su conciencia ni las voces en la noche le habían dado ni un minuto de tregua. Con tanta gente todavía podía tener una posibilidad. Escuchó aquí y allá, sin levantar la vista del suelo. Era por el armisticio. Los rumores habían alcanzado la calle: si no se prolongaba el armisticio agotado ese día, al caer la noche dieciséis mil vecinos se sublevarían y tomarían la ciudad, mientras desde la orilla los franceses embarcarían hasta Venecia para atacar desde varios frentes, sin olvidarse de los esclavos, con los que habían pactado el saqueo. Eran rumores terribles, y tanta era la agitación que de las voces llegaron a las manos. Grupos enteros de vecinos se enfrentaron a los hombres armados del Dogo y a los funcionarios, acabando muchos de ellos a golpes y en el agua de los canales.

Aquello sumió al mercader de sal en la desesperación. Había gente que se lamentaba de por vida por las decisiones tomadas, había quienes se lamentaban por sus errores y quienes se lamentaban por no haber tenido valor para decidir qué hacer, perdiendo su oportunidad para, tal vez, enderezar un poco este jodido mundo. Marco Lascaris se santiguó y se decidió. Aceleró el paso tanto como pudo evitando a los vecinos y a los guardias y haciendo caso omiso a todos. Llegó a la gran casa que buscaba. Era su última posibilidad.

Golpeó con fuerza la puerta.

Era la embajada rusa.

—¡Abrid! ¡Abridme! ¡Necesito hablar con el embajador Mordvinov!

Era tanta su agitación que al final le hicieron pasar, pero dos hombres robustos le agarraron por los brazos mientras seguía suplicando hablar con el embajador. Le registraron por si portaba alguna pistola o cuchillo. Nada. Los sirvientes asomaban las cabezas desde las puertas de las habitaciones y desde la escalera. Alguien se dirigió a él. Un hombre elegante, de mediana estatura, vestido con casaca y con el pelo canoso recogido en una coleta. Su nariz era recta, los ojos grises, los pómulos poco marcados, la piel clara. Aquel hombre no era ruso, y en cuanto habló supo que no era veneciano.

—Basta, basta. Ya estáis en nuestra embajada. Si no os sosegáis, no habrá forma de entendernos. ¿Quién sois y qué queréis?

—Quiero hablar con el embajador Mordvinov. Tengo información que le interesará.

—Ajá. Un informante. ¿Sobre qué?

—Solo hablaré con el embajador.

—El embajador no habla con el primer exaltado que se atreve a invadir este suelo soberano. Soy su consejero. Tendréis que decirme a mí esa información o salir de aquí. Y ya estoy teniendo demasiada paciencia. Yo decidiré si es relevante o si es de fiar. Primero decidme quién sois.

—Me llamo Marco Lascaris. ¿Con quién estoy hablando?

—Las preguntas las debería realizar yo. Pero os lo concedo. Emmanuel-Louis-Henri de Launay, conde D'Antraigues. Esa información supongo que será confidencial. —Miró a sus subordinados. Una negación. Él asintió. Marco Lascaris se sintió libre—. Hablaremos con mayor discreción en este despacho. —Y le invitó a pasar a un gabinete adjunto al pie de la escalera. Cerró la puerta—. Recordad que Igor e Iván están al otro lado y que no son compasivos con los violentos ni con los mentirosos. Os concedo un minuto. Hablad.

—Sabéis que los franceses están muy cerca. Mi información es sobre Villetard. —El consejero ruso alzó una ceja; le indicó que siguiera—. Seguro que sabéis qué se escucha hoy por todas partes. Creo que esto os interesa. Hay una posibilidad de que Venecia no caiga en manos francesas, ¿o ayudará Rusia a que así suceda? Francia es vuestra enemiga. ¿No ayudaréis?

—¿Qué ofrecéis?

—Una lista. Con todos los agentes franceses presentes en Venecia. —Y le enseñó una lista completa. Comenzó a leerla en voz alta—. Villetard, Zorzi, Spada, Beaumont, Lastradi, Delacroix, Malo, Belardi... ¿Tengo que seguir? Aquí están, todos ellos, en esta cara, en esta otra, y en esta otra, con su dirección conocida y notas sobre su jerarquía.

Lascaris la agitó, acercándosela para tentarle, pero a una distancia prudente para que no se la pudiera arrebatar de las manos. Esperó. D'Antraigues sopesaba, pero no se decidía. El mercader respiró hondo, decepcionado; había esperado una reacción entusiasta, aunque no iba a abandonar. Tenía una baza más peligrosa a mano. Carraspeó.

—Hay otra lista más. La de agentes franceses en Venecia que no están al servicio de la República de Francia, sino de los Realistas al servicio de Luis XVIII. Y la encabezáis vos.

D'Antraigues saltó de la silla como un resorte y le arrancó la lista de las manos. No podía permitir que Mordvinov conociera aquel secreto; le costaría la vida. Maldito Giacomo Tortelli. ¿Cuánta verdad conocía? El consejero de la embajada rusa, ansioso, quiso comprobar esos nombres escritos. Pero no entendió lo que leía. Eran palabras sin sentido. Claro.

—¿Cuál es la clave de cifrado? ¿Qué nombres están aquí? ¡Responde!

Bendito Tiresias. Era odio y temor lo que mostraba el consejero.

—La lista original está a salvo en manos de un amigo. Si mañana no le envío a una hora convenida una persona con un santo y seña, entregará esa copia a Villetard. Pero quiero fiarme de vos. Necesito fiarme de vos. Ayudadme a fiarme de vos.

—¿Y qué quieres? ¿Qué pides a cambio de esa lista?

—Sacar a mi hijo de prisión. Hoy, o será demasiado tarde.

—¡Pero eso es imposible!

—No. Necesito ayuda.

* * *

Giacomo el gondolero le había revelado cómo hacerlo. En esa noche tan larga lo había visitado. Le recibió bien. Se estrecharon la mano con fuerza; ambos

eran padres en la adversidad. No se dijeron ni una palabra hasta que el gondolero le mostró un cuarto con la puerta entreabierta. A la débil luz del candil, Sofia dormía sobre un catre. La habitación era humilde. Sonreía en sueños. Tenía las manos posadas sobre su vientre. Giacomo le dijo lo que sabía.

—Tampoco yo sé nada de Antonio —le respondió el mercader, emocionado. Era verdad que esa joven le iba a hacer abuelo.

—Hay que sacarlo de allí —murmuró el gondolero—. Hay que salvarlo.

Por su culpa, un hombre, lejos de allí, fue interrumpido en su comida al mediodía. Por su culpa, Igor e Iván allanaron su casa, dejaron inconsciente y amordazada a la criada en la cocina y atosigaron al hombre hasta conseguir lo que poseía, su bien más valioso, más codiciado, más ignorado. Aquel pobre hombre cedió horas más tarde. Lo que conocía tenía caducidad. El pobre secretario creyó que eran los temidos agentes de negro los que le preguntaban con tanta violencia. Los dos rusos no lo sacaron de su error. Y esperaron a que terminara la noche.

* * *

Los Plomos eran las cárceles destinadas a los criminales de Estado. Eran las buhardillas del Palacio Ducal. Las anchas placas de plomo que cubrían el techo de aquel palacio les daban el nombre. Marco Lascaris las había visitado. Le habían explicado algunas cosas bajo su juramento al Estado. Su juramento ya no era válido, al haberse convertido el Estado y él en enemigos mutuos.

—No se puede llegar a los calabozos de los Plomos sin pasar por las puertas del palacio, o por el edificio de las cárceles o, por último, por el puente de los Suspiros. No se puede subir a ellos sin pasar por la sala en la que se convoca a los inquisidores de Estado. Un secretario tiene la llave de esta sala, llave que solo entrega al carcelero, por la mañana.

—¿Cuándo? —preguntó D'Antraigues.

—Muy temprano, y solo el tiempo necesario para el servicio que se hace al amanecer, porque más tarde los carceleros, en sus idas y venidas, llamarían demasiado la atención de las personas a entrevistar por los jefes del Consejo de los Diez. Este consejo se reúne, perdón, se reunía todos los días en una sala

contigua y los carceleros tienen que cruzarla cada vez que van a los Plomos.

—Entonces, ¿el acceso a los calabozos solo es posible al amanecer?

Asintió.

—Cuando el secretario entrega la llave al carcelero para el servicio diario de comida a los presos. También cuando se produce la entrada y salida de carceleros con presos. Y también en el momento de cambio de turno de carceleros. Se exige un santo y seña para pasar la puerta hacia los corredores de los calabozos.

—¿Y la conoces?

—Cada día es diferente. Pero podemos conseguirla.

Los gondoleros conocían a mucha gente, y tenían mucho tiempo para comentarse chismorreos. Giacomo tenía razón: aún podía salvarse a Antonio. Si es que seguía vivo.

—¿Estáis seguro?

—Sí —concluyó Lascaris, expectante—. Puede hacerse. ¡Pero hay que darse prisa! Yo tendré a mi hijo libre; vos, las dos listas.

—Pedís un imposible.

—Señor D'Antraigues, ¿me queréis hacer creer que franceses, británicos, austríacos y españoles tienen simpatizantes infiltrados en el Palacio Ducal y Rusia no? Por favor. No me toméis por tonto.

El francés sonrió maquiavélicamente. Era un plan simple y a la vez tan osado que no podía dejarle indiferente.

ANTES DEL AMANECER

Antonio se acurrucó en una de las esquinas de la celda, deseando hacerse invisible. No mostró su rostro. No quería salir porque sabía que el dolor le aguardaba. Comenzó a temblar. El carcelero le izó.

—¡No quiero!

No le hizo caso. El carcelero arriesgaba mucho. El santo y seña había funcionado. Le habían entregado las llaves de las puertas. Otros gemidos en otras celdas le habían confundido, haciendo que tardara en dar con él. Ya lo tenía. No saldría sin él. Siguió tirando de él por el largo pasaje bajo la buhardilla, débilmente iluminado de tanto en tanto por farolillos. Antonio

Lascaris arrastraba los pies con dolor, cada paso era un sufrimiento, pero aquel no era el recorrido a la sala de la garrucha.

—¿Dónde... vamos?

—Fuera. Ahora silencio.

Podría ser. ¡O sería una treta más! ¡Le daban esperanzas para debilitarlo y después... todo volvería a comenzar! Era la crueldad pura y última, dejarle vislumbrar la libertad para arrojarle con mayor fuerza a la desesperación.

—¡No!

Se zafó del fuerte abrazo del carcelero. Se agarró a la barandilla, anduvo a trompicones, jadeando, dispuesto a... ¿A qué? ¿A volver a su celda? Porque no había otro destino por allí. Las maderas crujieron, como lo hicieron también sus dientes por pura rabia. Se giró de pronto y se lanzó de cabeza contra el carcelero.

De haber sido quien había sido semanas antes, sano, fuerte, hubiera podido derribarle, zafarse de él y correr hacia la salida. Y era una locura. Porque si lo conseguía una puerta de piedra bloqueaba el acceso. Estaban los guardias del palacio. Y los múltiples sirvientes y funcionarios. No podría escapar nunca de allí, tan débil, tan asustado. Sí. Tan débil.

El agente ruso consiguió agarrarlo por la garganta y silenciarlo.

—¡Calla! Escucha. Sígueme si quieres vivir.

La puerta estaba cerca. Pero se abrió de repente justo delante de ellos. Era el guardia que de nuevo debía llevarle ante los verdugos. Como no los distinguía bien alzó el farol que portaba.

—¡Eh! ¡Tú!

Ambos carceleros se miraron con estupor, uno sorprendido en su huida, el otro desconcertado por ver libre al preso que le reclamaban para un nuevo interrogatorio. La palabra «traidor» surgió en su mente, pero no pudo gritarla. Aprovechando la sorpresa, el primero golpeó al segundo con el puño justo sobre la nariz, entre los ojos, derribándolo inconsciente con la nariz rota. El farol rodó por el suelo pero el velón no se apagó.

—¡Aprisa! ¡A la celda!

Antonio salió de su estupor. Comprendió qué sucedía. Cambió su blusa andrajosa por la del guardia, al que encerraron en su celda. Ignoraron los ruegos de los otros desgraciados encarcelados. Dejaron atrás la puerta de

piedra. Aún tenía la llave puesta. Empujaron hasta que se cerró con un ruido de tumba lúgubre y pétrea y su salvador se llevó la llave.

—¡Por aquí! ¡Y disimula!

Atrás quedó la estrecha escalera secreta hasta la buhardilla y la sala con el acceso hacia el puente de los Suspiros y al edificio de las prisiones al otro lado del canal. Descendieron otro trecho de escalones, desembocando en la sala de los inquisidores. Sala tras sala, escalera tras escalera, bajaron de un piso a otro, ignorando a los sirvientes, asistentes y funcionarios de la cancillería, del archivo, de la abogacía, de la capitanía de los asuntos del mar. Antonio se animó. Parecía posible escapar del terror. Villetard, tenía que ser Villetard quien lo había organizado todo. Pero según andaba por los pasillos de estucos dorados y escalones de mármol evitando miradas se desengañó. ¿Tan importante era él? No, reconoció. ¿Entonces? Primero saldría de allí, después... Allí. La puerta. Se oían voces fuera, en el patio más allá de la gran escalera monumental.

—Espera. —Le detuvo con la palma abierta en el pecho—. ¡Corre, por la galería!

—¿Por qué? ¿Por qué?

—No preguntes. Vamos. Y no mires abajo.

Recorrieron la galería interior y rodearon el patio mientras un asustado funcionario relataba su aterradora experiencia y exhortaba a los guardias a acudir a comprobar las celdas. El anónimo carcelero frunció el ceño. Era el secretario que habían atormentado una hora antes. Corría con un chambelán y tres soldados al interior del palacio. El carcelero detuvo al joven, que ya resoplaba sin poder disimular sus dolores.

—Volvemos atrás. ¡A la escalera, antes de que regresen!

Cruzaron el patio simulando tranquilidad. El carcelero vio a los soldados haciendo rondas en los tejados. La tensión les atenazaba, pero siguieron andando. Antonio también alzó la cabeza. La visión del cielo azul que poco a poco se iluminaba y escuchar los graznidos de las gaviotas casi le hicieron llorar. Llegaron a la Puerta de la Carta sin atreverse a mirar atrás ni a nadie; tampoco a los dos guardias que custodiaban la entrada y el acceso a los buzones de delación. Oyeron un tintineo de metal. La atravesaron.

—¡Esperad!

El aviso de un guardia les detuvo justo bajo el dintel. El carcelero se

volvió, no sabiendo qué rostro poner. Cerró los puños lentamente. El joven liberado no podría valerse. Apenas se tenía en pie. En la plaza estaban los hombres del Arsenal armados y custodiando los cañones y el perímetro exterior del Palacio Ducal. Qué rabia. Era el fin. No podría. No podrían conseguirlo.

El guardia se acercó dubitativo a él.

—Ten más cuidado. —Y le tendió la llave. La había recogido del suelo embaldosado. Pero después miró a Antonio Lascaris, quien respiraba de forma sibilante y con dificultad—. ¿Qué le sucede?

—Una mala noche. —El guardia desconfió. El otro guardia de la puerta no les quitaba ojo de encima—. ¡Mira qué rostro le han dejado! A lo que llevan las cartas cuando se pierde. —El guardia se relajó y asintió—. Cartas marcadas, estoy seguro. Una voz, luego otra... Ya ves. Lo que pasa.

—Puedes llevarlo al médico del tribunal. Ahora está en los Pozos. Que lo vea —sugirió el otro soldado.

—No, no, no hace falta —masculló Antonio con debilidad.

—¿Seguro? Jesús, María y José. Pareces medio muerto.

—De verdad que no es necesario —respondió el carcelero, retomando su camino y tirando del liberado, haciendo gestos para quitar importancia al asunto—. Vino y reposo, ¿acaso recetan otra cosa esos matasanos?

—Claro, claro. —El guardia mudó su rostro y endureció su voz—. ¿Y tus nudillos? ¿Es eso sangre?

Con valentía, el carcelero volvió a detenerse y se giró hacia los soldados.

—¡Por supuesto que sí! ¡No iba a dejar que mi amigo se divirtiera solo!

El guardia volvió a relajarse. Les dejó partir. En cuanto cruzaron la Mercería y perdieron de vista el palacio, ya en las calles de los comercios, aceleraron el paso. Detrás y lejos oyeron juramentos y maldiciones. Ya habrían descubierto su huida. Debían separarse.

—¡Espera! —pidió Antonio Lascaris—. ¿Quién te ha enviado?

—Ha sido cosa de tu padre.

—¿Dónde está? ¡Está en peligro!

—No debes preocuparte por él. Me pidió una cosa: que te dijera que tu hermana está en manos de Villetard y que va a rescatarla; pero que tú debes salvar a tu madre y sacarla del monasterio de los anglicanos. Y me recalcó que

te dijera que no te fiaras de los franceses.

—Pero... Tu acento. Tu acento es francés.

—Mi señor D'Antraigues también. —El osado y joven asistente sonrió—. ¡Buena suerte! Pero antes tienes algo que decirme.

* * *

Su madre. Y Ana. El sol ya surgía sobre el mar. Obligó a que le abrieran la puerta. Se adentró en el claustro. Su madre. Era ella, discutiendo. A pesar de los tremendos dolores de los hombros y de las manos, se esforzó en cerrar los puños. El miserable que la importunaba se iba a enterar.

—¡No y no! ¡No me marcharé con vos, abate! Quiero saber dónde está mi marido. ¡Me prometisteis que estaría bien! —Ana lloraba entre sus brazos—. ¡Lo ibais a proteger! Mis hijos, ¿dónde están?

—Yo... Madre, yo estoy aquí.

Adriana ahogó un grito de sorpresa. Se ocultó la boca tras una mano al verle la cara herida y varios dientes rotos. Apartó sin miramientos al abate, que trastabilló y a punto estuvo de caerse en medio del claustro, y abrazó a su hijo. Ana seguía llorando.

—Estoy bien, madre. Pero dime, ¿dónde está Beatriz?

Negó con la cabeza.

—¡Se escapó, y ahora este sacerdote dice que hay que salir de aquí!

—Eres el hijo de Marco Lascaris. Y yo estoy de su parte. Tu padre... Tu padre es un valiente. Tenemos que encontrarle y ayudarle.

—Mi padre es senador, y es consejero de un tribunal terrible e injusto. Representa lo que debe terminarse. No lucharé por él. Ni por el Dogo y su dictadura.

—No, no por él. Ni por mí. Tenemos que luchar juntos. Muchos estábamos equivocados. Ahora tenemos que unirnos. —El abate suspiró. El día anterior se había tragado su orgullo. Había perdido. Había pedido hablar con sir Richard en la embajada sobre el mercader de sal y sin esperar el consentimiento de Jeffrey había entrado en el salón inferior, donde el embajador se regodeaba con sus tesoros. El abate se sintió como Jesús entre los mercaderes a la entrada del gran templo. Cuadros. Esculturas. Muebles

ornamentales. Todo un botín manchado por el pecado y la sangre. Su indignación fue tan grande que, Dios le perdonara, estalló de ira. Lo señaló con el dedo y le acusó de su avaricia y de encubrimiento; de su depravación. De su traición. «¡Venecia! ¡Que se hunda Venecia, tierra de estúpidos ingratos! Por lo que a mí atañe, que se la queden los franceses. ¡Abate! ¡No es propio de un hombre de Dios inmiscuirse en asuntos terrenales que no le incumben! Pero ya estás más atado a la tierra que al cielo, así que no olvides a quién sirves. ¡Largo!».

Volvió a suspirar—. Debemos luchar, joven Antonio, del lado de tu padre. No contra el Dogo, sino por la libertad. Contra todos los yugos. Por Venecia. Sí, porque ahora lo sé, también yo estaba equivocado, que el cielo me perdone.

CAPÍTULO 27

MARIÉ

VENECIA, 8 DE MAYO. LUNES

EN LA EMBAJADA RUSA

El sol lucía por encima del horizonte, calentando ventanas y fachadas. No eran todavía las nueve de la mañana. Tic, tac. Un reloj adornaba el gabinete, denunciando el lento paso del tiempo. El mercader miraba a D'Antraigues. Aquel le miraba a él mientras fumaba y esparcía voluptuosos círculos de humo de un lado a otro de la habitación, sentados ambos sobre sendos butacones de orejas. Los candelabros habían consumido casi todos los hachones de cera, formando una montaña de goterones sobre el terrazo del suelo. D'Antraigues se levantó al oír pasos y los golpes de unos nudillos sobre la puerta. El osado ayudante francés de D'Antraigues se asomó brevemente por la puerta entreabierta e intercambió unas palabras con él. Marco Lascarís bebió un largo sorbo de su fuerte café. El joven hablaba en ruso para ocultar el significado de sus palabras. Terminó. Cerró la puerta.

D'Antraigues se volvió hacia su invitado.

—Enhorabuena. He cumplido. Está libre.

—¿Cómo lo sé? ¿No ha dicho nada para mí?

El consejero esbozó media sonrisa.

—Queréis una prueba. Qué menos. Ha dicho: «Cuidaré de madre y de Ana. Ya no soy el que solía en Verona. Cuida también de Sofía». ¿Os basta?

El mercader asintió, cansado. Resistir. Resistir.

—Comprenderéis, Lascaris, que no puedo dejaros salir de la embajada. Decidme ahora la clave de cifrado, y el santo y seña, y el punto de reunión. Cumplid vuestra parte. ¿Cómo conseguisteis estas listas?

—Del despacho secreto de los inquisidores. El hombre espera en los soportales de la Zecca, a plena luz. Sostendrá un pañuelo blanco en su mano izquierda. Con bigote. De mediana edad. —Se imaginó a Silvio ya esperando, nervioso y atento a los rudos esclavos y la guardia armada. Había accedido a su súplica de ayuda, pero el mercader tenía remordimientos. Estaba comprometiendo la vida del hombre—. Pero la seña no servirá. Tengo que ir yo. Si va otra persona supondrá que estoy retenido o muerto, o si el santo y seña que doy no es correcto supondrá que actúo contra mi voluntad y entregará las dos listas.

—¿No es eso lo pactado! Creí que erais hombre de palabra. Yo he cumplido.

—Y yo también cumpliré. ¿Me creéis?

—¿Cuál es la clave?

—Diecisiete. Coged el alfabeto. Un número por letra. A, uno; B, dos. Y así. Sumad a cada número diecisiete y sustituid cada letra por su nueva letra numerada. Así se ha cifrado. Hacedlo al revés.

Sencillo, como todo, pensó Lascaris, si se conoce la clave. Mientras, D'Antraigues descifraba e iba prestando atención a los nombres, a las notas. No terminó. No le hizo falta. Conocía esos nombres. Eran secretos. La lista era auténtica.

—Os creo. Está bien. Iremos a la Zecca. ¿Pero cómo sabré que no me engaños?

—No podéis saberlo. ¿Os fiáis de mí?

No obtuvo respuesta.

El ayudante de D'Antraigues se llamaba Jacques. Otro hombre y él escoltaron al mercader hasta el edificio de la Zecca, junto a la Biblioteca Marciana. Jacques le apretó el brazo como advertencia. El mercader se dio cuenta de su fuerza.

—Es cierto que su hijo se parece. No os creáis más listo que nosotros. ¿Cómo sabéis que no retenemos a Antonio como garantía de vuestra palabra?

Silvio estaba allí. Quieto e intranquilo. Les vio llegar y tragó saliva. Pobre hombre, pensó el mercader, su casa había sufrido las consecuencias del

incendio de la casa de Tortelli, y por poco no había ardido también. Pensó en Antonio. Mejor en poder de los rusos que en las celdas del Dogo. Silvio. Diez pasos. Lascaris echó una ojeada a la guardia armada de palacio. ¿Les miraban? ¿Estarían pendientes de ellos? ¿O habría espías de los franceses en los soportales? Cinco pasos. Antonio, hijo mío, vas a ser padre y no lo sabes. Qué tremendo peso aguantan los padres, preocupados por los hijos en cada momento. Un paso.

Ambos hombres se miraron a los ojos. Silvio temblaba.

—Algo huele a podrido en Dinamarca.

Silvio se abrió el chaleco y entregó la lista firmada por Giacomo Tortelli. La mano le temblaba. Lascaris la recogió y se la pasó a Jacques. La leyó con rapidez, se la guardó y asintió. Se marcharon dejando al zapatero en tensión. Ahora debía estar atento. El mercader y sus dos acompañantes le dieron la espalda, pero Lascaris llevaba la mano derecha a la espalda. Los dedos de su mano índice y corazón estaban cruzados. Era la confirmación. Silvio disimuló la tranquilidad que no sentía.

El hombre dejó atrás la placeta. Cruzó el canal, repitiéndose las palabras una y otra vez. En la góndola se enjuagó el sudor del rostro de forma obsesiva con el pañuelo blanco. Llegó al otro lado y a pesar de los nervios cumplió lo prometido. Se plantó ante la delegación francesa y rogó ver al comisario Edme Joseph Villetard. Las caras hoscas que le recibieron lo atemorizaron, pero ya no podía retroceder, pensó con alarma. La puerta se cerró tras él.

El sirviente que recibió el recado regresó con el comisario. Alto, vestido magníficamente, con el pelo recogido atrás con una coleta, el rostro pálido rasurado y los ojos relampagueantes. Los grandes pasos resonaron en el pasillo.

—Yo soy. ¿Y bien?

—Me envía Marco Lascaris. Esto... sería mejor hablar en privado.

Zorzi sonrió y miró al comisario. Se puso muy cerca y detrás del zapatero.

—¡Habla ya! —exigió Villetard.

—Yo... solo soy un mensajero. Quiere negociar. Tiene en su poder dos listas. Una, con los nombres de todos vuestros agentes franceses en Venecia. Otra... con la de agentes franceses en Venecia al servicio de Luis XVIII. Os la dará a cambio de su hija Beatriz.

A una señal, Zorzi le zarandeó con brutalidad ante el comisario. A otra

señal, siempre sonriendo, comenzó a descargar golpes sobre el zapatero, quien se derrumbó protegiendo su cabeza con brazos y manos. Lo levantaron del suelo y siguieron abofeteándolo.

—¡Solo soy un enviado! ¡Piedad!

—¡Nadie me chantajea! ¡No ahora que Venecia está en mis manos! —rugió Villetard con el rostro encendido. Hizo una nueva señal. Zorzi detuvo sus golpes y obligó al zapatero a levantar la cabeza. La sangre corría por su cara desde una brecha en la ceja y desde la nariz y el bigote negro, salpicando sus ropas y el suelo—. No me he olvidado de él. ¡Dime dónde está Marco Lascaris y qué nombres pone en esas listas! —Los golpes se reanudaron. El hombre gimió y alzó las manos claudicando—. ¡Nombres!

—¡No sé dónde está! ¡No he visto las listas! —Zorzi le mostró su sonrisa feroz al tiempo que le retorció un brazo—. ¡Esperad! ¡Oí un nombre! ¡D'Antraigues!

—¿Estás seguro?

—¡Sí! ¡No me matéis, por favor! ¡Os lo suplico!

Zorzi miró al ministro francés en busca de una indicación. Estaba furioso. Se esforzó en recobrar la compostura, se estiró la chaqueta azul y los puños de la camisa inmaculada. Recolocó un mechón suelto y rebelde tras su oreja derecha. Su subordinado siguió esperando.

—Llévatelo ya sabes dónde. Sigue preguntándole convincentemente.

La reunión tendría que esperar. Se sentía furioso. Conocía a D'Antraigues. Si estaba al frente de los realistas en Venecia eso explicaba muchas cosas. ¿Por qué no? Como contrario a la Revolución y al Directorio, podría ser la mano que dirigía a Tortelli para oponerse a Lallemand y no dejar Venecia en manos francesas. Así que al final Tortelli podía ser otro triste desgraciado, engañado por las palabras y mentiras de un fabulador, y Venecia el campo de batalla entre los monárquicos franceses, protegidos por el Dogo y por Austria y Rusia, y entre los revolucionarios. D'Antraigues necesitaba a Tortelli. Ahora necesitaba a Marco Lascaris. Había que encontrarle. El mensajero sabría, seguro. No. No postergaría la reunión prevista. Urgía más que nunca acelerarlo todo.

* * *

Beatriz estaba furiosa. Aquel desalmado la había engañado. ¡Ella, engañada y seducida! Todo había sido mentira, una pasión calculada e interesada. Encerrada en la alcoba, había pensado en todos sus encuentros una y otra vez, reinterpretando cada uno de los gestos, cada una de las palabras de Edme Joseph, cada una de sus caricias. Se sentía avergonzada y humillada. Todo en el teatro era una farsa, ella bien lo sabía. Sobre las tablas la ficción de una mentira se alzaba como verdad ante los espectadores si los actores eran buenos. Qué gran actor era el francés. La había engañado completamente. Y sin embargo, ella había creído en él y en una nueva vida, una vida ajena a su madre controladora y a su padre siempre ausente. Y lejos, muy lejos de Venecia. Una vida de amor y ensueño. ¡Qué estúpida! Su madre lo decía: los hombres solo quieren una cosa de las mujeres. Sí, estaba furiosa, por ser tan tonta y por tener que dar la razón a su madre. Y estaba asustada por su padre.

¡Su padre! Había oído las voces: había escapado. ¿Qué le pasaría a ella? Lo ignoraba. Allí seguía. Sintió un escalofrío. Villetard no la había importunado, pero no sabía si eso sucedería. Si, una vez caída su máscara de amabilidad y sensualidad, se mostraría convertido en un monstruo. Como ese Zorzi. Cada vez que la miraba sentía que la desnudaba y que no le importaría penetrarla a la fuerza. Sintió otro escalofrío. Tenía que escapar de allí. No solo por Zorzi. También por Villetard.

Aún le dolía la mejilla. El francés le había pegado. Tras ver a su padre torturado se sintió histérica y él no lo dudó. La abofeteó y luego la encerró en esa alcoba. Ahora, con más calma, se odiaba a sí misma por haberse acobardado y no haber reaccionado. Por haberse sentido indefensa y vulnerable, ella, que siempre se había considerado fuerte. Ya no. Añoraba al galán. Ahora odiaba al agresor. Porque no había dudado siquiera un segundo en alzarle la mano. Volvería a repetirlo, estaba segura, si le era conveniente. Ahora temía las noches. Y en su insomnio lo odiaba aún más por arrebatarse el sueño.

Miró a la mesa. Miró al rincón. Las criadas le llevaban comida todos los días. Y todos los días recogían la bacina. Ella amaba el teatro. Ella también sabía engañar.

La criada la encontró sobre la cama, gimiendo de dolor. Se agarraba el vientre. Se giraba y se movía, entre las sábanas revueltas.

—¿Señora? ¿Estáis bien?

Dejó la bandeja sobre la cómoda. La prisionera hacía gestos de sufrimiento. Quizá fuera el período. Los hombres desdeñaban ese dolor porque no lo conocían. Beatriz le hizo una señal, una súplica para que se acercara. La criada se acercó al lecho. Le quiso palpar la frente. ¿Debía avisar a alguien? ¿Necesitaba a un médico? Miró hacia la puerta. Hacia el rincón. ¿Dónde estaba la bacina?

¡Gong!

La criada se desmayó sobre Beatriz y sobre la cama. La hija del mercader se apartó de ella y dejó sobre la cómoda la bacina abollada que había ocultado entre uno de los pliegues de las sábanas. Ahora no tenía tiempo que perder. Comenzó a desvestirla. La blusa, la falsa, el pañuelo, el tocado. Le costó ponerse su ropa; era más corpulenta que ella. Resopló encorsetada en la blusa, constreñida en los pechos. Le costaba respirar. Se miró en el espejo del cuarto. Podría servir. Frunció el ceño en un detalle. Ella tenía su hermoso pelo largo y rubio. La criada, negro y corto. Con tristeza pero con decisión, tomó de la bandeja de comida el cuchillo y comenzó a cortarse sus largos y sedosos cabellos de oro, haciendo bucles con una mano mientras con la otra aplicaba el borde cortante. Manajo a manajo, los dejó caer en la bacina. Era deprimente verse así, se sintió mutilada y herida, con cada corte desparejo dejaba de ser ella. ¿Dejaría de ser hermosa? Comprobó que era suficiente. Soltó el cuchillo. Se ajustó la cofia. Cada guedeja rebelde fue ocultada bajo ella. Dejó la comida sobre la cómoda y tomó la bandeja vacía. Respiró hondo. Recordó su odio. ¿Qué más podrían hacerle? No quiso pensarlo. No era el momento de pensarlo.

Abrió la puerta y salió de la alcoba.

Comenzó a bajar las escaleras. Debía bajar dos tramos completos, desde la segunda planta hasta la calle. Descendió el segundo casi sin respirar y sin levantar la mirada de los escalones. Había más criados. Había ajeteo. Quizás era miedo. Parecido al que ella sentía. Lo completó. Suspiró.

Al pie del primer tramo alguien se fijó en ella. Era el otro secuaz. Pero no era tan listo como Zorzi. O eso le parecía. Según descendía no dejaba de mirarla. «No te toques la cofia, Beatriz. Porta la bandeja con tranquilidad, con calma. Muéstrate humilde, Beatriz. Eres una criada. Los criados se humillan ante los señores. No muestran ira, sino temor. No profieren queja sino servil silencio. Descienden la mirada, aunque la ira y el resentimiento ardan en sus

almas»).

Desde la puerta, volvieron a llamar a Andrea Spada. Beatriz reconoció ese odiado perfume, y también esa voz como ladridos rabiosos. Villetard. Zorzi. «Al Senado», escuchó. El secuaz dejó de mirarla para atender órdenes. También él era un siervo. También él tenía resentimiento. Pero algún día, algún día...

Se marcharon. La bandeja temblaba en manos de Beatriz, quien se demoró en descender los últimos tres escalones.

Una voz femenina le preguntó en francés.

Beatriz asintió, sin entender exactamente qué le habían preguntado. Llegó a la planta baja. Dejó la bandeja sobre una mesita. Se encaminó hacia la puerta. La voz, a sus espaldas, procedente del corto pasillo que separaba la cocina del resto de la planta, preguntó con recriminación. La joven anduvo con mayor rapidez. Le ahogaban el calor, el miedo, las ropas estrechas. Puso la mano en la manija. Unos pasos leves se apresuraron tras ella. Sintió una mano femenina en el hombro que la obligó a volverse.

—¡Marié, Marié!

La otra joven criada le había recogido el pañuelo sobre el último escalón de la escalera. Se quedó paralizada. Aquella joven era una desconocida para ella.

—*Merci* —murmuró Beatriz, tomando el pañuelo. Abrió la puerta con decisión y salió de allí.

Cuando la criada reaccionó corrió fuera de la embajada. Miró a un lado y a otro de la calle. Miró al otro lado del canal. No la encontró. Había desaparecido.

CAPÍTULO 28

SIETE PERDEDORES

VENECIA, 8 DE MAYO. LUNES

POR LA TARDE

En el Campo de San Polo, la casa estaba repleta de partidarios. El comisario y el confitero Fratini habían abandonado el comedor y se habían subido a lo alto de la escalera. Una multitud les observaba de pie. Zorzi y Spada habían hecho un buen trabajo, un muy buen trabajo. Habían exhortado a todos sus seguidores a no desfallecer y a estar preparados incluso para luchar. Los mercenarios del estado veneciano podían ser temibles. Ese día los arsenales secretos, ocultos en sótanos mohosos, en los altillos de las casas, debajo de los mostradores de las tiendas, entre las ropas de invierno guardadas en arcas, todo cuanto disponían que había escapado al control de los inquisidores y del comisario Morosini había salido a la luz, se había limpiado, se había engrasado y se había cargado de pólvora negra y munición, preparado para su uso. Puñales, dagas, cuchillos. Todo estaba a punto bajo los cintos, las chaquetas, las blusas.

Además habían repartido vino, no vino aguado o salado, como el que se echaba a perder en los subsuelos de los palacios de la isla, sino buen vino de Borgoña y de Burdeos. Una gentileza de la embajada. Ese Lallemand tenía buen gusto; y una alacena bien surtida. El vino alegraba los corazones y exaltaba el patriotismo.

Sabía que alguno de ellos era un infiltrado.

Mejor así. Había llegado el gran momento.

Habló de París, de la Bastilla, de la revolución que había llegado para quedarse y cambiar la faz de Europa y del mundo para siempre. De los vítores ante la guillotina. Del verdugo que levantó ante todos la cabeza de Luis XVI. De la codicia y de la opresión de la monarquía. Del derecho de los pueblos a decidir a sus gobernantes, a decidir su destino. Del yugo de los poderosos y de las lágrimas de los débiles. Sus exhortaciones guiaban las exclamaciones de sus seguidores y también su creciente agitación. El buen vino facilitaba todo. Los vasos de cristal y las jarras de barro entrechocaban, se derramaban, se vaciaban, botella tras botella.

—¡Viva Francia!

—¡Larga vida al Directorio!

—¡Viva Napoleón!

Edme Joseph Villetard levantó las palmas de las manos. Esperó a que llegara el silencio.

—Ahora, camaradas... Ahora, amigos míos, debo exigirlos una promesa. Nada de lo que aquí diga ahora debe filtrarse fuera. Todos vosotros os merecéis conocer esto. —Bajó el tono de su voz y lo hizo misterioso—. Mañana será el gran día. Mañana concluiremos la revolución. Fuera no estamos solos. Quince mil ciudadanos esperan el momento, la ocasión de abrir puertas y ventanas y flamear nuestra bandera tricolor. No es que los obliguemos, ¡es lo que desean! Y si los pocos patricios que aún representan esta república en extinción rehúsan dimitir de sus cargos y privilegios, entonces os prometo que hallaré la democracia entre las ruinas del patriciado. ¡Lo juro!

Las voces y vítores le interrumpieron. Tomás Pedro Zorzi también estaba entusiasmado. En sus ojos se leía la venganza, se percibía la codicia.

—¡Qué sorpresa se llevará el gran tirano!

—No. No una sorpresa. —Todavía sonriendo, bajó más la voz—. Tú se lo dirás antes de que suceda.

—¡Yo!

—Su miedo será a nuestro favor. Y en el tuyo. Será un riesgo para ti, ¿pero acaso eso te asusta? Irás al Palacio Ducal. Demandarás la respuesta final a nuestras exigencias. La revolución necesita gente como tú. Decidida, vehemente, fuerte. París conocerá de ti: el hombre que escupió a los pies del

Dogo. Muchos hablarán a tu favor ante el Directorio. Y sé que es eso lo que quieres. ¿Lo harás?

Zorzi se irguió como un titán, feroz y orgulloso, satisfecho. Asintió.

Siglos atrás era costumbre matar al mensajero. «Y así», pensó Villetard con maldad, «si deciden apresar, torturar y ajusticiar a alguien, que sea a ti».

* * *

Cuando se plantó ante el Palacio Ducal no le permitieron el paso. En la Puerta de la Carta se enfrentó a los guardias armados y a los hombres del Arsenal. Pero eran demasiados para él solo. Rugió de rabia. Le temblaban las manos.

—Volveré.

Se alejó con grandes pasos del palacio y buscó al comisario Morosini. El comisario, desvelado por las preocupaciones, aún permanecía en su cuartel, reunido con varios de sus informantes, que enmudecieron al ver a Zorzi allí. Les dejaron solos. Cuando habló, el comisario palideció. Debían ver al Dogo a pesar de la hora.

Con él regresó a palacio. Ya era bien entrada la noche. Le tocó a Bernardo Trevisan guiarlos con un farol desde la puerta hasta los apartamentos privados del Príncipe Serenísimo. Le tocó a él agitar al Dogo por el brazo para despertarle de su sueño profundo, un sueño provocado a la fuerza por un bebedizo, y tranquilizarlo cuando abrió los ojos espantados, retirándose con terror el gorro con borla dorada con el que se acostaba.

—¡Excelencia, Excelencia!

—¡Trevisan! ¿Hay fuego? ¿Han invadido la isla? ¿Qué hace aquí Morosini?

—Príncipe, debéis escuchar a este hombre —murmuró el comisario con tono fúnebre.

Que en las horas más oscuras se atrevieran a invadir el corazón de su fortaleza, y el centro de sus aposentos en su momento más vulnerable, derrotó en el Dogo cualquier pose de orgullo y soberbia. A cada sílaba que salía de entre aquellos dientes afilados y aquellos labios gruesos su terror se acrecentaba. El fin, pensó. El fin.

La conferencia se reunió a toda prisa. A través de Zorzi, Villetard

amenazaba con un levantamiento de quince mil ciudadanos si en menos de un día no se procedía a modificar la constitución veneciana. Los cuarenta y dos consejeros se quejaron amargamente. Aún se podía pedir ayuda a Inglaterra, a Austria, a España.

—¡No me miréis así! ¡Ahora es cuando necesitamos ser fuertes! Os haré una pregunta a todos: ¿quién de vosotros desea de forma inmediata el salvoconducto? Pedidlo y se os dará. ¿Quién, he dicho?

Todos se miraron entre sí. Ludovico Manin parecía trastornado. Algunos hicieron un ligero amago, pero nadie se atrevió a levantar la mano.

Uno de los sabios, de la familia Correr, se atrevió a hablar.

—Por pura curiosidad, ¿qué forma de gobierno han impuesto en Brescia, Saló y Verona?

—Una municipalidad. Una junta popular —explicó Dolfín— que expulsa de sus puestos a funcionarios abnegados, contables y secretarios conocedores de la ley y coloca en sus lugares a zapateros, sastres, cereros, pescadores, peleteros y carpinteros. ¡Prometen pan y carne gratis, cancelan leyes y deudas, expolían a los prestamistas y arrojan los ducados a las calles! ¡Abren prisiones y expulsan a los jueces de los juzgados! Ellos juzgan, ellos encarcelan, ellos dictaminan que todo lo viejo debe derribarse, que hay que arrasarlo todo para construirlo todo nuevo. Sin leyes no hay moral. Eso es lo que nos espera.

—¡Zapateros como jueces! ¡Albañiles como magistrados! ¡El mundo se ha vuelto loco! —aulló un Contarini, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Y el pueblo..., la gente..., qué dice a todo eso?

Dolfín se encogió de hombros.

—Se comportan como las bestias. Comen y holgazanean, descuidan los campos y el comercio, y copulan como las bestias, sin guía ni restricción de ningún tipo. Están equivocados. Eso no es la libertad. Libertad es saber que tu vida está encauzada con un sentido específico, por el bien del Estado y en comunión con la Santa Iglesia; encauzada con un propósito, con unas leyes justas. Y eso libera de la inquietud del mañana. Sabes qué harás hoy, qué harás mañana. ¡Están equivocados! Esa era la misión del Consejo de los Diez, guiar y reconducir a los descarriados. Libertad. Están todos engañados.

La puerta se abrió de repente. Bernardo Trevisan agitaba un folio doblado con un sello de cera en sus manos.

—¡Príncipe Serenísimo! Ha llegado. Ha llegado una carta desde Milán.

—¿A estas horas de la madrugada? ¿Bonaparte? —Ante su mención, algunos se santiguaron y ahogaron un grito.

—Los diputados han hablado con él. Hay un acuerdo.

Dolfin miró al Dogo. El Dogo miró a Dolfin. El que fuera *capi* era escéptico, sin saber qué sería peor, si ceder a las pretensiones de Villetard o a las del general victorioso.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, 9 DE MAYO. LUNES

El sol salió. Muchos venecianos no durmieron. Los rumores de un alzamiento inminente mantuvieron cerrados casi todos los comercios. Pocos hombres se atrevieron a salir de las casas. Las lonjas estaban casi vacías. Pero los estómagos debían alimentarse, y el racionamiento y las pocas tiendas abiertas no tardaron en provocar la indignación y la furia de los venecianos valientes, por convicción o por necesidad.

El Palacio Ducal redobló su vigilancia sobre la ciudad. Todos los ojos vigilantes de los agentes del comisario Morosini estaban centrados en la delegación francesa. Miraban pero no actuaban, a la espera de órdenes.

En la conferencia había sido imposible conciliar el sueño. Se despertó al patriarcado para que enviaran un sacerdote al Palacio Ducal. Los consejeros que lo pidieron confesaron sus pecados y tomaron la hostia consagrada. Muchos redactaron un testamento apresurado que guardaron entre sus ropas. Esperaban que si sucedía lo peor al menos encontrarán esas cartas entre sus cuerpos; una despedida de su vida terrenal, de sus bienes y de sus familiares. Sus esposas, sus madres, sus hijos.

Esperaban la presencia de Edme Joseph Villetard. Eran unas cuestiones tan importantes que merecían la presencia de los máximos representantes de cada bando. Pero Villetard les sorprendió, humillándoles al enviarles de nuevo a Tomás Pedro Zorzi y a Andrea Spada. Frente a las largas togas negras protocolarias de los conferenciantes, los dos jacobinos llegaron con ropas humildes y gastadas, pero henchidos de orgullo. Dos frente a cuarenta y dos. Entraron en la conferencia entre guardias armados para salvaguarda del Dogo y bajo la mirada atenta y ojerosa del comisario Morosini. Había sido una larga noche para todos, sí. Por ello, la descansada vitalidad de los dos mensajeros

les insultó.

—Señores mensajeros —balbuceó el dogo Manin con voz ronca—, esperábamos al ministro Villetard. ¿Dónde está?

—Está atendiendo asuntos importantes. —Zorzi sonrió. Los conferenciantes tenían los rostros grises y agriados por el cansancio y el menosprecio. Nadie objetó nada aunque lo pensara—. Ah, pero me ha dado esto. Para leerlo ante vos, Excelencia.

El Dogo sentado hizo un gesto a Dolfin, de pie junto a él. El *capi* asintió. Zorzi leyó la misiva.

Al dogo Ludovico Manin, príncipe de Venecia.

Se agota el tiempo. Mientras quede, yo mismo avalaré la oportunidad de cambio que os ofrezco. Tenéis que considerar la verdad, y es que los dos enviados no obtendrán nada de Bonaparte y que no hay ninguna otra forma de salvar Venecia de su ira. Los principales magistrados deberán despojarse de sus privilegios perpetuos. Hay que abolir la aristocracia y adoptar un gobierno popular; y si eso no se realiza pacíficamente será impuesto por los medios infalibles de la bayoneta caleta y de la artillería.

Para evitarlo, estas son las condiciones que deberán cumplirse inmediatamente:

1. Los prisioneros todavía encerrados en los Plomos y en otras prisiones por cualquier razón política serán puestos en libertad hoy, e indemnizados con dinero.

2. Los Pozos y los Plomos se dejarán abiertos a la plena inspección del pueblo.

3. Todos los demás prisioneros acusados de otros crímenes tendrán derecho a un nuevo juicio y en todos los casos la pena de muerte será abolida.

4. Los mercenarios eslavos serán desmovilizados y compensados económicamente, según sea de justicia.

5. La guardia de la ciudad y las patrullas de los hombres del Arsenal, así como cierto número de comerciantes, pasarán a depender

directamente de un comité formado por el teniente general Salimbeni, el comisario Morosini y Andrea Spada.

A preparar hoy para ejecutar mañana:

1. La erección de un árbol de la libertad en la plaza de San Marco; una municipalidad provisional de veinticuatro venecianos, en donde se invitará a representantes de la ciudades de Tierra Firme, Istria, Dalmacia y el Levante, que formarán una unidad con Venecia.

2. Se publicará un manifiesto anunciando la democracia al pueblo, y el pueblo elegirá a sus representantes.

3. Mañana, los símbolos del viejo gobierno serán quemados bajo el árbol de la libertad. Se publicará una amnistía sobre hechos pasados. Se declarará la libertad de prensa, con la prohibición de hablar del pasado o contra la nueva forma de gobierno.

4. Después, la municipalidad provisional seguida por el pueblo entrará en la basílica de San Marco, donde la bendita Virgen será exhibida y se cantará un *Te Deum*. Lo mismo se hará por todas las iglesias de la ciudad.

5. Se invitará a cuatro mil franceses a entrar en la ciudad para salvaguardar el Arsenal, el castillo de San Andrés, Chioggia y el resto de las islas circundantes que el general francés estime oportuno. Con ello se levantará el bloqueo sobre la ciudad. El Palacio Ducal, la ceca y otros edificios públicos y lugares de interés serán custodiados por la nueva guardia cívica.

6. La flota veneciana será replegada tras la entrada de los franceses, de quienes dependerá desde ese momento a discreción de la municipalidad, que ordenará y dispondrá sobre ella lo que crea oportuno.

Como presidentes de la municipalidad provisional, se designa al exdigo Manin y a Andrea Spada.

Para ser enviados ante Bonaparte, a Francesco Battaglia y Tomás Pedro Zorzi.

Para informar al ministro en París, a Tomás Gallini.

Además se harán las siguientes disposiciones:

1. Se enviará un emisario a las repúblicas de Batavia y Transpada.
2. Se llamará a regresar a todos los embajadores venecianos en países extranjeros y se nombrarán y enviarán a otros en sus lugares.
3. Todos los nobles arruinados dispondrán de una paga de subsistencia estatal, se instituirá una nueva lotería y se tranquilizará al pueblo sobre la solidez de la ceca y del banco, para seguridad de la nación.
4. Bonaparte se reservará el derecho de modificar en el tratado final estas disposiciones en interés de su ejército y de la República de Francia.

Por mi parte, prometo interceder ante Bonaparte a favor de los antiguos inquisidores del Estado. Todos los venecianos podrán relacionarse libremente con todos los cuerpos diplomáticos.

Se exigirá además que no más de un tercio del antiguo patriciado formará parte de la municipalidad, escogido de entre un listado de auténticos patriotas.

(sin firma)

Zorzi terminó y miró a todos. Sonrió. Dobló de nuevo la carta y la guardó otra vez en su bolsillo. Algunos habían estado anotando frenéticamente todas aquellas palabras. Se marcharon.

En la calurosa Venecia, los consejeros y sabios habían sido jóvenes alguna vez. Jóvenes, arrogantes y viajeros temerarios, como tantos otros mercaderes, en busca de las riquezas y de los límites del mundo. Algunos habían estado en Estambul y, retrasados por las interminables burocracias otomanas, habían pasado largos y aburridos meses de invierno en sus establecimientos en Gálata, al otro lado de la bahía del Cuerno de Oro y enfrentados al palacio imperial; y en los años más gélidos, habían visto con asombro el descenso de enormes témpanos de hielo, como blancas islas flotantes, desde el estrecho del Bósforo hasta el mar de Mármara, en días donde el aliento se congelaba, los

barcos y muros se cubrían de escarcha y todo el aire se volvía cristal. Frío, mucho frío.

Tal era el frío mortal que rodeaba a todos los miembros de la conferencia. Incapaz de emitir orden alguna, el Dogo movió su mano huesuda. Trevisan el asistente fue rápido, e invitó a los dos afrancesados a salir de allí. Morosini se excusó también, por sus múltiples preocupaciones. Spada y Zorzi estaban contentos; Villetard aplaudiría eufórico su representación.

—Debemos rendirnos —musitó con un hilo de voz Dolfin, sin esperanza.
Silencio.

—¿Se ha anotado todo? —susurró el Dogo a Trevisan, tras su regreso a la sala.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Guido Erizzo.

—Debemos aceptar... —dijeron los sabios de mayor edad.

—¡No! —exclamó Erizzo, y otro de los convocados, Giuseppe Friuli, se levantó también para apoyarle.

—¡No podemos aceptar lo que propone! ¡Es como apuñalarnos nosotros mismos!

—¡No quiero morir! —gimió alguien. Y quedó claro que muchos pensaban como esa voz.

Pero Guido Erizzo no se inmutó. Permaneció de pie, desafiando la autoridad del propio Dogo.

—Morosini me ha dicho que hay noticias de Bonaparte. ¿No debería su Serenísima Excelencia informarnos de ello, antes de que tomemos una decisión sobre el manifiesto de Villetard?

Ludovico Manin deseó matarle con la mirada.

—Anoche, Mocenigo comunicó por carta que Bonaparte había decidido retrasar su intervención armada algunos días más, hasta el 14. Y que eso para él era señal de esperanza, de alguna salida posible. A cambio de esperar.

—Entonces, yo tengo razón. No podemos confiar en Villetard.

—¿Pero podemos confiar en Bonaparte? ¿Es eso lo que decís, Erizzo? —le espetó Dolfin—. ¿Quién será peor, el aprendiz del diablo o el diablo mismo?

—El diablo será malo, pero el aprendiz del diablo puede ser peor, si busca reemplazar a su maestro.

Un emisario llegó ante Bernardo Trevisan en ese momento y le entregó una misiva urgente. Mientras unos y otros consejeros esgrimían razones a favor y en contra de cada posibilidad, el Dogo leyó la misiva y sintió que se ahogaba. ¿No iba a terminar nunca aquella sesión?

—Por favor —dijo con un hilo de voz. Se masajeó la garganta y lo intentó por segunda vez, sin éxito. A la tercera se levantó de su silla, furioso—. ¡Silencio! ¡Qué desorden es este! ¡Callaos todos! Acaba de llegar esta carta de Nicolás Morosini. Los rebeldes han comenzado. Ya hay ataques y disturbios en algunos barrios de la ciudad y nuestras tropas han sido dispersadas, fatigadas por una guardia insomne de varios meses. A menos que se refuercen ya, no podrán sostener un combate como el que amenaza a la capital ni salvarla.» No podemos esperar más una respuesta de Bonaparte. Hay que salvar miles de vidas. Hay que salvar la ciudad. Hay que votar. ¡Por eso estáis aquí! Yo aceptaría la propuesta de Villetard, por mucho que nos pese. ¡Quizá mañana sea demasiado tarde!

—¡Eso no lo sabe nadie! —exclamaron con rabia Erizzo y Priuli, y otros cinco magistrados se unieron a ellos—. ¡No puede aceptarse de ningún modo lo que propone Villetard! ¡Dad a Morosini lo que pide: hombres, armas! ¡Haced una leva general! ¡Convertid a los ciudadanos en soldados!

—¡Por eso hay que votar!

El voto no fue unánime.

* * *

Edme Joseph Villetard recibió encantado a los dos representantes de la Conferencia. Pedro Doná y Francesco Battaglia entraron consternados e incómodos en el gabinete. El francés no esperaba menos, tras haber recibido el informe matinal de Zorzi. Le entregaron un comunicado que leyó sumamente complacido.

—¿Todo esto es secreto, supongo?

—Se ha dado la orden terminante de que el pueblo no sepa nada, so pena de traición al Estado.

* * *

El sol radiante en un brillante y sofocante cielo azul despejado no era capaz de alegrar el semblante furioso de Guido Erizzo. Seis magistrados y él abandonaron el Palacio Ducal a grandes pasos, igual que momentos antes habían renunciado públicamente a votar y a su asiento en la conferencia.

Habían perdido.

Se había ordenado a Morosini mantener la disciplina, no responder a ningún ataque y facilitar todo lo posible la desmovilización de los mercenarios eslavos. Incluso se había dado un contraorden, y se ordenaba a las tropas que ya avanzaban por tierra desde Dalmacia a detenerse y a regresar a sus cuarteles en espera de nuevas órdenes. Aquello era ya una comedia insostenible. En cuanto abandonó el palacio, Guido Erizzo se plantó en medio de la placeta y, desafiando las miradas de soldados y artilleros y de los ciudadanos que por allí rondaban, se desgarró la toga negra en trozos y después la pisó múltiples veces, como señal de ultraje contra todo lo que representaba. Los otros siete fueron más discretos, pero su disconformidad era la misma. Guido Erizzo estaba decidido a hacer más.

Se apresuró a buscar al abate Tentori. Sabía dónde encontrarle, y con él halló además a Antonio Lascaris. La presencia del magistrado en la casa secreta del abate le sorprendió, pero estaba decidido.

—Abate, ha sucedido lo peor. Ahora contáis con toda mi atención. Venecia está indefensa.

—Aún le queda la guardia del palacio y los agentes de Morosini. Y la guarnición del Arsenal.

—¿Qué hombres, abate, qué ejército? Se dan órdenes, se revocan, se vuelven a dar, se cambian, se anulan, vuelven a darse... Todos están confusos y desorientados, y se temen, además, una conspiración. Las tropas están llenas de odio contra los franceses y de resentimiento contra el Gobierno, y ya no obedecen a nadie, solo a su furia y a su pasión. Y son nuestra única posibilidad.

—¿Y quién podrá hacer que confíen en alguien? —preguntó Antonio.

—Tu padre puede hacerlo.

—Pero los rusos lo retienen. Ya os lo he dicho —recalcó el abate.

—¿No se pondrían los rusos de nuestra parte? —preguntó Antonio.

—Ah. Me temo que no. Imitarán la postura de Inglaterra, y en estos

momentos Inglaterra ha dejado de lado a Venecia. Pero yo no. Y por eso ayudaré a tu padre. Tortelli propuso, pero no se fio de nadie. ¡Qué ciegos hemos estado todos! Necesitamos a tu padre. Y cuanto antes. No es posible esperar más. —El abate inspiró profundamente—. Yo lo liberaré de los rusos.

—Pero, ¿cómo? —quiso saber Antonio.

CAPÍTULO 29

UN VENCEDOR

VENECIA, 9 DE MAYO, 1797

En conformidad con las resoluciones del Gran Consejo de los días 1 y 4 de este mes en relación a admitir un cambio en la constitución y la forma de gobierno, y como consecuencia de las apremiantes demandas del ciudadano Villetard, secretario de la delegación francesa, para interceder en las intenciones de Bonaparte, comandante en jefe del ejército de Italia, accediendo a las propuestas presentadas por Spada y Zorzi; con el objetivo de evitar los males que nos amenazan; y considerando la actual situación de emergencia que impide obtener el consentimiento soberano del Gran Consejo mediante la legalidad habitual, decidimos encargar al conferenciante Doná y al señor Francesco Battagia a conocer de propia palabra del señor Villetard qué arreglos se requieren en relación a la propuesta del comandante Bonaparte para cumplir sus condiciones y, en lo que respecta a los plazos y las medidas, para que tanto como sea posible salven la seguridad, la tranquilidad y los intereses de nuestra nación.

FIRMANTES:

Ludovico Manin, Z. Alvise de Mosto

Stefano Valier, Juan Molin

Leonardo, Doná Filippo Calbo

Pietro Antonio Bembo Gio, Antonio Ruzzini

Marco Soranz, Alvise Pisani

RECUSANTES:

Aquellos que, rehusando firmar, abandonaron la consulta:

CONSEJEROS:

Giulio Antonio, Mussato Juan Minotto

SABIOS DE TIERRA FIRME:

Guido Erizzo, Girolamo Querini

Nicolás Vendramin, Z. Battista Corner

Giuseppe Priuli

Edme Joseph Villetard leyó el comunicado varias veces, saboreando su victoria. Tenía muy claras las condiciones que iba a exigir, pero dos estaban por encima de todas las demás. Una, la desmovilización inmediata de todos los esclavos. Dos, el arresto inmediato de D'Antraigues.

No era ambición. Todo era a favor de los ideales de la Revolución, y solo eso importaba.

CAPÍTULO 30

UN ANILLO PARA CONDENARLOS A TODOS

VENECIA, 9 DE MAYO. MARTES

Por la tarde, en la embajada rusa

Marco Lascaris estaba recluido en una de las habitaciones. D'Antraigues había insistido en que no era un prisionero sino un invitado, pero a pesar de sus amables palabras estaba encerrado bajo llave. Un hombre permanecía de pie junto a la puerta, dentro de la habitación, inmóvil como una estatua. Las ventanas también estaban cerradas; de todas formas no se atrevería a saltar a los canales desde el piso. Temía no calcular bien y estrellarse contra la estrecha acera en vez de sobre el agua en calma.

Sentado frente a un elegante bargueño español, meditaba, con los codos sobre la mesa, las manos entrelazadas y el mentón sobre ellas. Pensaba en Eresto, en la pistola y en el sello. Pensaba en Adriana y en Ana. El abate no era un hombre violento, pero no conocía cómo era el embajador inglés. Pensaba en Beatriz, su querida hija Beatriz, que de pequeña reía tanto alegrando su casa y jugaba a ser emperatriz de Constantinopla con las joyas de su madre. Y aún la veía así, una joven que desconocía cuán dura y cruel podía ser la vida. Pero ya no lo era. Ahora era una mujer rebelde, una hija desobediente, una inconsciente que estaba en manos de Villetard, indefensa. ¿Cómo había cambiado tanto? ¿Qué más se había perdido, sin saberlo? La vida de su hija, la vida de su hijo. La vida de Adriana. La había perdido, ahora se daba cuenta de que nunca podría deshacer sus errores, su breve

aventura. La acogida de Ana. Ella se había centrado en Ana; él, en su negocio y mercaderías. Y en sus hijos no se había centrado nadie. Se preguntó si Antonio habría vuelto con los subversivos. No era sordo y escuchaba las voces de la calle. Ya había disturbios. Todo iría a peor. De los puños a los cuchillos; y de los cuchillos a las armas de fuego. Esperaba que Antonio fuera consciente del peligro que suponían sus amigos. Y Beatriz. Se torturaba pensando qué habría sido de ella.

Villetard. De buena gana estrangularía a ese miserable que había seducido a su hija.

El guardia. Un montañés musculoso, de muñecas anchas y mandíbula cuadrada. No reía. No hablaba. Llevaba todo el día pensando en él también. Se lo quedó mirando fijamente. Ni le devolvió la mirada. No sabía si hablaba veneciano, o francés, o latín, o cualquier otro idioma civilizado. O solo ruso.

—Puedo hacerte rico, si me liberas —le dijo en voz baja al guardia. Probó primero en veneciano. Luego en francés. Nada. ¡Claro! Podría ser. Probó en griego. El guardián movió levemente la cabeza, como si se diera por aludido, pero no dijo nada—. Verás, en mi abrigo hay un bolsillo secreto, cosido. Dentro hay letras de cambio —eran el último regalo que le había hecho Eresto. Escondidas, para una necesidad—. Te harías rico. Ayúdame. Con mi sello familiar, podrías canjearlas. Llévame a casa, tendrás mi sello y mi dinero, y yo la libertad. Vienen los franceses y no quiero estar en Venecia cuando lleguen.

El guardián se dignó a mirarle sin decir nada.

—Nadie sabe lo que te estoy diciendo. Nadie tiene por qué saber que me has ayudado. Es cuestión de elegir el momento. En cuanto Mordvinov y D'Antraigues no estén..., podrás ayudarme. ¿Me ayudarás?

—Todos sois iguales. Otros ya se han ido. Todos los ricos sois iguales. — Su voz retumbaba grave en su cuerpo de tonel. El rostro rasurado y severo permanecía neutro y sin emociones, aunque sus ojos brillaban con desprecio.

Había hablado y le recordó a su padre. ¡Cuánto tiempo hacía que no oía su voz! Eso era bueno. Todavía podía tener una posibilidad.

—No te engañes, los rusos también se marcharán. Recogerán sus pertenencias. Llegarán los franceses y lo dejarán todo atrás. Y los franceses no tendrán aprecio por los miembros de las demás embajadas. Escucha lo que te ofrezco. Mira... Basta con romper esta costura. Toca mi chaleco. Está aquí.

Todo esto te daré...

Codicia. Los ojos brillaban ya con codicia. Marco Lascaris, con movimientos lentos, mostró la costura, la pellizcó con fuerza y tiró de ella hasta desgarrarla. Sí. El bolsillo estaba allí, con los papeles plegados. El guardián dio medio paso hacia él para verlo todo mejor. Sí, así era el mundo. La codicia era buena. El mercader metió la mano y sacó algunos de los papeles timbrados. Eran parte de las letras que no pudo negociar días atrás.

—Sin el sello y mi rúbrica no valen nada. Tu señor embajador ya está recogiendo. Ellos se marcharán. Te quedarás aquí, entre franceses...

El guardián asintió. Era griego. Habían bastado esas pocas palabras para reconocer su herencia. El guardián dio un paso completo hacia él. Desdobló los brazos cruzados y sus manos se abrieron. Era codicioso, apreció el mercader. Volvió a tentarle con las letras, agitándolas hacia él. Dio un paso más. «Bien», pensó Lascaris, «bien». Pero antes de decir nada, el guardián dio otro paso hasta ponerse a su alcance, cerró uno de los puños y le golpeó salvajemente en el estómago, postrando doblado al mercader sin aliento. Codicia. Pensó que no se había equivocado, había visto codicia. Creyó que era así cuando el tipo le arrebató las letras de cambio de la mano, pero solo fue para romperlas en miles de trozos y lanzarlas al aire sobre el mercader.

—Todos los ricos sois iguales. Unos mentirosos...

En ese momento se oyó la cerradura de la puerta. El enorme griego dio un paso atrás. El mercader tanteó el suelo mientras recuperaba la respiración. Vio unos zapatos de cuero brillante dirigirse hacia él. El guardián se hizo a un lado. D'Antraigues le sonrió, recriminándole en silencio su fallido intento de corrupción. Dejó que Lascaris buscara el soporte de su silla. El asistente del embajador ruso se sentó en otra junto a la puerta y a la vera protectora del guardián, de nuevo de pie y con los brazos cruzados, aunque esta vez con una leve mueca de satisfacción.

—Las listas que nos has dado son válidas. Con esos agentes Villetard está ahora mismo provocando altercados en los barrios de San Polo, Dorsoduro, Canareggio y Santa Croce. Se acerca a San Marco. También está instigando a los eslavos contra el gobierno.

—¿No vais a ayudarme? ¿No vais a soltarme?

—El embajador Mordvinov ha sido requerido para reteneros... Os buscan, y no solo Villetard. Ahora os esperan abajo.

El abate Tentori estaba al pie de las escaleras. El mercader se detuvo y agarró el brazo del asistente.

—¿Qué es esto? —siseó entre dientes—. ¿Me vendéis? ¿Como si fuera una vaca? Pensaba que con vos estaría seguro.

—Lo estaréis con él también. Mordvinov ha negociado con él, no con Worsley. Sois libre.

—Me entregáis a otro carcelero.

—Quizá —reconoció el otro. Lascaris se sobresaltó—. Pero os tratará bien.

—¡Mercader Lascaris! ¿Estáis bien? ¡Qué alegría veros! —El abate revoloteó en torno a él. Fuera esperaban dos hombres desconfiados—. Yo cumpliré.

—Yo ya he cumplido —aseguró D'Antraigues. Hizo un gesto de despedida. El abate tiró del mercader hasta la calle, la puerta se cerró y enseguida lo encaminó hacia el norte, hacia Rialto.

—¡Estaba preocupado, Marco! ¡No debisteis abandonar la casa segura! Pero bueno, ya estamos otra vez juntos. No, no, no regresaremos con mi embajador. Estamos solos, vos y yo. Ahora ya hay enfrentamientos, estos dos hombres nos protegerán. No, no con Worsley. Están conmigo. Con nuestra causa. Salvar Venecia. Teníais razón y yo no. Y tenéis suerte. D'Antraigues aceptó que yo interviniera en vez de resolver él sus asuntos de forma más expeditiva.

—No os entiendo.

—Yo creo que sí. —El abate era sagaz. Claro. El mercader reflexionó: ya conocía demasiado de todos. Y para todos era una amenaza. Pero D'Antraigues esperaba ganar tiempo a costa del abate y de él. Dejaba que otros se enfrentaran a Villetard mientras se aferraba a la protección del ruso Mordvinov—. Worsley ha amontonado una gran colección de arte. Algunas de sus cajas se perderán. Ese ha sido el pago. —El abate lo miró con remordimiento—. Vuestro hijo está a salvo, conmigo. Sí, sí, teníais razón. Tortelli defendía un bien mayor y ahora necesitamos vuestra baza.

—Esa baza está en casa de Eresto. ¡Vamos!

Tuvieron que dar un rodeo por los canales. En una de las calles había heridos. Llegaron a la casa. La puerta había sido violentada, el canto de la jamba estaba desgajado. Había sido registrada y saqueada. Un suelo de

plumas antecedió a los divanes rajados y desfondados, a los sillones abiertos en canal, a las almohadas desperdigadas. Todo estaba derribado y revuelto. El mercader corrió al gabinete. Habían volcado el escritorio y el cajón estaba forzado. El anillo había desaparecido.

Le dolían la cabeza y el estómago. Se llevó la mano al pecho. Volvió a sentir ese dolor angustiante. Claro, recordó, tocándose el rostro todavía herido. Había confesado. Los franceses lo sabían.

¿Lo sabrían todo? Eso sí que no era capaz de recordarlo.

—¡Vamos! ¡Debemos ir a la biblioteca!

—¡No! ¡Te reconocerán si te muestras!

—No lo entiendes, abate. Ya no tenemos el anillo. Necesitamos otra cosa.

—¡Te detendrán y ya todo será inútil! Mírate. Estás cojeando. Tus ropas...

—Allí encontraré algo. No. No vas a detenerme. ¡Tengo que ir! Me esperarás aquí. Cierra la puerta como puedas. Tienes dos hombres. No saquearán esta casa dos veces. Ya han conseguido lo que buscaban.

Encontró ropa entre el revoltijo de los armarios. Se apresuró cuanto pudo. Un gondolero. Lo paró. Le llevaría directamente hasta San Marco y evitaría cualquier encuentro no deseado. Pensó en su gondolero, en Sofía, en sus hijos. En su mujer. En su nieto. Ya no podía salir de aquel laberinto. El abate. Por lo menos lo tenía a él. Ahora necesitaba rescatar a Tiresias de los franceses. Estúpido. Estúpido.

No iba a perder el tiempo. Saltó de la góndola al muelle, ordenando que esperara. Desde la esquina de la Zecca, bajo los soportales, llegó a la entrada de la Biblioteca Marciana. No había nadie. Los funcionarios huían asustados de sus pasos apresurados por los pasillos y salas. Nadie. Nadie leyendo. Qué época más convulsa.

Su gabinete estaba vacío. Cuando preguntó a un ayudante supo la verdad. Nadie sabía nada de él. No había aparecido. No había regresado. Desaparecido. Marco Lascaris se maldijo a sí mismo. Se demoró en el despacho, pensando, pensando. Allí. Sobre la mesa estaban los libros de su herencia que Tiresias había comprado. Quiso tocarlos, palparlos por última vez. Ah, y el libro sobre Bizancio que tantas veces había rogado para su préstamo. Lo conocía bien.

Demasiado bien.

Aquel filo dorado no era de aquel libro. Aquel bulto entre las hojas no era

suyo. El dolor en el pecho aumentó. Sintió que se ahogaba. Abrió el libro. El documento apócrifo se mostró ante él en toda su magnificencia. La caligrafía de un maestro. Las delicadas líneas rojas y azules enmarcando el texto. Los bordes dorados y las bullas lacrando los cordones de seda dorada. El manifiesto estaba preparado. El bibliotecario sabía que él lo encontraría.

«Pobre viejo», pensó Lascaris. «Otra víctima caprichosa del gobierno de los justos».

POR LA TARDE, EN EL PALACIO DUCAL

Todos en la conferencia habían interrumpido sus conversaciones ante la llegada de los ciudadanos Doná y Battagia tras su reunión con Villetard. Se mostraban cabizbajos y desdichados, con las manos a la espalda. Todos se levantaron, todos querían verles las caras, escuchar sus voces trémulas. El Dogo parecía de cera. Quieto. Estático. Esperando.

—¿Y bien?

El caballero Doná habló sin levantar la voz ni la vista del suelo.

—Villetard ha exigido el cumplimiento íntegro del manifiesto sin más demora. Nos ha costado seis horas, ¡seis!, rogarle, suplicarle por las vidas de nuestras mujeres y de los hijos de Venecia que nos diera más tiempo. Sí. Nos ha dado más tiempo. —Algunos consejeros exhalaban suspiros contenidos de alivio—. Cuatro días. Estaba furioso. Intratable. No he visto nada igual en mi vida. Un desquiciado. Venecia depende de un loco que promete que prenderá fuego a la ciudad si no la entregamos.

—Al menos son cuatro días —añadió Battagia con una sonrisa nerviosa. Pero dejó de sonreír al mirar al Dogo. Tragó saliva—. ¿Serenísimo Dogo?

—Dogo Manin, ¿os encontráis bien? Trevisan, ¡pronto, Trevisan!

El asistente se arrodilló ante el Dogo, que siguió inmóvil. Algunos consejeros se persignaron y gimieron como ovejas descarriadas. Bernardo Trevisan acercó su mano a la nariz del Dogo ante la mirada de todos. Frunció el ceño. No estaba seguro. Lentamente, los ojos del Dogo se movieron hacia su mano y hacia él, y como si un arcaico reptil despertara de un letargo de siglos, el Príncipe parpadeó y se acomodó con dificultad en su asiento.

—No, no estoy muerto. —Se palpó el antebrazo derecho, acariciándose la zona donde por la mañana habían vuelto a tratar su cansancio e insomnio con

una nueva sangría que le había desvanecido durante dos horas. Dos horas de sueño forzado, que eran mejor que nada—. Caballero Doná, entonces cuatro días.

—Así es, Príncipe.

—¿Decís que Villetard estaba intratable?

—Sí.

—Entonces quizá sabía ya algo —adelantó el *capi* Dolfin.

—No... no entiendo nada.

—Caballero Doná, antes de que llegarais recibimos un correo urgente desde Milán. Aún tenemos agentes allí. Habíamos acunado una posibilidad, una opción descabellada. Ha salido mal. Ya nos advirtió el embajador Querini de los riesgos. Napoleón Bonaparte ha ejecutado a nuestros dos enlaces. El plan de sobornar al Directorio francés con diez millones de ducados ha fracasado. Ahora todo está peor que antes. No podemos esperar ninguna compasión de Bonaparte. ¿Pero podemos esperar todavía alguna compasión de Villetard? —Doná no se atrevió a opinar.

—Al menos tenemos esos cuatro días —farfulló Battaglia. El Dogo le dirigió tal mirada de odio que el enviado comenzó a temblar delante de todos—. ¡Hemos hecho cuanto hemos podido!

Un sirviente requirió a Trevisan. Después el asistente murmuró palabras discretas al Dogo. Este alzó una mano y ordenó un receso; un asunto adicional requería su presencia inmediata.

Aún pudo oír a Battaglia repetirse una y otra vez con el ánimo derrumbado.

—Hemos hecho todo, todo cuanto hemos podido...

El Dogo salió al pasillo seguido por su asistente, de quien se cogió del brazo. Aún estaba mareado. Maldecía al médico, que le había recomendado sopa y evitar comidas pesadas de carne o pescado. ¡Sopa para un príncipe! ¡En la calle y en los muelles los más pobres comían mejor que él! Peor podía ser no hacerle caso. El médico velaba por él, aunque a veces pensaba que podía ser un infiltrado. A pocos pasos esperaba el comisario Morosini, tan grave como la última vez y más ojeroso. Sin decir nada, señaló la puerta de la sala privada que comunicaba con la alcoba. Trevisan quiso seguirle. El Dogo se lo impidió. Entró solo. Cerró la puerta.

La joven que le esperaba podía ser su hija. Su nieta, si hubiera tenido descendencia. Estaba tan, tan cansado. Era agraciada, sus ojos azules

aparecían irritados por el llanto y en su mano aferraba una cofia negra. Su pelo rubio debía de ser hermoso, aunque no lo parecía, estaba cortado a trasquilones por una mano vengativa, tan corto como si fuera un muchacho. Se arrojó a sus pies en cuanto él entró. Compasivamente, le ofreció una mano para alzarla. Aún en tiempos difíciles, se podía ser compasivo con la belleza y con la juventud.

—¿De verdad eres la hija de Marco Lascaris?

—Príncipe, os lo ruego, tenéis que escucharme. —El Dogo sonrió sin ganas. Le permitió hablar—. Tienen preso a mi padre. Los franceses amenazan su vida. ¡Tenéis que hacer algo!

—No puedo hacer nada, hija.

—¡Es un hombre bueno! El mejor que conozco... ¡Y es mi padre! No tendréis consejero mejor. Querían algo. Mencionaron un nombre. Tortelli. Algo que él tenía, y Edme Joseph lo desea por encima de cualquier otra cosa. ¡Han torturado a mi padre! Yo he escapado. Y él también, y le están buscando para matarlo. ¡Os lo suplico! Sois el Dogo, sois el príncipe de Venecia. ¡Debéis hacer algo! ¡Mi padre está defendiendo Venecia con su vida!

El Dogo mantuvo su sonrisa y la mano de Beatriz entre las suyas.

—Entonces sí. Algo haré. —Dio dos fuertes palmadas. La puerta se abrió. Nicolás Morosini entró con pasos firmes, atento a la llamada. La sonrisa del Dogo finalizó. Su voz se volvió imperativa—. Hemos perdido a un hijo, hemos ganado a una hija. Enciérrala bien y averigua dónde se esconde su padre. Haz que se entere de que aquí está su hija.

Beatriz gritó y gritó resistiéndose inútilmente a las manos de hierro del comisario. Qué lástima que Lascaris no fuera como Morosini, reflexionó el Dogo. Hombres fieles que obedecen.

EN LA EMBAJADA FRANCESA

El ministro francés agradeció que los dos diputados se marcharan por fin. Sus presencias le resultaban insoportables. Sí, estaba claro, le había enfurecido sobremanera su disposición servil y suplicante. Para él un hombre, un auténtico hombre, no debía suplicar jamás. También le había enrabiado la fuga de Beatriz. Y la misiva desde Milán, pidiendo explicaciones sobre por qué no había conocido el intento de soborno, le preocupaba. Napoleón ya

sabía que estaba actuando por cuenta propia. De momento lo toleraba. De momento. Cómo lo sabía, estaba claro. Alguien de la embajada le informaba directamente a él. El viejo Lallemand, por lo que se veía, no era una serpiente desdentada, aún le quedaba algún colmillo venenoso. O quizá fuera el resentimiento porque desde la conferencia no hubiesen contado con él para mediar, gratificación mediante. Si sumaba todo, allí lo tenía. Había estado seis horas gritando sin parar a aquellos dos miserables, que habían acabado avasallados.

Aún podía lidiar con la amenazante presencia del general corso.

Aún podía maniobrar para tenerlo todo a favor a su regreso a Francia.

Ninguna de sus preocupaciones importaba en ese momento, allí, en su sillón, en su gabinete. Lo tenía. Aquello era el motivo, un arma que justificaba muchas cosas. Muchas injusticias y muchas muertes. Entendía qué podía hacer a su favor y qué podía haber hecho en manos de Tortelli, de seguir vivo.

Ahora, el antiguo anillo ducal estaba en sus manos. Era hermoso. Y desconcertante que algo tan pequeño concitara tantas preocupaciones. Dejó de mirarlo. Sonrió. Extendió su dedo anular. Era extraño que habiendo caído la monarquía en Francia, él, francés, divagara en sueños imposibles. Se lo puso. Le quedaba bien.

—Su Serenísimo Príncipe, dogo Edme Joseph Villetard.

CAPÍTULO 31

UN HOMBRE SOLO

VENECIA, 10 DE MAYO. MIÉRCOLES

La noche fue larga y tensa, y no solo en las calles, también en el Palacio Ducal. Cuando por la mañana, tras las campanadas de las ocho, se abrió la puerta de la sala, se había llegado a la conclusión de que la situación era insostenible. Al alba, varios de los consejeros habían ofrecido su propio patrimonio y sus cajas de caudales para reunir la suma que el tesorero había calculado. El viejo hombre vivía encerrado en la Zecca, al otro lado de las rejas y de las puertas acerrojadas, rodeado de libros de cuentas y de bolsones de moneda nueva, o que debían contener moneda nueva y no tenían nada más que aire. Plegados, vacíos, aguardaban tiempos mejores. Fue convocado. Las estimaciones de la cancillería se habían concretado y acordado tras una larga conversación con los capitanes.

—Necesitamos seis mil sequines en oro para mañana.

—Señor Príncipe, señores consejeros. La Zecca está vacía. Apenas hay en reserva mil doscientos. No hay más —había desvelado con franqueza y vergüenza el tesorero.

La perspectiva de ser testigos del asalto al palacio, de la llegada de los esclavos hasta aquella sala y de enfrentarse a sus ojos violentos y llenos de codicia obró milagros. Uno a uno, todos ofrecieron cuanto disponían para reunir la suma. El Dogo lo agradeció, pensando entre tanto que siempre era así, que las amenazas siempre aligeraban bolsillos secretos.

En dos horas se reunió la suma. En una hora, todas las negociaciones

habían concluido. Nicolás Morosini había conducido las últimas disposiciones.

—Han aceptado. Los eslavos embarcarán hoy para Dalmacia.

—¿Sin más objeción? —preguntó el consejero Corner.

—Con objeciones. Algunos pedían más, pero al final han cedido. Roguemos que cumplan la palabra. En una hora embarcarán. Serenísimo Príncipe, a consejo vuestra presencia. Si no estáis, pueden sentirse ofendidos. No quieren partir como criminales, sino entre vítores. Concedédselo. Por prudencia.

—Si es un acto público, Villetard se enterará de inmediato de nuestra debilidad.

—Es una de las exigencias. Y no podemos controlarlos ya. Deben irse.

—Venecia entonces despedirá a sus eslavos —decretó el Dogo.

El Arsenal se vació de gente armada. Elevaron el paso elevadizo que comunicaba ambas márgenes del canal de salida, y los barcos abandonaron el recinto fortificado, las murallas vigiladas, las herrerías y fraguas, las carpinterías. Miles de eslavos dijeron adiós a aquella ciudad desconfiada y en agonía. La comitiva formada por el Dogo y la Conferencia salió del Palacio Ducal, y aguardó frente al muelle del palacio. Se habían levantado a toda prisa unos toldos delante del muelle para proteger del sol a sus miembros. La ligera brisa movió las velas. Los remos de las galeras ayudaron a las maniobras. Desde el canal del Arsenal, barco tras barco, las naves cargadas de mercenarios maniobraron para enfilear hacia el Palacio Ducal en señal de respeto al Dogo y desde allí despedirse de la ciudad para salir de la laguna hacia mar abierto. Desde las aceras y balcones próximos al Gran Canal se oían las voces acompasadas de los remeros. Los remos hendían el agua con una bella sincronía. Eran voces rudas, vibrantes, incluso satisfechas; las voces de hombres contentos de ser pagados y de regresar a su tierra de montañas ásperas y bosques, de costas de aguas cristalinas. Eran venecianos por conquista, no por devoción. Algunos miembros de la Conferencia habían discutido agriamente que su marcha ponía en peligro la República si los eslavos ofrecían sus servicios a los turcos y revelaban la debilidad de Venecia. El *capi* Dolfin fue tajante.

—Nos preocuparemos de ello dentro de una semana, si llegamos a tanto.

Pero mientras, y antes de que el último barco se alejara de los muelles, los

venecianos se congregaron en número creciente, lamentando su marcha y preguntando por Morosini, por Pesaro, por Coldumer, por el caballero Zusto y por el propio Dogo para saber la razón de aquella marcha.

—¡No os vayáis! ¡No nos dejéis indefensos!

—¡Tenéis que detenerlos!

—¡Ayudadnos contra los franceses! ¡Volved! ¿Por qué os marcháis?

Y todos alzaban sus manos hacia el Dogo y la Señoría, clamando por una explicación. Poco a poco, los guardias venecianos retrocedieron hasta toparse a la fuerza contra los toldos, y el silencio del Dogo convirtió manos de súplica en puños indignados.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Abajo el Dogo!

Nicolás Morosini fue acorralado y le costó librarse de las manos que lo agarraban y le desgarraban la ropa. Maldijo a sus pocos guardias, y más aún cuando uno de sus oficiales le reveló sin aliento inquietantes noticias.

—¡Apartaos, ciudadanos! ¡Abrid paso! —Ahora se veían rostros crispados. Dientes apretados, muecas de odio. Consiguió llegar hasta los toldos. Los conferenciantes estaban asustados y rehuían a la gente—. ¡Dogo Manin, debéis retiraros inmediatamente! ¡Hay revueltas! Ya deben de saberlo.

—¡Están regresando! —Señaló con un dedo tembloroso uno de los sabios.

Los toldos oscilaron. La brisa había aumentado. El Dogo miraba al mar, incrédulo, mientras la muchedumbre se agitaba más y más a su espalda. Los barcos de los esclavos habían detenido su avance sin llegar a salir de la laguna. Viento del sur. Se preguntó si aquellos mercenarios habían cambiado de idea. Si preferían unir a sus seis mil sequines en oro muchos miles más del saqueo de la ciudad. La gente pedía explicaciones a gritos y entre abucheos a toda aquella representación de un estado moribundo. Era la pompa de los gobernantes en medio de la penuria general y del desabastecimiento.

—¡Abajo el Dogo!

—¡Muera el Dogo!

—¡No esperéis más! ¡No os soltéis! ¡Y seguidme todos! ¡No tengo hombres suficientes! —Y el comisario agarró del brazo al Dogo y lo arrastró tras él.

La puerta marítima del palacio se abrió para dar paso al Serenísimo Príncipe. Parte de la guarnición salió para contener a la multitud, que ya se

había convertido en turba. El Dogo se horrorizó de las manos que le arañaban y tiraban de él. Oyó y sintió cómo se desgarraban las costuras de sus mangas. Los soldados golpearon a los insurrectos, liberando a sus presas. Tras él escuchaba los aullidos de terror de algunos de sus consejeros, que no se habían apresurado lo suficiente. En cuanto el Dogo estuvo en palacio Morosini ordenó cerrar las puertas, sin importarle nadie más. Todos se precipitaron hacia el Dogo, que se derrumbó entre sus brazos sin aliento.

—¡Rápido! ¡Salid y dispersad a esa chusma! —Los soldados remanentes asintieron—. ¡Y reunid a los consejeros! Señor Dogo, ya estáis a salvo. ¡Trevisan! ¿Dónde está Trevisan? ¡Ah, aquí estás! ¡Llévalo a sus aposentos! Estáis a salvo, Dogo. Tranquilizaos.

—¡Me han... zarandeado! ¡Me han puesto las manos encima! ¡A un príncipe ungido por Dios! ¡Han intentado quitarme el corno! ¡Justicia! ¡No ha de quedar así, Morosini! ¡Armad a la guardia! ¡Esos no son mis súbditos!

—Recordad, Dogo, que no sois un monarca —dijo un susurro cerca de él.

Rodeado de funcionarios y asistentes asustados, el Dogo miró a todos los lados con los ojos bien abiertos, estupefactos. Se palpó el rostro y se dio cuenta de que le habían arañado. Aquello era inaudito e indignante. ¡Traición, pena de muerte y ejecución! Trevisan hizo cuanto pudo por calmarle mientras seis guardias lo custodiaban hasta su apartamento. En su excitación, no pudo encontrar a quien había dicho esas palabras agoreras.

Morosini se dispuso a salir otra vez al mando de sus hombres. Todos portaron espadas desenvainadas. Si la muchedumbre no se calmaba habría una matanza. Justo antes de abrir las puertas, tuvo un segundo para un nuevo pensamiento de desdichada admiración. Aquello estaba planificado. Todo encajaba. El tumulto en los muelles había distraído a sus guardias de otros frentes. Así, en los otros *sextiere* las calles estaban indefensas. Los mercenarios estaban embarcados y fuera de la ciudad. El tesoro público estaba agotado. Ahora, cualquiera podría tomar la ciudad.

Cuando regresó, el dogo Manin le hizo pasar a sus aposentos. Sin su capa ornada, sus ropajes de Estado ni su corno parecía un viejo agotado. Estaba comiendo. Desoyendo las prescripciones de su médico, había ordenado que le llevaran un sustancioso plato de solomillo, con su guarnición de guisantes y un huevo duro rodeado de zanahorias cocidas y tomates. Y una botella de vino. Estaba abierta y vacía. La copa, a rebosar. El Dogo siguió bebiendo el vino

especiado, para tragar bien la carne humeante. Tal había sido su insistencia que había llenado la cocina con sus gritos. Una hogaza abierta daba cuenta de su voracidad. El vino parecía haberle devuelto el color a las mejillas y viveza a sus ojos, a pesar del sueño.

—¡Era lo que necesitaba! Sopas y caldos, ¡qué fuerza da eso! Pasad, Morosini. ¿Detendréis a los culpables? Un escarmiento. Daremos un escarmiento ejemplar, entre las dos columnas, como no se ha hecho en mucho tiempo. ¿Los tenéis ya en prisión?

—Serenísimo Príncipe —no tan sereno en ese momento, pensó—, tendríamos que haber detenido a cien, doscientas, trescientas personas, y no sabríamos discernir quién os insultó o quién os zarandeó. Y no tengo tantos hombres. Menos ahora que los esclavos han desembarcado.

—¿Ellos otra vez? ¿Aquí?

—He tratado con sus capitanes. Han acordado encerrarse en los cuarteles en tanto el viento del sur no cambie. Recibirán provisiones. No pedirán una nueva compensación..., de momento.

—Querrán más. El viento es una excusa. ¡Valientes marineros! Quien quiere, puede. Han visto nuestra debilidad. Nos exprimirán, lo mismo que los franceses. Los temo y los odio tanto como a ellos. ¡Pero qué mal anfitrión! ¿No queréis acompañarme? —El comisario alzó una mano para excusarse. El Dogo vació su copa de cristal de Murano—. Ahora Villetard tiene otra vez la excusa para volver a amenazarme.

Dejó la copa sobre una de las mesitas y se sentó en su silla. Morosini le tendió una misiva plegada.

—¿Qué es esto?

—Un hombre lo ha dejado para mí en la Puerta de la Carta mientras yo despejaba el muelle. Pero lleva vuestro nombre.

—No tiene lacre. ¿Lo habéis leído?

—Leedlo vos.

—Indignante. Ya ni siquiera mi correspondencia se respeta en mi propia casa. Tendré que recordaros ciertas cosas, comisario.

Solo yo puedo detener a Lascaris.

El aviso o la amenaza no estaba firmada, aunque no hacía falta. Lo habían

perfumado. Podía olerlo bien, y recordaba ese olor. Olía a Lallemand, que ya no estaba en Venecia. No era de Lallemand.

El Dogo cerró los puños, mareado. Debía descansar. Pero no antes de escribir una respuesta. Garabateó con rapidez. Encendió una pequeña vela; acercó la barra de cera roja, que goteó sobre el borde del dobléz.

—¡Búscale! —ordenó mientras el lacre se secaba. Le tendió el papel.

—¿Y lo traigo?

—¡Dásela, nada más!

EN ALGÚN LUGAR DEL SEXTIERE DE RIALTO

Durante toda la noche la actividad del abate había sido incesante. Había desafiado a los vecinos congregados por las calles y mantenido varias reuniones clandestinas para estar seguro de la situación. Los franceses estaban ya actuando, soliviantado a sus seguidores. Marco Lascaris había regresado y le había mostrado el documento, con una condición. Y tras las reuniones, estaba dispuesto a cumplirla.

Giacomo y un sobrino suyo lo hicieron al alba. La confusión por la salida de los esclavos desde el Arsenal había hecho pasar desapercibidas a las dos góndolas cubiertas que rodearon las islas por el norte, sin importar que el recorrido fuera mayor. Habían desembarcado, aunque aún no estaban a salvo. El abate temblaba. Bajo su responsabilidad había decidido sobre otros, lejanos, desconocidos. Ahora dependían de él rostros concretos, vidas concretas. Él siempre delante, los demás tras él. Les insistió en no detenerse. Un abate, cuatro ciudadanos.

Llegaron a la casa franca. Entraron de forma apresurada.

—¡Vamos, vamos! ¡Deprisa!

Por último, el abate Tentori miró a un lado y luego a otro de la calle. Nadie, o eso parecía. Cerró con llave. Y por fin suspiró.

—¡Papá! ¡Papá!

Marco Lascaris corrió hacia ellas con los brazos abiertos. Tomó a Ana, la cubrió de besos y la alzó al aire antes de abrazarla junto a Adriana. Ella, tan contenida en su afecto hacia él, lo recibió con gozo y con un largo suspiro. Después se miraron a los ojos largo rato, sin decir nada. La niña no se soltaba

del cuello de su padre.

Cassandra estaba triste. Su madre también. Aquel reencuentro familiar les recordaba lo que a ellas les faltaba.

—Eres hombre de palabra, abate.

—Ya no estoy para tanto sobresalto. A veces creo que tiento a la suerte y a Dios. Señoritas, al fondo está la cocina. He de hablar con Marco.

—Mis hijos... —comenzó Adriana. Marco Lascaris asintió.

Las mujeres los dejaron solos. La niña no cedió fácilmente.

—Los siete consejeros renuentes aceptan intervenir. Están de acuerdo en seguir tu criterio. Marco Lascaris, tienes una oportunidad única. Tu hijo Antonio anda divulgando nuestras intenciones, cuantos más seamos mejor. Es un hijo valiente. No solo nos enfrentamos a los franceses: los eslavos han vuelto a los cuarteles.

—¿El motivo?

—Sopla viento del sur, pero las razones reales...

—A lo mejor todo ha sido una trampa. Nos han tendido un cebo que hemos mordido, y ahora que nos hemos involucrado nos hemos descubierto. Si es así, no hay posibilidad de dar marcha atrás. O sí. Acaso debiera... debiera hablar antes con el Dogo. Antes de que muera alguien.

—No. —El abate le cogió del brazo—. No salgas, es lo mejor. Deja que yo hable. Temo por ti. Están buscándote. Temo que quieran matarte. Yo soy un pobre abate. Tú, un consejero, un miembro del Senado, respetado y ahora perseguido. No puedes dejar que te maten. Y ya no podemos detenernos. Los vecinos de todos los barrios están agitados, saben que va a suceder algo pero no saben el qué; salvo unos pocos.

—Villetard...

—Tu hija ya no está con Villetard. El comisario Morosini me encontró antes de partir hacia el convento para recoger a la viuda de Tortelli. Me preguntó y tuve que callar; un hombre de Dios no debe mentir. Por eso he tardado. Tenía que asegurarme de que no me seguían. Te temen.

—No lo entiendo. ¡Te dejó partir!

—Quería que te diera esta nota. Mira el lacre.

Conocía ese sello. Rompió el lacre. Marco Lascaris estaba de espaldas a la puerta. No vio que Adriana había regresado y estaba en silencio bajo el

dintel de la puerta. Mantenía las dos manos juntas sobre su pecho, esperándose lo peor. El abate no dijo nada.

Tengo a Beatriz, y en tu mano está que viva o que no viva. No hagas nada de lo que arrepentirte. Cuando el destino gira, ¿qué puede hacer un solo hombre para oponerse, sin ser aplastado? Deja que la rueda gire.

L. M.

El mercader leyó y releyó la misiva. Era cruel, porque tomara la decisión que tomara sabía que se arrepentiría. Era poner en una balanza la vida de su hija y el devenir de todo un estado. Una hija frente a miles de hijas, miles de padres, miles de madres. Pero era su hija. Se tapó la cara, los ojos.

—Dios mío. ¿Qué voy a hacer ahora?

El abate, gentilmente, tomó la misiva de sus manos. Quizá que él mismo lo tuviera tan claro era un signo de su pecado de soberbia. ¿Quién era él para decidir quién debía vivir y quién debía morir? Pero ambas cosas ocurrirían, cualquiera que fuese la decisión. Se santiguó, y no envidió al mercader. Sintió piedad por él.

Silencio.

Fue entonces cuando una madre habló. Avanzó preparada para conocer la verdad, por muy cruda y cruel que fuera. Leyó aquellas líneas. El mercader no levantó la vista, siguió sentado y agachado, ocultándose tras sus manos entrelazadas.

El abate esperaba que Adriana llorase, se lamentara, se abrazara a su marido; y que juntos decidieran. Para bien o para mal. Pero no pasó nada de eso. Se irguió, con el rostro severo, la mirada serena, la nota arrugada en su puño cerrado.

El mundo es cruel con las mujeres. El mundo es un mundo de hombres, hombres son los que deciden, hombres son los que adquieren fama, decisión y poder, y rara vez una mujer prospera en un mundo de lobos resentidos y voraces, salvo que ella misma se convierta en una loba. Primero los padres deciden qué vida les espera a ellas, sometidas a su imperio por la naturaleza de su sexo; luego, si no se decide su encierro lejos del mundo en la vida

religiosa y resignada, es el marido quien habla y ordena. Después, en la vejez, si llega la viudez, son los hijos los que disponen. Las mujeres encauzan su vida en el hogar, siempre sometidas y encerradas; y su único consuelo es la prosperidad de sus hijos y el cariño de sus hijas, de quienes esperan respeto y, oculto a todos, el deseo de una existencia mejor y más digna. Porque saben que los hombres las temen, y que en su reducida fortaleza que es el quehacer diario ellas son silenciosos generales, y en sus manos y en su insistencia hasta el hombre más terco acaba modelado por ellas. Ellas son un mar insistente, y su oleaje siempre desgasta las costas más rocosas.

El abate sabía que ese mar nunca estaba en calma. «Las mujeres son así», pensó. Hasta las aguas más tranquilas podían albergar mar arbolada y causar estragos y naufragios. La mirada de Adriana era terrible, no por su ira, sino por su calma y clarividencia. Ella habló y él, abate y hombre, agachó la cabeza. Marco Lascaris, sin embargo, la irguió para escucharla, para admirar su entereza, su claridad. Era su roca, la única que le quedaba en el océano bravío que amenazaba con tragarlos a todos entre pesares, oscuridad y lamentos.

—Creen que puedes hacer algo, Marco. También ellos tienen miedo. Han quemado mi casa. Nuestra casa. Han amenazado nuestras vidas. Y yo ya no pienso ceder más al miedo. Ya lo dijo Teodora: el color púrpura es la mejor de las mortajas. *Niká*. Eres un buen hombre, Marco Lascaris, y yo te amo por encima de todos y de todas las cosas, haya cielo o infierno después de esta vida. Eres un gran hombre y has sido un gran padre, y siempre para mí el mejor de todos los venecianos. Haz lo que tengas que hacer, lo que sabes que tienes que hacer, y hagas lo que hagas yo estaré contigo hasta el final. Y no tendré nada que reprocharte.

Se cogieron de la mano.

—Entonces, sea. *Niká*.

Victoria.

CAPÍTULO 32

CONFESIÓN

VENECIA, 11 DE MAYO. JUEVES

Sesenta años y para qué. He estado ciego. Mi padre, mi abuelo, mis ancestros, se ataron a la salina, estaban orgullosos de su pasado, hambrientos en el presente, esperanzados en el futuro. De qué me han servido tanto viaje, tanto insomnio, tantas noches haciendo números y más números. Juntamos moneda a moneda, y atesoramos las historias de aquellos viejos tiempos cuando los Lascaris dominábamos un imperio. Y con ellas nos hicimos venecianos. Creyeron que sería una nación agradecida. Yo también lo creí, ¿no es lo que nos dicen a todos? Si cumples las leyes de los hombres y las leyes de Dios, si eres piadoso, si eres compasivo, si cumples como padre, como ciudadano, como cristiano, serás recompensado. Serás bendecido con trabajo abundante, con buenos amigos, con buena esposa y con buenos hijos. Te agasajarán. Serás reconocido y, si así está decidido, serás encumbrado. Te inscribirán en el Libro de Oro. Lograrás el funcionariado; el Senado; el Gran Consejo. El secretariado de Estado. Quizá, el principado.

Y todo eso es mentira. Dios mira siempre hacia otro lado. Nos engañaron. A mí como a muchos. Ahora lo sé con convicción.

Los hombres son hombres siempre. Siempre está el interés. Siempre algo a cambio de algo. Es inevitable, eso ya lo sabía. Es una canción que hay que bailar, si se quiere participar. Si se quiere sobrevivir. Unos pocos mandan, muchos obedecen. O se está arriba, o se está abajo. Abajo está la miseria, los suplicantes, los que sirven sin saber qué hay más allá de cada noche. Si se

puede evitar, nadie quiere eso. Se quiere una buena casa. Sirvientes. Un barco, o una flota entera de barcos. Un emporio. Fiestas. Un buen puesto los domingos en la basílica y en las procesiones. Un palco en el teatro, invitaciones para el carnaval. Que te loen en las lonjas y te regalen piezas de atún rojo. Que te reciban con agasajo en el banco. Que los prestamistas te sonrían y te ofrezcan un buen café. Que la reputación te preceda. Lograr el respeto debido. Sí. Nadie quiere lo contrario. Se quiere lo mejor para sí y para los hijos.

¿Pero a qué precio? ¿Hasta dónde hay que llegar? La ambición y la codicia no pueden serlo todo. Eso es lo que creo. Dios tiene ángeles que todo lo apuntan en su libro. En algún momento hay que justificar lo que se hace, lo que se ha hecho. ¿Creerán los demás que saldrán impunes del escrutinio divino? Algunos parecen creerlo. Medran y prosperan, y en su prosperidad ellos juzgan que se les ha concedido esa impunidad. Yo eso no quiero creerlo.

Aunque ya no sé si eso importa ya. Nada de lo que creí sirve ahora. Bizancio desapareció. Ahora Venecia tiembla. Nos hablaron de mansedumbre al Estado, de confianza en el Estado. Todo en nombre de la patria. Cuánta palabra inútil y mentirosa. Yo estaba engañado. O me creía inmune al engaño. Estúpido de mí.

Ahora se muestra la verdad oculta tras las máscaras, la música del carnaval, los cafés y las cartas. Se muestra la enorme mentira en la que hemos vivido y gozado. La enorme mentira de libertad que nos rodea. Nadie es libre. Todos somos prisioneros. Todos salvo el hombre que se guíe por su conciencia, y no por los intereses de otro.

Aunque eso comporte sufrimiento.

Aunque eso comporte sacrificios.

He estado ciego y ahora, por mi error, debo pagar por ello. Que Dios me perdone. Dios, ten piedad de mí. Cóbrate de mí ese castigo, pero apiádate de mis hijos. Los hijos no deben sufrir por los pecados del padre.

Qué larga es esta noche. Aunque puede que no haya ninguna noche más tras esta.

Mañana habrá reunión del Gran Consejo. Me dice el abate que no se han apagado en ningún momento las luces del apartamento de Dogo en los últimos catorce días. Los vecinos no se creen que esto esté pasando. El pueblo aún no quiere conocer la verdad. Prefiere vivir en el sopor de la ignorancia. Casi

todo el mundo es reacio. Prefieren creer que la Gran Dama del Mar vendrá a salvarnos, que los Dándolo y los Doria que tanto hicieron por Venecia resurgirán de sus tumbas acuáticas. Se aferran al Dogo y a su palabra. Ilusos.

Mañana será un gran día.

Mañana será el último día de muchas cosas.

No es culpa suya vivir en una ilusión. El diablo puede ser muy tentador. Es labor nuestra que despierten de esa ilusión; y que se arrepientan. El arrepentimiento y el castigo son el camino. Después, solo después, llegará el perdón.

BERNARDO GUI

Los hombres mienten. No te fíes de nadie vivo.

AMIANO MARCELINO

CAPÍTULO 33

EL PRECIO DE LA INSOLENCIA

VENECIA, 12 DE MAYO. VIERNES

Era muy temprano, pero pocos habían dormido por la noche. Con la luz del amanecer los grupúsculos que habían alborotado las calles durante la noche fueron aumentando, congregándose poco a poco frente al Palacio Ducal. El comisario Morosini había dispuesto todos sus efectivos venecianos alrededor del palacio, armados y con órdenes de disparar contra cualquier turba que intentara entrar en el palacio y los edificios de gobierno. Incluso las antorchas estaban encendidas junto a los cañones, cargados de pólvora negra y balas, con sus mechas preparadas. Había ido incluso más allá. Como medida extraordinaria, el Dogo había autorizado la presencia de caballería y Morosini había logrado lo imposible. Durante la noche había traído animales a toda prisa desde Treporti y Cavallino, cruzando el brazo de mar que los separaba del Lido. Una decena de hombres los montaba y desde lo alto de los caballos escrutaban toda la plaza, asustando a los viandantes y amenazando a cuanto ser vivo se acercara a menos de treinta pasos de la fachada del palacio.

Muchos venecianos se apelotonaban en los muelles. El viento del sur había cambiado. Soplaba del norte, y los barcos de los eslavos, por fin, comenzaron su partida. Los vieron alejarse con las velas desplegadas y sus estandartes triangulares flameando al viento. Las quillas levantaban espuma.

No menos expectación había en la placeta. Los senadores fueron llegando, unos a pie, otros en góndola. Muchos fueron interpelados por la multitud en su trayecto hasta la Puerta de la Carta, los venecianos querían saber qué iba a

sucedier aquel día crucial. Desde un extremo de la plaza de la Mercería se oyeron vítores y aplausos. En todo su recorrido, los siete senadores renuentes a firmar la última declaración del Gran Consejo, Mussato, Minotto, Erizzo, Querini, Vendramin, Corner y Priuli, fueron abrazados, palmeados y saludados como héroes. Los pocos que se atrevieron a alzar la voz contra ellos fueron empujados e increpados. Zorzi y Spada vieron cómo llegaban a la puerta. Estaban atentos a todos los senadores, buscando a uno en concreto. Tendría que aparecer. Y no pensaban dejarle entrar.

EN ALGÚN LUGAR DE RIALTO

Marco Lascaris había desayunado. Se había despedido de Ana, que aún dormía. Casandra y su madre le habían besado las manos. La joven había enjuagado sus lágrimas con el dorso de su mano. El abate esperaba junto a la puerta ya abierta. Era el momento de salir del escondite. Antes, Adriana y él habían hablado. Se habían sentado juntos y se habían cogido de las manos. Habían recordado su juventud cuando se conocieron. Habían revivido el instante de sus esponsales, sus promesas ante el altar. La alegría del nacimiento de sus hijos, Antonio y Beatriz. Los años pasados. La llegada de Ana. Se habían abrazado, se habían dado un casto beso en la mejilla.

—Dijiste que siempre estarías conmigo. Hasta el final. Y ahora te marchas.

—He de hacerlo. Pero intentaré volver.

—¿Qué pasará?

—No lo sé.

—¿No tienes miedo?

—Lo tengo. Y mucho.

—Recuerda a nuestros tres hijos. Y a mí. No te expongas. —Tuvo un instante de duda antes de seguir—. No te vayas. No eres un héroe.

Lo decía porque lo sabía. Pero también sabía que había prometido acatar su decisión. Y Marco Lascaris quiso decirle que los héroes no eran gigantes; no eran guerreros invencibles dotados de fabulosos dones. Que un héroe no estaba hecho de acero, sino de carne. Que un héroe no es alguien sin miedo, sino un mortal común que vence su miedo y actúa convencido de que un bien mayor es mejor y se antepone a un mal menor. Aunque ese mal sea el

sufrimiento de la carne de su carne. Que también lo era la mujer que el héroe deja atrás, esperando sin saber. Sola. Sin conocer qué ha de traer el alba después de la tormenta mientras los hijos duermen en la noche.

El mercader miró a su mujer por última vez, apretando la mandíbula para contener sus emociones. Pero ya salía tras el abate cuando Adriana corrió tras él, lo cogió por la pechera de su chaleco y lo besó apasionadamente.

—¡Te quiero!

El mercader asintió con un nudo en la garganta y temblores en las rodillas. Le acarició el rostro con cariño y liberó sus manos con besos. Tenía que salir ya de allí, o no saldría. Casandra y su madre se acercaron a Adriana, que se derrumbó entre lágrimas. El abate tuvo la entereza de cerrar la puerta. Estaban fuera. «Adiós», pensó el mercader. No se atrevió a mirar atrás.

—¿No es por aquí, abate?

—No sabemos si nos vigilan ni desde dónde. Daremos un rodeo. Así protegeremos la casa, y a ellas también. Por lo que pueda pasar.

Cada paso era una incertidumbre y no podían entretenerse demasiado. Al cabo de un largo transitar entre callejones y puentes con vecinos en las puertas, llegaron a la altura de la lonja del pescado y desde allí evitaron el puente de Rialto, que amaneció con todas sus tiendas cerradas. Cruzaron el Gran Canal aguas arriba con una góndola y después, confiando en que nadie atacaría a un hombre de Dios, atravesaron de barrio a barrio, pasando por las calles comerciales sin vida ni tienda alguna haciendo negocio. De vez en cuando, de alguna puerta surgía de forma furtiva una joven o un muchacho, intentando esconder una hogaza, conseguida a precio de oro. Aquí y allá los hombres se reunían, hablaban, opinaban y se exaltaban. Algunos se atrevieron a forzar las puertas de las carnicerías y de los colmados, y otros se enzarzaron con aquellos, entre voces y puños en alto, recriminándose. Había miedo y violencia. Y oyeron el nombre de Francia en más de una ocasión. Abate y mercader evitaron a todos, sin desviar su mirada del frente o del suelo. Se respiraba la tensión. Era la humedad bochornosa, la temperatura que subía y el miedo a todos. Llegaron al arco bajo la torre del reloj zodiacal. Al otro lado estaban la plaza, la basílica y el palacio, y también los exaltados, los soldados y los cañones.

Y los amigos de los franceses.

Andrea Spada vigilaba cerca de los tres mástiles, rodeado de los suyos.

Ocultaban cuchillos bajo sus ropajes. Esperaban el momento. Los senadores seguían llegando. Ellos también estaban preparados. Se subió a la peana del mástil dedicado al perdido territorio de Morea para mirar por encima de la multitud. Las dos plazas públicas seguían llenándose de ciudadanos nerviosos. Unos proclamaban la bondad del Dogo. Otros, por vez primera, la tiranía de la República. Ya no podía detenerse nada. Miró al reloj zodiacal. Quedaban pocos minutos para el comienzo del Consejo a las ocho. La gente seguía entrando en la plaza bajo un cielo azul cobalto. El día sería muy caluroso y el calor también alteraba la sangre a todos.

Le vio. Los vio. A los dos.

—No puedo creerlo.

El mercader y el abate se decidieron por fin a cruzar la plaza a paso vivo. Salieron del arco y buscaron la protección de la fachada de la basílica, pero varios hombres les salieron al paso, mostrando sus cuchillos sin importarles la sombra del recinto sagrado. El abate Cristóforo Tentori pidió perdón a Dios. Se adelantó al senador, quien asustado alzaba las manos, y de debajo de su hábito negro sacó un largo cuchillo. Detuvo al primero que agredía y le rajó el muslo. El hombre gritó. La sangre manó a borbotones y el hombre se derrumbó. Otro quiso intentarlo otra vez. Estaba claro, pensó el abate. Buscaban matar al consejero.

—¡No!

A su alrededor algunos se apartaron atropelladamente, pero un hombre embozado avanzó a la carrera y derribó al agresor de un enérgico empujón a la vez que le golpeaba en la cabeza una y otra vez con una piedra en la mano.

—¡Malditos franceses! —Y no estaba solo. Otros le siguieron. Los hombres de Spada se encontraron en una trifulca que no esperaban. El hombre embozado se retiró el pañuelo y cogió al mercader del brazo. Asintió al abate y luego empujó al mercader hacia el palacio, mientras a su alrededor se llegaba al cuerpo a cuerpo. Manos que cogían manos para evitar el acero. El abate sostenía el cuchillo en la derecha y su cruz de oro en la izquierda, amenazando a quien se le acercara.

—¡Agredir a un hombre de Dios es un pecado mortal!

Sonaron las campanas del Campanile.

—¡Corre, padre! ¡Debes llegar a tiempo! ¡Corre o te cerrarán las puertas!

—¡No lo dejéis escapar! —se desgañitó Spada. Pero aunque tendió sus

manos hacia el mercader solo consiguió que el abate le hiriera con un rápido tajo.

—¡Corre, padre!

El mercader, atónito, comenzó a correr. Se abrió paso a empujones. Sintió pisadas tras él, la muerte tras él. Pero no podía morir, no ese día, no en ese momento. Gritó a los que le obstaculizaban. Los rostros se volvían hacia él, unos con susto, otros con amenazas. El dolor del pecho resurgió con ese esfuerzo, apartaba con ambos brazos, corría cuanto podía, pisadas, pisadas, sin dejar de escuchar el retumbar sordo en sus oídos. Arañaron su ropa y su espalda, pero ya estaba allí. Las pisadas se acallaron al alcanzar el perímetro de seguridad del palacio y ser detenido por dos de los soldados. Se acababan los ocho tañidos de campana.

—¡Soy consejero, soy consejero!

Los guardias le dejaron pasar, escoltándolo hasta la Puerta de la Carta. Siguió a la carrera por el patio enlosado del palacio. El mundo calló. En la soledad del patio solo se oyeron sus zancadas. Nada llegaba de los tumultos en el exterior. Bordeó los dos brocales y corrió, con una mano en el pecho, hacia la escalera de mármol que ascendía a la zona de gobierno. Los gigantescos Marte y Neptuno le miraron con sorna, o eso le pareció. Los últimos consejeros desaparecieron con la última campanada. Los soldados cerraban las puertas y él subía los escalones de dos en dos, con los dientes apretados y las flemas escapando por las comisuras de sus labios.

—¡No, esperad!

Las puertas no se cerraron.

Pudo meter un pie en el hueco y luego las dos manos.

—¡Soy el consejero Marco Lascaris y las puertas siguen abiertas! ¡No podéis impedirme la entrada!

Un instante después estaba dentro, tosiendo y jadeando por el esfuerzo. Se dobló de dolor. Los ojos se le nublaron con lágrimas de sufrimiento. Se limpió la boca con el dorso de una mano. El corazón estaba desbocado. Pero tendría que aguantar un poco más. Se irguió y se forzó a andar antes de que se acallaran los ecos de los demás senadores. Las puertas se cerraron.

Seguía sofocado, pero había entrado a tiempo en el Consejo. El sudor cubría su rostro. Se masajó el pecho, intentando a la vez reprimir la opresión que sentía. El Gran Consejo estaba anormalmente vacío. Entonces era cierto,

cientos de senadores habían huido cobardemente de sus responsabilidades. No vio a Contarini. Tampoco le sorprendió. Guido Erizzo y el consejero Priuli se le acercaron al reconocerle y le animaron a sentarse con ellos, más allá de los asientos vacíos y de los coros de murmullos de los muchos que aún no se decidían a qué bando apoyar. Le sorprendió ver a decenas de senadores sin la túnica negra, con ropa civil. El miedo, o la prudencia, o la ambigüedad.

—¿El abate?

Erizzo asintió.

—Esto es insostenible. Míralos. Demasiado cobardes para huir o para unirse a nosotros. Ya qué importa. Estamos marcados como si fuéramos naipes.

—Ya ni se molestan en vestir con decoro. Pero al menos han acudido, no como otros —señaló Priuli. Se sentaron. Poco a poco, todos ocuparon uno de los escaños. Lascaris no subió al estrado. Era desconcertante mirar atrás y ver el Consejo dividido por vacíos numerosos, como si fueran un archipiélago de islas enemistadas. Eso era Venecia; pura división—. Muchos están nerviosos. Corre el rumor de que si no se sanciona favorablemente lo que se va a proclamar habrá una masacre general de los senadores.

—¿Y es eso cierto?

Priuli se encogió de hombros, con gesto tranquilo.

—Ni Dios lo sabe. Yo ya me he despedido de mi familia.

La puerta a la izquierda del estrado se abrió. El Dogo, vestido con toda la pompa ceremonial que le permitía su rango, con el corno, la capa de armiño y oro, el calzado púrpura y el anillo de príncipe, entró, rígido, frío. Todos se levantaron en silencio. Su rostro parecía el de un muerto, con la piel helada y pálida y las ojeras marcadas alrededor de sus ojos. Marco Lascaris no dejó de mirarle ni de odiarle. El pecho le palpitaba con dolor. Respiró. Luchó por seguir respirando. Vio al asistente Trevisan ayudar al príncipe a sentarse. Los miembros de la Señoría que se habían atrevido a acompañarle se sentaron a uno y a otro lado.

—El Serenísimo Príncipe de Venecia —anunció el chambelán. Todos se quedaron de pie. Ludovico Manin hizo amago de ponerse en pie, pero su mano derecha resbaló y perdió apoyo en el reposabrazos. Se desequilibró hacia delante. Trevisan se precipitó hacia él, pero el Dogo consiguió adelantar un pie a tiempo y evitar la caída. Se oyó un largo suspiro de alivio en la sala. Se

recolocó el corno. Se irguió. Tragó saliva. Se humedeció los labios con la lengua. Lascaris lo comparó con un frío reptil. Con una serpiente llena de palabras venenosas. Su voz sonó serena y audible, a pesar de un temblor patente al final de cada frase.

—Señores consejeros. Las provincias regadas por el Oglio, el Adigio, el Mincio y el Brenta están bajo dominio extranjero y bajo la bandera de una potencia extranjera. Ya no son nuestras. Los acontecimientos recientes que han provocado esto y que nos han arrebatado casi todo lo que era nuestro son conocidos. Nuestra República, que una vez fue señora temida de extensos territorios y mares, se ha reducido a nada más que esta constreñida capital. — Bizancio, Bizancio palpitaba en la mente del mercader de sal. El final de los tiempos civilizados, la llegada de la barbarie otomana—. ¿Qué no ha hecho la Conferencia para salvarla? ¿Qué no hemos hecho para reducir la gravedad de nuestro destino? Todo. Y creed que ha sido así. Pero el destino ha hablado, y estamos obligados a inclinarnos ante él. Para nuestra sorpresa, hemos conocido por los oficiales encargados de la defensa de la ciudad que Venecia está en estos momentos indefensa contra un ataque del exterior, e indefensa contra una insurrección. Y así, presionados más y más por el peligro de ver nuestras posesiones y derechos desgarrados en medio de una masacre, tenemos la obligación de salvar del naufragio al menos lo máspreciado, nuestras vidas, nuestra religión, nuestros bienes. —Una oleada de murmullos recorrió toda la sala. El Dogo fue paciente. No obligó al silencio. Los siete renuentes y Lascaris asintieron entre ellos. Todo cuanto decía les daba la razón—. Por eso, obligado por estas razones, os exhorto a renunciar a nuestra soberanía en vez de exponernos a una marea de sangre, nuestra y de nuestros súbditos. En nombre del cielo, os imploro que asumáis esta dura ley inexorable del destino, que ha decretado el exterminio de nuestra República.

Hizo una pausa para respirar. La palabra «exterminio» acabó con todos los murmullos. Dos voces aisladas retumbaron en contra de pared a pared en el silencio que siguió. Su voz se debilitó.

—Hemos sufrido mucho, pero debemos confiar en las esperanzadoras promesas de la nación francesa. Nos han prometido que protegerán Venecia, mantendrán la religión, asegurarán la subsistencia de los nobles empobrecidos, preservarán el tesoro de la Zecca y los fondos del Banco, anunciarán una amnistía general a todas las transgresiones pasadas y los

inquisidores del Estado serán liberados. En conclusión: se ha llegado a un acuerdo.

—¿Pero se salvará Venecia? —preguntó en voz alta Erizzo, irritado por el discurso. El Dogo hizo como si no lo escuchara.

—Los ciudadanos Battagia y Doná, en nombre de la Conferencia y de este Principado, han culminado las conversaciones con el ministro Villetard con la aprobación del comandante Bonaparte. —A un gesto, el asistente Trevisan dio un paso hacia delante y leyó las condiciones exigidas. Él se sentó.

COMUNICADO DE VILLETARD A LOS CABALLEROS DONÁ Y BATTAGIA

Es mi deber comunicaros el extracto de una carta que acabo de recibir del ciudadano Hillier, acerca de las circunstancias de vuestra república. Es como sigue.

Los asuntos estaban en una situación desesperada a mi llegada. Ya han sido solucionados. Si hay que establecer un gobierno representativo, lo que a mi juicio es incompatible con los derechos hereditarios que defiende la nobleza veneciana, el gobierno no debe ser solo salvado, sino además cuidadosamente pactado. Los diputados no querrán ni escuchar la posibilidad de su supresión. Pero les he dicho que si no se llega a un acuerdo nos aseguraremos de su desaparición. Y así ha quedado este asunto.

Nuestro comandante en jefe, tratando a Venecia con generosidad, no cederá respecto a la democratización del gobierno. Y viendo en cada retraso una amenaza, la impondrá él mismo si los diputados no se deciden. Fue difícil hacérselo entender a los dos diputados. Cuéntame lo que ha sucedido para que yo transmita inmediatamente a nuestro comandante en jefe en qué situación se encuentra ahora mismo Venecia, mientras recibo mayores detalles. Adiós.

Milán, 21 del mes de Floreal.

Lo firma: HILLIER

Es una copia correcta.

Venecia, 23 del mes de Floreal

Lo firma: VILLETARD

—Ahora, perdón —se disculpó Bernardo Trevisan, nervioso por un protagonismo no deseado. Desde lo alto del estrado, seiscientos miembros del Consejo estaban atentos a cada una de sus sílabas. Carraspeó y volvió a excusarse—, leeré dos breves despachos más. Uno, de nuestro comisario Morosini. Otro, de los diputados enviados a negociar a Milán con Napoleón Bonaparte.

Serenísimo Príncipe:

Como se acordó, he dado instrucciones a Spada a que sea intermediario en las negociaciones con el secretario francés.

NICOLÁS MOROSINI

Serenísimo Príncipe:

Bonaparte ha aceptado escucharnos. Se han abierto las negociaciones para la transición.

GIUSTINIANI y MOCENIGO

El asistente inclinó la cabeza y se retiró fuera del estrado. Se oyeron algunos murmullos. Muchos sacaron sus pañuelos. El sol calentaba las ventanas y caldeaba la enorme sala. El Dogo respiró hondo, decidido a terminar aquella agonía cuanto antes. Se puso en pie. Levantó su mano derecha.

—Ciudadanos: como habéis escuchado, ya no es momento de dudar. Nos ofrecen una oportunidad. Una paz negociada. Ahora, dejad de murmurar y escuchadme en silencio. Este es el decreto de abdicación que se ha negociado.

GRAN CONSEJO, 12 DE MAYO DE 1797

Con el importante objeto de preservar nuestra religión, las vidas y

las propiedades de todos los amados habitantes de esta ciudad, este Consejo ha decidido aprobar las dos resoluciones de los días 1 y 4 de mayo, con las que los diputados designados se reunieron con el comandante en jefe del ejército francés en Italia, Bonaparte, con todos los poderes necesarios para la negociación.

Con amargura se han conocido ahora las disposiciones contenidas en los acuerdos de las reuniones mantenidas por los dos diputados, necesarias para retrasar los rápidos acontecimientos que estaban a punto de estallar sobre nosotros, poniendo en peligro nuestras vidas y nuestra ciudad.

Y para preservar ambas, y con el único consuelo de asegurarlas junto a los justos derechos pertenecientes a la clase patricia y a otros ciudadanos que participan en los asuntos públicos, además de preservar la Zecca y el Banco, y para preservar todo ello y en conformidad con los acuerdos en negociación por los diputados, este Consejo aprueba adoptar el sistema provisional propuesto de gobierno representativo, coincidiendo con los deseos de dicho comandante en jefe. Y siendo importante que el país no quede sin protección, todas las autoridades se muestran conformes con este acuerdo.

(Firma el secretario Valentín Marini).

Del silencio se pasó a la más absoluta confusión. Se alzaron clamorosas voces en contra del decreto, los brazos se agitaban con puños cerrados unos contra otros. Los siete conferenciantes renuentes se opusieron a todo y acusaron al Dogo de conspiración contra el pueblo de Venecia. Muchos se volvieron contra ellos, apelonándose cerca del estrado. El Dogo no decía nada. Siguió en pie, serio, pálido y altivo, dispuesto a soportar aquel vendaval de voces enfurecidas. Marco Lascaris permaneció en silencio, pero no uno de los renuentes, Juan Minotto, que no pudo soportarlo más y se subió a su escaño para sobresalir de entre aquel mar de brazos y rostros enrojecidos y poder gritar aún más alto.

—¿Estáis ciegos? Estamos destruyendo nuestra República al escuchar la ponzoña de Villetard, cuando aún los diputados negocian en Milán ante Napoleón Bonaparte el modo de preservarla de alguna forma, con algún

compromiso diferente y más favorable que el que ofrece el francés. ¡Esto no puede aceptarse! ¡Hay otra forma, que el Dogo no ha mencionado! ¡Hay que...!

Una descarga de mosquetes lo interrumpió.

Todos quedaron paralizados. Recordaron el rumor de la matanza. Algunos, dubitativamente, corrieron hacia las ventanas que daban sobre el canal del palacio, en busca de una explicación.

—No veo a nadie —dijo uno de los sabios, oteando desde los cristales.

—¿Ha sido desde el canal, desde el muelle o desde la plaza? —preguntó un miembro de la familia Foscari.

—¿Habrá sido desde el patio del palacio? —inquirió un senador de los Correr. Muchos se volvieron hacia él antes de agolparse en los ventanales que daban al patio. Juan Minotto se quedó anonadado sobre el escaño y sin saber qué hacer en ese instante.

—¡No se ve a nadie en el patio!

Marco Lascaris no dejaba de masajearse el pecho. Indicó a Erizzo que quería hablarle en voz baja. Él asintió, escuchó y luego negó con la cabeza. El Dogo no perdió detalle de sus gestos. A la vez, estaba pendiente de su asistente. Trevisan hablaba con los guardias tras las puertas. Uno de ellos salió corriendo por los pasillos, en busca de una explicación y del comisario Morosini.

Juan Minotto carraspeó. Recuperó la compostura. Miró al Dogo con furia. Retomó su discurso y le señaló con el índice.

—¡Estimados compatriotas! ¡Nosotros...!

Se oyó una segunda tanda de disparos.

—¡Van a masacrarnos! ¡Todo ha sido una trampa! —gritó uno de los viejos sabios de Tierra Firme fuera de sí.

Entonces se hizo el caos.

Cientos de consejeros corrieron asustados hacia las puertas cerradas del gran salón, golpeando y empujando para abrirlas, mientras suplicaban por sus vidas en nombre de la humanidad. Ancianos venerables, incapaces de avanzar por los pasillos atestados entre los escaños, se recogieron los pliegues y los bajos de las togas negras y fueron saltando de asiento en asiento en medio del terror y de la desesperación. Otros manipulaban las ventanas para abrirlas, para forzarlas y arrojarlas al canal, temiendo que una compañía de fusileros

entrara en cualquier momento en el salón.

—¡Abrid! ¡Abrid las puertas! —gritaban cientos de voces—. ¡Respetadnos la vida!

El Dogo dio un paso adelante, gritando en un graznido.

—¡Hay que votar!

—¡No! —Fue Lascaris el que se levantó. Juan Minotto bajó del escaño. Los renuentes se unieron a él. Otros quisieron escucharle. Muchos siguieron aporreando puertas y ventanas, pero hubo quienes se volvieron hacia ellos. Hubo quien, indignado por su falta de respeto, tiró de la manga al mercader para acallarlo, pero él se zafó. Por fin sintió que no estaba solo. Que no enarbolaba una causa perdida. Que era el momento—. ¡Escuchadme todos! ¡No podemos aceptar este decreto! ¡No podemos ceder! ¡Hay que luchar!

—¡Eso es! ¡Luchar! —apoyó Erizzo.

El Dogo hizo un leve gesto al aterrado secretario que en un rincón del estrado registraba la sesión del Consejo.

—Que no se anoten sus palabras —ordenó Ludovico Manin con severidad.

Marco Lascaris se atrevió a subir los primeros escalones del estrado a pesar del dolor y se volvió hacia todos. El Dogo dio un paso atrás.

—¡Escuchad! ¡Aún hay tiempo! ¡Hay que luchar! ¡Tortelli tenía razón! — Muchos le miraron al mencionar al muerto. Los más viejos lloraban junto a las puertas, suplicando por sus vidas—. Mil cuatrocientos años de República nos contemplan. ¿Nos rendiremos? Nunca ningún invasor ha llegado a pisar Venecia. ¿Será hoy ese día? Giacomo Tortelli se dio cuenta. Venecia solo se tiene a sí misma, y si este Consejo no es capaz de defenderla, entonces sí es necesaria una revolución. ¡Una revolución veneciana que detenga la amenaza francesa, que no se deje engañar por potencias extranjeras, que ponga en manos del pueblo veneciano los hilos de su destino! Y si eso supone la extinción de esta cámara, aterrada, envejecida y sin vigor, hágase. Eso defendía Tortelli, una oportunidad de supervivencia o morir en el intento. — Levantó un índice acusador—. Y yo te acuso, dogo Ludovico Manin, de su asesinato. Porque quiso promover una revolución que regenerara la ciudad, aun suponiendo la quiebra de este gobierno.

—Tortelli era un traidor que se vendió a los franceses.

—¡Engañó a los franceses y pidió ayuda a ingleses y rusos! ¡Acabó decepcionado con todos ellos! Ninguno es amigo de Venecia. ¡Todo farsas,

todo mentiras! ¡Saquean nuestros tesoros artísticos y medran con nuestra desgracia! Y un día el mar le entregó un anillo ducal, una señal con la que doblegar la voluntad de esta cámara y del Dogo. Tras la reunión de Junot, edecán de Napoleón, hubo reunión del Consejo de los Diez. ¿Acaso no expuso allí sus ideas, sus intenciones? Pero nadie le apoyó. El físico murió, el bibliotecario, ¡pobre Tiresias!, posiblemente también esté muerto. También el secretario que lo encontró. ¿Fue Bruno la mano ejecutora? También muerto. ¿No te pesan sus muertes? Pero todo es inútil. ¡No se puede ocultar la verdad! Has fracasado. Ahora el pueblo lo sabe. ¿No oís a los venecianos en la plaza? Esperan una señal, porque este Consejo merece desaparecer, pero no a manos de los franceses. ¡Hay que luchar!

—¡No le escuchéis! ¡Hay que salvar la ciudad! ¡Venecia aún es señora de esta laguna y dueña de la costa de Dalmacia y otras islas! ¡Decenas de miles de ciudadanos claman seguridad! Es el deber del Consejo salvarles si hay una posibilidad. ¡Fuego, destrucción! ¿Preferís eso? ¡No le escuchéis!

—¡Tortelli descubrió que muchos de vosotros habéis pactado con los franceses! ¿Os prometieron inmunidad? ¿Dónde está el resto de consejeros y senadores? ¿Dónde están todos los que faltan? ¿Cuál fue el acuerdo con los franceses? ¿Os prometieron no incendiar, no quemar vuestras tierras, vuestras casas, respetar vuestros rangos, vuestros puestos tras la entrega de la ciudad? ¡Viejos decrepitos, hipócritas mentirosos! ¡Comandantes traidores, oficiales hermanos de Judas! Os prometieron treinta monedas. ¿Os importaron alguna vez las vidas de los demás venecianos? ¿Es eso? ¡Pues sabed que el pueblo ahora lo sabe! ¿A dónde vais a escapar ahora? ¿Adónde?

Todos se miraron entre sí estupefactos antes de estallar en recriminaciones, una facción contra otra. Los ancianos redoblaron sus golpes contra las puertas. Las ventanas se abrieron. Varios se arrojaron al canal. Volvieron a oírse los disparos.

—¡No es un tumulto, son los esclavos disparando al aire desde sus barcos, que se marchan! ¡Oíd, es su despedida! —gritó uno de los consejeros desde una de las ventanas. Pero nadie le escuchó.

Porque en ese momento las grandes puertas no resistieron más, y con un fuerte crujido las cerraduras saltaron por los aires. El tumulto cobró nuevos bríos para escapar de allí de la turba, salvar la vida antes que salvar Venecia. Los guardias, a una señal del Dogo, corrieron a impedir la fuga de los

consejeros. Las voces contra el Dogo arreciaron.

—¡Votad, votad! —exclamó el Príncipe moviendo los brazos, mientras muchos arrojaban sus túnicas al aire, votaban sobre la urna a la carrera y salían por las puertas sin querer escuchar el recuento final.

Marco Lascaris se abalanzó contra el Dogo y para espanto de muchos lo zarandéó y lo abofeteó, derribando su corno.

—¿Dónde está Beatriz, dónde está mi hija? —Pero a una señal de Trevisan, la guardia acogotó a Marco Lascaris y dispersó a los consejeros que le rodeaban, enzarzándose con todos sus seguidores. El Dogo recogió su corno. Volvió a colocárselo. Seguía siendo el príncipe de la ciudad. El mercader se quedó solo. Nuevos guardias entraron por las puertas junto al estrado. Al otro extremo se recrudeció la lucha entre los que querían escapar y los guardias que lo impedían.

—¡La votación es nula! ¡No se cumple el mínimo de diputados! ¡Este Consejo ha sido sobornado! ¡Todo es una farsa! —gritó el mercader de sal desde el suelo, observando impotente a los pocos justos que quedaban en el salón, en silencio, soportando iras, voces y escándalo.

—¡Escrutinio! ¡512 sí, 20 no, 5 abstenciones! ¡El decreto ha sido... aprobado! —dictaminó el delegado.

—¡Es la revolución!

—¡El pueblo se rebela!

—¡Huid, insensatos!

Se oyeron nuevos disparos fuera. Los que quedaban se apresuraron a escapar. Erizzo, empujado y agobiado por los guardias, miró atrás por última vez. El mercader estaba sometido a los pies del Dogo. ¿Qué revolución estaba teniendo lugar? ¿La suya o la otra? Abandonó el salón.

—Lo he sacrificado todo, ¡todo!, para alcanzar este acuerdo. ¿No lo entiendes? Si hay una rebelión popular no habrá pacto que valga —clamaba el Dogo.

—¿A costa de la destrucción de Venecia? ¿De convertirnos en esclavos? ¡Dime dónde está mi hija! ¡Eres un monstruo! —le espetó Marco Lascaris.

El Dogo se irguió y era terrible mirarlo a la cara. Con gesto imperativo apartó a los guardias y a su asistente. Los envió a las puertas por si el pueblo entraba en el palacio y, lleno de ira, reveló sus últimas y más siniestras fuerzas, siseando odio como una serpiente.

—¡Tu hija! ¡Y qué importa ya tu hija! Has provocado el desastre. Tortelli era un imbécil idealista. Y tú, ¡tú, que nada tenías que hacer! ¡Ser pasivo, dejar que todo siguiera lo establecido! ¡Te elegimos por inofensivo y ahora... tú, sí, tú, has provocado el fin de la República en un baño de sangre! ¡Qué me importa tu hija ahora que miles de ciudadanos van a luchar unos contra otros! ¡Hermanos contra hermanos, padres contra hijos! ¡El fuego arderá y no quedará nada! Eso es lo que has incitado al seguir los pasos de Tortelli. Y los franceses entonces no tendrán piedad. ¡Cañones! ¡Casacas azules por todas partes! ¿Es eso lo que querías? Eso es lo que has provocado. Has derrumbado la frágil tregua que defendía nuestras vidas. Y ahora todo está perdido. ¡Miles de muertos por una hija! ¡Una hija!

—¡Pero es mi hija!

—¿Quieres verla? ¡Quieres verla! ¿Es eso? —Y le obligó a seguirle, espantando a secretarios y mayordomos—. ¡Secretario! ¿Dónde está el secretario? ¡Las llaves, vamos!

El anciano tiró de un sorprendido Marco Lascaris con un vigor desconocido, la piel le hervía. Lo arrastró, lo llevó por la Escalera de los Censores, le obligó a seguir hasta la puerta secreta de los Tres, y hasta la Sala del Tormento. Y allí pudo oír la voz de su hija Beatriz.

—¡Ya está todo dicho!

Lo empujó dentro de la sala y el Dogo se marchó. No quiso saber más.

Marco no hizo caso de las pisadas. Se levantó del suelo como pudo. Frente a él estaba Beatriz, subida sobre tres escalones de madera, de pie y de puntillas sobre el último. Una soga rodeaba su cuello. Tenía las manos atadas a la espalda. Respiraba en agonía, con los ojos cerrados por el sufrimiento, como si llevara horas luchando por no desfallecer, por no ahogarse con la soga.

Y no estaba sola.

—¿Dónde está tu padre? ¿Quién le oculta? ¿Dónde puede esconderse? ¿Es que no te importa nada? ¿Dónde está tu padre? ¡Dímelo! ¡Dímelo!

Gruesas lágrimas surcaban las mejillas de la joven y abrían surcos claros en su rostro gris, sucio y cansado.

Edme Joseph Villetard se paseaba de un lado a otro a grandes pasos, hasta que la llegada del mercader le interrumpió. Beatriz comenzó a gemir, con los ojos desorbitados. El francés sonrió como una fiera amenazante, mostrando los

dientes. Su presencia era la prueba: la rendición de Venecia estaba pactada. Lascaris comenzó a resoplar como si fuera a desvanecerse. Se apoyó en la pared, sin apartar la mano del pecho. Dolor. Su corazón retumbaba de un modo imperfecto. Miraba a su hija; su hija le miraba a él, suplicándole.

—¡Al fin apareces! ¡Ahora que el Consejo ha aceptado su sino y contemplas mi triunfo! ¿Para qué, mercader? Tu banda de desesperados solivianta al pueblo para que corra la sangre, ¿y para qué? Aún hay tiempo. ¡Detenlos! ¡Sal y detenlos, es tu última oportunidad! O juro que mañana, cuando el ejército de la Francia libre cruce la laguna, os buscaré a todos vosotros, rebeldes, a vuestras familias y a vuestros hijos e hijas, uno por uno, y haré un puente con vuestros cuerpos.

—El pueblo quiere la libertad, no la libertad que le promete un tirano. Libérala, para nada te sirve ya. ¡Escucha! —Oyeron voces crecientes por los pasillos. Algunos clamaban a favor de san Marco—. ¿No oyes? El pueblo grita por Venecia. ¡Libérala!

—¿De verdad crees que todavía puedes evitar lo inevitable? —Las voces crecían. Los pasos se aproximaban. Oyeron golpes en las puertas. Ventanas que se abrían. Disparos en el patio. El francés dejó de sonreír.

—Sí. —El mercader se acercó poco a poco hacia su hija.

—Insolente. ¡No olvidarás este día! —Y el francés derribó los escalones de una patada. Beatriz gimió y pataleó en vilo, colgada de la soga, con la mandíbula rígida y apretada.

—¡No!

El mercader sacó el pistolete cargado que ocultaba de entre sus ropajes y disparó, desesperado y rabioso.

CAPÍTULO 34

UN PADRE. UN HIJO. UNA HIJA

Todo era confuso en la plaza de San Marco. Los hombres de Spada y Zorzi vieron la señal acordada colgada desde la ventana de la sala del escrutinio proclamando el resultado de la votación. Un pañuelo azul ondeó sobre el alféizar. Todos ellos, oficiales de palacio y simpatizantes, estallaron con gozo entre la multitud con un único grito.

—¡Viva la libertad!

Muchos senadores escapados del Consejo y sin toga no dudaron en unirse a ellos y abrazarse, y saltar, con lágrimas y con el mismo grito. Como si siempre hubiera sido ese su mismo ideal, su mismo pensamiento.

—¡Viva la libertad!

Pero muchos otros vieron el pañuelo también y callaron. Hasta ese momento, y durante semanas, no habían creído lo que les habían dicho. Ahora conocían a los que de repente mostraban con orgullo emblemas tricolores en sus pecheras y en sus gorros. Ahora conocían al enemigo. Eran esos, y era la traición de sus senadores, de sus patricios. De su dogo. De pronto, lo que comenzó con voces tímidas se alzó como un rugido creciente que retumbó por los soportales y sobre los afrancesados, con un coraje mayor que el demostrado por sus gobernantes.

—¡Viva San Marco! —Y Antonio Lascaris entre ellos alzó también los dos puños hacia el cielo cobalto.

—¡Allí! ¡Un jacobino!

Los dedos acusadores de los ciudadanos comenzaron a señalar uno a uno a los afrancesados. Spada y Zorzi pasaron de la euforia al miedo. Se sintieron

increpados y empujados. Las caras rabiosas les rodearon. Zorzi no podía creerlo. Aquella masa anónima, hasta entonces en silencio, amenazaba sus vidas. Retrocedió escupiendo odio, escudándose tras sus hombres hasta que le quedó claro que les doblaban, que les triplicaban y más en número. No era lo que habían previsto.

Los guardias y los esclavos aún fieles a la República se concentraron en las puertas de acceso al Palacio Ducal. Un exaltado intentó tomar de las riendas a uno de los soldados montados y pronto fue sometido por varios de ellos, quienes desde sus monturas lo derribaron a golpes de culata con sus mosquetes. El capitán de la guardia galopaba de un lado a otro para mantener el orden, pero la muchedumbre ya era como una marea que se apartaba a su paso y se cerraba tras él.

—¡Señor! ¿Los dispersamos con disparos?

—¡No! —El caballo se encabritó. La gente evitó quedarse al alcance de sus cascos. Las voces les hacían comunicarse a gritos—. ¡El comisario Morosini ha ordenado evitar hacer fuego si no hay riesgo contra nuestra vida! ¡Mantened la posición!

—¡Allí!

En medio de la trifulca, tres jóvenes se atrevieron a subirse a los pedestales de los postes de los tres antiguos territorios perdidos y desde ellos hicieron ondear sendas banderas de Venecia, con el león feroz sobre el fondo bermejo. Los gritos patriotas se renovaron. Los ciudadanos se revolvían contra los afrancesados. El capitán podía ver cómo un grupo de ellos salía en persecución de gente a la carrera más allá de la Mercería.

—¡Capitán! —Era Morosini. Se había abierto paso hasta la placeta con ayuda de dos de sus subalternos. Un vecino quiso impedirle el paso y los ayudantes le golpearon en el rostro y en el estómago antes de sacar dos pistolas que apartaron a los más revoltosos. Estaba pálido pero sereno. Con un gesto imperativo señaló a todos los congregados—. ¡Repliega a los hombres al interior de palacio y traslada los cañones al patio! ¡Apuesta nuevos tiradores en el tejado! Quiero que el palacio sea como una fortaleza. ¡No permitiremos que sea asaltado!

—¡Señor! ¿Entregaremos las calles a las turbas?

—¡Ni tenemos guardias suficientes ni es mi prioridad inmediata! ¡No incitaré a la violencia como excusa para una respuesta armada! No ordenaré

que venecianos ataquen a venecianos, salvo en extrema circunstancia.

—¡Hay que acabar con toda esa chusma, señor!

Un suboficial llegó a la carrera, llevando consigo un nuevo vocerío. Eran aplausos. Morosini y el capitán a caballo se volvieron hacia el otro lado de la placeta. Los hombres acogían y abrazaban a varios soldados que arrojaban sus gorros al aire. Al caer al enlosado de la plaza, la gente se los disputaba para desgarrarlos y destrozarlos. Pero no solo eran guardias.

—Señor, los soldados de artillería están abandonando sus puestos. ¡Nos faltan hombres para proteger los cañones de las manos de los sediciosos!

—¡Rápido, rápido, tocad las trompetas y abrid paso con la caballería! ¡Comisario, no podemos tolerarlo! ¡Abramos fuego!

El comisario se negaba cuando cinco hombres se abalanzaron sobre el caballo del capitán, tomaron las riendas y derribaron al animal. El suboficial no dudó; disparó su pistola al aire. Los asaltantes se desbandaron. Los vecinos, asustados, despejaron la placeta a su alrededor antes de amenazar con derribarlos a todos. El caballo se revolvió y comenzó a corcovear, lanzando coces. El capitán se encaró con el comisario, tomándolo por la solapas de la chaqueta.

—¡Tenemos que disparar o nos matarán! —Nicolás Morosini, acobardado, solo asintió—. ¡Fuego!

—¡No! —exclamó el suboficial, deteniendo la mano del capitán.

—¡Traición!

—¡Abrid fuego! —escupió Morosini, retrocediendo hacia la basílica—. ¡Es una orden! ¡Segundo oficial! ¡Segundo oficial! ¡Tiradores! ¡Fuego!

Los otros nueve hombres a caballo caracolearon, indecisos. Los esclavos peleaban junto a los vecinos para hacerse con los cañones. Los guardias del palacio se desesperaban por mantener el control, mientras, quitadas las cureñas, empujaban las piezas hacia atrás, hacia una posición más favorable. El comisario se desesperaba y hacía aspavientos hacia los soldados del tejado. Pero ninguno hizo el menor gesto. Y supo que todo estaba perdido.

El suboficial desarmó al capitán. El segundo oficial llegó a caballo y dio orden de maniatar al capitán.

—¡Traidores! ¡Todos sois traidores! —exclamó Morosini, que se había quedado solo en su retroceso. Miraba a todos con la convicción de una muerte próxima.

—No, señor comisario. ¡Somos venecianos! Y todos estos venecianos nos suplican ayuda. ¡Viva san Marco!

DESDE LA PLAZA DE SAN MARCO

Antonio Lascaris estaba eufórico. Lo que sus palabras no habían conseguido lo había logrado la descarada provocación de los secuaces de Villetard. Entre tanto puño contra el Dogo los propios soldados se acobardaban, sin atreverse a disparar contra tanta multitud. ¿Osaría alguien provocar una matanza allí, frente al Palacio Ducal? Era el momento de negarse a rendir la ciudad a los franceses. Escuchó un disparo y la multitud se aquietó un instante. Ese único disparo evaporó su euforia. Vio los caballos. Vio abrirse la Puerta de la Carta.

Reconoció a los dos hombres. Uno era el caballero Doná. El otro era Villetard.

Dio un codazo a varios de sus compañeros para que fueran con él.

También Doná. Quién lo hubiera imaginado. Por todas las calles había confusión y gente a la carrera. Antonio se esforzó por no perderlos. Por otras plazas también se oyeron disparos. Se oían las súplicas de gente acorralada, pidiendo a la guardia que les protegiera del populacho. Algunos exaltados asaltaban casas y arrojaban muebles, espejos, enseres de cocina por la ventana, desgarraban cojines y esparcían sus entrañas desde la primera planta, llenando la calle de plumas blancas que la sofocante brisa esparcía lejos. Otros arrojaban faroles a establecimientos forzados, iniciando fuegos de represalia contra presuntos simpatizantes de Francia. ¿Cómo era posible volver a revivir los incidentes de Verona? Sofía. Pensó en ella al ver las lágrimas de jóvenes desesperadas en los brazos protectores de sus padres. No perdió de vista a Villetard. Aceras, puentes, todo el camino estaba despejado, marchaban hacia la embajada francesa. La presencia de Doná evitaba males mayores al comisario.

Pero la embajada francesa ya no era lugar seguro. El caballero Doná detuvo a Villetard a tiempo de que lo vieran. Unos sirvientes lo reconocieron y corrieron a él. La embajada estaba siendo saqueada. Su jardín era una pira de mobiliario inspirado en Versalles. El fuego ardía alto y feroz, lamiendo y oscureciendo con el humo la fachada del palacio. Edme Joseph Villetard

agarró con fuerza el brazo del caballero veneciano.

—¡No podéis dejarme aquí! ¡El Dogo me prometió protección!

El caballero Doná dudó un instante entre la lealtad al Dogo y el desprecio que crecía contra él. Antes de responder ya estaban desde la embajada lanzándoles gritos. Los habían descubierto.

—¡La embajada de España! ¡El embajador De las Casas no dirá que no!

Deshicieron el camino a todo correr, ya sin atender a nada más que al miedo. La embajada española estaba cerca. Parecía intacta. Aporrearon la puerta con toda la insistencia de que fueron capaces; solo tenían unos instantes preciosos. La puerta se abrió. El asistente reconoció a Doná.

—¡Solicitamos acogernos a la embajada! ¡Llama al señor Simón!

—¡No está! ¡Marchó ayer para Brenta!

—¡Abre la puerta! ¡Van a matarnos! —Y muchas manos empujaron desde fuera queriendo forzar la entrada. Pero otras se unieron desde el interior, pugnando por cerrarla. La urgencia y el frenesí aumentaron—. ¡Ya vienen! ¡Abrid! ¡Abrid!

—¡No dejéis que entren! —rugió el hijo del mercader entre resoplidos.

Los criados de los franceses gritaron aterrorizados cuando fueron engullidos por los partidarios de los Lascaris. Pero Antonio Lascaris no buscaba a ningún criado. Villetard le miró con los ojos desorbitados en medio del caos. Antonio Lascaris tenía una idea fija, y nada ni nadie le impediría llegar a él. Lo alcanzó. Le zarandeó, y después de un breve forcejeo su puño alcanzó el rostro del francés. Sin soltarle de la chaqueta y de los brazos, tiró de él para alejarlo de la puerta y de sus criados. El caballero Doná quiso impedirlo, pero no podía separarse de la puerta entreabierta.

—Suéltalo, ¡suéltalo!

—No voy a soltarlo. ¡Aquí! ¡Lo tenemos!

—¡Eh! ¡Eh! ¡Tú, valiente! ¡Suéltale!

—¡No!

—¡He dicho que lo sueltes!

Lascaris hijo aún forcejeaba contra Villetard cuando reconoció aquella voz. Eran Spada y Zorzi, y algunos de sus simpatizantes. Habían escapado de una locura. Grupos de descontrolados habían invadido sus casas y habían arrasado con todo, reteniendo incluso a sus familiares, a mujeres y niños,

mientras los saqueadores violaban cada estancia, cada rincón. Sus rostros magullados sangraban. Sus ropas estaban hechas jirones. Sus uñas estaban rotas y los nudillos ensangrentados. Aún les seguían. Zorzi todavía parecía un adversario formidable. Se encaró contra el joven Lascaris, tiró del comisario francés y pugnó por liberarlo. Spada y varios más se unieron a los criados y a Doná contra la puerta, que poco a poco cedía.

—¡No os queda ni un día de vida! ¡Lo lamentaréis!

—¿Dónde está mi hermana? ¿Dónde está mi padre?

—¡Suél-ta-le! —Zorzi atizó al hijo del mercader con el dorso ensangrentado. Sangraba por la nariz, medio partida, y tenía un ojo casi cerrado por la inflamación provocada por un puñetazo certero. Llegó hasta la mano opresora. Levantó dedo a dedo, hasta tirar de Edme Joseph Villetard fuera de las manos de su rival.

Justo entonces, la puerta de la embajada cedió y muchos entraron en tropel. El caballero Doná se hizo a un lado para azuzar a todos al interior con ambas manos. Spada se arrojó dentro. Zorzi tuvo que forzar al comisario a que lo siguiera, mientras repelía a los últimos que les retenían.

—¡Tarde, demasiado tarde para ellos! ¿Para qué te ha valido esta insurrección?

El caballero Doná, espantado, miró a Lascaris a la cara.

—¡Apresúrate, están en palacio! ¡Los he visto!

—¡Ya es tarde! ¡Demasiado tarde! —repitió Villetard desde el umbral, exultante, colérico y vengativo. Doná impidió que los vecinos invadieran aquella embajada soberana, exponiéndose a sus iras, mientras Antonio Lascaris se abría paso en el tumulto de la calle para correr hacia el Palacio Ducal.

la insurrección devoraba venecia. Todo cuanto recordara a Francia y a los jacobinos era destruido. Casas, establecimientos, negocios. Una librería que tenía una enseña parecida al árbol de la libertad francés fue saqueada, sus libros arrojados a las calles y a los canales, sus estanterías incendiadas. Ya no era una revolución, una ideal; todo había degenerado en una feroz depravación. El comisario Morosini estaba desaparecido, y con todos sus hombres atrincherados en palacio las calles estaban indefensas. Antonio Lascaris se sintió, con horror, como en Verona. Corrió, cruzó canales y se detuvo en lo alto del puente de Rialto, entre las tiendas saqueadas, con las

puertas descerrajadas y parte de su rico género esparcido y pisoteado sobre el puente. Miró hacia el palacio, poniéndose una mano en la frente a modo de visera. Se veían gruesas humaredas en varios puntos de la ciudad. Pero se alarmó aún más al ver el castigo tremendo que la tropa eslava a caballo estaba infligiendo a los insurrectos al otro lado del puente. Una muchedumbre le evitó, rodeándolo. Venecia estaba herida de muerte entre el clamor de los rebeldes, la furia de los esclavos, la rabia del pueblo y el regocijo de Villetard. La gente huía, pero Antonio no podía detenerse, ¡debía llegar al palacio! Se abrió paso a contracorriente, hasta que descubrió por qué huía la gente. No huían de la tropa eslava. Huían de las bocas de los seis cañones que ya apuntaban hacia la multitud a la carrera hacia el puente de Rialto. Las mechas estaban encendidas.

Muchos desesperados se arrojaron a las aguas del Gran Canal.

—¡Fuego!

El ruido ensordecedor retumbó en todas las islas que formaban la ciudad.

Entre heridos y escombros, Antonio se levantó aterrorizado y con sangre ajena. Le sangraban los oídos y todo había enmudecido para él. Había sucedido lo impensable. El Dogo arremetía contra su pueblo. Trastabilló al levantarse y se esforzó por recuperar el equilibrio. Corrió y corrió atajando por cuanto callejón encontraba. Veía en rojo. Se dio cuenta de que además tenía un corte en la frente. Pero tenía que llegar a palacio. Solo eso importaba.

Con las fuerzas divididas, con el comisario Morosini desaparecido y con las plazas llenas de rebeldes y descontentos airados, al tercer embate la enorme Puerta de la Carta cedió. Una turba armada con palos y cuchillos entró al patio interior del Palacio Ducal para abrir las puertas de las celdas. Y entre los primeros, jadeando de cansancio, estaba Antonio Lascaris.

Quería llegar a tiempo.

Rogaba a Dios poder llegar a tiempo.

Subió las escaleras de mármol pensando en qué encontraría. Su cuerpo y su memoria recordaban aquellos escalones, aquellos pasillos que repetían el eco de los invasores. Su tortura. Otros se le adelantaron. Antiguos presos, antiguos enemigos que se disponían, como él, a saldar cuentas. Los apartamentos del Dogo estaban rodeados de mosquetes y hombres de armas. Y aun así hubo quien se atrevió a arrojarse contra ellos.

Cuando encontró el camino hacia la Sala de Tortura, la halló llena de gente

en silencio. Sin resuello y con el corazón palpitándole en los tímpanos, se abrió paso con un inquietante presentimiento. Con empujones furiosos llegó hasta un claro en la sala.

—No, no, no, ¡no!

En el suelo estaba su padre.

Lejos, volvieron a oírse los cañonazos. El sol, inclemente, incendiaba también los tejados de la ciudad. Antonio Lascaris se puso a temblar.

A sus pies, Marco Lascaris abrazaba el cuerpo descolgado de Beatriz. A un lado había una pistola descargada. A otro, una soga de nudo corredizo, cortada como si hubieran disparado contra ella. Un padre, entre lágrimas, acariciaba los dorados cabellos cortados de una hija. Recordaba cuando nació, cuando jugaba con ella y la veía crecer, cuando se hizo mujer. Recordaba que aún era su pequeña Beatriz; siempre sería para él su pequeña Beatriz, de manos blancas, cabellos de oro y ojos de zafiro.

Antonio, llorando también, se arrodilló junto a su padre. Todos los que miraban con los ojos emocionados siguieron en silencio, sin hacer caso a nada más. Tendió una mano hacia ella, pero le temblaba y no llegó a tocarla. No se atrevió.

Su padre entonces se dio cuenta de quién era él. Su hijo estaba allí. Le puso la mano sobre el hombro con tanta fuerza y orgullo que Antonio se sobresaltó.

Lascaris hijo no entendía nada. Su padre le sonrió con infinita tristeza. Beatriz dio un débil quejido en su inconsciencia. Entonces Antonio lo comprendió.

—Está viva, hijo. Igual que tú. ¡Bendito sea Dios!

—Entonces, ¿por qué lloras?

Se oyeron nuevos cañonazos en la lejanía. Desde los muelles llegó una descarga de mosquetes.

—¡Lloro por Venecia!

* * *

El Dogo, en silencio, había despedido a los últimos senadores y se había encerrado en sus apartamentos. Ahora nada dependía de él. Tenía que esperar.

Su asistente, fiel y servicial, permanecía con él. Buen Trevisan, pensó el Dogo. Una veintena de guardias armados custodiaba el acceso a sus dependencias privadas, conteniendo a los exaltados. Oía el vocerío del pasillo tras las puertas cerradas. Por las ventanas de una de las salas, y al resguardo de las miradas tras las cortinas, podía ver el patio lleno de venecianos que gritaban, bailaban y bebían con júbilo, danzando alrededor de los dos grandes brocales de bronce. Vio a algunos presos abrazándose entre ellos. Pensó en cómo le juzgaría la historia. No tenía descendencia. Era mejor así. Pensó en los ochenta mil franceses impacientes por recibir la orden de cruzar la laguna. Pensó en lo cansado que se sentía y en cuál sería la reacción de Bonaparte cuando supiera que se había producido un levantamiento popular. Su respuesta podía ser terrible. Más valdría que murieran diez mil venecianos y que el levantamiento fracasara a que triunfara. Pensó si le recordarían como un cobarde, cuando su única obsesión había sido salvar la vida de tres millones de venecianos. Pero pensó también que, fuera cual fuese, era el final de una época.

Se sentó al borde del lecho de terciopelo y largas borlas doradas. Sentía un infinito cansancio. Solo deseaba una cosa: que el insomnio acabara. Dormir mil años. Deslizó la mano por una de las columnas salomónicas torneadas que soportaban el dosel. Suspiró. Hizo un gesto a Bernardo Trevisan y comenzó a desvestirse. Se quitó el corno ducal, lo acarició un último momento y se lo entregó a su ayudante de cámara.

—Llévatelo. No volveré a necesitarlo.

EPÍLOGO

EDICTO

1. Todo aquel que grite «Viva san Marco» será condenado a muerte.
2. Se prohíbe cualquier agrupamiento. Aquellos que así hagan, serán arrestados como conspiradores contra la seguridad pública y serán condenados a muerte.
3. Todo aquel que realice discursos incitando a la insubordinación contra la autoridad del gobierno será condenado a muerte.
4. Todo aquel que firme o difunda cartas difamatorias, o la enseña de san Marco, y sea promotor o autor de tal señal de insurrección será condenado a muerte.
5. Aquellos autores e impresores de libros que exciten a la insubordinación contra la autoridad del gobierno serán condenados a muerte.
6. Aquellos dueños, gerentes, cafeteros, gerentes de los casinos y otros negocios, y sus subalternos, que no comuniquen a la comisión de salud pública la escucha en sus establecimientos de discursos que exciten a la insubordinación contra la autoridad del gobierno serán condenados a cinco años de cárcel.

VENECIA, 16 DE MAYO. MARTES

El orden quedó restablecido. En la violenta noche del viernes anterior, el puente de Rialto fue tomado al asalto con ayuda de la artillería por las tropas

leales al Dogo, provocando una decena de muertos y dos centenares de heridos. Y tras eso, la multitud aterrorizada se dispersó. La euforia y las esperanzas de muchos se desvanecieron. El levantamiento había fracasado.

Según las cláusulas finales estipuladas, una flotilla partió desde los muelles de la ciudad para recoger en las márgenes de la laguna a cuatro mil franceses armados e invitarlos a participar en el sostenimiento del orden y del imperio de la ley. Cuando el general Baraguey D'Hillier puso el pie en los muelles del *sextiere* del Arsenal dio comienzo una nueva era. Allí, al mando de la tropa leal, el caballero Juan Zusto, en sustitución del comisario Nicolás Morosini, dio orden de arriar las banderas de San Marco izadas en las torres que guardaban el canal de entrada a las instalaciones navales. Nadie había podido encontrar al comisario. Las malas lenguas decían que, derrumbado por la presión de los acontecimientos después del último Gran Consejo, había huido a Dalmacia tras la rebelión de sus oficiales.

Arriadas las dos banderas del león de Venecia, se izaron en su lugar sendas banderas tricolores de la República de Francia.

El general francés había obligado a que embarcaran a su caballo y a los de sus oficiales. Zusto, de pie, intercambió una fría presentación formal y precedió al general y sus oficiales, que encabezaron la comitiva al frente de todos sus disciplinados soldados fusileros vestidos de casaca azul y bicornio negro con la escarapela tricolor roja, blanca y azul, desde el Arsenal hacia la plaza de San Marco. Al pasar junto al muelle del Palacio Ducal, el general señaló con su bastón de mando a una gran galera que permanecía desarbolada, atracada a uno de los postes del pantalán y oculta bajo una lona de rayas amarillas y rojas. La lona no ocultaba la larga proa de madera dorada ni la fila de remos entre volutas talladas embellecidas con pan de oro.

—¿Es el *Bucintoro*?

Juan Zusto dejó de andar. Asintió. Algunos de los caballos estaban soltando bostas apestosas sobre la calle. Que aquellos invasores se presentaran así era una ofensa más. Una parte de la humillación aceptada. Antes de que llegaran había ordenado sacar del Arsenal el barco ceremonial para que no fuera saqueado.

—Sigue siendo una galera, así que como barco de guerra ya no pertenece a Venecia. ¿Intentabais sustraerlo a nuestro control? Caballero Zusto, creí que estaba entre eso. Entre caballeros. Decepcionante. Sigamos.

Zusto sintió ganas de degollar a aquel francés presuntuoso.

Rodearon el Palacio Ducal. El general francés miró hacia arriba, hacia las columnas del león y de San Teodoro pisando el cocodrilo. Zusto resopló. O admiraba las esculturas o estaba pensando en derribarlas.

Tanto la placeta como la propia plaza frente a la basílica estaban atestadas de ciudadanos. Los cascos de los caballos resonaron sobre el enlosado de piedra. La tropa veneciana estaba dispuesta en dos filas, flanqueando la fachada y los soportales del palacio. La llegada de Zusto y de los franceses fue recibida con gritos aislados y suspiros. La clase baja, el pueblo llano, contemplaba atónito cómo los franceses se hacían dueños de la ciudad. Los viejos pescadores lloraban de tristeza mientras aplaudían aquella farsa, gritando sin cesar «¡Viva la Libertad!».

El general y sus oficiales se detuvieron frente a los tres mástiles y a la basílica. Admiraron sus cúpulas, sus mármoles bizantinos, sus columnas, botín de guerra de la lejana Constantinopla. Admiraron los cuatro caballos de bronce en lo alto de la fachada y el general pensó que robar lo que una vez ya fue robado no era robar, sino una retribución de la justicia, y también de los derechos de conquista.

Las banderas de Venecia que ondeaban en los mástiles conmemorativos de los reinos de Candia, Chipre y Morea fueron arriadas. Zusto, frente a ellos, recibió tres enseñas tricolores. Las entregó a los oficiales junto a los mástiles. Las izaron. San Marco había dejado de ser veneciana. Los caballos piafaron mientras sus excrementos ensuciaban la plaza.

Pero Marco Lascaris no se había quedado a contemplarlo. Después de la noche de terror tras el último consejo, Ludovico Manin, nunca más Dogo de Venecia, habló en su favor ante Villetard. El comisario francés consintió en entregar el salvoconducto de salida de las islas al embajador inglés y también al ruso, y en pago a la rápida represión de la insurrección aceptó también firmar el salvoconducto del mercader de sal.

La amnistía del gobierno provisional en tanto se instauraba la municipalidad no era garantía de nada para el mercader. Seguía temiendo a Villetard. Y no soportaría el gobierno de los franceses. El barco de Chipre llegó a la mañana siguiente tras la noche del puente de Rialto. Sin descargar la mercancía, Marco Lascaris se embarcó junto a su mujer y sus hijos rumbo a Dalmacia, refugio de quienes aún esperaban escapar de la sombra de

Napoleón Bonaparte.

El mar, siempre el mar. Eterno, inmutable. Desde la proa, dejó que la espuma del mar le rodeara. Para él ya no habría más Consejo, más carnaval, más *Bucintoro* ni más Venecia. Lentamente, se quitó el anillo del dedo anular de la mano derecha que representaba su compromiso como senador. El mar encrespado esperaba un último sacrificio. Marco Lascaris pensó en Tortelli. En Silvio el zapatero. En el viejo Tiresias. Pensó en la desdichada Casandra. Alzó la mano hacia el mar. Una ola repentina sacudió el barco con violencia. El maderamen crujió. Lo contempló por última vez, redondo, dorado y precioso. Lo dejó caer al mar, que lo engulló para siempre.

—Hice lo que pude. No fue suficiente. Adiós, Venecia.

El mar, escuchando sus palabras, saltó por encima de la borda con su espuma. El mercader se volvió y regresó junto a su familia. Antonio y Sofia se cogían de la mano; ella posaba la otra en su vientre embarazado. Beatriz le sonrió mientras jugaba con Ana, bajo la atenta mirada de su mujer Adriana. Qué hermosa y serena estaba ahora que todo había pasado. Marco Lascaris suspiró. Sería abuelo, y eso le daba esperanza entre tanta tristeza. Se agarró a una rugosa jarcia con la mano izquierda. Esperanza, qué palabra tan frágil, reflexionó. Se masajeó el pecho con la mano libre. Qué breve era la vida, y qué sinsentido desperdiciarla. Allá, en el horizonte lejano más allá de las aguas, le esperaba la libertad perdida.

APÉNDICE

TRATADO DE PAZ ENTRE LA REPÚBLICA FRANCESA Y LA DE VENECIA

El Directorio Ejecutivo de la República Francesa y el Gran Consejo de la de Venecia, para restablecer sin pérdida de tiempo la armonía y buena inteligencia que reinaban entre ambas, han acordado los siguientes artículos.

1. Se acuerda la paz y la amistad entre la República Francesa y la de Venecia, y por este punto cesan todas las hostilidades.

2. El Gran Consejo de Venecia, deseando el bien de la patria y la felicidad de todos sus ciudadanos, y para que la inquina manifestada contra los franceses no vuelva a repetirse, renuncia a sus derechos de gobierno en beneficio de todos los ciudadanos, ordena la abdicación de la aristocracia hereditaria y reconoce la soberanía del Estado en el conjunto de todos los ciudadanos con la condición de que el nuevo gobierno asegure la deuda pública nacional, la subsistencia de los patricios empobrecidos que no poseen bienes inmuebles y las pensiones vitalicias acordadas eventualmente de forma provisional.

3. La República Francesa, atendiendo a la demanda realizada, y deseando contribuir en lo que sea posible a la tranquilidad de la ciudad de Venecia y a la felicidad de sus habitantes, acuerda aportar una división de tropas francesas para mantener el orden y la seguridad de las personas y de sus propiedades, y para apoyar los primeros

pasos del nuevo gobierno en todas las partes de su administración.

4. La permanencia de las tropas francesas en Venecia, que no tienen otro objeto que la protección de la propiedad, se retirará inmediatamente una vez se declare que no es necesaria. Y las otras divisiones se evacuarán igualmente de todos los lugares del territorio veneciano ocupado en Tierra Firme, con la consecución de la paz en el territorio continental.

5. La primera preocupación del gobierno provisional será concluir los procesos contra los inquisidores y el comandante del fuerte de Lido, así como contra los actores e instigadores de los campesinos de Verona y de los homicidios cometidos en el puerto de Venecia; y realizará dichas tareas de la forma más adecuada y satisfactoria para la República Francesa.

6. El Directorio Ejecutivo, por su parte, a través del general en jefe del ejército en Italia, acuerda perdonar con una amnistía general a todos los demás venecianos que fueron acusados de cualquier clase de conspiración contra el ejército de Francia; todos los prisioneros serán puestos en libertad tras la ratificación.

7. Así se ha acordado y convenido por parte del ciudadano Bonaparte, general en jefe del ejército en Italia, y del ciudadano Lallemand, ministro plenipotenciario en Venecia, en nombre de la República Francesa; y por los señores Francesco Doná, Leonardo Giustiniani y Alvise Mocenigo, diputados plenipotenciarios, en nombre del Gran Consejo de la República de Venecia, aceptando este documento original y su anexo presentado, que deberán ser ratificados por los poderes representativos de cada república en el plazo más breve posible para que el tratado entre en vigor.

Firmado y sellado en Milán, en fecha 27 de Floreal, año Quinto de la República Francesa (16 de mayo de 1797).

BONAPARTE
LALLEMAND
FRANCESCO DONÁ
LEONARDO GIUSTINIANI

ARTÍCULOS SECRETOS

1. La República Francesa y la de Venecia llegarán a un acuerdo para la entrega de diferentes territorios.

2. La República de Venecia entregará a la tesorería del ejército francés en Italia la suma de tres millones de libras en efectivo, de la forma siguiente: un millón a pagar en el próximo mes de Pradial, otro en el mes de Mesidor y el tercero permitirá que el gobierno provisional quede organizado.

3. La República de Venecia entregará por valor de otros tres millones de libras, cañones, cordelería y otros elementos necesarios para la armada francesa, según las exigencias de los comisarios que al efecto serán nombrados por el general en jefe del ejército en Italia, así como todo el material de guerra existente y almacenado en los depósitos del Arsenal.

4. La República de Venecia entregará también tres buques de línea y dos fragatas en buenas condiciones, armadas y equipadas con todo lo necesario, sin incluir la tripulación, elegidas por el general en jefe, quien por su parte promete al gobierno veneciano la mediación de la República Francesa para poner fin de inmediato al enfrentamiento entre aquella y la Regencia de Argel.

5. La República de Venecia entregará a comisarios designados al efecto veinte cuadros y quinientos manuscritos, elegidos por el general en jefe.

Los cinco artículos antes mencionados, aunque acordados y establecidos aparte, serán considerados parte integrante del tratado pactado y firmado hoy por ambas repúblicas.

Hecho y firmado en Milán, según forma y fecha indicada arriba, y con los mismos firmantes.

NOTA FINAL

Ante todo, esta novela no hubiera sido posible sin John Julius Cooper, segundo vizconde de Norwich (1929-2018), fallecido unas semanas antes de la redacción de esta nota. Su pasión por el Imperio Romano de Oriente dio forma a un ensayo divulgativo en tres tomos que sembró en mí las ansias de ver, conocer, salir al camino de Bizancio. Y entrelazando sus caminos, el destino de Constantinopla se tejió para siempre con las ambiciones de Venecia, república que en 1204 fue la responsable de que la Cuarta Cruzada saqueara la capital del Imperio bizantino en vez de dirigirse a Tierra Santa. En la trilogía de Norwich, la llegada y desembarco del dogo ciego Enrico Dándolo, de noventa y siete años, a los muelles conquistados en el Cuerno de Oro es vibrante, emocionante, terrible. Hizo que quisiera saber más sobre Venecia. ¿Cómo unos fugitivos de las invasiones bárbaras ocuparon un puñado de islas fangosas y rodeadas por una laguna salobre y consiguieron levantar un imperio territorial y comercial capaz de desafiar al trono de Bizancio?

De nuevo John Julius Norwich tenía la respuesta. Su *Historia de Venecia* es un monumento a la elocuencia. Lo leí (lo devoré) en 2014. Con él reviví los mil cuatrocientos años de vida de la República. Habla de hombres valientes, de grandes gestas, de comerciantes atrevidos, de gobernantes osados y sin escrúpulos, y también de inmensos cobardes, de miedo, de ambiciones, de traiciones. Conocí la razón de la caída de Venecia: el deseo de querer convertirse en un imperio terrestre como Austria, España, Francia o Alemania, descuidando su gran baza, ser una potencia naval. Era el mar quien la salvaba una y otra vez de los enemigos. Era con el mar con quien cada año celebraba esponsales en el día de la Ascensión. Cuando Venecia dio la espalda al mar

comenzó su implacable caída. John Julius Norwich narró como nadie el final de la República, la mengua de sus linajes, los palacios vacíos y en decadencia, la ruina de su flota, la podredumbre de sus barcos. La amenaza de Napoleón. Cuando terminé la lectura supe que quería escribir esta novela.

Ludovico Manin fue el último dogo. Pude adquirir el único ejemplar que encontré a la venta sobre sus memorias, publicadas en 1876, en una librería de viejo de Florencia. El libro está bastante deteriorado, pero tiene todas las páginas, que no es poco para un libro de casi ciento cincuenta años y varias guerras a sus espaldas. Recoge las transcripciones de numerosas cartas de los distintos embajadores venecianos y de las actas del Senado en aquellos últimos días de la República, que han sido esenciales para conocer de primera mano qué sucedió en la ciudad contado por testigos directos. La recopilación de los hechos de los últimos días de la República por el abate Cristóforo Tentori da una visión opuesta de los hechos. Mientras Manin defiende que todo lo que se hizo fue buscando salvar la vida del pueblo y evitar la destrucción de la capital, y siempre en veraz cumplimiento de la legalidad, Tentori habla de segundas intenciones nunca aclaradas y que, deliberadamente, el gobierno de Venecia desoyó la voluntad del pueblo: hacer la guerra a Francia, a Napoleón, como antes lo habían hecho a otras potencias, defendiendo las islas con todos los hombres y todos los barcos disponibles. Los escritores ingleses también trataron el tema en el siglo XIX y llegaron a la misma pregunta: ¿por qué la orgullosa Venecia decidió ceder en vez de resistir? ¿Podía haber resistido? La respuesta categórica es sí. Había armamento suficiente en el Arsenal. Tenía pocos soldados, pero muchos venecianos no hubieran dudado en coger las armas para defender su patria. El ejército francés al pie de la laguna no tenía flota. Sus cañones eran inútiles desde la orilla. Eran militares de tierra firme, no marineros. Hasta el más tonto de los venecianos era hombre de mar. Pero Manin apeló al futuro y a la no confrontación. ¿Por qué? Y ahí encontré la razón de mi novela. Los historiadores franceses, por supuesto, también opinaron: con ellos llegó la libertad a una república de oligarcas tiranos. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Muchas visiones diferentes de un mismo hecho, que sugerían (de forma excitante para un novelista) una trama llena de conflictos.

¿Qué es verdad y qué es ficción en esta novela? La familia Lascaris es toda ella creación literaria. También la familia Tortelli. Giacomo Tortelli no

existió. Pero sí existió, de acuerdo al abate Tentori, un grupo de senadores que se oponía a la política de neutralidad promovida por Ludovico Manin y que defendían, de forma clandestina, la incitación a tomar las armas, a luchar contra los franceses, incluso en contra del gobierno del Dogo. La confirmación está en los resultados de las votaciones en el Gran Consejo. Hay una oposición al Dogo que el propio Manin, a través de los aparatos del Estado, intenta aplastar para que no afecte a las negociaciones con Napoleón Bonaparte y con Villetard. La trama estaba ahí. Como escritor he puesto rostro, carne, corazón y alma a mis personajes para contar toda esta historia a través de ellos.

Y salvo algunos personajes muy secundarios, descontados los Lascaris y los Tortelli y el bibliotecario Tiresias, todos los demás son personajes históricos. Los hechos narrados sucedieron. La cancillería de Venecia era famosa por sus archivos. Todo quedaba registrado, todo quedaba anotado. Venecia, además, fue durante siglos una potencia editorial. Es desconcertante que la mayor potencia editorial de la época tuviera también la vigilancia del mayor sistema de control del Estado, a través de los Tres Inquisidores, de la Señoría, del Consejo de los Diez, de la Quarantía, de la procuraduría secreta, del comisario general... En esta era digital, además, conocer toda la información disponible ha sido más sencillo. El acceso digital a toda esa documentación ha facilitado mucho mi búsqueda de datos, fechas, nombres y hechos.

Mis libros siempre tienen guiños a otros libros. J. R. R. Tolkien no puede faltar si se habla de un anillo. El anillo como ambición, como poder dado que libera de servir a otros pero que también esclaviza la voluntad a la búsqueda del propio máximo poder. Umberto Eco, Homero y Joseph Campbell, incluso yo mismo, y alguno más, estamos repartidos entre tanta palabra. En mi viaje de luna de miel, hace casi nueve años, estuve en Estambul y también en Venecia, y no fue casualidad. Mika Waltari me sorprendió con *El ángel sombrío*, y Venecia me ha dado la posibilidad de emularlo. Durante la creación de esta novela nació mi hijo Blas, y eso también me dio ideas para dar vida y conflicto a la relación entre Marco Lascaris y su mujer Adriana. Todo ayuda, todo suma, la vida se vierte en los libros, los libros se vierten en la vida. Mi familia ha soportado con paciencia mi concentrada y solitaria labor de escritura, a costa de otras cosas y de muchas horas, así que la novela también

está dedicada a ellos.

Por último, gracias a Penélope Acero, editora, y a EDHASA por confiar en este libro, y a mi agente Maru de Montserrat, de International Editors, por su apoyo y perseverancia. También por ellos ha llegado este libro a tus manos, lector. Espero que lo hayas disfrutado.

BLAS CARLOS MALO POYATOS
GRANADA, a 17 de julio de 2018